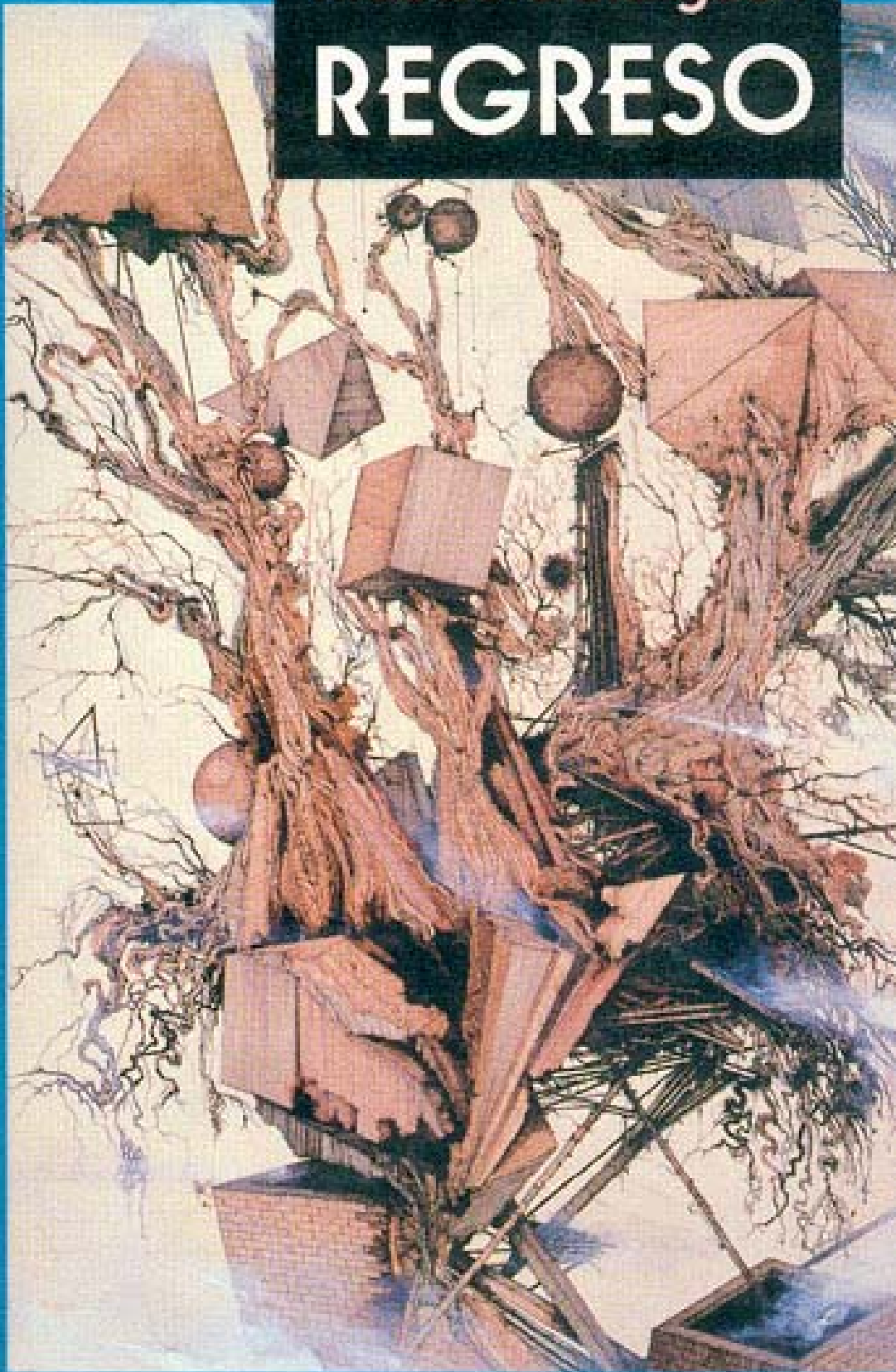


Theodore Sturgeon

REGRESO



MINOTAURO

Título Original

A Way Home

Traducción de José Valdivieso

Primera edición: septiembre de 1996

Selección de Groff Conklin

© Theodore Sturgeon, 1955

© Ediciones Minotauro, 1996

Rambla de Catalunya, 62. 08007 Barcelona

Fax 487 18 49

ISBN: 84450-7270-6 (edición en tapa dura)

ISBN: 84-450-7273-0 (edición en rústica)

Depósito legal: B. 36.387-1996

Impreso por Romanyá/Valls
Verdaguer, 1. Capellades (Barcelona)

Impreso en España

Printed in Spain

Escaner:xxxx Marzo 2003

Unir Para Vencer

Cavaban el canal de desagüe, y el hombre de los horarios fue hasta el extremo donde trabajaba la grúa dragadora, y le dijo al operador que bajase y le hizo un montón de preguntas acerca de media hora de trabajo extra. Poco después, los dos hombres rodaban por el terraplén. El joven superintendente vio la pelea y les gritó basta. Los hombres no le hicieron caso. No queriendo ensuciarse los breeches nuevos, el superintendente se subió a la máquina, metió tres metros de arena en el cubo, los alzó, dio media vuelta y los descargó sobre la pendenciera pareja. El operador y el hombre de los horarios asomaron tropezando y cayendo, sacudiéndose la arena, pasándose las palmas de las manos por los ojos y la boca, y con un concertado rugido corrieron hacia la cabina de la máquina. Tenían al superintendente en el suelo y le golpeaban la cabeza turnándose alegremente cuando pasó por allí un capataz, y él y sus hombres detuvieron el alboroto.

El joven pelirrojo dejó el libro en la mesa.

—Esto también es cierto —le comentó a su hermano—. Lo que te decía de casi toda la mejor ciencia ficción de Wells. En todos los casos hay un milagro: una invasión marciana en La guerra de los mundos, una sustancia bioquímica en El alimento de los dioses y un nuevo isótopo gaseoso en Los días del cometa, y al fin el milagro obliga a toda la humanidad a trabajar unida, El hermano estaba en la universidad —había estado siete meses— y era muy juicioso.

—Así es. Sabía que era necesario un milagro. Me parece que lo olvidó cuando se puso a escribir sociología. Como señaló el doctor Pierce, vendió su primogenitura por un plato de mensaje.

—Perdón —dijo el hombre moreno llamado Rod.

Se incorporó y se alejó hacia el fondo del café y la fila de cabinas telefónicas, y los ojos de la muchacha de nariz respingada y sandalias rojas lo siguieron cariñosamente. Llegó la Rubia.

—Ah —maulló—, sola, ya veo. Pero claro.

Se sentó.

—Estoy con Rod —dijo la joven de las sandalias añadiendo escrupulosamente—: Está telefoneando.

—Necesitaba hablar con alguien, sin duda —dijo la Rubia.

—Probablemente —dijo la otra sonriéndole a sus propios largos dedos— necesita volver a la tierra.

La Rubia apenas parpadeó.

—Oh, bueno... Supongo que debe divertirse entre sus horas serias. En algunas mañana, por ejemplo. En el baile. Lástima que no podamos vernos allí. A no ser, claro, que vayas con algún otro...

—¡Trabaja mañana por la noche! —estalló la muchacha de las sandalias, desprevenida.

—Puedes llamarlo así —dijo la Rubia plácidamente.

—Oye, luz de sol —dijo la otra muchacha, en el mismo tono—, ¿por qué no

dejas de engañarte a ti misma? Rod no tiene interés en ti y en tu color puramente local. Y él tampoco es lo que tú quieres. Si deseas un alma gemela, búscate un mastín.

—Querida —dijo la Rubia con una expresión asesina en la máscara—. Sí, quizá puedas conquistarlo. Si repasas tus habilidades culinarias, y él conserva el apetito y no abre los ojos... —De pronto se inclinó hacia adelante.— Mira, ¿quién es ésa?

Se volvieron hacia el fondo del café. El joven moreno tenía las dos manos en una muchacha pelirroja, grácil pero curvilínea. La muchacha reía tímidamente.

—Bragas de Fantasía —jadeó la joven de las sandalias rojas. Se volvió hacia la Rubia—. Sé por qué te lo digo. Tiende la ropa debajo de mi ventana, y...

—La niña apestada —dijo la Rubia. Observó otra bonita convulsión de alegría—. Tiende la ropa, ¿eh? Escucha, tuve una amiga que una vez se peleó con una vecina. Hubo algo con un rifle de aire comprimido y un poco de tinta...

—Bueno, bueno —dijo la muchacha de las sandalias. Pensó un momento mirando a Rod y la pelirroja—. ¿Dónde puedo conseguir un rifle de aire comprimido?

—Mi hermano menor tiene una pistola de agua. Se la regalé en su cumpleaños. ¿Puedes estar aquí a las siete?

—Ciertamente. Conseguiré la tinta. Tinta negra. ¡Tinta china!

La Rubia se incorporó.

—Sé amable con él —dijo rápidamente—, así no sospechará quién le ajustó las cuentas a Bragas de Fantasía.

—Sí, pero no demasiado amable. El muy tonto. Querida, eres maravillosa.

La Rubia guiñó un ojo y se alejó. En una mesa vecina, un caballero que había estado escuchando desvergonzadamente se atragantó con una incipiente carcajada.

—El coronel Simmons —anunció el aparato.

—¡Bueno, por todos los diablos! —dijo el doctor Simmons—. Hágalo pasar. ¡En seguida! Y... cancele esa demostración. No... no la cancele, pospóngala.

—¿Para cuándo, doctor?

—Para cuando yo llegue.

—Pero... es el ejército y...

—¡También mi hermano es el ejército! —estalló el físico y cerró el intercomunicador.

Un golpe.

—Adelante. ¡Leroy, desagradecido!

—Bueno, Músculos.

El coronel entró casi corriendo en el cuarto, tomó al hombre de ciencia por el antebrazo, le escudriñó la cara. Los ojos de los dos eran grises; los del coronel, grises y pequeños; los del doctor, grises y grandes.

—Han pasado por lo menos... —dijeron los dos a la vez, y se rieron.

—Ocho años —dijo el coronel.

—Muchos realmente. —El doctor sacudió la cabeza.— Tú y tus botones brillantes.

Hubo un silencio.

—No se sabe cómo empezar, qué decir, ¿eh? —El coronel sonrió,— ¿Qué has hecho este último tiempo?

—Oh... ya sabes. Física aplicada.

—¡Ja! —soltó el coronel—. Pregunta: Señor Miguel Ángel, ¿qué ha estado haciendo? Respuesta: Mezclando colores. Vamos, inventaste el magnefilm, ¿y qué ocurrió luego?

—No mucho. Un par de cosas demasiado poco importantes para hablar de ellas, y un par más demasiado importantes para mencionarlas.

—Siempre ligero de lengua, ya veo. Vamos, Músculos. Las normas de seguridad no se aplican aquí, y especialmente entre nosotros. Eso es lo que crees, pensó el doctor Simmons.

—Claro que no —dijo—. ¿En qué departamento estás ahora?

—Públicamente, la Fuerza Aérea —dijo el coronel señalando sus alas—. En realidad, en el Consejo de Estrategia. Ésta no será una guerra que pueda ganarse con conferencias semipúblicas y deliberaciones del Estado Mayor. El Consejo opera prácticamente en secreto, sin publicidad, y sin dilaciones.

—Consejo de Estrategia, ¿eh? He oído hablar, vagamente... Y estoy dispuesto a oír mucho más. Ahora mismo. Cuando dices sin dilaciones, ¿a qué te refieres?

—A esto —dijo el coronel. Se incorporó apoyando las manos detrás de él, en una mesita alta. Cruzó las lustrosas botas y las balanceó—. Tenemos planes... Sabes cómo se desarrollan los planes del día-M, ¿no?

—Ciertamente. Se escoge el personal de mesas de proyectos, los cuestionarios se imprimen y distribuyen casi totalmente, se arriendan y preparan centros de examen, etcétera. Cuando se ordena una movilización, todo se pone en seguida en marcha, sin tropiezos. Así se espera —añadió el doctor con la mueca de una sonrisa—. ¿Por qué?

—El Consejo opera del mismo modo —dijo su hermano—. Pero mientras el Servicio Selectivo cuida de los detalles de un solo gran problema, nosotros, en cambio... —Se encogió de hombros.— Di un número. Hemos planeado qué haremos, por ejemplo, si Rusia nos ataca, si atacamos a Rusia, si Francia ataca a Brasil, si Finlandia provoca a Irak... ¿Qué hay de divertido?

—Pensaba en la leyenda del emperador que trató de recompensar a cierto héroe que había solicitado simplemente unos granos de trigo. La cantidad sería determinada por un hipotético tablero de ajedrez. Se pondría un grano de trigo en la primera casilla, dos en la segunda, cuatro en la tercera, ocho en la cuarta, etcétera. Al fin se advirtió que se necesitarían dos cosechas mundiales y que no bastaba todo el imperio y sus recursos... Tus planes son algo parecido. Es decir, si se presenta una de tus posibilidades, pero pierdes la tercera batalla, en vez de ganarla como estaba previsto... bueno, habrá que planearlo todo otra vez. Y esto se aplica a la totalidad de tus originales planes maestros.

—Oh, no me interpretes mal. No quiero decir que todos los planes sean tan minuciosos como el del día-M. Señor, no. Los planes sólo indican cursos de acción. No traspasan los límites de las probabilidades estadísticas, aunque tratamos de ensanchar esos límites todo lo posible. He mencionado enemigos probables, y probables combatientes y alianzas. Todo puede ocurrir luego de precedentes como el de la segunda guerra, cuando nuestra aliada Rusia estaba en paz con nuestro peor enemigo. —Se rió.— Si eso ocurriera en términos personales, y no internacionales, y mi mejor amigo almorzase todos los días con un hombre que intenta abiertamente asesinarme, nos parecería fantástico. Quizá lo sea —dijo con animación—, pero también es absorbente.

—Disfrutas casi, ¿no es cierto?

—Nunca he tenido trabajo más fascinante. - —No me refiero a la estrategia,

joven recluta. Hablo de la guerra.

— ¿La guerra? Quizá. Bueno, otra función del Consejo... Un minuto. ¡Músculos! No eres el mismo soñador idealista de antes... la hermandad humana y todo eso, ¿no?

—Inventé el disruptor sónico, ¿recuerdas?

Quizá crees que eso responde a tu pregunta, pensó el doctor amargamente.

—Recuerdo. Un sano adelanto para ti y el noble arte de la guerra. La más bonita espada de la historia. Destruye a un hombre por dentro sin lastimarle la piel. Nada de suciedad.

¡Sano! El doctor Simmons clavó los ojos en su hermano, que miraba el interior de su cigarrera. ¡Sano! Y yo inventé el disruptor sónico para concentrar vibraciones ultrasónicas bajo la piel, para homogeneizar tejido canceroso. Nunca imaginé que ellos... Ah, tampoco Nobel.

—Háblame más del Consejo —dijo.

—Qué estaba diciendo... oh, sí. No sólo hemos planeado cosas obvias, situaciones políticas, crisis internacionales, campañas y alianzas, sino que vigilamos de cerca la tecnología. El Departamento de Guerra ha abandonado la idea de hacer esta guerra con las últimas armas. ¿Recuerdas cómo Hitler asombró al mundo con la elemental maniobra de armonizar la acción de los tanques con los bombarderos? ¿Recuerdas las dificultades que trajo reemplazar los morteros por bazukas en la guerra de la selva? ¿Y cómo el Departamento de Guerra rehusó apoyar a los hermanos Wright? No habrá ahora nada parecido.

— ¿Quieres decir que nos preparamos para usar lo más nuevo? ¿Para usarlo realmente?

—Así es. Ya conocemos la energía atómica y la propulsión a chorro. Luego la guerra biológica, con bacterias y hormonas. Pero no nos detenemos aquí. En realidad, todo esto y otras armas del pasado son sólo una pequeña parte de nuestros planes. Tenemos que ir adelante en suministros, armas, equipos, y técnicas que aún no se han desarrollado. ¡Algunas ni siquiera han sido inventadas!

El doctor Simmons lanzó un silbido.

— ¿Por ejemplo?

—Por ejemplo campos de fuerza impenetrables, multiplicadores de masa... Una ingeniosa hipótesis, Músculos. Aumenta la masa efectiva de una sustancia y los resultados pueden ser interesantes. Particularmente si la sustancia es radiactiva. Antigraavedad. Telépatas que interrumpen con ciertas frecuencias las ondas del pensamiento, si el pensamiento es ondas... Consideramos prácticamente todos los aparatos y dispositivos de todas las historias de ciencia ficción publicadas en los últimos treinta años, y hemos planeado qué hacer si algo sale a la luz.

Ignorando todas las historias utópicas, filosóficas, sociológicas, por supuesto, pensó el doctor Simmons.

— ¿Así que tu visita no es puramente social?

—Dios, no. Estoy en el grupo de observación que vino aquí a ver tu Ojo-Espía en acción. ¿Qué es eso realmente? ¿Y de dónde sacaste ese nombre tan llamativo?

El doctor Simmons sonrió.

—Uno de los muchachos de la oficina había trabajado en una agencia de publicidad. El nombre exacto sería Interceptor de Información Autopropulsado.

Lo que es, lo verás tú mismo si asistes a la demostración, que empezará cuando terminemos de hablar.

— ¿Quiere decir que la postergaste por mí?

—Así es. —Pensé que te gustaría, se dijo el doctor observando la complacida mueca de su hermano. — Dime algo, Leroy. Todos esos planes... ¿Estamos en guerra?

—Estamos... bueno, no, ya lo sabes.

—Pero esos preparativos... Sólo les falta un horario. —Bizqueó burlonamente.

— Demonios, yo diría que tenéis eso también.

El coronel se movió de lado, parpadeando.

—Tenemos muchas cosas.

— ¿Ya eligieron aliados? ¿Cómo se agrupan los equipos?

—No te lo diré. No, no me preocupan los secretos militares. Puedo equivocarme, simplemente. Todo es hoy tan rápido... Ya tenemos un campo neutral.

—Oh, sí, por supuesto, como Suiza y Suecia. Siempre me he preguntado qué fuerzas las mantienen neutrales.

—Bueno, si vas a librar una guerra, tienes que saber cómo intercambiar prisioneros y conferenciar con partes interesadas y cosas parecidas.

—Sí, y no deja de ser atractivo para ciertos industriales. —El coronel miró a su hermano.

— ¿Renunciaste realmente al papel de cordero?

El doctor Simmons torció la cara.

—Creo que el Ojo-Espía podrá responderte.

El coronel se incorporó.

—Sí, vamos a verlo —dijo con vehemencia

Fueron hacia la puerta.

—Otra cosa —dijo el doctor Simmons—, ¿qué país habéis elegido como campo neutral?

—Japón.

—Qué simpático que hayan accedido unos vecinos.

— ¿Qué simpático? ¡No seas tonto! Saben que sólo así no serán fortificados.

—Oh —dijo el doctor.

Los dos hombres salieron. La demostración transcurrió sin dificultades, y luego los seis observadores del ejército y los técnicos se reunieron en la sala de proyecciones para oír al doctor Simmons.

El doctor habló serena y cansadamente, y sus pensamientos hablaron a la vez. Mientras señalaba particularidades y características, su mente divagaba, siguiendo a veces el pensamiento hablado, acompañándolo otras, y haciendo de cuando en cuando comentarios ácidos o humorísticos, siempre con aire de fatiga. Aquella mente parlante vivía encerrada, pero se hacía entender.

—... uno setenta de largo, forma aerodinámica, con un diámetro máximo de sesenta. Proyección uno, por favor. Como han visto, hay un chorro propulsor y tres sustentadores. Estos tres están acoplados directamente a la misma válvula de salida, que es controlada por un altímetro absoluto. Todo está, por supuesto, giroestabilizado. Es capaz de velocidades supersónicas, pero puede también permanecer casi inmóvil en el aire, sujeto sólo a una pequeña nutación que quizá sería posible eliminar.

Iba a ser un cohete correo, comentó su mente.

—El equipo incluye los dispositivos comunes de autodirección, un registro de

vuelo en código y radiorreceptores sintonizados para recibir varios canales preseleccionados de radar, FM y AM. En cuanto al radar, puede detectar cualquier onda bastante cercana o bastante intensa y deducir así si ha sido descubierto. Altera entonces radicalmente su curso y velocidad. Sí las ondas persisten, el Ojo-Espía suelta una «cortina»: hojas de aluminio de varias longitudes, y vuelve al punto de partida siguiendo un nuevo curso.

»El dispositivo espía es relativamente simple. Con el magnefilm puede fotografiar la fuente de cualquier señal de radio. Cuando recibe una señal, localiza el rayo, apunta con la cámara y registra magnéticamente la señal auditiva. Por supuesto, la sincronización entre la fotografía y el registro auditivo es perfecta, gracias al magnefilm.

— ¿Podría explicarnos el magnefilm, doctor?

—Ciertamente, capitán. Se lo inventó mientras se investigaban las variaciones de las características dieléctricas, bastante amplias, de los primeros plásticos: los estírenos, las ureas. Se modificó la estructura molecular de varios plásticos hasta que se obtuvo un conductor transparente. Poco después se producía un plástico de una notable y alta densidad magnética. Cuando se logró hacerlo transparente, fuerte y flexible, fue fácil transformarlo en una película fotográfica. Los estímulos auditivos se imprimen directamente en la película, como en el sistema de las cintas magnéticas.

Y fue inventado para que los aficionados al cine de ocho milímetros tuviesen películas sonoras, añadió el pensamiento del doctor. Ahora es un arma secreta.

—El propósito del Ojo-Espía, por supuesto, es recoger transmisiones de corto alcance, conversaciones de ondas orientadas verticalmente, mensajes FM de línea visual, y semejantes. Como están fuera del alcance de las estaciones enemigas, estas transmisiones no se hacen casi nunca en código. Por lo tanto, con este dispositivo tenemos acceso a una información que se consideraba inalcanzable.

Hizo una seña a la cabina de proyección. La pantalla se animó. Durante la prueba los oficiales habían hablado en los micrófonos de varios transmisores AM y FM en un radio de unos quinientos metros. Infalliblemente, luego de oírse unas pocas palabras, la pantalla mostró las fuentes de transmisión y sus números de identificación, pintados en grandes pizarras blancas.

—En territorio enemigo —señaló el doctor secamente— quizá debemos prescindir de las pizarras. —Se oyeron unas risas corteses. — Si recuerdan ustedes, caballeros, preparamos luego el selector para que recogiese algo de la banda de ondas largas.

La pantalla, en blanco, lanzó un gemido de agonía. Luego una voz de niño dijo claramente:

— ¿Qué te pasa, papá? ¿Te ha atacado otra vez esa vieja indigestión acida?

—Ouu —dijo una voz de hombre.

La pantalla mostró de pronto, allá abajo, las altas torres de una antena de transmisión.

—Querido, será mejor que llames al médico. Tu pobre papá se siente muy mal.

—No es necesario —dijo la voz angelical—. Con el dinero de mi helado te compré un paquete de Burbuja Efervescente, el más rápido alivio conocido por el hombre. No cuesta más que diez centavos en la farmacia más próxima. Aquí está. Toma este vaso de agua que te he traído

- Glug-glug. ¡Clinc!

— ¡Aaahl ¡Soy un hombre nuevo!

—Bueno, papá, aquí está mi libreta de clasificaciones. Lo siento. Sólo hay malas notas.

—¡Ja, jajá! No pienses en eso, querido. Toma, un dólar. ¡Toma, cinco dólares! ¡Invita a todos los otros chicos!

—Corten —dijo el doctor Simmons—. Creo que la prueba es concluyente, caballeros. El Ojo-Espía puede descubrir un objetivo de bombardeo.

Las luces se encendieron entre risas y aplausos. Los observadores se adelantaron a estrechar la mano del doctor. El coronel Simmons se mantuvo a un lado hasta que el resto se acercó a una mesa donde un técnico explicaba los registros de vuelo y los mecanismos pre-selectores de bandas de radio y de dirección.

—Músculos, magnífico. ¡Magnífico! ¿Qué hay de posibles duplicados? Ya sé que nada saldrá de aquí, pero ¿piensas que ellos podrán descubrir el secreto con bastante rapidez como para producir algo semejante?

El doctor Simmons se acarició la barbilla.

—Es difícil decirlo. No hay otras novedades en el aparato que el combustible y el magnefilm. Vino viejo en odres nuevos. Puede duplicarse el combustible, y el magnefilm... bueno, es un desarrollo lógico.

—Bien —dijo el coronel—, no puede ser muy importante. Quiero decir: aunque ya lo tengan. Podemos cubrir la tierra con esas cosas. No habrá sitio que no vigilemos. El Ojo-Espía no detecta sólo ondas de radio, ¿no es así?

— ¡Señor, no! Es posible prepararlo para que busque radiaciones infrarrojas, o radiactividad, o aun sonido, aunque en este caso habría que ajustar acústicamente los chorros. El magnefilm guiado por nuestros propios rayos de dirección puede registrar cualquier cosa. La cámara se dispara con un mecanismo de tiempo o una radiación o vibración. Lo mismo el mecanismo investigador.

—Oh, magnífico —dijo otra vez el coronel—. No habrá fuerza en la tierra que no pueda ser localizada y aplastada en un término de horas, una vez que tengamos bastantes de estos aparatos.

—No habrá fuerza en la tierra —asintió su hermano—. Tienes razón en tener confianza.

Y ninguna razón para no equivocarte, añadió su voz silenciosa.

Las primeras señales de la guerra próxima aparecieron en todos los periódicos. Pero casi nadie las notó. Estaban en las páginas interiores, con titulares pequeños. En aquellos días la primera página parecía más interesante. Allí se denunciaban a gritos nuevos incidentes internacionales. Series de fotos donde una multitud atropellaba a un ciudadano llamado Kronsky cubrían los tabloides. (El hombre era inglés, de Somerset, y hablaba con el zumbante acento del condado. Su apellido había sido polaco, tres generaciones atrás. Llevaba barba a causa de las cicatrices que le había dejado un grave ataque de herpes facial. De estos hechos nada se decía.) A un estudiante estonio lo habían envuelto en una bandera de la ONU y lo habían apedreado por haber cantado Old Man River en un recital folklórico. Unos restaurantes donde los bistecs Stroganoff se convirtieron de pronto en guisos húngaros contrataron de la noche a la mañana un asombroso número de lectores de restos de té.

Las noticias menudas de los periódicos se referían al sorprendente descubrimiento hecho por tres investigadores, uno en Francia y dos en Canadá, de un nuevo ruido en la banda de radiaciones Jansky, ese débil siseo de confusas frecuencias de radio que viene de alguna parte del espacio interestelar. Era como una triple descarga de sonido, de dos segundos vein-

ticinco de duración, con dos segundos veinticinco de silencio entre las señales. Venían en grupos, de tres descargas cada uno, y separados por intervalos de diez minutos, menos unas fracciones de segundo. El fenómeno se prolongó durante siete meses. En ese tiempo cuidadosas mediciones demostraron un apreciable incremento de la amplitud, O la fuente de señales era más potente o estaba más cerca, decían los sabios.

Durante esos siete meses, y algo más, las relaciones de los hermanos Simmons volvieron al acostumbrado «te escribiré uno de estos días». Los dos estaban ocupados. La vida del coronel era una continua ronda de conferencias, informes y demostraciones, y la carga que llevaba el físico era cada día más pesada, a medida que las demandas del Consejo de Estrategia, estimulado por sus propias investigaciones, su servicio secreto y la peligrosa situación política, llegaban a los laboratorios.

El mundo se armaba febrilmente. Unos pocos historiadores y filósofos, en sus escasos momentos de objetividad, encontraban tiempo para preguntarse qué podía informar el análisis político acerca de la guerra próxima. La primera guerra había sido una guerra de conflictos económicos; lo mismo la segunda guerra, pero había sido más aún una guerra ideológica. La incipiente desavenencia tenía su fuente en la ideología, pero en la víspera de las hostilidades la batalla de las filosofías había quedado relegada al plano de la filosofía teórica. En la práctica, cada bando, o mejor, todos los bandos se habían transformado a sí mismos en una máquina bélica aerodinámica, donde las partes cumplían su función con controles centralizados. El necesario proceso de avivar el fuego para combatir el fuego había dado como resultado soviets donde el proletariado no dictaba y democracias donde el pueblo no gobernaba. En verdad, como el aumento general de la eficiencia de los gobiernos había acrecentado el ritmo de producción, se había llegado a negar los aspectos económicos y políticos de la guerra y parecía ahora como si pudiera librarse una guerra sólo por el placer de librarla, y simplemente porque el mundo estaba preparado para eso.

El 7 de diciembre, como para perpetuar la memoria de la infamia, cayó la primera bomba.

Cayó. No fue un proyectil autodirigido. No fue una mina. Tampoco fue una bomba biológica; fue una bomba de explosión, y algo magnífico.

Alcanzaron la nave que arrojó la bomba, también. Un cohete de aproximación con una carga atómica la golpeó oblicuamente. Esto ocurrió, de modo espectacular, sobre el lago Michigan. La nave, o lo que quedaba de ella, se destrozó cerca de Minsk.

La presencia de la nave se advirtió gracias a una urgente explicación del doctor Simmons. No se la había visto, pero el 6 de diciembre la había registrado el radar, cuando daba dos vueltas a la Tierra. Era evidente que la nave disponía de un sistema de autopropulsión. Simmons calculó su órbita, sabiendo que aquella velocidad no podía alterar su curso apreciablemente en las pocas horas en que tendría que pasar una y otra vez sobre un punto dado. El cohete de proximidad fue lanzado de acuerdo con esos cálculos, y sin detección previa. Infortunadamente, en camino hacia su cita con la fisión, la nave dejó caer su bomba.

Y cuando esto ocurrió, el mundo se recogió en sí mismo como... como... ¿Vieron alguna vez a un gato que duerme, estirado, y de pronto despierta por algún sonido, un movimiento? No ha movido un músculo, pero ya no descansa,

ya no duerme. Tiene ahora la actitud de un animal agazapado, y no soñoliento; basta verle la forma de los ojos. Así hizo el mundo.

-Pero nadie se puso a arrojar bombas.

—Cálmate, recluta.

—Cálmate, dice —se enojó el coronel—. Esto es... esto es...

La voz se le apagó en un farfalleo.

—Ya sé, ya sé —dijo el doctor Simmons tratando de no sonreír—. Has imaginado e imaginado, leyendo toda clase de cosas fantásticas, ocultándote tu incredulidad y haciendo planes como si esas cosas pudiesen ocurrir. Te has preparado para todas las posibilidades estadísticas, y algunas más. Y tuvo que empezar así.

—Todos saben que Japón es campo neutral y lo será siempre. ¡No tiene sentido! —gimió el coronel—. La bomba ni siquiera cayó en una ciudad, ¡ni siquiera en un depósito! Sólo golpeó la cima de una montaña en la región de Makabe en Honshu. No hay una maldita cosa allí.

—Yo diría que no hay nada allí ahora. —El doctor rió entre dientes. — Deja de decirme cómo te sientes y oigamos lo que sabes. ¿Rastrearon la bomba?

— ¡Claro que sí! La seguimos con el radar, todo el tiempo. Salió de esa nave, no hay duda. Músculos, esa bomba era algo insignificante. Poco más de ciento veinte kilos. Pero qué explosión.

—Leí las noticias. Y conozco el informe de los sismógrafos. Les costó registrar la bomba de Hiroshima. Pero no hubo dificultad con ésta. Setecientas cuarenta veces más poderosa.

—Oficialmente —dijo el coronel— bastante más de novecientas veces.

—Bueno, bueno —dijo el doctor Simmons con el tono de un aficionado a las orquídeas que descubre unas manchas rojas en un nuevo híbrido—. Disrupción, ¿eh?

—Disrupción, y cómo —continuó el coronel—. Mira, Músculos. Nosotros también tenemos bombas de disrupción, ya lo sabes. Pero al estallar liberan la mayor parte de su material antes que pueda ser efectivo, lo mismo que las bombas de fisión, y mucho más. Comparadas con las bombas actuales, las de la guerra pasada parecerían húmedos fuegos de artificio. Las superamos en un cuatrocientos por ciento. Me parecía que era bastante, pero esto... De cualquier modo, Músculos, no lo entiendo. ¿Quién la arrojó? ¿Por qué? Imagina cómo nos sentiríamos si un huevo semejante hubiese caído en alguno de nuestros centros. Ninguna potencia en la tierra puede ser tan descuidada. No acertar, quiero decir. Por otra parte, no podemos asegurar que no haya sido una jugada disparatada de alguno de nuestros aliados. En fin, ya lo sabes todo, y no sabes nada, lo sabes por anticipado y lo sabes demasiado tarde.

—Caramba, caramba —dijo suavemente el doctor Simmons—. ¿Y la nave?

—La nave —repitió el coronel, y se le enrojecieron otra vez las mejillas—. No puedo creer en esa nave. ¿Quién la construyó? ¿Dónde? Tenemos vigilados todos los sitios que valga la pena vigilar. Músculos, de acuerdo con el radar esa nave tenía quinientos metros de largo.

— ¿Alguien la fotografió?

—No, aparentemente. Quiero decir que muchas cámaras dirigidas por radar apuntaron a la nave, pero en las películas sólo se vio un borrón.

— ¿Cómo sabes entonces que era tan grande? Es posible presentar una pantalla al radar. No sé cómo, pero esto podía ser camuflaje de alguna

especie.

—Eso pensamos al principio. Hasta que vimos el agujero que hizo en el suelo al caer. ¡La nave era grande!

— ¿Vimos? Entiendo que los rusos rodearon el área y amenazaron con bombardeos en masa si alguien se acercaba a olfatear.

—Algo llamado Ojo-Espía—dijo el coronel—, con un lente telescópico...

—Oh —dijo el físico—. Bueno, ¿cuánto quedó de la nave?

—No mucho. Estalló cuando le acertamos, naturalmente. En apariencia la mayor parte se evaporó sobre Michigan. El Ojo-Espía vio sin embargo que desenterraban algo.

—Cómo me gustaría tener ese pedazo —dijo con nostalgia el doctor Simmons—. Un análisis cualitativo mostraría pronto de dónde ha venido.

—No lo tendremos —dijo el coronel enfáticamente—. No sin la cooperación de los rusos, de todos modos.

— ¿Eso podría ocurrir?

— ¡Ciertamente no! ¡No son estúpidos! Miden bien el valor de todas las jugadas. Si averiguan de dónde vino, y nosotros no..., un punto para ellos en la guerra de nervios. Si la muestra carece para ellos de valor, no lo podemos saber hasta investigarla... y desearíamos investigarla. Así que se guardarán la muestra para arrancarnos alguna concesión. De todos modos nos costará caro.

—Leroy —dijo el físico lentamente—, ¿has oído hablar de las llamadas señales de las bandas Jansky?

—Ya sé adonde vas —gruñó el coronel—. La respuesta es no. Realmente no. No es una nave del espacio exterior. Registramos esas señales meses atrás, y hasta apuntamos con el telescopio de doscientas pulgadas y toda una batería de detectores. La señal aumentó, pero no vimos nada.

—Uh. Y cuando llegó no pudieron fotografiarla.

—No... Oh. ¡Oh, oh!

—Bueno, tú mismo dijiste que si la hubiesen construido en algún sitio de la tierra, tú lo sabrías.

—Tu teléfono —jadeó el coronel—. Quiero saber algo más de esas señales Jansky.

Corrió a un rincón del cuarto.

—Callaron —dijo el doctor—. Sí, Leroy. Las seguí todo el tiempo. Se interrumpieron cuando bombardeamos la nave.

— ¿Se... se interrumpieron?

—Sí.

—Bueno... eso termina el asunto, ¿no? Aunque fuera algo del espacio...

—Pero —continuó el doctor Simmons— ahora que limpiamos la banda Jansky es posible oír nuevos sonidos.

—Nuevos...

—Tres grupos. Por la amplitud, juzgo que estarán aquí dentro de dos, tres y cinco meses, respectivamente. —El coronel abrió la boca. — Me parece —añadió el doctor Simmons— que se acercan con más rapidez que el primero.

— ¡No puede ser! —aulló el coronel—. ¿No tenemos bastante que vigilar sin tener que ser al mismo tiempo Buck Rogers? ¡No podemos librar nuestra guerra terrestre y luchar a la vez contra esos invasores!

—Vamos —dijo el doctor Simmons suavemente—, ¿por qué no tratarlo en el Consejo, Leroy? Están preparados para todo. Así me dijiste.

El coronel lo miró furioso.

—No es hora de bromas, Músculos —gruñó—. ¿Qué crees que va a ocurrir?
El hombre de ciencia pensó un rato.

—Bueno, ¿qué ocurriría si enviases, digamos, un avión a investigar una isla? El avión da una o dos vueltas y luego sin aviso lo echan abajo. ¿Qué harías?

—Enviar una escuadrilla y bombardear...

El coronel calló.

—Sí, Leroy.

—Pero... ¡ellos arrojaron la bomba primero!

— ¿Cómo sabes qué pretendieron? Digámoslo de otro modo. Te paseas por los bosques y tropiezas con un montículo de tierra seca. Te preguntas qué será. Hundes una vara en el montículo. —El doctor se encogió de hombros. — Quizá sea un hormiguero. Me parece que una bomba atómica sería un método excelente para investigar, rápidamente, la composición de un planeta extraño. La disrupción provoca todo un espectro, ya sabes. Sacas las radiaciones que podrías esperar de tu bomba y obtienes con el resto un buen análisis espectral del objetivo.

—Pero debían saber que el planeta estaba habitado. ¿Qué derecho tenían a arrojar esa bomba?

— ¿Causó algún daño?

El coronel guardó silencio.

—Y sin embargo echamos abajo la nave. Leroy, no puedes esperar que eso les guste.

El soldado alzó de pronto los ojos y miró a su hermano.

—Fue tuya la idea de derribarla.

— ¡De ningún modo! —exclamó el doctor Simmons—. Me preguntaron cómo podían hacerlo, y yo respondí. Nada más. Alguien de tu Consejo dio la orden.

—Hizo un ademán de impaciencia. — Esto es asunto aparte, Leroy. No podemos salir de nuestras cavernas en el nuevo mundo feliz de la posguerra y contentarnos con culpar a unos o a otros. En este momento el problema es qué haremos cuando llegue el próximo contingente. Es probable que vengan cargados. La nave como tú dijiste era grande, y arrojó una bomba pequeña. Puedes imaginar qué pasará si tres naves arrojan algunas cuantas bombas como ésa, mil digamos.

—Trescientas bastarían para que este planeta se pareciera a la luna —dijo el coronel, muy pálido.

—Recuerdo una conferencia que escuché hace un tiempo —dijo el doctor—. El conferenciante era un hombre llamado doctor Szilard. Alguien le preguntó si había alguna defensa contra la bomba atómica. Szilard se rió y dijo: «Ciertamente. Los japoneses la descubrieron en ocho días».

— ¿Una defensa? Oh, se rindieron.

—Eso es. Así impides que caigan las bombas.

— ¿Cómo te rindes a una fuerza con la que no es posible comunicarse?

—Quizá podamos comunicarnos. Pero desde su punto de vista nosotros atacamos primero, y ahora probablemente ellos atacarán en seguida y hablarán después. Tú harías lo mismo.

—Sí —admitió el coronel—. Yo haría lo mismo. Lo que debe hacerse, Músculos, es organizar alguna defensa,

— ¿En el estado en que se halla el mundo? No seas tonto. Habría una posibilidad si todos creyeran, si todas las naciones cooperasen. Pero si nadie confía en nadie...

El coronel corrió hacia la puerta.

—Haremos lo que podamos. Hasta luego, Músculos. Nos comunicaremos contigo... ¿Por qué diablos te ríes?

—No me hagas caso, por favor —dijo el doctor Simmons, riendo entre dientes—. No es nada.

—Cuéntame qué es esa nada, así podré trabajar con la mente serena—dijo el coronel, irritado.

—Bueno, he esperado tanto tiempo la catástrofe atómica que he suprimido en mí todas las emociones, menos una. He sentido miedo, hasta terror. He estado enojado. He estado disgustado. Y... es divertido. Es divertido por todo lo que habíais preparado, planeado. Y mira ahora. Patos que esconden la cabeza. Un enemigo que no se puede imaginar, pesar, engañar, asustar. Era inevitable; ahora hasta un soldado puede entenderlo.

—Muy divertido —gruñó el coronel calándose el sombrero—. De otro mundo.

— ¡Eh! —gritó el físico—. ¡Muy bien, te felicito!

Riéndose, entró en el laboratorio del fondo, el laboratorio donde no había entrado ningún otro.

El próximo contacto fue telefónico. Había pasado demasiado tiempo; por lo menos al doctor Simmons le parecía demasiado tiempo. Luego de haberse decidido a llamar a su hermano, se le ocurrió que no sabía cómo llegar a él, así que llamó al Departamento de Guerra, en Washington. Tardó dos minutos y cuarenta segundos en encontrarlo. El doctor oyó al operador de Washington, al operador de Chicago, al operador de Denver, al operador de Gunnison, al operador móvil de Gunnison, y a un teniente de operaciones que habló de prioridades. El doctor Simmons alzó las cejas y nunca olvidó el incidente. —Hola, Músculos.

—Hola, Leroy. Escucha. ¿Qué hay de aquellos restos? Me gustaría analizarlos.

— ¡Los malditos! —dijo el coronel acaloradamente—. Hicieron una proposición. La rechacé. El Consejo me apoyó.

—¿Qué proposición era ésa?

—No enviarán una muestra. Dijeron que si teníamos a alguien capaz de hacer un análisis completo lo mandáramos a Rusia.

—¡Aja! La montaña va a Mahoma, eh? ¿Por qué rehusaste?

— ¡No seas tonto! Hay quizá media docena de hombres en este país que podrían hacer un análisis realmente exhaustivo, y llegar a una conclusión clara. Y de cinco de ellos no podemos estar seguros.

—Enviad al otro entonces.

—Ése eres tú, mono sabio. No vamos a correr ese riesgo.

— ¿Por qué no?

—Podrían utilizarte, Músculos.

—Yo no podría utilizar nada de ellos.

—No se trata de eso —aseguró el coronel—. Pero disponen de ciertas técnicas...

—Deja los dramatismos de lado, Leroy. Ésta no es una película de segunda categoría. Y no hay tiempo que perder. No tenemos quizá más de seis semanas.

Hubo un silencio.

— ¿No más de seis semanas? —preguntó luego el coronel.

—Así es —dijo el doctor—. Te diré qué podemos hacer. Arregla las cosas para que pueda trasladarme en seguida a Minsk, y hacer el análisis. Lo peor que puede ocurrir es enterarnos de qué estaba hecha la nave y que esa gente está muy adelantada. Pero también podemos encontrar una defensa. Dile a los rusos que mi trabajo no tendrá secretos. Pueden poner cuantos observadores quieran, y yo compartiré totalmente con ellos mis descubrimientos.

— ¡No puedes hacer eso! ¡Eso es justamente lo que deseamos evitar!

Esta vez calló el físico. Qué te parece, pensó. El Consejo se aferró, a la esperanza de que el invasor haga ese sucio trabajo que iban a hacer ellos. Piensa que encontraremos una defensa, y que no la encontrará ningún otro. Al fin, dijo lenta y cuidadosamente como si le hablase a un niño:

—Leroy, escucha. Deseo tanto como tú hacer algo. Pienso que puedo hacerlo. Pero lo haré a mi modo, o no lo haré. ¿Está claro? Estoy más resignado que tú. Quizá piense que merecemos esto... ¿Estás ahí?

—Sí. —El doctor supo que su hermano hacía una pausa para humedecerse nerviosamente los labios. — ¿Crees realmente que puedes sacar algo de valor de ese análisis?

—Casi con seguridad.

—Hablaré con el Consejo, Músculos. , .

—Sí, Leroy.

—No te hagas el místico con nosotros, ¿eh?

—Habla con el Consejo —dijo el doctor Simmons, y colgó.

El doctor fue a Rusia.

El coronel se encontró con él dos semanas más tarde, en el aeropuerto de West Coast. El caza desarmado y la numerosa escolta que lo había acompañado desde Eniwetok se deslizaron por la pista de aterrizaje. El coronel esperaba con un avión biplaza. El doctor Simmons, desmedidamente contento, rehusó una comida dijo que salía en seguida para sus laboratorios. El coronel quería que informase antes al Consejo, pero el doctor sonrió y sacudió la cabeza y el coronel conocía bien esa sonrisa para iniciar una discusión.

Cuando alcanzaron la altura necesaria, y el coronel regularizó la velocidad del aparato por debajo de la barrera del sonido, y tuvieron la compañía de los susurrantes chorros propulsores, más que la competencia de los chorros de ascenso, los dos hombres hablaron. —¿Cómo te fue, Músculos? —Me invitaron a un baile. Magnífico. El coronel le lanzó una dura mirada. No está de acuerdo, pensó el doctor. La guerra es algo torvo. Se parece a los negocios y es un sacrilegio que alguien disfrute con el negocio de la guerra.

—Parecían algo quisquillosos al principio. Actuaban como si yo llevase una bomba A en el bolsillo del chaleco. Entonces me encontré con Iggy.

—Sí. Podría recitar el nombre completo si me esforzase, pero me dolería la mandíbula. Acostumbrábamos a beber juntos jerez prohibido en la Universidad de Virginia. Discutíamos todas las verdades del cosmos. Era un excelente compañero. Recuerdo que una vez Iggy decidió que la regla que prohibía la presencia de mujeres en el dormitorio era insensata. Hizo subir una...

— ¿Qué pasó en Minsk? —preguntó el coronel fríamente.

—Oh. Minsk. Bueno, Iggy recorrió un largo camino desde aquellos días. Se especializó en aerodinámica, y luego se cansó. Se entretuvo durante años con la física nuclear como hobby, y durante la segunda guerra mundial se destacó

realmente en ese campo. Claro, cuando esa nave cayó en Minsk lo llamaron en seguida.

— ¿Por qué «claro»?

—Bueno, el fragmento conservaba bastante su forma. Esto era aerodinámica. Y estaba caliente, realmente caliente. Esto era física nuclear. Iggy fue una gran ayuda. De acuerdo con sus extrapolaciones, por otra parte, tu radar tenía razón. Si era parte de un casco, como probablemente lo era, y si ese casco seguía una línea curva aproximadamente continua, entonces la nave debía de haber tenido unos quinientos metros de largo, con un diámetro máximo de unos ciento treinta metros. Una pieza notable.

—No puedo decir que eso me haga feliz. Adelante.

—Bueno, las autoridades esperaban aparentemente que yo oliera el fragmento, lo gustara y le diera un nombre comercial. Hubo algunas presiones para que no me acercase a los equipos de prueba. Entonces apareció Iggy. Disculpó mi falta de previsión, pues podía haberme llevado allá mi betatrón y algunos aparatos destiladores. Los otros entendieron y me metieron en el laboratorio. Tienen algunas cosas formidables.

El doctor sacudió la cabeza apreciativamente.

— ¿Algo que nosotros no tenemos? —preguntó ansioso el coronel—. ¿Podríamos duplicar algo? ¿Dónde está ese lugar? ¿Viste algunas defensas?

—Tienen muchas cosas —dijo el doctor gravemente—. ¿Quieres que termine? ¿Sí? Bueno. Volatilizamos algunos trozos, y los destilamos. Los sometimos a reactivos y reductores y análisis de tensiones y pruebas cristalográficas. Los metimos en campos magnéticos y probamos la resistencia y conductividad. Obtuvimos muchos números.

El doctor se rió. El coronel lo miró otra vez con impaciencia.

—Bueno, ¿qué era eso?

—No tiene nombre, todavía. Iggy quería llamarlo nichevita, en otras palabras, «no importa». Leroy, parece duraluminio, pero es más duro y resistente. Se oxida con mucha facilidad. Es un metal, pero de conductividad tan baja que parece porcelana. Tiene algunos isótopos pesados de aluminio, y cobre liviano, y no es una aleación. Es un compuesto. Un compuesto químico, muy estable, con sólo elementos de valencia positiva. Es más fuerte que cualquier acero, y capaz de soportar temperaturas tan altas que puedes olvidarte de la temperatura. La bomba atómica lo partió, no lo fundió. Lo volatilizamos sólo pulverizándolo y oxidándolo en un horno eléctrico, y sustrayendo luego el oxígeno de nuestros cálculos. Nos acercó así bastante a nuestra meta. Algo es indudable: ese material no procede de ningún lugar terrestre. Iggy juró que el material era de origen extrasolar. Están diciéndolo en toda Rusia ahora. Mejor así- Estaban dispuestos a calificarlo como un truco yanqui.

—Oí algunas radios —dijo el coronel—. Yo esperaba que pudiéramos reservarnos esa información.

—No seas niño —dijo el físico, con una brusquedad poco habitual—. No estamos de maniobras, hijo. Una y otra vez alguien le dijo al mundo que despertara a la realidad. El mundo despertará esta vez. Ya no podrán mantenerlo dormido. Ha ido demasiado lejos.

La amenaza exterior apareció al fin en los periódicos, pero sólo luego de largas y preocupadas conferencias en las oficinas de los gobiernos y ejércitos de todo el mundo. El simple hecho de que el mundo trabajaría unido o correría el

peligro de desaparecer hizo al principio tanta impresión como otras veces: muy poca. No era bastante acabar con la desconfianza. No al principio.

Pero los más duros cedieron al fin, gradualmente y con recelos, e informaron a la gente de la amenaza. Hubo poco pánico —los controles eran muy rigurosos—, pero luego de los primeros excitados estremecimientos se alzó una voz unánime que exigía planes de acción y que era imposible dejar de lado.

Las radios transmitían con intervalos de una hora las señales de la banda Jansky. Como había predicho el doctor Simmons había tres grupos, y se hizo cada vez más evidente que las tres fuentes venían en formación V, y muy rápidamente, más rápidamente que la primera.

—Acabarán con nosotros —dijo el coronel Simmons—. No habrá vueltas a la Tierra esta vez. Tomarán posiciones equidistantes alrededor del planeta, fuera de nuestro alcance, y nos bombardearán a su gusto.

—Creo que tienes razón —dijo su hermano—. Bueno, hay dos tipos de defensa. No valen mucho, pero no tenemos nada mejor. Una es tecnológica, por supuesto.

No sé exactamente qué camino deberíamos tomar. Podríamos construir naves y atacarlos en el espacio. Podríamos también inventar alguna especie de coraza contra las bombas, o lo que usen contra nosotros. Y podríamos fabricar torpedos automáticos que buscarían las naves, sin olvidar que nosotros mismos podemos salir pronto al espacio, y no queremos ser víctimas de nuestras propias armas. — ¿Qué otra defensa hay?

—Sociológica. En primer lugar, deberíamos descentralizarnos de un modo hasta hoy imposible. En segundo lugar, unir todos nuestros cerebros y recursos físicos. Ninguna nación puede rehusarse a pagar la cuenta; ninguna nación puede correr el riesgo de rechazar a un sabio extranjero, capaz de ayudar al mundo. Leroy, ¡deja esas muecas! Parece como si fueras a llorar. Sé lo que te molesta. Esto parece el fin del militarismo profesional. Bueno, lo es, en el sentido nacional al menos. Pero tienes un enemigo mayor que todos los anteriores, y uno que merece todos los esfuerzos humanos. Tú y tu Consejo habéis elaborado planes que parecían muy amplios, pero que no lo eran, pues se aplicaban a un campo demasiado pequeño. Pero ahora podéis luchar por algo de valor. Ahora vuestros planes pueden ser planetarios, galácticos, cósmicos si queréis. No te ates al pasado, recluta. De ese modo nunca dejarás un mundo minúsculo.

—Esto es todo un discurso —dijo el coronel—. Me... me gustaría discutirlo. Si admito que tienes razón, debo admitir también que no hay solución posible. No creo que el mundo comprenda la necesidad de cooperar sino cuando sea demasiado tarde.

—Quizá comprenda. Quizá. Recuerdo una vez que hablé con un soldado que había estado en la primera guerra. En su estante de herramientas guardaba una palita de trinchera de unos cuarenta centímetros de largo, una pieza de equipo bastante insignificante. La vi, y le pregunté qué podía significar para un soldado. Se rió y me contó que cuando enviaban un escuadrón a la tierra de nadie a cavar una trinchera, los hombres charlaban y rascaban y arañaban la tierra desgánadamente. Pero cuando llegaban las primeras balas enemigas, tomaban las palitas y se fundían con el suelo. —El doctor se rió. — Quizás ocurra algo parecido. ¿Quién sabe? De todos modos, haz lo que puedas, Leroy.

—Tienes el más raro sentido del humor —gruñó el coronel, y se fue.

Llegaron.

El primero fue sólo una forma contra las estrellas. Podía oírse como el aliento de un monstruo en un rincón oscuro: wsh-h-h-t wsh-h-h-t wsh-h-h-t, en la banda de sesenta megaciclos, donde antes sólo se habían oído los siseos sin significado de los ruidos Jansky. Pero no se lo podía ver. No realmente. Era sólo una forma. Un borrón. No reflejaba muy bien las ondas de radar; la respuesta era poco clara, pero indicaba que la nave tenía el tamaño y la forma del misterioso bombardero que había lanzado el primer golpe, terrible e inocuo. El mundo enloqueció, pero con una locura dirigida. Con la aparición del Extraño concluyeron todas las charlas sobre las posibles defensas. No era hora de discutir prioridades.

Un hombre de ciencia del instituto Curie anunció la fisión de metales livianos. Un húngaro anunció un elemento artificial de una densidad hasta entonces inconcebible, que podía moldearse en cámaras de fisión, haciendo posible el esperado motor atómico reducido. Un hombre de ciencia ruso puso el pie sobre lo que parecía ser el umbral de la antigravedad y lanzó un grito que convocó un congreso de grandes cerebros en Denver, con hombres de todo el mundo. Estaba equivocado, pero era un valioso precedente. Se estableció una Organización del Comercio Mundial con control de materias primas y artículos manufacturados. El control fue tan completo que las tarifas se suspendieron in toto, y como era realmente eficiente medir a todos con la misma vara, se los midió de tal modo que las objeciones procedían por definición de los intereses personales. Minerales rusos empezaron a aparecer en fundiciones británicas, y el carbón del Sarre era descargado en los hornos de Birmingham. Hubo algo más importante: una verdadera fuerza de policía internacional que apenas tenía trabajo. Sus miembros iban de un lado a otro libremente, vigilando todo aquello que podía retrasar la producción mundial. La injusticia, la alimentación pobre, la mala vivienda, los bajos salarios pertenecían a esta categoría, y eran males rápidamente subsanados.

La propaganda se unificó y se centró en boletines diarios acerca de los Extraños. Todas las estaciones de radio de la tierra incluyeron en sus señales el triple y terrible siseo.

Y el Extraño seguía arriba, esperando a sus cohortes.

—Es un expediente provisional —dijo el doctor Simmons—, pero resultará, sí.

El coronel dio un paso al costado y miró la plataforma donde descansaba un objeto de unos doce metros de largo, que parecía un submarino en miniatura.

— ¿Un satélite, dices?

—Aja. Cargado de orientadores y pequeños cohetes atómicos. Vigilará continuamente el tránsito del Extraño, y enviará la información a estaciones monitoras en la tierra. Si una de las naves dispara un torpedo, será detectado en seguida, y el satélite lanzará un cohete interceptor. Si la bomba o torpedo se desvía, el cohete lo seguirá. Mientras tanto interceptores mayores pueden remontar vuelo desde tierra. Si un torpedo se acerca al satélite, será éste quien se desviará entonces. Si el arma se acerca demasiado, el satélite explotará violentamente, destruyendo el torpedo. Planeamos instalar tres capas de estas cosas, nueve en cada estrato, veintisiete en total, bastante espaciadas para

mantener una vigilancia constante en todas direcciones.

—Satélites, ¿eh? Músculos, si somos capaces de esto, ¿por qué no salir al espacio y atacar directamente las naves?

El físico contó las razones con sus dedos.

—Primero, porque si piensan rodearnos, como parece, no necesitarán acercarse más que la nave actual, que por ahora no está a nuestro alcance. Podemos asumir que sus naves, sí no sus bombas, estarán protegidas contra los cohetes de proximidad. Probaremos, por supuesto, pero yo no tendría muchas esperanzas. Segundo, no tenemos aún un combustible bastante eficiente para maniobras de alta velocidad sin mortales aceleraciones, así que nuestras posibilidades de enviar cohetes tripulados al combate son hasta hoy nulas.

El coronel miró con admiración el satélite y el enjambre de técnicos que giraba alrededor.

—Yo sabía que nosotros llegaríamos a algo.

El hermano le lanzó una mirada zumbona.

—No sé si comprendes realmente la magnitud de ese «nosotros». El casco del satélite es acero sueco. La propulsión es una adaptación alemana del motor de fisión húngaro. Los circuitos de radio son norteamericanos, excepto el relevador, que es ruso. Y estos técnicos... Nunca vi una manada semejante. Davis, Li San, Abdallah, Schechter, O'Shaugnessy —viene de Bolivia y sólo habla español—, Yokamatsu, Willet, Van Cleve. Todos estos hombres, todos estos diseños y materiales, y todo el dinero que se gasta en estos satélites han sido reunidos en sitios de todo el mundo, en las últimas semanas. En la segunda guerra mundial hubo milagros de producción, Leroy, pero nada que se comparase a esto.

El coronel sacudió la cabeza, deslumbrada.

—Nunca pensé que lo vería.

—Verás aún cosas más raras —dijo el hombre de ciencia animadamente—. Bueno, tengo que volver al trabajo.

Aquella misma semana llegó la segunda nave. Se detuvo en el sur celeste, no en completa oposición con su compañera, y se quedó allí, esperando. Si hubo conversaciones entre las dos naves, ningún receptor pudo detectarlas. La nave era del mismo tamaño aparente, y causaba el mismo asombroso efecto en el radar y las películas fotográficas que sus predecesoras.

En Pakistán un planeador remontó vuelo desde un oscuro aeródromo, subió siete mil metros, y descendió lentamente. El dispositivo que lo dirigía desde tierra perdió contacto con él un momento, mientras la máquina desaparecía detrás de una loma. Hubo una consecuente falta de energía, y cuando el aparato reapareció, había perdido demasiada altura. La dirección del viento indicaba que debía subir ahora hacia el norte, y la onda del control remoto tocó brevemente la antena de un radioaficionado llamado Ben Alí Ra. El equipo de Ben Alí Ra estalló en pedazos, cubriendo el interior de la casa con manchas y salpicaduras de metal, cerámica y vidrio fundido. Afortunadamente para él, y la humanidad, estaba en ese instante en la habitación de al lado, y sólo sufrió una quemadura en el muslo, donde lo golpeó el fragmento de una bobina.

Ésta fue la primera emergencia práctica de la energía radiada.

Ben Alí conocía los experimentos del aeródromo cercano, habiendo captado por radio algunas conversaciones. Conocía también ciertos propósitos y actitu-

des de las autoridades locales. Dejó la región aquella noche, a pie, arrastrando la pierna lastimada, sabiendo que si lo capturaban lo matarían, sabiendo que de cualquier modo le confiscarían los bienes. La historia de su huida se difundió rápidamente; sin embargo, Ben Alí llegó a Benarés y alcanzó a advertir a la Policía Internacional.

Las ondas de radio no eran realmente una amenaza. Tenía que pasar mucho tiempo antes que fuese posible usarlas sin que cualquier altavoz en un radio de kilómetros las denunciase a gritos. Lo que llevó a la PI a aquella aislada pero autónoma mancha en el mapa, fue la acusación de que los inventores pretendían ocultar el invento. El embargo del aparato y todos sus planos por la Organización de Defensa Interplanetaria fue un notable precedente legal, y trajo una nueva definición de «dominio eminente». Desde entonces, cuando se pedía a los gobiernos locales alguna noticia que podía servir a la defensa, no había dilaciones. La PI investigaba, confiscaba y enviaba los aparatos en cuestión a la Organización de Defensa Interplanetaria, actuando directamente y pagando justamente a todas las partes interesadas. Así se dio otro importante paso hacia la desaparición de las fronteras nacionales.

Dos semanas después de la llegada de la tercera nave —excluyendo la que había sido derribada— entraba en órbita el último de los veintisiete satélites, y el mundo respiró por primera vez con tranquilidad desde los comienzos del Ataque, como se lo llamaba ahora.

Gracias a la alta eficiencia de los circuitos y materiales, la instalación electrónica de los satélites apenas consumía combustible. Recorrían sus órbitas sin energía, excepto alguna automática rectificación del curso. Podían operar sin ser atendidos durante años. Se asumía que cuando necesitaran esa atención, la astronavegación se habría desarrollado hasta un punto tal que sería posible llevarles combustible en naves gobernadas por hombres. Si la tecnología no solucionaba el problema, las silenciosas máquinas poco daño podían causar; cuando al fin dejaran sus arbitrarias órbitas y bajaran en espiral a hacerse pedazos, habrían pasado tantos años que el problema era por ahora meramente académico.

Y aun antes que se lanzara el vigésimo séptimo satélite, las fábricas preparaban ya un proyecto largamente soñado: la estación del espacio que giraría alrededor de la tierra, en una órbita bastante baja. Allí llegarían luego cohetes tripulados por hombres, naves que descansarían y cargarían combustible y saldrían otra vez al espacio sin el terrible impedimento de la gravedad terrestre.

El tercer Extraño ocupó su posición en el espacio, como había profetizado el doctor Simmons, equidistante de los otros, con la oscilante Tierra en el centro. Como los otros dos, anunció su llegada sólo con un sonido más intenso en la banda de sesenta megaciclos. El radar no pudo localizarlo hasta que, de pronto, se reveló como una tercera mancha sobre las estrellas distantes, una tercera forma indeterminada en las pantallas de unos quinientos metros de largo.

El Consejo de Estrategia estaba ocupado otra vez, felizmente, casi con alegría. Los viejos trabajos acerca de la posible conducta humana parecían ahora insignificantes comparados con las posibles formas del Ataque. Había otra diferencia mayor, también: el Consejo trabajaba ahora a la vista de todo el mundo. Inundaba el planeta con advertencias, consejos y noticias, muchas de ellas sin más fundamento que la fantasía de algún escritor de ciencia ficción del

pasado, más la ley de probabilidades. Aunque la lógica indicaba que los primeros golpes vendrían como proyectiles autoguiados, se estudiaban miles de otras posibilidades. Rayos espías, por ejemplo; se pedía a los aficionados de radio que vigilaran las frecuencias más insólitas; se hablaba de amplificadores telepáticos; se buscaban en los manicomios señales de cambios radicales en la conducta de los insanos. Se pidió a los críticos de literatura que estudiaran las corrientes donde asomaban contenidos inhumanos. Se analizaba del mismo modo la música, y las artes gráficas. Los granjeros y cuidadores de bosques debían vigilar las formas vegetales, particularmente las predatorias o prensiles, y las plantas que podían servir como drogas. Boquiabiertos sociólogos eran arrancados de su trabajo y devueltos inmediatamente a él con orden de extrapolar cualquier mal que pudiese surgir de aquel planeta unificado, lógico y funcional. Pero sólo los nacionalistas denunciaban algún mal, y... bueno, estaban pasados de moda.

Las bombas vinieron un mes después de que la tercera nave ocupara su puesto en los cielos.

El mundo entero alzó los ojos. Todo se detuvo. Las pantallas de televisión exhibieron pantallas de radar y transmitieron la restallante voz del relator de la Central de Defensa Interplanetaria, en Ginebra, que al fin había recuperado su posición de centro mundial.

Las imágenes mostraron a las naves A, B y C en rápida sucesión. Tan bien sincronizada estaba la acción que podían haberse superpuesto las tres imágenes y hubieran parecido una sola. Cada una de las naves lanzó dos bombas; de las dos, una se dirigió perezosamente hacia la Tierra, y la otra quedó suspendida en el aire.

—Fuera del alcance de los satélites —dijo el relator—. Tenemos que esperar. Los satélites detectarán las bombas a unos trescientos kilómetros, y lanzarán entonces sus interceptores. Los cohetes terrestres ya están apuntando.

Pasaron cuarenta minutos. Los vecinos llamaban a los vecinos; anuncios luminosos en las calles comunicaban las temidas noticias. Coches y trenes se detenían mientras pasajeros y peatones miraban las pantallas de televisión. Era una susurrante tensión, que cubría el mundo.

— ¡Flash! El satélite 24 ha lanzado un interceptor. Un momento, quizá podamos registrar el proyectil... Un momento por favor... ¿Algo del monitor 24b, Jim? ¿En comunicación? Adelante... Señoras y señores, un minuto de paciencia, estamos fotografiando la pantalla de radar del monitor 24b, en Lhasa. Un minuto solamente... Aquí están.

Borrosas al principio, luego más claras, llegaron las imágenes de Lhasa. La estación monitorea seguía al satélite 24 de horizonte a horizonte, como las otras dos estaciones de San Francisco y Madrid. La imagen mostró las líneas familiares del satélite. De pronto un tubo corto y grueso asomó en el casco. Cuando alcanzó unos dos metros y medio de largo, describió un arco de cuarenta grados sobre su base esférica articulada. Del extremo surgió un pequeño cilindro; hubo una breve llama de cohetes.

—El interceptor —aclaró el relator innecesariamente.

La escena pasó a la estación interceptora terrestre de White Sands. Un enorme cohete se elevó con engañosa lentitud, se balanceó sobre una alta columna de llamas, y se perdió en el cielo.

En seguida una escena notablemente similar fue transmitida desde las estaciones monitoras 22c y 25a, cuando los satélites detectaron las bombas de las naves B y C. Tan pronto como pudieron preparar los engranajes de detección, White Sands envió al espacio otros dos cohetes gigantes.

Luego de unas interminables cuatro horas, llegó la imagen que sería para siempre todo un hito en el mundo de las noticias: una imagen recogida por la diminuta cámara de televisión del interceptor del satélite 24.

La cámara apuntó a la bomba del Extraño y ya no la perdió. La bomba, al principio sólo una manchita, aumentó de tamaño de un modo alarmante. Era un cilindro perfecto, visto en perspectiva. No había en ella nada de aerodinámico. Era de una superficie irregular, excepto un raro extremo borroso, como si no estuviese bien enfocada. Era en verdad como un fragmento de la sustancia misma de las naves.

La imagen creció. Llenó la pantalla...

Y de pronto no hubo nada.

Pero todas las cámaras de Europa recogieron y transmitieron la imagen de aquella pavorosa explosión. Silenciosamente, una bola de luz apareció en el cielo, expandiéndose, con unas llamas que abarcaban todo el espectro, y abriéndose en un círculo de rayos azules y plateados. Duró quince segundos, creciendo en tamaño y brillo, antes que comenzara a apagarse, y durante un minuto fue un acuoso fantasma de sí mismo. Algunos azarosos enjambres de manchas de radiación recorrieron luego las pantallas, y las imágenes se desvanecieron.

El mundo entero estalló en un concertado grito de alegría. En docenas de lenguaje y dialectos, el orgulloso y triunfante sonido se alzó al cielo como un rugido. ¡Destruimos una! Y las campanas y las sirenas recogieron el grito, asustando a pájaros soñolientos, enviando cocodrilos al agua orillas abajo, despertando a niños en todo el mundo. Era como si se celebraran mil Años Nuevos simultáneamente. Lo que ocurrió en seguida fue rápido. Un cohete de White Sands alcanzó la segunda bomba. Por alguna razón no hubo explosión atómica. Quizá fallaron los engranajes de proximidad. Quizás el cohete fue neutralizado, aunque eso parecía imposible, ya que los dispositivos detectores obviamente habían funcionado bien. No fue, en fin, tan espectacular como la primera intercepción, pero sí igualmente efectiva. El impacto, cuando el enorme cohete chocó con la menuda bomba, pulverizó a ambos.

La tercera bomba esquivó a su satélite interceptor, el interceptor de White Sands, y la segunda capa de satélites. Se observó que cuando los radares de cada una de las defensas terrestres detectaban la bomba, ésta parecía envuelta en el campo borroso y fulgurante de las naves. Aparentemente, este campo confundía al radar; era como si el radar lo detectara, pero no supiera qué hacer con él.

—El mismo problema de hace un año —comentó concisamente el doctor Simmons.

La bomba entró en la atmósfera... y ardió como un meteoro.

Entonces ocurrió lo más increíble. Tres bombas —una de cada Extraño— retrocedieron lentamente hacia las naves madres, como si tiraran de ellas con una cuerda.

Recogían las bombas,

Pero las tres naves no se movieron, no hicieron nada. Siguieron emitiendo sus triples jadeos, impresionaron miles de placas fotográficas con sus indeter-

minados borrones, y eso fue todo.

De cinco cohetes gigantes enviados al espacio, cuatro no dieron en el blanco. El quinto, equipado con un ingenioso dispositivo orientador, basado en la correlación del objetivo con una imagen fotográfica transparente del mismo, chocó con la nave B. Hubo un espléndido despliegue atómico y otra vez el mundo enloqueció de alegría.

Pero cuando se pudo observar otra vez el área, la nave B estaba todavía allí. Y allí siguió. Allí siguieron las tres.

Un pánico cíclico, y firmemente controlado, afligió al mundo. Cuando la sensación de fin inminente fue invadida por la clásica incapacidad humana de fijar la atención mucho tiempo en una sola cosa, el pánico se transformó en terror expectante, y luego el terror retrocedió también, pues la vida debía seguir, y tú debías comer, y él debía amar, y ellos debían seguir atendiendo sus negocios y juegos...

Pasaron siete meses.

El doctor Simmons entró en su oficina privada y cerró la puerta. Estaba cansado, mucho más cansado que en los primeros días de aquel año, cuando trabajaba dieciocho horas por día. Cuanto más hace un hombre, más puede hacer, reflexionó con desánimo, hasta alcanzar el punto óptimo, y el punto óptimo es subir continuamente, si le impone lo que hace. Se sentó al escritorio y se echó hacia atrás. Y si le importa tanto como antes, pero no hay tanto que hacer, se cansa. Se cansa mucho, mucho...

Se palmeó la cara, parpadeó, suspiró e inclinándose hacia adelante movió la llave del intercomunicador. Su secretaria nocturna dijo con una sonrisa:

— ¿Sí, doctor?

—No deje entrar a nadie o nada aquí en las próximas dos horas. Y cuídese ese resfriado.

—Sí, señor. Gracias, doctor. Lo haré.

Una buena chica... El doctor Simmons se incorporó y entró en el cuarto de baño junto a su oficina. Se metió bajo el aparato de la ducha, levantó la jabonera de pared que ocultaba un gozne y apretó un botón. Contó cuatro segundos, soltó la jabonera y abrió el grifo de agua caliente. La pared posterior se inclinó hacia él. El doctor entró en su laboratorio privado, el laboratorio donde ningún otro había entrado nunca.

Cerró la puerta con el pie y miró alrededor. Casi desearía poder hacerlo todo otra vez. Las cosas que ocurrieron aquí, los sueños...

De pronto fue como si un golpe hubiese interrumpido sus pensamientos.

— ¿Qué haces aquí?

El intruso recogió la pregunta, la dio vuelta, la alteró y la devolvió.

— ¿Qué haces tú aquí? —gruñó el coronel.

El físico se dejó caer en un sillón y miró boquiabierto a su hermano. El corazón le latía con fuerza, y durante unos pocos segundos un músculo se le movió en la cara.

—Dame tiempo —dijo, fatigado—. Esto es casi como encontrarse a alguien en la cama de uno. —El doctor sacó un pañuelo y se tocó con él los labios secos.

— ¿Cómo te metiste aquí?

Leroy Simmons estaba sentado detrás de una mesa. Tenía la gorra de pulida visera bajo el brazo, y le brillaban los botones. Parecía como si estuviese posando para un retrato. El doctor se incorporó de pronto.

— ¡Tienes que beber algo! —dijo.

El coronel dejó la gorra en la mesa y se inclinó rápidamente hacia adelante arrugando el uniforme y revelando la calva,

— ¿Qué te pasa, Músculos?

El doctor sacudió la cabeza. Ya no parece un hombre distinguido, lamentó.

—Ya me siento mejor —dijo—. ¿Qué te trajo aquí, Leroy?

—Te he observado durante meses —dijo el coronel—. Tuve que hacerlo todo solo. Esto, esto es demasiado importante. —Parecía derrotado.

— Te seguí y vigilé todos tus pasos. Tomé las medidas de este edificio, y localicé este cuarto. Estuve aquí una docena de veces, buscando la cerradura.

—Oh, sí. Siempre viniendo a verme cuando yo no estaba, y diciendo que esperarías. Me lo contó mi secretaria.

— ¡Ella! —El tono era elocuente. — No me sirvió. Jamás conocí a nadie que hablase menos.

—Superlativa combinación en una secretaria —comentó el doctor con la mueca de una sonrisa—. Tacto infinito, y silencio. Ella no está en esto, Leroy. Nadie está en esto.

—Nadie sino tú. Advierto que no niegas nada.

El doctor suspiró.

—No me has acusado de nada todavía. Qué te parece si me dices lo que sabes, o lo que crees saber.

El coronel sacó una libreta oscura del bolsillo.

—Yo tampoco tengo socios —dijo pesadamente—. Todo está en esta libreta. En parte es griego para mí, pero entiendo algo... Mala suerte, me gustaría no haber entendido. Tienes alguna relación con los Extraños, ¿no es cierto?

Su hermano lo miró largo rato, y luego asintió con un movimiento de cabeza, como si respondiese a una pregunta que se había hecho él mismo.

—Sí,

—Sabes de dónde vienen, qué van a hacer, cómo operan... todo lo que se refiere a ellos.

—Así es.

—Te han proporcionado... información. Te enseñaron cómo... —El coronel consultó la libreta moviendo los labios mientras leía, como había hecho siempre. Luego dijo: — Te enseñaron a expandir y concentrar energía en un campo autónomo.

—No.

— ¿No? Tienes todas las fórmulas. Escribiste miles de páginas de notas sobre el tema. Tu diario habla de eso una y otra vez, como si fuese un hecho comprobado.

—Lo es. Pero no me lo proporcionaron los Extraños, yo se lo proporcioné a ellos.

Hubo un estremecido silencio. El coronel estaba muy pálido.

—Ah... así era —susurró—. Sabía que estabas en contacto con el enemigo, Músculos. Traté de creer que querías sacarles información, para usarla luego contra ellos. Un juego peligroso, y tú lo jugabas solo. Luego revisé todos estos papeles. No pude engañarme más. Trabajabas con ellos, ¡Y ahora me dices que les dabas cosas que nosotros no tenemos! El físico asintió gravemente.

La mano del coronel, debajo de la mesa, tocó un botón del pequeño transmisor que llevaba en la muñeca y apartó una tapa corrediza,

—Leroy —dijo el doctor con una voz pastosa—. ¿Quieres decirme cómo te

metiste en esto?

—Te lo diré, muy bien. Todo empezó con una verificación de rutina de los equipos y materiales de estos laboratorios. Con propósitos contables. Toda producción, aun la del gobierno, debe pasar por los libros. Aun la de un gobierno interplanetario. Me hicieron notar que entraban aquí ciertas cosas que aparentemente nunca salían. Cuando revisé los informes y advertí que eran correctos, redacté una nota que te libraba de toda culpa, bajo mi responsabilidad, y detuve la investigación. La... la seguí yo mismo. — Demonios, ¿por qué?

—Si descubría algo —dijo el coronel dificultosamente—, quería resolver yo mismo el asunto.

—¿Para no ensuciar el nombre de la familia?

—No. Tú eres demasiado inteligente. Siempre lo fuiste... Te diré algo. Me nombraron en el Consejo por ti. Nunca hubiera llegado ahí de otro modo. El Consejo imaginó que yo sería un invaluable eslabón, que yo podría verte en cualquier momento, cuando ningún otro pudiera.

Ya lo sabía, por supuesto, pensó el doctor.

—No lo sabía —dijo—. No te creo.

—Oh, vamos, vamos —dijo el coronel—. Jugaste conmigo todo el tiempo, y por mi intermedio con el Consejo.

Correcto otra vez, pensó el físico, y dijo:

—Tonterías, Leroy. Sólo detuve alguna información de cuando en cuando.

—Nos diste unas monedas —dijo el coronel con amargura—. Nos hiciste correr una y otra vez tras pistas falsas. Y nosotros empujamos al mundo por el camino que tú habías elegido.

El muchacho ha despertado esta noche, pensó el doctor Simmons, y añadió para sí mismo: Es un buen hombre. Odio verlo en este asunto.

— ¿Y por qué detuviste entonces la investigación y la seguiste tú mismo?

—Te conozco —subrayó el coronel—. Podrías convencer a cualquier jurado o cualquier corte marcial. No sé cómo lo harías, pero tampoco sé cómo has hecho esto. —Señaló con un ademán el laboratorio. — A mí en cambio no me ocultarás la verdad.

—Eres mi juez entonces, mi jurado. ¿También mi verdugo?

—Soy... tu hermano —dijo el coronel en voz baja—. Y como siempre quiero que tengas lo que mereces.

—Podría arrastrarme y llorar como un niño —dijo de pronto el doctor Simmons, afectuosamente—. Basta de juegos, Leroy, y te contaré toda la historia.

— ¿Es cierto que trabajas con los Extraños?

—¡Sí, idiota!

El coronel se echó hacia atrás y dijo malhumorado: —Entonces todo está decidido. Adelante, habla si quieres. Nada puede cambiar. Miró su reloj.

El doctor Simmons se incorporó y se acercó a un panel. Lo alzó y apareció en el muro un grabador de cinta magnética. Sacó una cinta de un estante y lo puso en el aparato. Regresó a su silla sin encenderlo. —Sólo un par de preliminares, Leroy, y luego tendrás toda la historia. Hice lo que hice en nombre de lo que llamas mi «idealismo de ojos húmedos». Resultó, y ahora vivimos en un mundo unificado. Debe seguir así hasta que la amenaza de los Extraños desaparezca. No hay alternativa. No creo que los Extraños se vayan por un tiempo, y cuanto más viva el mundo como ahora, más difícil le será volver a la vieja y atolondrada existencia que arrastró unos quince mil años.

»Te diré qué ocurrirá a partir de ahora. Completaremos la estación del espacio. Cuando el mundo empiece a aburrirse, desarrollaremos combustibles nuevos. Poco después las tres naves lanzarán otra vez sus bombas. El mundo sentirá pánico, pero con la estación y el nuevo combustible, y todos trabajando... Una nave de combate saldrá de la estación.

«Disparará algunos torpedos contra los Extraños, y los proyectiles no llegarán, o no darán en el blanco, o estallarán prematuramente. Los Extraños no responderán al fuego. La escuadra se acercará, y cuando esté bastante cerca y pueda causar verdadero daño, recibirá un mensaje.

»Este mensaje será transmitido en tres frecuencias comunes, y unas señales que recorrerán las otras bandas anunciarán esas tres frecuencias. El mensaje empezará así: "Atención. Escuchad. Habla el Extraño". Esto se repetirá en inglés, francés, español, alemán, árabe... y hasta en esperanto. Éste es el mensaje.

El doctor se incorporó otra vez, tocó la llave del grabador y se volvió hacia el coronel.

—Es gracioso... Estaba destinado al futuro. Y tú eres el primero en oírlo.

—¿Y por qué es gracioso?

—Tú eres el pasado. —El doctor movió la llave. — Perdonas el tono —dijo suavemente—. Pude hacer un brillante y conciso discurso y me fui por las ramas y tropecé como una vieja con su tejido.

—¿TÚ?

—Yo. El Extraño. Escucha.

Éste es el mensaje, tal como salió del grabador la voz suave y pausada del doctor Simmons:

Soy el Extraño. No temáis. No habrá guerras. Soy vuestro amigo. Escuchad.

Soy cuatro naves y un sonido en las radiaciones Jansky. Las naves no son naves y proceden de la Tierra, no de otros mundos. Las señales Jansky no vienen de las estrellas. Escuchad.

Soy un hombre, sólo un hombre, sin ayudantes, sin colaboradores, excepto quizás algunos pensadores del pasado... un poco de Thoreau, un poco de Henry George, un barniz de H. G. Wells... podéis creerme. Arquímedes dijo un día: «Dadme una palanca bastante larga y un punto de apoyo y moveré el mundo». Con las herramientas necesarias, un hombre puede hacer cualquier cosa. Hay bastantes precedentes. Sin contar con las cosas que produce un hombre, sin contar la multitud de factores que forman su ambiente, si el hombre es capaz, y el ambiente provee las herramientas y un tiempo maduro para la acción, ese hombre puede usar sus herramientas con el máximo de eficacia. Hitler lo hizo. John D. Rockefeller y John Gould lo hicieron. Kathleen Winsor lo hizo. Dadas las herramientas, la humanidad puede hacer cualquier cosa.

Se me dio la mayor de las herramientas de la historia. Tropecé con ella. Os diré la verdad. Trabajé de veras para encontrarla, cuando sospeché que podía encontrarla.

Es una teoría y un dispositivo. La teoría tiene relación con la energía de cohesión; el dispositivo la libera y controla. Esto se explica clara y completamente en otra parte; ya llegaremos a eso. Hablando de un modo general, sin embargo, es una controlada difusión de la materia. Se sabe que la Tarificación y difusión de cualquier gas no tiene dificultades. Lo mismo, descubrí, es posible con cualquier materia. Además, esa difusión puede hacerse analíticamente. La energía de cohesión es en realidad un componente

de la materia. Si entre el núcleo y los electrones de un átomo puede inducirse una situación de órbita cerrada, su energía de cohesión puede formar, en una difusión uniforme, un campo alrededor del átomo. El campo es toroidal, y tiene peculiares cualidades.

Ante todo, influyen de un modo sorprendente en el centro de gravedad aparente del mecanismo que produce el campo. Cualquier dispositivo que pretenda localizar una masa se dirige a un centro c.g. Pero cuanto más se acerca a un campo de esta especie, más le cuesta encontrar ese c.g., ya que el centro aparente de masa está en los bordes. Cuando se lo dirige al centro real, el dispositivo orientador se desvía violentamente hacia el borde, con bastante violencia, generalmente, como para que deje el campo.

Este campo distorsiona y refleja las ondas de radio y luz de un modo extremadamente complejo. Las ondas siguen apretadamente los contornos del toroide, pero como el campo es un campo cerrado (cerrado por la energía de cohesión, es decir, más cerrado que ninguna otra cosa), la luz y las ondas de radio no penetran en él. Son rechazadas, más que reflejadas en la acepción común de reflexión, y vuelven a los detectores —receptores, películas fotográficas, o lo que sea— de un modo bastante distorsionado.

El campo tiene también un efecto raro sobre la valencia, y en el interior del toroide es posible obtener compuestos químicos con elementos de valencia similar. La situación atómica en ese interior —en el hueco del buñuelo, si se quiere— es muy curiosa. Se proporcionará más tarde información exacta sobre estos fenómenos.

Bien, he aquí exactamente lo que ocurrió. Cuando descubrí el modo de generar este campo, me pregunté si podía ofrecérselo al mundo en vísperas de una guerra. Estudié la posibilidad de destruirlo. Pero era demasiado importante; la humanidad lo necesitaba demasiado. Aunque era también demasiado para los desunidos habitantes de un planeta. Necesitaba una humanidad capaz de dominarlo. Entendí que si la humanidad lograba unirse, podría usarlo provechosamente. Éste es el momento, o vuestros hombres del espacio no estarían oyéndome.

Luego de haber desarrollado el campo de energía de cohesión, inventé otro dispositivo: el Ojo-Espía. Se producirían indudablemente miles de furtivos escuchas, de modo que nadie advertiría que faltaban unos pocos. Se lanzó media docena con los circuitos selectores cambiados y otro equipo. El combustible era distinto también; hay una fórmula de reacción, como se explicará más tarde, que emplea el campo de energía de cohesión.

Mi media docena de Ojos-Espías. Con un poder muy superior al de sus hermanos o hermanas, se elevaron en el espacio y ocuparon sus puestos.

Son los Extraños.

Los ruidos en la banda Jansky fueron pura propaganda, y su producción fue simple, prácticamente primitiva. Algunas estaciones de radio ilegales usaron un truco parecido durante una de las guerras, no recuerdo cuál. Tres estaciones, muy separadas y sincronizadas, enviaron la misma señal, en dirección de un diámetro de la Tierra. Detectores terrestres de dirección señalaron obedientemente la resultante: un punto donde no había transmisores. Los Ojos-Espías mismos eran demasiado pequeños y estaban demasiado lejos para que fuese posible detectarlos, a no ser que uno supiera exactamente qué buscar, y dónde buscar. Se aumentó gradualmente la amplitud de las señales hasta que alcanzaron un determinado volumen. Entonces un Ojo-Espía estableció un

campo de energía de cohesión y bajó hacia la Tierra. Parecía raro y grande. Se acercó y dio dos vueltas a la Tierra a gran velocidad. Me parece que nunca tuve más dificultades, pero logré convencer al fin al Consejo de Estrategia y dispararon contra el Ojo. El cohete no chocó con nada; el campo de energía de cohesión hizo estallar la cabeza atómica, pues en presencia de una fuente altamente radiactiva, el campo aumenta la masa crítica efectiva. Lo que cayó en Japón fue el Ojo-Espía mismo. Estaba armado, por supuesto, y lo que hizo la explosión tan intensa fue el hecho de que el campo retuviera la energía liberada durante una fracción de milésimo de segundo más que las bombas atómicas comunes. El objeto que cayó cerca de Minsk fue una pieza de escenario que yo había preparado antes. Llevaba también un generador de campo de cohesión. Otra vez mostró su singularidad y su poder; chocó contra el suelo como si fuese una gran masa. El generador, naturalmente, se hizo polvo con el impacto, dejando sólo la supuesta muestra.

Las otras tres naves eran Ojos-Espías equipados con los mismos campos. Las bombas eran bombas reales, sin embargo, proporcionadas por el satélite 18. Si se examina este satélite se descubrirá que está inexplicablemente vacío, sin interceptores. Les puse unas cabezas guías y los envié a cada una de las «naves».

Creo que esto lo explica todo. Si vosotros, hombres del espacio, queréis conocer los motivos, mirad la Tierra: unificada, fuerte, segura. La humanidad está preparada ahora para dar el primer paso hacia la grandeza.

Enviad mi nombre —Simmons— en el viejo código Morse internacional en la frecuencia de 28.275 metros, desde una distancia de quince kilómetros de cualquiera de las tres naves, con una potencia de mil vatios. Repetid el nombre cuatro veces. El campo se abrirá; podréis localizar y recoger los Ojos-Espías. Desmánteladlos. Dentro encontraréis este registro y algunos papeles con todo lo que sé acerca del campo de energía de cohesión. Usadlo bien.

El coronel Simmons se reclinó en su silla. Tenía la cara gris.

—Músculos, ¿es cierto?

.1

—Sabes que sí. Lo viste.

—¿Qué he hecho? —murmuró el coronel.

—Sacar conclusiones —dijo el doctor serenamente.

La boca del coronel se abrió y cerró en un espasmo. Luego, con violencia, lanzó un juramento.

—¡No puedes haberlo hecho! —replicó—. Preparaste eso del campo y lo metiste en los Ojos-Espías. Bueno, ¿y lo que se hizo aquí? ¿Los interceptores de White Sands, y la construcción de los satélites y todo eso?

—Leroy, vieja mula, cálmate, ¿quieres? ¿Quién se encargó de esos trabajos? ¿Quién dio su aprobación final a los planos? ¿Quién indicó el uso exacto de cada pieza de los equipos, para que alcanzaran, dijimos, su máxima eficiencia?

—Tú. Tú. —El coronel se cubrió la cara.

— Todo ese poder. Todo ese control. Podías haber tenido el mundo en un puño, si hubieras querido. En cambio...

—En cambio, todos tienen trabajo, comida, vivienda, y posibilidades de educarse. He oído que en la próxima sesión el Congreso unificará las leyes de tránsito y divorcio del país. La legislación social sigue el camino de la Unión Postal... La función es la ley, y la seguridad social...

—¡Basta! —gritó el coronel en un tono extraño, mitad gemido, mitad rugido.

Se tomó la cabeza con las manos y se balanceó.

El doctor le palmeó el hombro, riéndose.

—Escúchame, Leroy, y te contaré algo gracioso. Sabes cómo algunas anécdotas estúpidas se le pegan a uno, el caso de la joven de Wheeling, por ejemplo, o la vez que te llevaste a la cama la bola de alquitrán y tuvimos que afeitarte la cabeza. Bueno, créelo o no. Pienso honestamente que este trabajo mío tiene su origen en un par de... no, en tres cosas que me pasaron cuando era joven. Cuando las recuerdo, y miro hoy el mundo... Dio una vuelta por el cuarto. Su hermano no se movió.

—Wells tiene algo que ver con esto. Wells señaló, aunque indirectamente, que sólo un milagro podía lograr que la humanidad trabajara unida. Ya veces su milagro fue entretenido, pero poco firme: una meta común para los hombres. Nunca dio resultado. La paz mundial es el más maravilloso objetivo que pueda darse una raza, pero nunca nos tentó mucho. El otro milagro de Wells era un enemigo común: la invasión marciana, por ejemplo. Bueno, esto tiene sentido. Lo tuvo antes, y ahora.

Y éstas son las tonterías que no he podido olvidar.

¿Recuerdas el verano en que trabajé de superintendente en las obras de un canal? Dos de los hombres se pelearon junto a una de las máquinas. Subí a la dragadora y eché sobre ellos una carga de arena. Los hombres dejaron de pelear, me sacaron de la cabina y me dieron una buena paliza.

El doctor se rió.

—La otra vez fue algo aún más tonto. Yo estaba en un restaurante, poco después de haber iniciado mis clases en el Instituto Drexel. Había dos niñas en una mesa vecina, sacándose verbalmente los ojos a propósito de un joven. Justo cuando yo estaba a punto de cambiar de mesa, alejándome del campo de batalla, vieron al joven en cuestión dedicado a una graciosa pelirroja. De pronto los combatientes fueron aliados, y en seguida —el doctor se rió otra vez— idearon un diabólico proyecto para manchar de tinta la ropa interior de la pelirroja.

El coronel lo miraba inexpresivamente.

—El común denominador —continuó el doctor— en el análisis de Wells, la lucha en las obras del canal, y la riña de gatas en el café, era sorprendentemente claro, considerando los distintos campos de batalla. Puede reducirse a esto: los conflictos humanos pierden importancia ante un enemigo común. «Dividir para reinar» tiene su reverso: «Unir para vencer». Esto hizo el mundo durante el Ataque; sólo que en vez de vencer a los Extraños se ha vencido a sí mismo... su enemigo común, todavía.

—Wells —murmuró el coronel—, recuerdo eso. Yo estaba leyéndolo y te hablé de la idea del milagro. Yo iba a ingresar en el ejército y tú en la universidad.

—Sí —dijo el doctor—, recuerdo, Leroy.

El coronel parecía pensar intensamente.

—Músculos —dijo con voz pausada—, ¿recuerdas que usé tu uniforme universitario cuando viniste a casa a pasar un fin de semana?

— ¡Sí! —El doctor rió.— No me lo devolviste, y yo tuve que pasarme seis semanas barriendo dormitorios porque aparecí sin uniforme. ¡Eh! ¿Recuerdas cómo me paseaba con tu capa gris cuando estabas en West Point?

—Sí, nos pasábamos así los días. Tu corbata, mi corbata, nuestra corbata.

Eran otros tiempos. Ahora me reventarías la ropa.

— ¡Qué dices! —dijo el doctor, complacido al ver que su hermano intentaba salir de su decaimiento—. Escucha, hijo, descansas demasiado para estar en forma. Hay muchos hombres dispuestos a echarse a tus pies cuando quieres atarte los zapatos.

El coronel se quitó la chaqueta de brillantes botones.

— ¿A que no puedes abotonártela sobre ese pecho hundido?

El doctor se quitó sonriendo su bata de trabajo y se puso la chaqueta del uniforme. Luego de algunos jadeos y forcejeos, logró abotonarla.

—La gorra —pidió.

Se la puso. Era demasiado pequeña.

Mientras, el coronel se puso la bata, manchada y gastada en los codos.

— ¿Qué haces con esos metros que te sobran? ¿Pasar contrabando? Eh, Músculos, mirémonos en el espejo de la oficina. Quiero ver qué parezco disfrazado de sabio.

Entraron en la oficina pasando por el cuarto de baño. El doctor, apretado en la brillante chaqueta, pasó primero. Había un hombre junto a la puerta exterior. Tenía un trapo negro que le cubría la boca y la nariz y una automática silenciosa en la mano.

El coronel se adelantó y se acercó a la puerta. El hombre le disparó dos veces, y desapareció.

— ¡Leroy! ¿Quién fue, muchacho?

—Yo —dijo el coronel—. No, nada de médicos. Demasiado tarde. Quédate...

—Tú... ¡Oh! Esas balas eran para mí. El truco de la chaqueta. Pero ¿por qué? ¿Quién era?

—No importa. Un hombre alquilado. Un plan perfecto. Sin testigos. Retirada segura. No te conoce. Ni a mí. Idea mía. Tuve mucho... cuidado.

— ¿Por qué? ¿Por qué?

—Yo te descubrí... trabajando con... el enemigo. —La voz del coronel se arrastraba. Cerró los ojos y se quedó así un rato. Luego se sentó muy tieso, torciendo la cara. Habló otra vez con su voz de siempre, el tono normal, pesado, ronco. — Tenía pruebas; había descubierto que eras un traidor, Músculos. Temía que te salvaras, si te juzgaban. Pero no podía matarte con mis propias manos. Imaginé esto.

—Así que vendría hasta aquí y me mataría cuando saliésemos a la oficina. Pero ¿por qué no le dijiste que se fuera?

—No podía. Tenía órdenes de matar al civil. No nos conocía, ya te dije. —Alzó la mano izquierda. Mostró el diminuto transmisor en la muñeca. — Lo llamé cuando admitiste que trabajabas con los Extraños... Luego explicaste... y ya no pude llamar. Ya estaba en camino.

— ¡Leroy, tonto! ¿Por qué esa trampa de la chaqueta? He terminado mi obra. Nada puede cambiarla.

—Músculos... soy... un viejo militar. No puedo impedirlo... No me gustará... este nuevo mundo feliz... Tú estás hecho para él. Tú lo hiciste; vives en él. Además, tú... apreciarás la broma... mejor que yo.

— ¿Qué quieres decir, muchacho?

—Tú subestimaste... pensaste que estarías muerto cuando... los hombres del espacio oyesen tu grabación. —El coronel rió débilmente. — No lo estarás, lo sabes. Todo va hoy muy rápido.

El coronel tosió, atragantándose. Y el doctor Simmons se encontró solo, con la

cabeza de su hermano muerto en los brazos, balanceándose hacia adelante y atrás, y ahogándose en una ácida marea de pena.

Y detrás, lejos, muy lejos, su mente clara dijo de pronto, como aturdida: Mediodía, temprano. Tenía razón. ¿Qué me llamarán? ¿Santo, o demonio sanguinario?

Aptitud especial

> Ahora que nos acercamos al año 2300, el juego de salón más popular parece ser el de elegir el Hombre del Siglo. Algunos prefieren a Baelben Gerson, porque reformó la Constitución mundial, y otros sostienen a Ikihara, por sus trabajos sobre los males de la radiación. Muy a menudo alguien vota al capitán Riley Riggs, y parece que diese en el blanco.

Pero no, no. Soy sólo un viejo mastín del espacio, pero sé lo que digo. Fui oficial de comunicaciones con Riggs, no lo olviden, y aunque eso ocurrió hace sesenta años, lo recuerdo como si hubiese sido el mes pasado. Fue en la tercera expedición a Venus, el viaje que cambió la faz de la tierra; el viaje por el espacio que trajo los cristales de Venus, que hicieron de usted y usted las despreocupadas y felices mariposas que son ahora. Las cosas eran distintas en los viejos días. Conocíamos el peso de una jornada de trabajo de cinco horas, y nadie tenía robots personales, y teníamos que vestirnos nosotros mismos a la mañana. Bueno, quizá los hombres eran más duros entonces.

De todos modos, el Hombre del Siglo estaba en aquella nave, el viejo Starlure, pero... no es Riggs.

Era una excelente tripulación. No podía haber mejor capitán que Riggs ni mejor contramaestre que Blackie Farrel. Allí estaban también Zipperlein, el ingeniero, un hombre corpulento y callado de ojos pequeños, y sus técnicos electrónicos, Greaves y Purci; nunca atravesó el negro espacio un par de tragafuegos semejante. Y allí estaba Lorna Bernhard, el mejor piloto hasta entonces y desde entonces. Ella era mi muchacha, también, y una espléndida criatura. Había otras dos mujeres a bordo: una analista de rayos llamada Betty Ordway, y Honey Lundquist, oficial de control de averías. Pero las dos sólo vivían para su trabajo, y además eran bastante feas.

Y como diversión teníamos también un personaje cómico, Slopes. Lo habían embarcado porque parecía saber algo de los cristales de Venus. No sé por qué se molestaron en embarcarlo. Cualquier trabajo de investigación con los cristales tendría que ser hecho en la Tierra cuando volviésemos, si volvíamos. Me imagino que habrán pensado que había sitio para él, y quizá lo necesitábamos para localizar los cristales, o algo así. Mientras, era inútil. Todos lo pensábamos y se lo repetíamos bastante a menudo, como para que no lo olvidase.

En realidad no molestaba a nadie. Era sólo un hombre gracioso. Un cómico por naturaleza. No me refiero a esos que meten una placa antigraavitatoria debajo del mantel y la encienden cuando alguien sirve la sopa, ni tampoco a esas almas de la fiesta que se ponen un collar de tubos fluorescentes al cuello y dicen que son marcianos. Con este Slopes ocurría que tenerlo cerca era ya algo automáticamente gracioso. Slopes era un hombre pequeño y con una cara que no era desagradable, pero que tampoco le servía de mucho. Su voz no era bastante profunda ni bastante alta; y no se le oía muy bien... Creo que el mejor modo de explicarlo es decir que era un Casi; un cabal Casi. Y la diferencia

entre Casi y Todo —al menos en Slopes— era bastante graciosa, y uno tenía que aprovecharla. Así lo creían en todos los departamentos.

Ninguno de nosotros lo conocía antes que subiese a bordo... cuando faltaban dos horas para partir, y con ropa de civil. Ése fue su primer error, aunque no sé si puedo llamarlo un error..., al fin y al cabo era un técnico civil. Pero todos nosotros salíamos de alguna rama del ejército, y naturalmente nos pusimos en guardia desde un principio. Purci, el segundo de los técnicos electrónicos, estaba paseándose por los pasillos cuando Slopes entró en la nave con sus aparejos, y en seguida lo tomó en sus manos. Purci llevó a Slopes a popa (es decir, abajo, ya que la nave se apoyaba verticalmente sobre las aletas de popa cuando estaba en tierra) y le enseñó dónde podía dejar sus aparejos. El armario que le mostró Purci resultó ser el depósito de los desperdicios, que recogía automáticamente la basura tan pronto como entrábamos en la ionosfera. No era un daño irreparable; había bastantes uniformes en el armario común que casi le servían, y podían darle un aspecto algo «reglamentario». Pero fue realmente divertido. Había que verle la cara cuando abrió el depósito de desperdicios a las seis horas de viaje. Aún ahora me río. Y durante el resto del viaje, cada vez que preguntaba dónde estaba algo, alguien decía: «¡Busca en la basura!», y toda la tripulación estallaba en carcajadas.

Pero quizá lo más divertido fue cuando dejamos de acelerar y entramos en vuelo libre. Decidimos no recurrir durante un rato a la gravedad artificial, y todos menos Zipperlein, que estaba en los controles de vuelo, nos reunimos en el cuarto de oficiales. Sólo Slopes no sabía cuándo desaparecería la gravedad, y créanme, era difícil no echarse a reír y estropear el asunto. Todos nos habíamos acercado a un puntal o cerrojo para tomarnos de algo cuando llegara la hora. Slopes entró y se sentó a la mesa, inocente como un bebé. Greaves ocultaba con una mano el reloj de pulsera, con los ojos clavados en el segundero. Cuando faltaban tres segundos, ladró:

— ¡Slopes! Ven aquí.

Slopes lo miró parpadeando.

— ¿Yo?

Descruzó las piernas y se puso de pie, tímidamente. Había dado dos pasos cuando dejamos de acelerar.

Creo que realmente nadie se acostumbra nunca a este cambio. Se siente un delicado golpe en el estómago y los canales semicirculares se rebelan violentamente. El cuerpo en tensión, de los pies a la cabeza, parece entumecerse y la confusión no acaba nunca; pues aunque uno no ignora que está cayendo, no sabe hacia dónde cae, y los reflejos esperan el golpe rápido y repentino que seguirá a la caída, y no hay ningún golpe, de modo que los reflejos enloquecen. El pelo le flota a uno a un lado y a otro, y con total independencia del intenso pánico, se siente la más condenada impresión de regocijo y bienestar. Lo llaman la euforia de Welsbach. Asunto psicológico. Liberación de la ansiedad en la ausencia de peso.

Pero hablaba de Slopes.

Cuando Zipperlein apagó los motores, Slopes empezó a flotar. El pie que se adelantaba rozó el piso y resbaló ligeramente en vez de dar un buen paso sólido. Echó los brazos hacia atrás, porque creía caer hacia ese lado, supongo, y cuando quiso dominar el movimiento de los brazos los hombros le cayeron hacia adelante mientras los pies iban hacia arriba. Slopes empezó a dar entonces un lento salto mortal, y habría dado toda la vuelta si no hubiese

tocado el techo con los pies. Se quedó suspendido en el aire, con la cabeza abajo y los pies arriba, con nada de que colgarse, y la sensación de que aunque la sangre debía estar subiéndosele a la cabeza, nada ocurría. De pronto todo a su alrededor fue arriba, y no había ningún abajo. Movi6 las manos desordenadamente hacia el mamparo, el techo, la puerta, que no podía alcanzar. Por ese entonces nosotros ya nos habíamos recobrado —al fin y al cabo lo habíamos sentido antes— y podíamos disfrutar de la diversión.

— ¡Dije «Ven aquí»! —soltó Greaves.

Slopes pareció batir el aire y movió los pies como si bailara. De nada le valió; se quedó donde estaba, cabeza abajo, impotente. Rugimos. Slopes abrió y cerró la boca un par de veces y al fin alcanzó a decir:

—Mmmmf. Mmmmf.

Creí que me moría.

—No seas tan huraño —dijo la chica Lundquist—. Baja y danos un beso.

—Por favor... por favor —murmuró Slopes.

—Háganle decir «por favor, queridos» —sugirió Betty Ordway.

Nos reímos.

—Quizá no le gustamos —dije—. Baja y júntate con nosotros, Slopesy.

—Ofrézcanle un poco de basura —dijo alguien, y todos se rieron otra vez.

Llegó Zipperlein agarrándose de las paredes.

—Pero miren —dijo con su voz grave, sonora y uniforme—. El hombre puede volar.

—Vive en las nubes —dijo el capitán.

Todos nos reímos otra vez, no porque fuese gracioso, sino porque era el capitán.

—Por favor —dijo Slopes—, bájenme. Bájenme alguien.

—Me gustan los hombres que tienen los pies en la tierra —dijo Greaves—. Slopes, te pido que seas cortés y sociable.

Zipperlein se rió.

—Oh, ¿queréis que venga?

Fue de la puerta a la escotilla, de la mesa a un cuadrante de luces, adelantando primero una mano velluda y luego la otra, hasta alcanzar el pie de Slopes.

—Greaves te llama —dijo, y dio un tirón. Slopes giró sobre sí mismo.

— ¡Oou! ¡Oou! —se quejó mientras daba vueltas, yendo de un extremo de la sala al otro, donde estaba Greaves. Greaves lo esperaba, con las manos en una barandilla y las piernas dobladas. Cuando Slopes llegó a su lado, levantó los pies y se los plantó en la espalda. Slopes dejó de girar y fue hacia el capitán. Riggs le dio con el hombro y me lo mandó a mí. Se lo devolví a Greaves. Greaves extendió una mano, pero no lo alcanzó, y Slopes golpeó el mamparo. Uno puede librarse del peso, pero la masa es otra cosa. Los setenta kilos de Slopes no lo habían dejado cuando golpeó la pared a gran velocidad. Se encogió junto al mamparo, lloriqueando.

—Zip —dijo el capitán—. Encienda las planchas gravitatorias. Esto podría seguir todo el día.

—Sí, señor —dijo el ingeniero, y desapareció.

Yo había estado aferrándome a Lorna, en parte porque sabía que ella se había abrazado a algo sólido, y en parte porque me gustaba aferrarme a ella.

—Ace —me dijo Lorna—, ¿a quién se le ocurrió esto?

—Adivina.

—Ace —me dijo ella—, ¿quieres saber una cosa? Me asqueas.

—Oh, vamos —dijo sonriendo con una mueca—. Hubieras visto las cosas que me hacían cuando yo era cadete.

Lorna se volvió a mirarme, y tenía en los ojos una expresión que yo sólo había visto dos veces. Esas dos veces habíamos dejado de hablarnos.

—Una aprende algo nuevo todos los días —dijo—. Aun acerca de gente que cree conocer bien.

—Sí —dijo—, y es una suerte. En estos viajes puedes mirar mucho tiempo las estrellas, y las imágenes de las cintas grabadoras. Luego necesitas algo que rompa la monotonía. Creo que debemos a Slopes un voto de agradecimiento. Es un hombre muy divertido.

Lorna dijo algo, pero no la oí. Todos se reían con demasiada fuerza. Zipperlein había encendido la gravedad artificial y Slopes había golpeado el suelo, donde se revolcaba ahora, tocándolo como si fuese el amor de su vida, y lo era en ese momento realmente. Todos hacen algo parecido cuando salen del vuelo libre.

Oh, nos divertimos aquella tarde. Nunca lo olvidaré.

Corrían muchos rumores a bordo acerca de nuestra misión. Ahora que disponemos de centenares de millones de cristales de Venus, no es fácil explicar lo que valían hace sesenta años. La segunda expedición a Venus trajo dos cristales, y fueron destruidos en las pruebas de laboratorio. El primero fue hecho trizas intencionadamente —nadie sabía entonces que era distinto de cualquier otro cristal— para poder someterlo a un análisis químico, preparar una solución y hacer crecer nuevos cristales. Pero los cristales de Venus no crecen. Se probaron sobre el segundo cristal resonancias de alta frecuencia. Alguien experimentó demasiado con las frecuencias y el cristal estalló. El estudio de la explosión mostró que habíamos tenido en nuestras manos (y ya no teníamos) la clave de la transmisión radial de energía, energía tan poderosa que cualquiera hubiese podido disponer de ella prácticamente gratis. Ya teníamos esa energía, pues el desarrollo de la técnica había hecho posible la fisión de los átomos de cobre. Pero la energía radiada era otro problema. Había que enviar un rayo del transmisor al receptor, y mantener el contacto aunque el receptor estuviera moviéndose en un automóvil o un helicóptero. El cristal de Venus podía hacerlo; vibraba con las frecuencias de energía, y enviaba de vuelta radiaciones que guiarían el rayo energético. Sólo había que reunir bastantes de esos cristales y podíamos deshacernos de millones de kilómetros de cables transmisores, y transformarlos en una fuente de energía que alimentaría la Tierra un par de siglos. No olviden que la humanidad había estado envolviendo el mundo en una red de cobre desde hacía cuatrocientos años.

Así que para una Tierra que necesitaba urgentemente combustibles, no podía haber nada más importante que los cristales de Venus. Y lo único que se interponía en nuestro camino —aparte del viaje al planeta— eran los charlatanes.

La primera expedición a Venus descubrió a los charlatanes, y respetuosamente los dejó tranquilos. La segunda expedición descubrió que los charlatanes tenían grandes depósitos de preciosos cristales... y salió de Venus como alma que lleva el diablo, luego de conseguir dos. Nuestra tarea consistía en traernos de vuelta toda una ristra de cristales, aunque los charlatanes se opusiesen. Las órdenes que habíamos recibido eran más que minuciosas, pero pueden resumirse así: «Traten con los charlatanes y consigan cristales. Si los charlatanes se oponen... consigan cristales de todos modos». —Espero que los

consigamos pacíficamente —me dijo Lorna—. Los hombres ya han destruido y matado bastante.

—No hay mucha diferencia, muchacha —le repliqué—. Los charlatanes no son gente.

—Son civilizados, ¿no es cierto? ¿Casi?

—Son salvajes —gruñí—. Y monstruos, además. Guarda tus simpatías para algunos simpáticos y hambrientos seres humanos como yo.

Lorna me apartó las manos con un manotón y volvió a sus ordenadores.

Una vez Slopes me preguntó acerca de los charlatanes.

— ¿Son realmente humanos?

—Humanoides —le dije brevemente. Me incomodaba un poco hablarle. Me había divertido mucho con él—. Caminan en dos patas, y tienen manos con un pulgar en oposición, y usan adornos. Los cristales son sólo eso para ellos. Pero respiran amoníaco en vez de oxígeno y Dios sabe qué metabolismo tendrán. ¿Por qué? ¿Piensas enfrentarlos?

—Preguntaba nada más —respondió Slopes con suavidad.

Esbozó tímidamente lo que era casi una sonrisa, y se alejó. Recuerdo que me reí al imaginarlo ante una pareja de charlatanes... las criaturas más terribles de la historia desde que algún antiguo narrador inventó el grifo. Todos menos dos de los tripulantes del Star-bound, la segunda nave expedicionaria, habían dejado caer sus paquetes y habían puesto pies en polvorosa a la sola vista de un charlatán. Los otros dos los habían enfrentado hasta que los charlatanes se pusieron a gritar. Los psicólogos hablaron mucho de ese ruido. Ningún ser humano normal puede soportarlo. Uno de los hombres echó a correr, y no tenía de qué avergonzarse. El otro no pudo acercarse al cohete; se quedó allí, paralizado de miedo, mientras los charlatanes chillaban y trompeteaban y golpeaban estremeciendo el suelo con sus puños escamosos. El hombre disparó un tiro al aire —tuvo bastante sentido común para no herir a los furiosos monstruos— con el propósito de asustarlos. Quizá lo hizo. Luego sólo recordó un griterío redoblado, un huracán de terribles ruidos animales que lo desmayó allí mismo. Cuando volvió en sí, las criaturas se habían ido. Los dos cristales estaban junto a él; los recogió y corrió ciegamente hacia el cohete. Le costó ocho meses a la más avanzada psicoterapia del mundo devolverlo a sus cabales, y dicen que nunca fue un hombre normal, a pesar de que llegó a viejo. No se sabía qué fantásticas emanaciones psíquicas usaban los charlatanes como armas, pero la sola idea de que Slopes los enfrentara me causaba una gracia enorme.

Las horas pasaban rápidamente con él a bordo. Nunca olvidaré la noche en que Greaves le puso en un sandwich una cucharada de primocemento, la sustancia adhesiva más condenada que se haya inventado. Slopes lo mordió y los dientes superiores se le pegaron de inmediato a los inferiores. Corrió en círculos, lloriqueando, con medio sandwich colgándole de la cara, agitando inútilmente las manos. El alboroto fue descomunal. El cemento era totalmente inofensivo. (Es químicamente inerte, y se deshace con rapidez con una aplicación baja de rayos beta, que quiebra la cohesión molecular.) Pero no lo irradiamos hasta sentirnos realmente satisfechos. Me hubiera gustado que ustedes hubiesen estado allí.

Nos olvidamos de Slopes cuando entramos en la atmósfera de Venus. Preparé las pantallas infrarrojas para Lorna —son un poco más claras que el radar en una atmósfera de amoníaco— y ella nos acercó elegantemente. Localizamos el

sitio donde había descendido el Starbound presentando un mapa fotográfico al piloto automático y apareándolo a la pantalla visora.

Lorna alzó la punta del cohete y ajustó los controles de los giróscopos. Bajamos de cola, apoyados en un decreciente pilar de fuego, mientras Lorna no desclavaba los ojos del señalador de ecos, que indicaba la solidez del suelo bajo la nave. Al fin sentimos una sacudida a un lado del cohete y pudimos considerarnos anclados. En aquellos días no había dispositivos anti-gravitatorios. Los magullones y riesgos han desaparecido para ustedes los jóvenes.

No hay mucho que decir acerca de Venus. Era tan inútil y poco atractivo como lo es hoy... excepto que en alguna parte estaban los cristales que habíamos ido a buscar. Por las ventanillas no veíamos más que niebla. El radar y las pantallas infrarrojas revelaban un campo ondulado, despeñaderos, vegetación de un pálido azul, y ocasionalmente una especie de árbol, que como árbol era demasiado grande.

Tuvimos que esperar unas doce horas a que el suelo se enfriara debajo de nosotros, y que desapareciesen el nitrógeno, el ácido nítrico, el nitrato de amoníaco, el ozono y el agua que nuestro descenso había fijado o liberado. La mayoría de nosotros pasó durmiendo esas horas. Pero no Slopes. Iba de las pantallas infrarrojas al aparato de radar, retrocedía, se adelantaba, corría a las pantallas de la derecha, la izquierda, de arriba y abajo. Hasta espiaba por las ventanillas, que la niebla escarchada había oscurecido, entornando los ojos para vislumbrar algún fragmento del disparatado paisaje venusino, envuelto en torbellinos de calor y reacciones químicas. Y fue Slopes quien nos despertó.

— ¡Charlatanes! —chilló llamándonos—. ¡Miren! ¡Capitán Riggs! ¡Capitán Riggs!

Estaba excitado como un chico de diez años, y debo admitir que la escena valía la pena. Nos apretamos alrededor de las pantallas.

Afuera, entre las rocas y los pálidos arbustos azules, a doscientos metros de la nave, se movían unas cosas que nos hicieron abrir la boca y volver los ojos; aunque estábamos cuidadosamente adoctrinados. Eran más grandes que un hombre... Yo no había pensado en eso, por alguna razón. Eran mucho más grandes. En cuanto al resto... tuve una visión de garras amarillas, airados ojos rojos y unas escamas de un verde grisáceo bastante vivido... Nunca me gustó recordarlo.

—Conectemos el sonido —dijo el jefe.

Fui a la cámara de comunicaciones y encendí un amplificador. Luego conecté un micrófono exterior con el intercomunicador de la nave. Resonaron en el cohete los sonidos de un planeta extraño... un hueco sonido de viento, sorprendente, pues la niebla parecía inmóvil; chillidos y gritos como de pájaros, distantes y diferentes; y sobre todo eso, el continuo y repugnante parloteo de los charlatanes... el sonido por el que habían merecido ese nombre. Era como un clamor de locos, ronco y desatado. Saltaba bruscamente arriba y abajo en la escala, y difería horriblemente de los chillidos de los monos, parecía revelar una coherente inteligencia.

— ¡Electrónica! —ladró el capitán—. Abran los depósitos de trajes y aparejos de locomoción. Sparks, no se mueva de su cámara. Quiero registros separados de la transmisión de cada traje. Piloto, atiende a las pantallas. Cuatro voluntarios junto a la puerta de salida. De prisa.

Bueno, no quiero hablar mal del coraje del servicio del espacio. Hubiera sido

agradable decir que todos a bordo hicieron sonar los talones y exclamaron: «¡A sus órdenes, señor!». Por otra parte, cuando hablé de los hombres del Starboundya aclaré que, dadas las circunstancias, no era nada vergonzoso que hubiesen echado a correr al ver a los charlatanes. Riggs pidió cuatro voluntarios; consiguió dos: Purci, a quien, sin dramatismos, no le importaba realmente un rábano, y Honey Lundquist, que supongo quería hacerse notar por alguna razón además de parecer tan doméstica como una cerca pintada de azul. En cuanto a mí, me alegró que me hubieran asignado el cuidado de mi equipo de transmisiones, y no tener que decidir. Al resto no lo acuso. Ni siquiera a Slopes, aunque yo seguía pensando que hubiera sido magnífico verlo ante un par de charlatanes hambrientos, por lo gracioso del contraste.

Riggs no hizo comentarios. Se adelantó, entró en la cámara de equipos, y los otros dos lo siguieron. El resto los ayudamos a meterse en los trajes y cerrar las escafandras transparentes. Los tres probaron el aire y los comunicadores y fueron hasta la esclusa de aire. Les abrí la puerta.

—Estableceremos contacto —dijo Riggs fríamente. Su voz venía de los altavoces y no directamente de él. Sonaba raro—. Intentaremos ante todo un contacto pacífico. Así que nada de armas. Yo llevaré un lápiz pistola, por si acaso. Ustedes dos quédense juntos y atrás. No nos separaremos mucho de la nave, y no permitan bajo ninguna circunstancia que nos cierren el camino de vuelta. Prueben las comunicaciones.

—Hola —gruñó Purci.

—Hola —murmuró Honey Lundquist.

El jefe entró en la esclusa, con los otros dos detrás. Cerró la puerta, y abrí la esclusa exterior con el control remoto. Todos los que quedamos a bordo corrimos a las pantallas. Unos veinte o treinta charlatanes se apretaban junto a los arbustos. Aunque no podíamos ver aún al capitán y sus voluntarios, era evidente que los charlatanes los habían visto. Las criaturas se acercaron a la carrera; estos viejos ojos no vieron nunca espectáculo más terrible.

— ¡Oh! —oí que decía Purci en el intercomunicador.

— ¡Ji! —dijo Honey.

—Tranquilos —dijo el capitán con voz nada tranquila.

A mis espaldas oí un sonido apagado. Era Betty Ordway que se desmayaba. La dejé acostada y volví a mi puesto.

Como de común acuerdo el grueso de los charlatanes se detuvo en lo alto de una pequeña loma entre nosotros y los matorrales, y tres de ellos se acercaron, uno adelante y dos atrás. En ese momento el capitán, que había avanzado bastante, se hizo visible, seguido por los otros dos. Los tres se detuvieron y los tres charlatanes se detuvieron también, y la multitud en la cima de la loma redobló increíblemente sus ruidos. No pude evitarlo; bajé el volumen de los altavoces. No aguantaba más. Loma me lo agradeció. Slopes se secó la cara, pasándose el pañuelo por los ojos para no perder detalle.

Fue un momento de tensión... No hablo de silencio. Los charlatanes seguían con aquellos gritos de asombroso volumen, pero nada se movía. La acción se desencadenó con una terrible rapidez.

El capitán alzó los brazos en lo que para él era obviamente un ademán de paz. Si se juzga por lo que pasó, los charlatanes lo tomaron como un espantoso insulto. Saltaron en el aire, los tres, y cuando tocaron el suelo corrieron de un lado a otro. Brincaron, aullando y rugiendo, y detrás la masa de los otros descendió por la pendiente de la loma. Oí en aquel tumulto un chillido de

Honey Lundquist. Las tres figuras vestidas con trajes del espacio parecían muy pequeñas ante aquella ola de vociferantes gigantes. Vi que uno de los nuestros se desmayaba.

— ¡Alto o hago fuego! —aulló Riggs fútilmente, y apuntó con el lápiz pistola.

Uno de los voluntarios recogió la forma inerte del otro, se la puso sobre los hombros y empezó a arrastrarse hacia la nave. Riggs apuntó, disparó, se volvió y corrió sin esperar a ver el resultado de su tiro.

Fue Slopes quien saltó al control de la esclusa, apretó la nariz contra la ventanilla, comprobó que los otros tres estaban dentro sanos y salvos y cerró la puerta exterior. Encendió la bomba de aire que aspiraría el amoníaco de la esclusa y volvió a las pantallas.

El charlatán contra el que Riggs había disparado estaba tendido en el suelo, rodeado por un grupo. El ruido era infernal. Volví a mi cámara y bajé otra vez el volumen, pero el ruido le llegaba a uno hasta por los pies, a través de las planchas de la cubierta.

Se abrió la puerta interior de la esclusa y apareció un capitán muy pálido. Detrás de él sus voluntarios... Honey Lundquist aturdida y Purci sobre sus hombros.

—Se desmayó —dijo Honey innecesariamente, y dejó caer a Purci en nuestros brazos.

Lo arrastramos a un rincón y miramos las pantallas.

—Por lo menos alcancé a uno —jadeó Riggs.

—No, no lo alcanzó, capitán —dijo Slopes.

Era cierto. El postrado charlatán se incorporaba, balanceando su maciza y colmilluda cabeza, aullando.

— ¿Son a prueba de balas? —preguntó Greaves.

—No —replicó Slopes—. La bala se estrelló contra el cristal que lleva al cuello. El capitán Riggs gruñó.

—No creo que nos acerquemos más a esos cristales en este viaje —predijo morosamente—. Nunca me dijeron que sería así. ¿Por qué no enviaron un crucero de guerra?

— ¿Para matar a esas criaturas y sacarles los adornos a los cadáveres? —preguntó Lorna, burlona—. Hemos progresado mucho en los últimos mil años, ¿no es cierto?

—No, no es ése el modo de encarar el problema—empecé a decir, pero Riggs me interrumpió.

—Tiene razón, tiene razón, Lorna. Si no conseguimos que cooperen, tardaremos años en descubrir cómo fabrican los cristales. O de dónde los sacan. Y no disponemos de años. Sólo nos quedan cuatro días.

Así es. Hace sesenta años una nave no llevaba mucho combustible. Los viajes se programaban para el tránsito más cercano de los planetas. Dejar Venus y correr detrás de la Tierra cuando los planetas empezaban a separarse otra vez, estaba fuera de la cuestión. Ahora, por supuesto, con energía de sobra, ocurre todos los días.

Sacamos a Purci de su traje y lo revivimos. Estábamos dispuestos a jurar que los charlatanes habían usado contra él algún arma secreta. Purci no se asustaba fácilmente. Su desmayo había sido probablemente una respuesta particular a una particular altura de sonido... algo enteramente individual. Pero en aquel momento estábamos dispuestos a creer cualquier cosa de los charlatanes.

La nave empezó a temblar.

— ¡Nos atacan! —aulló Greaves.

Pero no. El número de los charlatanes había aumentado. Toda la loma estaba cubierta de monstruos parecidos a hombres, monstruos corpulentos y escamosos. Todos charlaban insensatamente, y sentados en cuclillas golpeaban el suelo con sus puños como martillos.

—Están enardeciéndose, parece —diagnosticó Zipperlein—. Capitán, salgamos de aquí. No estamos equipados para esto.

—Nos quedaremos un rato —dijo Riggs—. Quiero estar seguro de haber hecho todo lo posible... aunque sea esperar sentados la hora de la partida.

Yo tenía mis dudas, y a juzgar por las caras, los otros también. Pero nadie dijo nada. La nave se estremecía. Nos fuimos a comer.

Unas trece horas antes del momento de la partida yo miraba malhumorado en una pantalla el enjambre de charlatanes, cuando sentí a alguien a mi lado. Era Slopes. Lo habíamos dejado bastante solo en los últimos tres días. Imagino que todos se sentían demasiado deprimidos para pensar en diversiones.

—Míralos —gruñí, señalando con la mano la pantalla—. No sé si son los mismos o si han estado turnándose para que el ruido no pare. Sólo un venusino podría distinguir uno de otro. Para mí todos son iguales.

Slopes me miró como si yo le hubiese dicho dónde estaban las joyas de la corona, y se alejó sin una palabra. Empezó a sacarse la ropa. Nadie le prestó atención. Quizá pensamos que iba a darse una ducha. Antes que ninguno de nosotros supiese qué ocurría, ya se había metido en un traje del espacio y estaba apretándose el casco.

— ¡Eh, Slopes! ¿Adonde piensas ir?

Slopes dijo algo, pero no pude oírlo. Eché atrás la mano y encendí el intercomunicador. Slopes repitió su respuesta, que era un simple: —Afuera—. Se metió en la esclusa y cerró la puerta.

Riggs salió hecho una furia de la cámara de controles.

— ¿Dónde se ha metido ese idiota?

Fue a la esclusa, pero la luz roja sobre la puerta brillaba indicando que habían abierto la cámara, y Slopes se había ido.

—Comuníqueme —gruñó Riggs, y lanzó un manotón a un micrófono de mi mesa—. ¡Slopes! —rugió.

Apreté unos botones. La voz de Slopes llegó con una calma y claridad que no le conocíamos.

—Sí, capitán.

— ¡Vuelva en seguida!

—Voy a ver si consigo esos cristales.

—Va a ver si consigue suicidarse. Vuelva. ¡Es una orden!

—Lo siento, capitán —dijo Slopes lacónicamente. Riggs y yo nos miramos, asombrados. Antes que el capitán pudiera emitir otra palabra, Slopes continuó—: Tengo una idea acerca de esos charlatanes, y soy el único calificado para llevarla adelante.

— ¡Lo matarán! —rugió Riggs.

—Sí, si estoy equivocado —dijo la serena voz de Slopes—. Bueno, si usted no se opone apagaré la radio. Tengo que pensar.

Riggs estaba tomando aliento cuando vio que el indicador de las radorrespuestas de Slopes se apagaba en el tablero. El aire se le escapó en

unas sílabas obscenas.

Todos corrimos a las pantallas. En ese momento empezaba a verse a Slopes, que se alejaba de la nave.

— ¡Calificado! —gruñí—. ¿Para qué demonios puede estar él calificado?

—Humanidad —dijo Lorna.

Yo no supe qué quería decirme; Lorna miraba la pantalla con una cara blanca y tirante.

Los charlatanes se lanzaron a una desenfrenada actividad tan pronto como vieron a Slopes. Corrieron, atropellándose prácticamente, para llegar a él. Tres o cuatro de los más rápidos se adelantaron gritando y entrechocando sus colmillos. Como si se deleitaran en el desamparo de Slopes, lo rodearon, saltando y vociferando, agachándose ocasionalmente para golpear el suelo con sus poderosos puños. Luego uno de ellos, de pronto, tomó a Slopes, lo alzó por encima de su cabeza y corrió con él loma arriba. La multitud se apartó para dejar paso a la criatura y volvió a cerrarse y la siguió mientras Slopes se perdía entre los arbustos azules.

—No sé cómo se puede elegir esa forma de suicidio —susurró Purci.

Honey Lundquist se echó a llorar.

—No es un suicidio —dijo Lorna—. Es un asesinato. Y ustedes lo asesinaron.

— ¿Quién? —pregunté—. No yo.

—Sí, tú —estalló Lorna—, tú y el resto. Ese pobre hombre nunca lastimó a nadie. Le hicieron lo peor que se puede hacer a un ser humano. Lo persiguieron por lo que era, y no por nada que hubiese hecho. Y ahora se demuestra a sí mismo que es bastante hombre, bastante humano, y da su vida por la misión que no cumplimos.

—Si salió para que lo mataran —dijo Betty Ordway con una lógica de hielo—, es un suicidio, no asesinato. Y no entiendo qué relación puede haber entre su conducta y los cristales.

—Nunca vi que le dieras una mano —dijo Honey muy tiesa.

Lorna no intentó un contraataque.

—No lo conocí realmente hasta ahora —dijo avergonzada, y volvió a sus cuarteles.

—Tenemos que ir a buscarlo —dijo Greaves.

Todos dejaron que la frase quedara en el aire.

—Saldremos dentro de trece horas —dijo Riggs, y se retiró al gabinete de los mapas.

El resto de nosotros anduvo de un lado a otro tratando de no mirarse, pensando: Quizá fuimos un poco duros con el hombre, y maldita sea, nunca le hicimos daño, ¿no es cierto?

Lo notamos todos casi al mismo tiempo, me parece. Luego de tres días de incesante parloteo había afuera un silencio mortal. Nos pusimos a hablar atropellándonos, y cerramos la boca luego de dos sílabas. Y me parece que todos empezamos a entender qué había querido decir Lorna.

Fue Purci quien expresó con calma nuestro pensamiento.

—No quería volver en esta nave. No quería volver a la Tierra. No se sentía bien en ninguna parte, pues nadie se había molestado en admitirlo. Y me parece que al fin se cansó.

No creo que se pronunciaran cincuenta palabras —fuera de las referentes al trabajo— en las diez horas siguientes.

No podían faltar más de noventa minutos para la partida cuando oímos volver a

los charlatanes. Uno a uno alzamos la cabeza.

—Quieren otro mordisco —dijo alguien. Una de las muchachas, creo, lanzó un juramento.

Encendí las pantallas. El matorral bullía con charlatanes, que se acercaban en enjambres al cohete.

— ¡Capitán! —llamé—, ¿qué le parece si partimos? Y les chamuscamos las escamas.

—Cierra esa boca, imbécil —dijo Lorna. Fue apenas un susurro, pero yo hubiera jurado que se oyó en toda la nave—. ¡Traen de vuelta a Slopes!

Lorna tenía razón. Tenía tanta razón... Con las piernas apretadas alrededor del pescuezo de un charlatán que venía haciendo cabriolas, la cara ligeramente azul a causa del poco oxígeno que le quedaba en el traje, con una amplia sonrisa, Slopes se acercaba a la nave, seguido y rodeado por centenares de aquellos escamosos horrores. El charlatán en que cabalgaba se arrodilló, y Slopes se apeó entumecido. Saludó con la mano y una cincuentena de las criaturas se puso en cuclillas y empezó a dar puñetazos en el polvo. Slopes caminó cansadamente hacia la nave, y cuatro charlatanes se acercaron también, con unos voluminosos bultos en la cabeza.

— ¿La puerta está abierta? —alguien alcanzó a decir.

Miré en el tablero. Estaba abierta.

Sonaron unos pesados golpes en la esclusa, y llegó a nosotros un huracán cercano de charla que destrozaba los nervios. Luego se apagó la luz roja y oímos el gemido de la bomba de aire.

Al fin la puerta interior se abrió y apareció Slopes. Tropezamos unos contra otros tratando de sacarle la escafandra.

—Tengo hambre —dijo Slopes—. Y estoy espantosamente cansado. Y juraría que me he quedado sordo por el resto de mis días.

Lo masajeamos y lo vestimos y lo alimentamos con sopa caliente. Se quedó dormido antes que termináramos con él. Había llegado la hora de partir. Lo metimos en su tarima, guardamos los cuatro grandes bultos en la bodega y luego de unos pocos resoplidos para advertirles a los charlatanes que debían retirarse, nos elevamos hacia las estrellas.

En los cuatro bultos había ochocientos noventa y dos cristales de Venus, perfectos. Y en el viaje de vuelta tanto tratamos de compensar a Slopes por lo que había sufrido en su vida que empezamos a tener celos unos de otros. Y Slopes... ya no era más un Casi. Era definitivamente un Todo, con una voz vibrante y un paso elástico.

Trabajó como un esclavo en aquellos cristales.

—Tienen que ser sintetizados —fue todo lo que dijo al principio—. Los hombres y los charlatanes deben mantenerse aparte.

De modo que... lo ayudamos. Y poco a poco oímos la historia. Cuanto más conocía la compleja estructura de los cristales, más decía Slopes. Así que antes de llegar a la Luna, ya habíamos descubierto la verdad.

—A esos charlatanes —dijo Slopes— ustedes los juzgaron mal. Así pasa con los seres humanos... temen lo que no entienden. Es natural, pero ¿por qué pensar que cualquier emoción provocada en un animal extraño anuncia un ataque?

«Imagínense que son algún animalito, una ardilla, por ejemplo. Se pasan ustedes la vida debajo de la mesa, comiendo mendrugos y atendiendo a sus propios asuntos. Hay media docena de seres humanos en el cuarto y uno de

ellos cuenta un chiste acerca de un viajante y la hija de un granjero. Termina el cuento y todos se ríen. Pero ¿qué piensa la ardilla? Sólo oye una enorme y rugiente explosión de sonidos animales. Se hunde en sí misma, muerta de miedo.

»Eso exactamente es lo que ocurre con los seres humanos y los charlatanes. Pero por esta vez la ardilla es el hombre.

— ¿Quieres decir que esos monos-lagartos se reían de nosotros?

—Escúchenlo —dijo el nuevo Slopes—. Qué indignado está. Sí, eso quiero decir, exactamente. Los charlatanes no vieron nunca nada más gracioso que un ser humano. Cuando salí de la nave, me llevaron a su aldea, llamaron a los vecinos de varios kilómetros a la redonda y organizaron un baile. Yo no podía equivocarme. Saludaba con la mano, y ellos rugían. Me sentaba... aullidos redoblados. Corría y saltaba... se tendían en el suelo y se morían de risa. De pronto, Slopes hizo a un lado su trabajo y habló como para sí mismo.

—Eso duele de algún modo, ¿no es cierto? Los seres humanos no deben ser objeto de risa. Son los reyes de la creación, poderosos y dignos. Es inexcusable que un ser humano sea gracioso, por lo menos involuntariamente. Bueno, los charlatanes me dieron algo que ningún ser humano fue capaz de darme antes... el sentimiento de pertenecer a la humanidad. Pues lo que sufrieron ustedes cuando los charlatanes se acercaron, riendo, es lo que sufrí yo toda mi vida. No ocurrirá nunca más. No me ocurrirá a mí; pues gracias a los charlatanes he sabido que cualquier fulano es tan ridículo como yo. Los charlatanes son gente amable, agradecida. Les gustó la función, y me ofrecieron regalos. Cuando les indiqué que me gustaban los cristales, me dieron tantos que yo no podía llevarlos.

Y yo también soy agradecido, y los cristales se fabricarán tan fácilmente en la Tierra que no será necesaria otra expedición a Venus. ¿No entienden? Si los hombres llegan a visitar con frecuencia a una raza que se ríe de ellos sólo al verlos... exterminarán a esa raza. Pensándolo bien, quizá no debían nombrar a Slopes el Hombre del Siglo. Quizás a él no le gustara que los charlatanes tuviesen mucha publicidad. Y no era muy buen amigo. Se casó con Lorna.

El cohete de Mewhu

—Interrumpimos este programa para anunciar...

— ¡Jack, no saltes de ese modo! Te has manchado de cenizas todo tu...

—Oh, Iris, querida, déjame escuchar el...

—... al principio identificado como un cometa, el objeto sigue un curso errático por la estratosfera, descendiendo ocasionalmente a...

—Me pones nerviosa, Jack. Vives absolutamente esclavizado por la radio. Me gustaría que me prestaras la misma atención.

—Querida, discutiré contigo, o te prestaré atención, o cualquier cosa que se te ocurra en el mundo, cuando haya oído este anuncio; pero por favor, por favor, ¡déjame escuchar!

—... sidentes de la costa este se les recomienda observar el paso de este ob...
—Iris, no...
¡Clic!
—Bueno, tu egoísmo, inconsideración, descortesía...
—Esto te enseñará, Jack Garry. La radio es tanto mía como tuya, y tengo derecho a apagarla cuando yo quiera.
— ¿Puedo preguntarte por qué te pareció necesario apagarla en este momento?
—Porque sé que repetirán muchas veces la noticia si es importante, y tú me harás callar siempre. Porque estos asuntos no me interesan y ya me tienen harta. Porque lo único que quieres escuchar es algo que no puede afectarnos. ¡Y sobre todo porque me gritaste!
— ¡No te grité!
— ¡Me gritaste! ¡Y me estás gritando ahora!
— ¡Mamá! ¡Papá!
—Oh, Molly, querida, ¡te despertamos!
—Pobre pequeña. Eh, ¿dónde están tus zapatillas?
—No hace frío esta noche, papá. ¿Qué decían en la radio?
—Algo que zumba y da vueltas por el cielo, querida. No lo oí todo.
—Una nave del espacio, apuesto.
— ¿Ves? ¡Tú y esa maldita ciencia ficción!

En ese mismo momento algo parecido al puño de un gigante arrancó de cuajo las dos habitaciones de la planta alta de la casa junto al mar, y las desparramó por la playa. Las luces se apagaron, y afuera toda la orilla se iluminó con un breve y explosivo resplandor azul,
—Jacky, querido, ¿te lastimaste?
— ¡Mamá, está sangrando!
—Jack, amor mío, di algo. Por favor, di algo.
—Urrrg —dijo Jack obedientemente, sentándose y esparciendo alrededor maderas y yeso. Se llevó suavemente las manos a los lados de la cabeza y silbó
—Algo golpeó la casa. Su pelirroja mujer rió casi histéricamente.
— ¿De veras, querido?
—Abrazó a Jack, le sacudió el polvo del pelo y se puso a frotarle la nuca.
— Estoy... asustada, Jack.
— ¡Estás asustada! —Jack miró alrededor, estremeciéndose a la pálida luz de la luna que se filtraba en la sala. El resplandor que entraba por un sitio desacostumbrado atrajo su nublada mirada, y apretó el brazo de Iris.
—Arriba... ¡no está! —dijo roncamente, tratando de incorporarse
— El cuarto de Molly... Molly...
—Estoy aquí, papá. Eh, ¡me estás apretando!
—Feliz familia —dijo Iris, temblándole la voz—. De vacaciones en una casita junto al mar, para que papá pueda escribir artículos técnicos y mamá se recupere... sin teléfono, sin películas en kilómetros a la redonda, y viviendo en un sitio donde vuela el techo. Jack... ¿qué nos golpeó?
—Una de esas cosas de que hablábamos —dijo Jack sardónicamente—. Una de esas cosas que no te interesaban, que no podían afectarnos, ¿recuerdas?
— ¿La cosa de que hablaba la radio?
—No me sorprendería. Será mejor que salgamos de aquí. El resto de la casa

puede caer sobre nosotros, o arder, o algo parecido.

—Y moriremos todos —canturreó Molly.

—Cállate, Molly. Iris, voy a dar un vistazo. Convendrá salir y buscar un sitio para levantar la tienda... si puedo encontrarla. —Si

— ¿La tienda? —jadeó Iris.

—Qué formidable —dijo Molly.

—Jack Garry, no me acostaré en una tienda. ¿No entiendes que este lugar se llenará de gente en cualquier momento?

—Bueno, bueno. Pero sal de lo que queda de la casa. Nada un rato. Pasea. O busca la cama del cuarto de Molly.

—No saldré sola de aquí. Jack suspiró.

—Si te hubiese pedido que te quedaras... —murmuró—. No he conocido mujer más rebelde... Cállate, Molly.

—No dije nada.

¡Miiiiuuu!

— ¿No hiciste ese maullido?

—No, papá, de veras.

—Yo diría que un gato ha quedado entre los restos —opinó Iris—. Sólo que los gatos son inteligentes, y ninguno se hubiera acercado a este sitio.

¡Bu-bu-bu-miüuuu!

— ¡Qué sonido tan triste!

—Jack, eso no es un gato.

Mmmmmmiu Mmm-m-m-m.

—Sea lo que sea —dijo Jack—, no puede ser bastante grande para tener miedo y hacer ese ruidito. Apretó el brazo de Molly y, caminando cuidadosamente entre los restos, se puso a mirar alrededor. Molly se arrastraba junto a él. Jack iba a pedirle que no hiciese mucho ruido, y luego lo pensó mejor. ¿Qué diferencia podía haber en aquella barahúnda?

El sonido no se repitió, y cinco minutos de búsqueda no dieron ningún resultado. Garry volvió junto a su mujer, que andaba a tientas por lo que había sido una sala, levantando insensatamente sillas y mesitas de café.

—No encontré na...

— ¡Zas!

—¡Molly! ¿Qué pasa?

Molly estaba afuera entre los arbustos.

— ¡Papá, mejor que vengas rápido!

Acicateado por la urgencia del tono de Molly, Garry salió estrepitosamente. Encontró a Molly, muy tiesa, tratando de meterse en la boca los dos puños a la vez. A sus pies había un hombre de piel gris plateada y con un brazo roto, que la miraba maullando.

—... la gendarmería y la marina han suspendido sus advertencias. El piloto de un transporte de la Pan-American informó que el objeto desapareció en el cenit. Fue visto por última vez a veinticinco kilómetros al este de la bahía de Normandy, Nueva Jersey. Según informes del vecindario volaba muy lentamente, con un zumbido. Aunque casi ha rozado el suelo varias veces, no se informó de ningún daño.

Inves...

—Qué te parece —dijo Iris apagando el pequeño aparato portátil—. Ningún daño.

—Sí. Y si nadie vio el choque, no habrá investigaciones. Así que puedes retirarte a tu blando lecho de la tienda. Nadie vendrá a entrevistarte.

— ¿Ir a dormir? ¿Estás loco? ¿Dormir en esa sucia tienda con ese maullante monstruo ahí tendido?

—Oh, mamá, está enfermo. No nos hará daño. Se sentaron alrededor de un fuego brillante, alimentado por tejas. Jack había levantado la tienda sin mucho trabajo. El hombre gris plateado estaba acostado en las sombras, durmiendo ligeramente, y emitiendo algún gemido ocasional. Jack le sonrió a Iris.

— ¿Sabes?, me gustan las tonterías que dices. Fue un placer ver cómo te acercaste a él y le arreglaste el brazo. No parecías pensar que era un monstruo.

—No, no lo pensaba. Quizá monstruo no es la palabra justa. Jack, tiene un solo hueso en el antebrazo.

—¿Tiene qué? Oh, disparates, querida. No es científico. Debe tener una articulación en la muñeca.

—Tiene una articulación en la muñeca.

—Esto hay que verlo —murmuró Jack. Recogió la linterna y se acercó a la figura tendida. Los ojos de plata parpadearon a la luz. Había algo raro en ellos. Acercó más la linterna. Las pupilas no eran negras, sino de un verde oscuro. Se cerraban... por los lados, como las pupilas de un gato. Jack silbó entre dientes. Recorrió con la luz el cuerpo del hombre. Estaba vestido con una especie de bata holgada de color azul brillante, y un cinturón amarillo. El cinturón tenía un cierre: dos piezas juntas de metal dorado. Cuando el hombre se había desmayado, poco después de que lo descubriesen, Jack había tenido que esforzarse para separar las piezas.

—Iris.

Iris se incorporó y se acercó a Jack. - • v

—Déjalo dormir al pobre diablo.

—Iris, ¿de qué color era su bata?

—Roja, con un... ¡pero es azul!

—Es azul ahora, Iris. ¿Qué demonios tenemos aquí?

—No sé, no sé. Alguna pobre criatura que escapó de una institución para... para...

— ¿Para qué?

— ¿Cómo puedo saberlo? —replicó Iris—. Debe de haber algún sitio donde manden a las criaturas que nacen así.

—No hay criaturas que nazcan así, no es deforme. Es distinto.

—Te entiendo. No sé por qué te entiendo, pero te diré algo.

—Iris calló y se quedó así tanto tiempo que Jack se volvió hacia ella, sorprendido. Al fin Iris dijo, lentamente:

— Tendría que tenerle miedo, pues es feo, y extraño, pero... no le tengo miedo.

—Yo tampoco.

—Molly, vuelve a la cama.

—Es un duende.

—Quizá tengas razón. Ve a acostarte, chiquilla, y por la mañana podrás preguntarle dónde guarda la olla de oro.

—Zas.

—Molly se alejó un poco, y apoyada en un pie dibujó con el otro un círculo en la arena.

— ¿Papá?

—Sí, Molly querida.

—¿Mañana podré también dormir en la tienda?

—Si eres buena.

—Papá quiere decir —explicó Iris ácidamente— que si no eres buena, mañana por la noche tendrá arreglado el techo de la casa.

—Seré buena.

Molly desapareció en la tienda.

El hombre gris maulló otra vez.

—Bueno, amigo, ¿qué le pasa?

El hombre se incorporó a medias y se tanteó el brazo roto.

—Le duele —dijo Iris.

Se arrodilló junto a él, tomándole el brazo sano por la muñeca y apartándolo de la herida. El hombre no se resistió y se quedó mirándola con una expresión de dolor en los ojos hendididos.

—Tiene seis dedos —dijo Jack—. ¿Ves? —Se arrodilló junto a su mujer y tomó suavemente la muñeca del hombre. Lanzó un silbido.

— Es una articulación.

—Dale una aspirina.

—Es una buena... Espera. —Jack se incorporó tironeándose pensativamente el labio inferior.

— ¿Te parece que podemos?

— ¿Por qué no?

—No sabemos de dónde viene. No sabemos nada de la química de su organismo, ni qué pueden hacerle nuestras medicinas.

—El... ¿qué quieres decir con eso de dónde viene?

—Iris, ¿puedes abrir tu mente un momentito? Ante pruebas tan evidentes, ¿vas a aferrarte aún a la idea de que este hombre viene de algún sitio terrestre? — Jack parecía molesto.

— Conoces tu anatomía. ¡No me digas que viste alguna vez algún ser humano, aun anormal, con piel y huesos como éstos! El cierre del cinturón, el material de la ropa... Vamos, Iris. Deja tus prejuicios y dale una oportunidad a tu cerebro.

— ¡Me sugieres cosas que simplemente no ocurren!

—Eso es lo que dijo el hombre de la calle... en Hiroshima. Eso dijo el viejo aeronauta en la canasta de su globo cuando le hablaron de un aparato volador más pesado que el aire. Eso es...

—Bueno, bueno, Jack. Ya conozco el resto del discurso. Si prefieres la dialéctica a lo que queda de una noche de sueño, te diré que todos tus ejemplos son de este mundo. Muéstrame un nuevo plástico, un nuevo metal, una nueva clase de motor, y aunque yo no lo entienda, lo aceptaré a causa de su origen humano. Pero esto, este hombre, o lo que sea...

—Ya sé —dijo Jack más suavemente—. Asusta porque es extraño, y lo extraño nos parece siempre peligroso. Por eso empleamos nuestras mejores maneras con los extraños y no con los amigos. Pero aun así, no me parece que debamos darle una aspirina.

—Parece respirar el mismo aire que nosotros. Transpira, habla... creo que habla.

—Tienes un poco de razón. Bueno, vale la pena probar si con eso le calmamos algo el dolor. Dale una, sólo una.

Iris fue hacia la bomba con un vaso que había sacado de su botiquín de

primeros auxilios y lo llenó de agua. Arrodillándose junto al hombre de piel de plata, le levantó la cabeza, le puso suavemente la aspirina entre los labios y le llevó el vaso a la boca. El hombre bebió el agua con avidez y en seguida cayó flojamente hacia atrás.

—Oh, oh. Me temía esto.

Iris puso la mano sobre el corazón del hombre.

— ¡Jack!

—Está... ¿Qué pasa, Iris?

—No está muerto, si era eso lo que ibas a decir. ¿Quieres sentir esto?

Jack puso su mano junto a la de Iris. El corazón golpeaba lenta y pesadamente, con unos ocho laudos por minuto. Debajo, sin ninguna relación con el latido principal, había otro, extremadamente rápido, agudo, que quizá llegaba a las trescientas pulsaciones por minuto.

—Parece que tiene palpitaciones —dijo Jack.

— ¡Y en dos corazones a la vez!

De pronto el hombre alzó la cabeza y emitió una serie de gritos ululantes. Se le abrieron los ojos y una translúcida membrana nictitante parpadeó sobre ellos. Se tendió otra vez, muy quieto, con la boca abierta, chillando y gargarizando. Luego tomó con un rápido movimiento la mano de Jack y se la llevó a la boca. Una lengua puntiaguda, anaranjada, y diez centímetros más larga que lo común, asomó y lamió la mano de Jack. Luego los raros ojos se cerraron, los gritos fueron un gemido y se apagaron, y el hombre se serenó.

—Duerme ahora —dijo Iris—. ¡Oh, espero que no le hayamos hecho daño!

—Algo le hemos hecho. Ojalá no sea grave. Por lo menos el brazo ya no le molesta.

Iris puso un almohadón bajo la cabeza del hombre, curiosamente recortada en planos, y estiró la manta de playa donde estaba acostado.

—Tiene un hermoso bigote —dijo—. Como plata. Parece muy viejo y sabio.

—También los buhos. Vamos a la cama.

Jack despertó temprano. Acababa de soñar que se había lanzado al espacio desde una motocicleta volante con un paraguas que se convirtió al caer en un bastón de caramelo. Aterrizó en unos despeñaderos afilados como dientes y blandos como esponjas. Inmediatamente se vio rodeado de sirenas parecidas a Iris, con ruedas dentadas como manos. Pero no se asustó. Se despertó sonriendo, inexplicablemente feliz.

Iris dormía. Afuera, en alguna parte, oyó el tintineo de la risa de Molly. Se sentó y miró el catre de campaña. Estaba vacío. Moviéndose en silencio para no despertar a su mujer, se calzó los mocasines y salió.

Molly estaba de rodillas junto al extraño visitante, sentado en cuclillas, y...

¡Estaban jugando a la hija del chocolatero!

— ¡Molly!

—Sí, papá.

— ¿Qué haces? ¿No ves que ese hombre tiene el brazo roto?

—Oh, caramba, lo siento. ¿Te parece que lo lastimé?

—No sé. Es probable —dijo Jack titubeando.

Se acercó al extraño y le tomó la mano sana.

El hombre alzó los ojos y sonrió. Su sonrisa era particularmente atractiva. Tenía dientes puntiagudos y muy separados.

—li-yo mou medibu Mewhu —dijo.

—Se llama así —dijo Molly, excitada. Se inclinó hacia adelante y tironeó de la

manga del hombre—. Mewhu. ¡Eh, Mewhu! —Y se señaló el pecho.

—Muly—dijo Mewhu—. Muly... Giry.

—¿Has visto, papá? —dijo Molly en éxtasis—. ¿Has visto?

—Señaló a su padre.

—Papá. Pa-pá.

—Pi-pi —dijo Mewhu.

—No, tonto. Papá.

—PÍU-pi.

— ¡Pa-pá!

Jack, fascinado, se señaló a sí mismo y dijo:

—Jack.

—Jick.

—Bastante bien. Molly, el hombre no puede pronunciar la a. Puede decir «u» o «i» pero no «a». Es suficiente.

Jack examinó las tablillas. Iris había hecho un buen trabajo. Advirtiendo que en vez del cúbito-radio el hombre tenía un solo hueso, había puesto dos tablillas en lugar de una. Mentalmente, Iris no aceptaría la existencia de Mewhu ni aun como una posibilidad, pero como enfermera no sólo aceptaba su estructura ósea, sino que tenía en cuenta, hábilmente, sus diferencias.

—Me parece que quiere ser cortés —dijo Jack a su contrita hija—, y si quieres jugar a la hija del chocolatero, te acompañaré, aunque le duela. No te aproveches de él, pequeña.

Jack encendió el fuego y cuando apareció Iris ya hervía el agua.

—Es necesario un cataclismo para que tú prepares el desayuno —gruñó ella con una complacida sonrisa—. ¿Cuándo fuiste boy scout?

—En realidad —dijo Garry—, lo fui una vez. ¿Quiere encargarse ahora la señora?

—La señora se encargará. ¿Cómo está el paciente?

—Mejorando. Él y Molly estaban jugando. Sus ropas, por otra parte, son rojas de nuevo.

—Jack, ¿de dónde viene?

—No se lo pregunté todavía. Quizá lo sepamos cuando yo aprenda a maullar o él aprenda a hablar. Molly ha obtenido ya la información de que se llama Mewhu.

—Garry sonrió con una mueca.— Y me llama Jick.

—No puede pronunciar la r, ¿eh?

—Ya arreglaremos eso, mujer. Sigue con el desayuno. Mientras Iris trabajaba en el fuego, Jack fue a mirar la casa. Los daños no eran tan graves como había pensado... gracias a la pobre construcción. Aparentemente las dos habitaciones de la planta alta se habían añadido hacía poco a la sección más baja, comparativamente chata. La armazón de la cama de Molly no tenía arreglo, pero el somier y el colchón estaban intactos. El viejo techo, que había quedado expuesto al desaparecer las habitaciones de arriba, parecía bastante seguro. La sala era suficientemente grande para Iris y él, y podían poner la cama de Molly en el estudio. Había herramientas y madera en el garaje, el tiempo era cálido y sereno, y a Jack Garry le atraía normalmente la perspectiva de un trabajo duro que no le pagarían... siempre que no fuera escribir. Cuando Iris lo llamó para desayunar, ya había sacado casi todas las maderas rotas del techo y tenía un plan de acción. Sólo tenía que tapar el hueco donde había terminado la escalera y revisar el techo en busca de probables agujeros. Una

buena lluvia, reflexionó, serviría para descubrirlos rápidamente.

— ¿Qué hacemos con Mewhu? —preguntó Iris mientras le tendía a Jack un aromático plato de jamón con huevos—. ¿Te parece que si le servimos algo tendrá otro ataque?

Jack miró a la visita que estaba sentada al otro lado del fuego, muy cerca de Molly, observando con ojos muy abiertos el desayuno.

—No sé. Podemos darle un poco, me imagino.

Mewhu devoró su muestra y gimió por más. Devoró una segunda ración, y cuando Iris rehusó freír más, se dedicó a las tostadas y la mermelada. Masticaba un rato cada nuevo bocado, parpadeaba dos veces, y lo engullía. La única excepción fue el café. Un sorbo fue suficiente. Dejó el vaso en el suelo y luego con mucho cuidado, con mucha delicadeza, lo volcó.

— ¿Podéis hablarle? —preguntó Iris de pronto.

—Puede hablarme a mí —declaró Molly.

—Lo he oído—dijo Jack.

—Oh, no, no es eso —negó Molly con vehemencia—. No entiendo esos ruidos.

— ¿Qué quieres decir entonces?

—Pues... no sé, mamá. Me habla... eso es todo. Jack e Iris se miraron.

—Oh —dijo Iris. Jack meneó la cabeza mirando cuidadosamente a su hija, como si en realidad nunca la hubiera visto antes. No supo qué decir y se incorporó.

— ¿Crees que podrás arreglar la casa?

* Je(r)k, «tirón», «sacudida». (N. del T.)

—Oh, sí. —Jack se rió. — Además, nunca te gustó el color de los cuartos de arriba.

—No sé qué me pasa —dijo Iris pensativamente—. Habría armado un alboroto por una sola de estas cosas. Habría hecho las maletas y me habría ido a casa, si, por ejemplo, hubiese desaparecido una pared de arriba, o se hubiera abierto un agujero en el techo, o si este... este androide hubiese aparecido de pronto. Pero ocurre todo junto... y lo aguanto.

—Cuestión de perspectiva. La mujer que se enoja es la que no tiene bastantes preocupaciones.

—Sal de mi vista o te daré con esta sartén en la cabeza —dijo Iris firmemente. Jack se fue. Molly y Mewhu lo siguieron mientras volvía a la casa... y miraron juntos con los ojos muy abiertos cómo subía por la escalera de mano.

— ¿Qué haces, papá?

—Marco los bordes del hueco de la escalera para recortarlos.

—Oh.

Jack marcó el área con un trozo de carbón, cortó las partes más salientes con el hacha y buscó alrededor el serrucho. Estaba aún en el garaje. Bajó, encontró el serrucho, subió otra vez y se puso a aserrar. Veinte minutos después el sudor le corría por la cara. Dejó el trabajo, bajó, se refrescó la cabeza en la bomba, encendió un cigarrillo y subió de nuevo al techo.

— ¿Por qué no subes y bajas saltando? El trabajo del techo parecía cada vez más largo y el día cada vez más corto. El entusiasmo de Jack estaba en proporción inversa a estos factores.

—No seas graciosa, Molly.

—Sí, pero Mewhu quiere saber.

—Oh, quiere saber. Dile que pruebe él.

Volvió a su trabajo. Pocos minutos más tarde se detuvo a tomar aliento. Mewhu y Molly habían desaparecido. Estarían probablemente junto a la tienda, al alcance de Iris, pensó, y siguió aserrando.

— ¡Papá!

El brazo y el hombro de papá, poco acostumbrados, estaban pidiendo ayuda a gritos. La seca madera hacía saltar el serrucho o lo desviaba de la línea, alternadamente.

—¿Qué pasa?

—Mewhu dice que vengas. Quiere mostrarte algo.

— ¿Mostrarme qué? No tengo tiempo para jugar, Molly. Atenderé a Mewhu cuando haya otra vez un techo sobre nuestras cabezas.

—Pero es para ti.

—¿Qué?

—La cosa en el árbol.

—Oh, bueno.

Más por pereza que por curiosidad, Jack bajó otra vez. Molly esperaba. Mewhu no estaba a la vista.

— ¿Dónde está Mewhu?

—Junto al árbol —dijo Molly con exagerada paciencia, tomando a su padre de la mano—. Vamos. No está lejos.

Lo llevó alrededor de la casa y por el abrupto sendero que era conocido eufemísticamente como camino. Había un árbol caído al otro lado. Jack miró hacia la casa y vio que en una línea, desde el árbol caído hasta el techo, había otros árboles con ramas rotas. Algo había bajado del cielo, barriendo las copas de los árboles, acercándose cada vez más al suelo hasta arrancar el techo de la casa, y luego se había alejado subiendo, subiendo... ¿hacia dónde?

Caminaron por el bosque unos diez minutos, bordeando de cuando en cuando alguna copa o rama caída, y llegaron junto a Mewhu, que esperaba apoyado en el tronco de un joven arce. Mewhu sonrió, apuntó a lo alto del árbol, se tocó el brazo y señaló el suelo. Jack lo miró perplejo.

—Se cayó del árbol y se rompió el brazo —dijo Molly.

— ¿Cómo lo sabes?

—Bueno, así pasó, papá.

—Me alegra saberlo. ¿Puedo volver a trabajar?

—Quiere que le bajes esa cosa del árbol.

Jack alzó los ojos. Arriba, colgado de una rama, a dos tercios de la altura del árbol, había un objeto brillante, una vara de cerca de un metro y medio de largo, de forma aerodinámica en las puntas, como los tanques de las alas de un P-80.

—¿Qué diablos es eso?

—No sé... no puedo... Mewhu me lo dijo, pero no puedo... De todos modos es para ti, así tú no... tú no... —Molly miró a Mewhu un momento. El bigote plateado del extraño parecía temblar.— Así no tendrás que subir tanto por la escalera. —Molly, ¿cómo lo sabes?

—Él me lo dijo, eso es todo. Caramba, papá, no te enojés. No sé cómo, de veras. Él me lo dijo, no sé más. —No entiendo —murmuró Jack—. Bueno, ¿qué es eso en el árbol? ¿Se supone que yo tengo que romperme el brazo también? —No está oscuro.

— ¿Qué quieres decir?

Molly se encogió de hombros. —Pregúntaselo a él.

—Oh, creo que entiendo. Se cayó del árbol, porque era de noche. Cree que puedo subir ahí y traer eso porque veré lo que hago. Me adula también. ¿Será adulación? ¿No nos verá demasiado parecidos a los monos?

— ¿De qué hablas, papá?

—No importa. ¿Y por qué tengo que traer esa cosa?

—Pues... para que puedas saltar del techo.

—No tiene sentido. Sin embargo, quisiera echarle a eso una ojeada. Como la nave se ha ido, ese objeto parece ser el único artefacto que trajo consigo, excepto sus ropas.

— ¿Qué es un artefacto?

—Un primo segundo de la alcachofa. Allá vamos.

Jack empezó a subir. No había subido a un árbol desde hacia años, y mientras miraba cuidadosamente dónde ponía los pies se le ocurrió que había modos más eficientes de ganar altura.

El árbol empezó a estremecerse y balancearse bajo su peso. Jack miró una vez hacia abajo y decidió instantáneamente no hacerlo de nuevo. Miró hacia arriba y le alegró ver qué cerca estaba de la meta. Subió otro metro y se horrorizó al advertir qué lejos estaba aún, pues las ramas ya eran muy delgadas. Trepó un poco más, estiró la mano y rozó el vástago con los dedos. El objeto tenía dos anillas, descubrió, cada una a unos treinta centímetros del centro, bastante grandes como para meter el brazo, y colgaba de una rama por una de las anillas. Jack se sostuvo del tronco con una mano, sintiendo que le crujían los músculos, y extendió la otra.

La operación no tuvo mucho éxito. El brazo estirado vacilaba en el aire. Al fin rozó la rama y la anilla se soltó. El entusiasta crujido de unas ramas envolvió a Jack. Sacó la lengua y se la mordió. Había alcanzado el artefacto de Mewhu y no abrió la mano. Empezó a caer, con el cuerpo en tensión, esperando el golpe que allá abajo le rompería los huesos.

Cayó bastante rápido al principio, y luego la vara que tenía en la mano empezó a retenerlo. Pensó que se habría enganchado en una rama, por algún milagro, ¡pero no! Descendía como una semilla volante, colgado de la vara, que de algún modo imposible lo sostenía en el aire. De los extremos aerodinámicos de la vara salía un susurro agudo y débil. Miró hacia abajo, parpadeó para secarse el sudor de los ojos y miró otra vez. Mewhu mostraba los dientes en una amplia y feliz sonrisa; Molly lo miraba boquiabierta.

Cuanto más se acercaba al suelo, más despacio bajaba. Cuando después de lo que pareció una eternidad sintió bajo los pies la bendita presión de la tierra, tuvo que enderezarse y tirar de la barra hacia abajo. La barra cedió como un freno eléctrico. Unas hojas muertas bailaban y giraban bajo los extremos.

— ¡Papá, fue formidable!

Jack tenía la garganta reseca. Tragó saliva dos veces, y cerró los ojos sacudiendo la cabeza.

—Sí, muy divertido —dijo débilmente.

Mewhu se acercó, le sacó la vara de la mano y la dejó caer. La vara se mantuvo perfectamente horizontal y bajó hasta tocar el suelo. Mewhu señaló la vara, los árboles y sonrió mostrando los dientes.

—Como un paracaídas. ¡Qué maravilloso, papá!

—No te acerques a eso —dijo Jack, a quien no se le escapaba el significado del tono de Molly—. Vaya a saber qué es. Puede irse o algo así.

* Artichoke, en inglés. (N. del T.)

Miró temerosamente el objeto. Yacía en silencio, sin aquel siseo de las puntas. Mewhu se inclinó de pronto, tomó la vara y la alzó por encima de la cabeza con una mano. Luego recogió los pies y se quedó colgado en el aire. La vara lo hizo descender suavemente, hasta dejarlo sentado en el suelo, en un lecho de hojas secas. Tan pronto como Mewhu había alzado la vara, los extremos aerodinámicos habían empezado a resoplar otra vez.

—Nunca vi nada más disparatado. Un momento.

Lavara flotaba a la altura de su cintura. Jack se inclinó sobre un extremo. Terminaba en una fina rejilla redonda. Extendió la mano. Mewhu se adelantó y le tomó la muñeca sacudiendo la cabeza. Aparentemente era peligroso acercarse a esas puntas. Garry entendió de pronto por qué. Eran diminutos, poderosos motores de reacción de alguna especie. Si el chorro era bastante fuerte como para sostener el peso de un hombre... sería capaz también de abrirle un agujero en la mano, como una gigantesca agujereadora de papeles. Pero ¿qué gobernaba la vara? ¿Cómo se ajustaba la fuerza del chorro al peso que sostenía el dispositivo y a la altura? Recordó sin placer que al resbalar de la copa del árbol había descendido al principio muy rápidamente, y luego cada vez más despacio a medida que se acercaba al suelo. Y sin embargo cuando Mewhu había alzado la vara sobre la cabeza, había quedado suspendido en el aire instantáneamente, descendiendo luego con mucha lentitud. Y además, ¿cómo era tan estable? ¿Por qué no se daba vuelta precipitándose a tierra con su pasajero?

Miró a Mewhu con cierta reverencia. Venía indudablemente de un sitio donde la ciencia estaba realmente adelantada. Se preguntó si podría sacarle alguna información técnica a su visitante... y si podría entenderla. Por supuesto, Molly parecía capaz de...

—Quiere que volvamos y lo probemos en el techo —dijo Molly.

— ¿Cómo podría ayudarme este refugiado de una obra de Kuttner?

Inmediatamente, Mewhu tomó la vara, la alzó, se agachó y deslizó los brazos por las dos anillas, de modo que le quedó sobre los hombros como un balancín. Mirando alrededor se volvió hacia un claro en los árboles y ante los ojos atónitos de Jack y Molly dio un salto de diez metros de altura, voló en un gran arco y descendió suavemente veinte metros más lejos.

Molly saltaba y aplaudía, enmudecida de placer. Las únicas palabras que Garry pudo encontrar fueron un reiterado:

— ¡Ah, no!

Mewhu se quedó allá, esperándolos con una atractiva sonrisa. Caminaron hacia él y cuando estuvieron cerca el hombre dio otro salto y voló hacia el camino.

— ¿Qué hacer con una cosa semejante? —susurraba Jack—. ¿A quién recurrir? ¿Qué decirle?

—Podemos guardarlo como la mascota de la casa, papá.

Jack tomó a Molly de la mano y siguieron al saltarín y volante hombre de plata. ¡Una mascota! Un miembro de alguna extraña raza, de alguna inimaginable civilización... y obviamente muy experimentada también, pues ningún individuo común hubiese podido lanzarse solo a un viaje semejante. ¿Cuál era su historia? ¿Era el miembro de una avanzada? ¿O el único sobreviviente de su raza?

¿De dónde venía? ¿Marte? ¿Venus?

Lo alcanzaron en la casa, al pie de la escalera. La curiosa vara descansaba junto a Mewhu en el suelo. El hombre manejaba ahora fascinado el yo-yo de Molly. Cuando los vio, dejó caer el juguete, recogió su aparato y deslizándose sobre los hombros se elevó en el aire y cayó en el techo.

— ¡lii-yu! —gritó enfáticamente, y saltó hacia atrás. Tan estable era la vara que el cuerpo de Mewhu se balanceaba en el aire.

—Muy bonito —dijo Jack—. Y espectacular también. Ahora tengo que volver al trabajo.

Se acercó a la escalera.

Mewhu se le cruzó en el camino y lo tomó por el brazo gimiendo y silbando en su peculiar lenguaje. Se quitó la vara y se la tendió a Jack.

—Quiere que la uses —dijo Molly.

—No, gracias —dijo Jack, recordando aún el vértigo que había experimentado en el árbol—. Usaré la escalera.

Extendió una mano. Mewhu, dando saltos de frustración, se le adelantó con rapidez. La escalera cayó sobre un cajón, giró y golpeó a Jack dolorosamente en la espinilla.

—Sería mucho mejor que utilizaras el cinturón volador, papá.

Jack miró a Mewhu. El hombre de plata lo observaba con la expresión más agradable de que era capaz con aquella cara; además, quizá convenía seguirle el juego. Por ahora estaba a salvo en tierra, y Jack pensó que no importaría si aquella cosa fantástica no daba resultado con él. Y si le fallaba ya en el techo, bueno, la casa no era muy alta.

Metió los brazos por las dos anillas. Mewhu señaló el techo, y se agachó como si fuese a saltar. Jack tomó aliento, apuntó cuidadosamente, y esperando que el dispositivo no funcionase, saltó.

Se elevó muy cerca de la casa... demasiado cerca. El alero lo golpeó con un sonido resonante justo en el sitio donde acababa de alcanzarlo la escalera. Pero el impacto apenas lo detuvo. Pasó flotando sobre el techo, osciló en el aire una fracción de segundo y empezó a descender. Durante un momento pensó que sus piernas oscilantes encontrarían un punto de apoyo. Todo lo que consiguió fue golpearse de nuevo la espinilla en el otro alero. Arrastrando sucias nubes de polvo cayó de pie... en la canasta de ropa. Iris, que colgaba unas sábanas, se volvió y lo vio.

— ¡Jack! Qué demonios estás... ¡Sal de ahí! Estás justo en mi canasta con tus sucios... ¡Oh!

— ¡Oh, oh! —dijo Jack y dio un paso atrás saliendo de la canasta. Pisó el vagón expreso de Molly, que Iris usaba para trasladar la pesada canasta, intentó recuperar el equilibrio, saltó... e inmediatamente se elevó en el aire. Esta vez tuvo más suerte. Pasó volando por encima de la cocina y aterrizó cerca de Molly y Mewhu.

— ¡Papá, eres un pájaro de veras! Después yo, ¿eh, papá?

—Voy a ser un cadáver de veras si la expresión de tu madre significa lo que creo. ¡No toques eso!

Se libró del «cinturón volador» y se metió en la casa justo cuando Iris doblaba la esquina.

—Fue por ahí —oyó que decía la deleitada Molly mientras él corría tropezando entre los restos que cubrían la sala y escapaba por la puerta de adelante. Cuando la puerta de la cocina se cerró violentamente, ya estaba al otro lado de

la casa. Se lanzó hacia Mewhu, le arrancó el aparato, se lo puso y saltó. Acertó esta vez. Pasó fácilmente sobre la casa aunque casi cayó sobre la ropa tendida. Cuando Iris, jadeando y furiosa, salió como una tromba de la casa, Jack estaba tendiendo sábanas.

—Jack, qué... —dijo Iris, y se le quebró la voz—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—Dándote una mano con la ropa, amor mío —dijo Jack.

— ¿Qué es... qué es eso que tienes en la espalda?

—Otra evidencia de la ubicuidad de los dispositivos de la ciencia ficción —dijo Jack suavemente—. Un multilateral y tridimensional ajustador de masa, o pata-caídas. Con él puedo volar como una gaviota, evadiéndome de los cuidados del mundo y los avances de las hermosas pelirrojas cuando sus pasiones me son desagradables.

—Alguna vez en el próximo futuro, pedazo de charlatán, voy a sacarte la lengua fuera de esa máquina parlante tuya, y haré con ella una corbata.

Luego Iris se rió.

Jack suspiró aliviado, se acercó y besó a su mujer.

—Querida, lamento haberme asustado tontamente cuando colgaba de esa cosa. No vi tu canasta, y si la hubiera visto no sé cómo habría podido esquivarla.

— ¿Qué es, Jack? ¿Cómo funciona?

—No sé. Motores de reacción en las puntas. Funcionan cuando un peso los empuja hacia tierra. Los chorros son más poderosos cerca del suelo que arriba. Cuando el peso disminuye, se apagan. No sé qué los hace funcionar, o qué energía usan. Parece que succionaran aire y lo expulsaran por las rejillas. Y, oh, sí... apuntan directamente hacia abajo, no importa cómo se haga girar la barra.

— ¿De dónde lo sacaste?

—De un árbol. Es de Mewhu. Lo usó aparentemente como paracaídas. Mientras bajaba, la rama de un árbol se metió en una anilla y Mewhu se salió de la vara, cayó y se rompió el brazo.

— ¿Qué vamos a hacer con él, Jack?

—Eso mismo ha estado preocupándome. No podemos venderlo a una feria. — Jack hizo una pausa, pensativo.

— Indudablemente, hay en él muchas cosas de valor para nosotros. ¡Sólo este objeto podría transformar la faz del mundo! Escucha... peso ochenta kilos. Me tomé de la vara de pronto, cuando perdí el equilibrio en el árbol, y sostuve inmediatamente mi peso. Mewhu pesa más que yo a juzgar por su figura. Alzó la vara por encima de la cabeza, recogió los pies, y se mantuvo en el aire. Si el aparato puede hacer eso, un modelo mayor podría quizá sostener un avión. Si por alguna razón eso no fuese posible, la fuerza de estos pequeños chorros alcanzaría por lo menos para mover una turbina.

— ¿Lavaría la ropa? —dijo Iris sin entusiasmo.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. Luz, energía portátil, una fuerza que uno nunca... Claro que lavaría la ropa. Y movería generadores, y autos, y... Iris, ¿qué harías tú con algo tan grande?

—Llamar a un periódico, supongo.

—Y cien mil personas se pasearán y espiarán por aquí, y habrá investigaciones parlamentarias, y todo eso. Oh, oh.

— ¿Por qué no consultas con Harry Zinsser?

— ¿Harry? Pensé que no te gustaba.

—Nunca dije eso. Ocurre que tú y él se sientan en un rincón y se ponen a hablar de amputaciones múltiples y debilidades de reactancia y cosas como ésas, y yo tengo que sentarme y tejer, y escupir cuando quiero que me hagan caso. Harry está bien.

—Bueno, querida, creo que has dado en el clavo. Harry sabrá qué debemos hacer. Voy a buscarlo ahora mismo.

—No harás nada semejante. ¿Con ese agujero en el techo? Creo haberte oído decir que esta noche iba a estar arreglado. Cuando vuelvas, ya estará oscuro.

No hubo de pronto nada menos atractivo para Jack que la perspectiva de aserrar el irregular agujero del techo. Pero había lógica y un insinuante «o si no» en el tono de Iris. Suspiró y se alejó murmurando algo acerca del mayor adelanto de la historia, que debía esperar por el antojo de una mujer. Olvidó que llevaba el elevador axilar de Mewhu, y sus pies sólo tocaron el suelo en los dos primeros pasos. Caminó torpemente por el aire e Iris chilló de risa. Cuando aterrizó otra vez, Jack apretó las mandíbulas y saltó ágilmente hasta el techo.

—Alcánzame ahora, tú y tus elegantes piernas de piano —gritó alegremente. Esquivó las pinzas de ropa que Iris le tiraba, y se puso otra vez a trabajar.

Mientras aserraba oyó un alboroto abajo.

—¡Pa-pá!

—Mr-r-ru ellue...

Jack suspiró y dejó de trabajar.

—¿Qué pasa?

— ¡Mewhu quiere su cinturón volador!

Jack miró el techo, el alero más abajo, y decidió que si tenía que bajar sin escalera confiaría en la resistencia de sus viejos huesos. Tomó la vara de puntas motorizadas y la dejó caer. La vara se mantuvo horizontal, y bajó, no con mayor rapidez ni más lentamente que antes. Mewhu la recogió, metió con habilidad el brazo quebrado en una anilla —era asombroso ver cómo cuidaba el brazo, que sin embargo le molestaba tan poco—, luego el otro brazo y saltó a unirse con Jack en el techo.

— ¿Qué dices, compañero?

—Bupenyiubip.

—Sé cómo te sientes.

Jack sabía que el hombre plateado quería decirle algo, pero él nada podía hacer. Le sonrió con una mueca y recogió el serrucho. Mewhu se lo sacó de la mano y lo arrojó al aire, cuidando que no cayera sobre la señorita Molly, que retrocedía bailando para ver mejor la escena.

—Pero ¿qué te propones?

—Dellijú escondido —dijo Mewhu—. Pento de numiniú je —y apuntó al cinturón volador y al agujero en el techo.

— ¿Quieres decir que es mejor volar que trabajar? Amigo mío, tienes mucha razón. Pero temo que...

Mewhu hizo girar el brazo abarcando todo el agujero en el techo, y mostró otra vez el paracaídas, señalando uno de los motores de reacción.

—No comprendo —dijo Jack.

Mewhu pareció entender, y una expresión de asombro le cruzó la móvil cara. Arrodillándose, tomó con la mano sana uno de los motorcitos, apretó dos diminutos botones y la armazón se abrió. Adentro había un dispositivo único, compacto, sellado, el núcleo mismo del motor aparentemente. Nada parecía

sostenerlo. Mewhu lo sacó y se lo dio a Jack. Por el tamaño y la forma parecía una máquina de afeitar eléctrica. Había un botón en un costado. Mewhu señaló ese botón, y luego movió la mano de Jack de modo que el aparato no apuntara hacia ellos. Jack, sin esperar nada, menos que nada ese «rayo enceguecedor de quemante y desatada energía» tan caro al mundo de la ficción científica, apretó el botón.

El dispositivo siseó y se apretó contra su palma, retrocediendo suavemente.

—Magnífico —comentó Jack—, pero ¿para qué me sirve?

Mewhu señaló la madera que Jack estaba cortando y luego el dispositivo.

—Oh —dijo Jack.

Se inclinó, apuntó con el aparato al sitio a donde había llegado el serrucho y apretó el botón. Se oyó de nuevo el siseo, sintió otra vez la suave y uniforme presión en la palma de la mano y una línea delgada apareció en la madera. Era una incisión, más fina que el corte del serrucho, clara y regular y, mientras mantuviera firme la mano, muy recta. Una tenue nube de serrín se alzó del agujero, y se fue en un torbellino.

Jack probó alejando y acercando el chorro a la madera. Descubrió que el corte era más fino cuanto más se acercaba. Cuando retiraba el aparato, la línea se hacía más ancha y el chorro cortaba con menos rapidez, hasta que a unos cincuenta centímetros dejaba de cortar. Deleitado, Jack recortó rápidamente el agujero y alisó los bordes. Mewhu miraba y sonreía mostrando los dientes. Jack le respondía con una sonrisa similar, imaginando cómo se habría sentido él si le hubiese presentado un serrucho a un hombre primitivo que intentaba trabajar la madera con un machete.

Cuando acabó su trabajo, le devolvió el motor al hombre de plata y le palmeó el hombro.

—Un millón de gracias, Mewhu.

—Jik —dijo Mewhu y buscó el cuello de Jack. Apoyó uno de los pulgares en la nuez de Adán y el otro en la nuca, sobre la escápula, y apretó dos veces, firmemente.

— ¿Así os saludáis en casa? —dijo Jack sonriendo.

Le pareció verosímil. Toda raza civilizada debía de tener algún saludo manual. El apretón de manos había nacido de una mano abierta, que indicaba que el saludador iba sin armas. Era posible que el ademán de Mewhu fuera una extensión, en una dirección algo diferente, del mismo signo. Debía de ser sin duda una indicación de amistad que dos individuos se presentaran mutuamente los cuellos.

Con tres hábiles movimientos, Mewhu metió otra vez el motorcito en su caja, y sosteniendo la vara con una mano se dejó caer del techo, descendiendo como una asombrosa flor de cardo. Una vez abajo, tiró de vuelta la vara. Jack se sorprendió al verla subir como un objeto terrestre. Le lanzó un manotón y no acertó. La vara alcanzó la cima de su arco, y tan pronto como empezó a descender los motores funcionaron y bajó suavemente hacia Jack. Jack descendió flotando a reunirse con Mewhu.

Luego fue hacia el garaje, donde había algunas maderas, seguido por el hombre de plata. Eligió unas planchas de pino de una pulgada y las puso en el piso. Allí las mediría y haría con ellas una puerta trampa que cubriría el inútil hueco de la escalera. Mewhu siguió con gran interés todo el proceso.

Jack tomó el cinturón volador y trató de abrir el extremo aerodinámico para sacar el motor. Nada consiguió. Apretó, torció y tiró. El aparato no hizo más

que emitir un leve siseo.

—Ik, Jik —dijo Mewhu. Le sacó la vara a Jacky la apretó. Jack miró atentamente, sonrió con una mueca y tomó el aparato.

Cortó con rapidez la madera, echando alegremente una mirada despectiva al serrucho que colgaba de la pared. Luego ensambló las planchas, alisó los bordes, y retrocedió para admirar su obra. Comprendió en seguida que era demasiado pesada para llevarla, y para subirla al techo. Si Mewhu tuviera las dos manos sanas... Se rascó la cabeza.

—Llévala en el cinturón volador, papá

—¡Molly! ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Mewhu me dijo... Quiero decir, es como...

—Aclaremos esto de una vez por todas. ¿Cómo te habla Mewhu?

—No sé, papá. Es como si recordara algo que él dijo, pero no... no las palabras que dijo. Yo... yo... —Molly titubeó, y luego continuó con vehemencia: — No sé, papá. De veras no sé.

— ¿Qué dice ahora?

Molly miró a Mewhu. Jack notó otra vez aquel peculiar temblor del bigote de plata de Mewhu.

—Pon la puerta que acabas de hacer en el cinturón volador y hazlo volar —dijo Molly—. El cinturón volador la hará caer lentamente, y tú puedes empujarla mientras... mientras... cae.

Jack miró la puerta, el aparato de reacción, y entendió. Metió la vara bajo la puerta y Mewhu la empujó. La puerta se alzó en el aire, y luego Mewhu, sosteniéndola, la llevó fuera del garaje antes que volviera a posarse en el suelo. Otro empujón, otro vuelo, y cubrieron diez metros más. Recorrieron de este modo el trayecto hasta la casa con Molly, que brincaba y reía detrás, y pedía que la llevaran en la vara un rato y alababa al sonriente Mewhu.

Cuando llegaron a la casa, Jack dijo:

—Muy bien, Einstein. ¿Cómo subimos ahora al techo?

Mewhu recogió el yo-yo de Molly, se puso a manejarlo hábilmente y se alejó hacia el otro lado de la casa.

— ¡Eh!

—No sabe, papá. Tendrás que solucionarlo tú.

— ¿Quieres decir que inventó este truco para traer aquí la puerta y ahora se le acabaron las ideas?

—Creo que sí, papá.

Jack Garry miró la forma cada vez más lejana del hombre de plata y sacudió la cabeza. Estaba ahora preparado a esperar de Mewhu algo mejor que el razonamiento humano, aunque fuese un poco distinto. No entendía cómo Mewhu podía encogerse de hombros ante un problema de simple lógica. Ciertamente un hombre de su capacidad no podía haber ideado un ingenioso método de llevar hasta allí la puerta sin entender que eso sólo solucionaba la mitad del problema. Se preguntó si la solución era tan obvia que Mewhu no se había molestado en explicársela.

Encogiéndose de hombros, Jack volvió al garaje y buscó una polea. Tenía que poner un gran gancho en el alero y otro en la puerta trampa, y una vez que consiguió subir la puerta hasta el alero, le quedó el trabajo más difícil de llevarla a su lugar en el techo. Mewhu había perdido aparentemente todo interés. Dos horas más tarde Jack ponía el último gancho en la puerta y daba

por terminado el trabajo cuando oyó que Mewhu se ponía a chillar otra vez. Dejó caer sus herramientas, metió los brazos en la vara de reacción y salió volando del techo.

— ¡Iris! ¡Iris! ¿Qué pasa?

—No sé, Jack. Está...

Jack se lanzó pesadamente hacia el frente de la casa. Mewhu estaba tendido en el suelo, sacudido por violentas y desgarrantes convulsiones. Yacía de espaldas, arqueándose, hundiendo los talones en la hierba, y torciendo la cabeza en un ángulo imposible, de modo que todo el peso del cuerpo le caía sobre la frente y los talones. Golpeaba el suelo con el brazo sano; el lastimado le colgaba, inerte. Se le retorcían los labios, y emitía una serie de entrecortados gritos ululantes, bastante horribles. Parecía poder gritar con la misma fuerza cuando aspiraba y exhalaba aire.

Molly estaba de pie junto a él, mirándolo hipnotizada. Sonreía. Jack se arrodilló junto a la forma que se torcía y doblaba y trató de inmovilizarla.

—Molly, no te rías del pobre hombre.

—Pero... está contento, papá.

— ¿Está qué?

— ¿No ves, tonto? Se siente muy bien. ¡Se ríe!

—Iris, ¿qué le pasa? ¿Sabes algo?

—Se tomó unas aspirinas otra vez. Es todo lo que puedo decirte.

—Tomó cuatro —dijo Molly—. Le gustan mucho.

— ¿Qué podemos hacer, Jack?

—No sé, querida —le dijo Jack, preocupado—. Será mejor dejarlo así. Un emético o un sedante pueden hacerle daño.

El ataque cedió de pronto, y Mewhu quedó flojamente tendido. Jack puso la mano sobre el pecho del hombre y sintió otra vez aquellas extrañas dobles pulsaciones

—Se ha desmayado —dijo.

—No, papá. Tiene sueños —dijo Molly con una voz tranquila.

— ¿Sueños?

—Un sitio con un cielo anaranjado —dijo Molly. Jack alzó rápidamente la vista. Molly tenía los ojos cerrados

—Muchos Mewhus. Cientos y cientos... grandes. Grandes como el señor Thorndyke. —Thorndyke era un editor que conocían en la ciudad. Medía dos metros diez.— Casas redondas, y grandes aviones, con varas en vez de alas.

—Molly, estás diciendo disparates —dijo su madre, preocupada.

Jack la hizo callar.

—Sigue, Molly.

—Un sitio, una habitación. Mewhu está ahí con otros. Están en... filas. Hay uno grande con un sombrero amarillo. Los tiene a todos en fila. Aquí esta Mewhu. Fuera de la fila. Salta por la ventana con un cinturón volador.

Hubo un largo silencio. Mewhu gimió.

— ¿Bueno?

—Nada, papá... espera. Está... todo... borroso. Ahora se ve una cosa, una especie de submarino. Sólo que en el suelo, no en el agua. La puerta está abierta. Mewhu está... está dentro. Hay pestillos, y relojes. Tira de los pestillos. Tira de un... Oh. ¡Oh! ¡Duele!

Molly se llevó los puños a las sienes.

—¡Molly!

Molly abrió los ojos y dijo con mucha calma:

—Oh, estoy bien, mamá. Era una cosa en el sueño lo que dolía, pero no me dolía a mí. Había un fuego, y... y algo como ganas de dormir, sólo que más fuerte. Y dolía.

— ¡Jack, está haciéndole daño a la niña!

—No lo creo —dijo Jack.

—Yo tampoco —dijo Iris sorprendida, y luego en un susurro casi inaudible añadió — ¿Por qué dije eso?

—Mewhu está dormido —dijo Molly de pronto.

— ¿No más sueños?

—No más sueños. Bueno. Fue... divertido.

—Vamos a almorzar —dijo Iris. Le temblaba un poco la voz. Ella y Molly entraron en la casa. Jack miró a Mewhu que dormía sonriendo pacíficamente. Pensó en llevar a la rara criatura a la cama, pero el día era cálido y las hierbas eran allí espesas y suaves. Sacudió la cabeza y entró en la casa.

—Siéntate y come—dijo Iris. Jack miró alrededor.

—Has hecho maravillas aquí —comentó.

La capa de yeso y maderas había desaparecido y las triunfantes fundas de Iris florecían en los respaldos de los sillones.

Iris hizo una reverencia.

—Gracias, mi señor.

Se sentaron alrededor de la mesita y se pusieron a devorar los sandwiches de lengua.

— ¿Jack?

— ¿Mm-m?

— ¿Qué era eso? ¿Telepatía?

—Me parece. Algo parecido. Oh, espera que se lo diga a Zinsser! No lo creerá.

— ¿Irás al aeropuerto esta tarde?

—Exactamente. Quizá lleve a Mewhu conmigo.

—Puede haber dificultades con la gente. Mewhu ¡ no es alguien que puedas hacer pasar como tu primo Julius !

—Demonios, no pasará nada. Puede quedarse en el asiento de atrás con Molly mientras yo hablo con Zinsser y le pido que salga a mirarlo.

— ¿Por qué no traer a Zinsser aquí?

—Sabes que es imposible. Cuando lo vemos en la ciudad está de vacaciones. Aquí no puede dejar un minuto el aeropuerto.

—Jack, ¿te parece que Molly no corre peligro con esa criatura?

—Claro que no. ¿Estás preocupada?

—Sí... Sí, Jack. Pero no por Molly. Por mí. Estoy preocupada por no estar bastante preocupada. Espero que me entiendas.

Jack se inclinó y besó a Iris.

—El buen y viejo instinto maternal en funciones —dijo con una risita—. Mewhu es un ser nuevo y extraño, y puede ser peligroso. Al mismo tiempo, Mewhu está herido y es inofensivo, y te sientes con él como una madre.

—Has dicho algo cierto —dijo Iris pensativamente—. Es grande y feo como tú, y sin duda más inteligente. Sin embargo, no me siento contigo como una madre.

Jack sonrió con una mueca.

—Eso es indiscutible. —Bebió de un trago su café y se incorporó. — Come, Molly, y lávate las manos y la cara. Voy a echarle una ojeada a Mewhu.

— ¿Vas al aeródromo entonces? —preguntó Iris.

—Si Mewhu está despierto. Hay muchas cosas que quiero saber, muchas cosas que se me escapan. No creo que Zinsser lo solucione todo, pero quizá resolvamos entre los dos qué debemos hacer. Iris, ¡es algo grande!

Salió de la casa, ensimismado en las más desordenadas especulaciones. Mewhu estaba sentado, contemplando feliz una oruga.

—Mewhu.

—¿Diu?

—¿Te gustaría dar un paseo?

—Jubilli gris. ¿Jik?

—Me parece que no pescas la idea. Ven —dijo Jack señalando con la mano el garaje.

Mewhu muy, muy cuidadosamente puso la oruga en una hoja de hierba y se incorporó para seguir a Jack. Justo en ese momento un estruendo aterrador salió del garaje. Durante un petrificado instante nadie se movió, y luego la voz de Molly se alzó reiteradamente en un chillido que ponía los pelos de punta. Jack se lanzó hacia el garaje antes de saber que estaba moviéndose.

—¡Molly! ¿Qué pasa?

Al oír la voz de Jack la niña calló como si en ella hubiese funcionado un interruptor.

—¡Molly!

—Aquí estoy, papá —dijo Molly con una vocecita extremadamente débil.

La niña estaba junto al coche, todo su ser concentrado en su saliente labio inferior, que temblaba ligeramente. El morro del coche estaba hundido en la pared de atrás del garaje.

—Papá, no lo hice a propósito. Sólo quería ayudarte a sacar el coche. ¿Vas a pegarme? Por favor, papá, no...

— ¡Cállate!

Molly calló inmediatamente.

—Molly, ¿por qué diablos has hecho esto? ¡Sabes muy bien que no debes tocar el botón de arranque!

—Jugaba, papá, a que era un submarino que podía volar como hizo Mewhu.

Jack se abrió paso entre estos extraordinarios restos de sintaxis.

—Ven aquí —dijo seriamente. Molly se acercó con pasos muy cortos, arrastrando los pies, las manos detrás, donde imaginaba que serían más útiles—. Sabes que debería darte unos azotes.

—Sí —respondió Molly, temblorosa—. Creo que sí. No más de dos, ¿eh, papá? Jack se mordió el interior de las mejillas, pero no pudo dominarse. Sonrió mostrando los dientes. Pequeña descarada, pensó.

—Te diré qué vamos a hacer —dijo con aspereza, observando el coche. El garaje, afortunadamente, no era muy sólido, y las escasas nuevas abolladuras de la cubierta del motor y los guardabarros se confundirían muy bien con las otras—. Te has ganado tres buenos azotes. Los añadiré en la próxima paliza.

—Sí, papá —dijo Molly modosamente, con los ojos muy abiertos.

Subió al asiento de atrás, tiesa y pequeña, como si

quisiese pasar inadvertida. Jack apartó los restos de unas maderas, se metió en el desvencijado carricoche, lo puso en marcha y salió cuidadosamente marcha atrás del estropeado garaje.

Mewhu estaba de pie, no muy cerca, observando el gruñón automóvil con asombrados ojos plateados.

—Vamos, sube —dijo Jack haciéndole señas.

Mewhu retrocedió.

—¡Mewhu! —gritó Molly sacando la cabeza por la ventanilla trasera.

—Youk —dijo Mewhu, y se acercó rápidamente.

Molly le abrió la puerta y Mewhu subió y se sentó encogido en el suelo. La niña se rió a carcajadas y tiró de él hasta conseguir que se sentara en el asiento. Jack dio una vuelta a la casa, se detuvo, recogió la vara de Mewhu, le tiró un beso a Iris por la ventanilla y partieron.

Cuarenta minutos más tarde llegaban al aeropuerto luego de un extático paseo. Molly había emitido una continua andanada de comentarios sobre las maravillas del campo terrestre. Mewhu se había comido el paisaje con unos ojos saltones del modo más satisfactorio, escuchando arrobado a Molly—a veces Jack hubiese jurado que el hombre de plata entendía todo lo que ella decía— y emitiendo chillidos, maullidos interjectivos y gorgoritos de interrogación.

—Bueno —dijo Jack luego de detenerse junto a los límites del campo—, vosotros dos os quedaréis aquí en el coche. Voy a hablar con el señor Zinsser y trataré de que salga y vea a Mewhu. Molly, ¿crees que podrás hacerle entender a Mewhu que debe quedarse en el coche sin que nadie lo vea? Si otra gente lo ve, le harán un montón de preguntas tontas, y nosotros no queremos hacerle pasar un mal rato, ¿no es cierto?

—No, papá. Se lo diré. Mewhu —dijo Molly volviéndose hacia el hombre de plata, y mirándolo a los ojos. El mostacho de Mewhu tembló y se rizó—. ¿Serás bueno y no dejarás que nadie te vea?

—Jik —dijo Mewhu—. Jik miridi.

—Dice que tú mandas.

Jack rió y salió del coche.

—Dice eso, ¿eh? —¿Lo sabía realmente Molly o era todo un juego?— Quedaos tranquilos entonces. Hasta luego, Mewhu.

Fue hacia el edificio con la vara de reacción en la mano.

Zinsser, como de costumbre, estaba ocupado. El campo no era grande, pero los aviones privados iban y venían continuamente, y Zinsser, como gerente de tránsito, no descansaba. Cubrió con una de sus manos flexibles y regordetas el tubo de un teléfono.

—¡Hola, Garry! ¿Qué hay de nuevo fuera de este mundo? —saludó animadamente—. Siéntate. En seguida estoy contigo.

Zumbó alegremente en el teléfono sonriéndole a Jack mientras hablaba. Jack se puso lo más cómodo posible, dentro de los límites de su paciencia, y esperó.

—Bueno, veamos —dijo Zinsser, y el teléfono sonó otra vez.

Jack cerró la boca, muy fastidiado. Zinsser colgó y se oyó otra campanilla. Descolgó el auricular de un teléfono interno en un costado de su escritorio.

—Zinsser, sí...

«Es suficiente», se dijo Jack.

Se incorporó, fue hasta la puerta y la cerró suavemente. Luego tomó lavara de reacción, y ante el vasto asombro de Zinsser se subió a su escritorio, alzó la vara por encima de la cabeza y dio un paso en el aire. Un huracán chilló en los extremos de la vara. Jack, colgado de las manos, mientras descendía lentamente hacia el piso, miró por encima del hombro. La cara de Zinsser era como una luna roja en una tempestad de nieve, pues a su alrededor volaban todos los informes internos de los dos meses últimos.

Lo primero que hizo Zinsser cuando pudo recobrar el aliento fue colgar el

auricular.

—Ya sabía yo que daría resultado —dijo Jack sonriendo.

—Tú... tú... ¿Qué es eso?

—Un polarizador dialéctico —dijo Jack posándose en el piso—. Es decir, hace posible conversar con los gerentes de los aeropuertos que no abandonan el teléfono.

Zinsser dejó su silla y corrió alrededor del escritorio, con notable rapidez para un hombre de su tamaño.

—Déjame ver.

Jack le alcanzó la vara y se pusieron a hablar.

—¡Mira, Mewhu! ¡Ahí viene un avión!

Juntos miraron la avioneta que bajaba a la pista y resbalaba luego, lanzando con sus neumáticos nubecitas de polvo que se dispersaban rápidamente.

—Y allá otro. ¡Va a despegar!

La pequeña avioneta azul de alas bajas corrió por el campo, frenó una de sus ruedas, giró y fue hacia ellos rugiendo y elevándose para perderse en el cielo sobre sus cabezas.

—liiyou —canturreó Molly, imitando el sonido del motor que pasaba sobre ellos.

— ¡S-s-s-suiii! —siseó Mewhu, duplicando exactamente el quejido de las superficies de control.

Molly aplaudió y chilló de alegría. Otro avión empezaba a dar vueltas sobre el campo. Lo observaron ávidamente.

—Salgamos y le echas una ojeada —dijo Jack.

Zinsser miró su reloj. —No puedo. Bromas aparte, tengo que quedarme junto al teléfono durante media hora por lo menos. ¿Estará bien ahí afuera? No hay casi nadie por aquí.

—Creo que sí. Molly está con él, y como te dije, se entienden magníficamente. Ésa es una de las cosas que quisiera investigar... el aspecto telepático. —Jack se rió de pronto.

— Esta Molly... ¿Sabes lo que hizo esta tarde?

Jack le contó a Zinsser el episodio del coche que había salido por el lado equivocado del garaje.

—El diablillo —dijo Zinsser con una risita—. Todos hacen lo mismo, benditos sean. El otro día mi sobrino salió a limpiar la calle con la aspiradora de su madre. —Se rió.

—Volviendo a ese fulano, Mewhu, y su aparatito. Jack, tenemos que estudiar esto. ¿Entiendes que él y sus ropas y este objeto son nuestras únicas pistas para saber quién es y de dónde viene?

—Por supuesto. Pero escucha, es muy inteligente. Estoy seguro de que podrá decirnos muchas cosas.

—Claro que es inteligente —dijo Zinsser—. Probablemente tiene una inteligencia superior a la común en su planeta. No hubieran enviado a cualquiera en un viaje como éste. ¡Jack, qué lástima que no tengamos su nave!

—Quizá vuelva. ¿De dónde te parece que viene?

—Marte, quizá.

—No, no es posible. Sabemos que hay una atmósfera, en Marte, pero es muy tenue. Un organismo del tamaño de Mewhu debería tener unos pulmones enormes. No; Mewhu ha crecido en una atmósfera muy parecida a la nuestra.

—Eso descarta a Venus.

—Lleva ropas adecuadas para la Tierra. Quizá su planeta no tenga la misma

atmósfera, pero sí el mismo clima. Asimila aparentemente casi todas nuestras comidas, aunque algunas le repugnen... La aspirina lo entusiasma de veras. Parece borracho de risa cuando toma una.

— ¿Qué me dices? Bueno, no puede ser Júpiter, pues su estructura no soportaría una fuerza de gravedad semejante. Y los planetas exteriores son demasiado fríos, y Mercurio es demasiado caliente.

—Zinsser se reclinó en su asiento y se acarició distraídamente la calva. —Jack, ¡esta criatura no ha nacido en el sistema solar!

—Caramba. Me parece que tienes razón, Harry. ¿Y qué piensas de este dispositivo de reacción?

—Por el modo como cuentas que corta la madera... ¿Me puedes hacer una demostración? —preguntó Zinsser.

—Claro que sí.

Garry se puso a trabajar en la barra. Encontró los dos puntos que había que apretar simultáneamente, y la cubierta se abrió. Sacó luego el núcleo activo del aparato, y manejándolo con cuidado rebanó una arista del escritorio de Zinsser.

—Nunca he visto nada más raro —dijo Zinsser—. ¿Puedo examinarlo un momento?

Tomó el motorcito y lo hizo girar entre los dedos.

—No parece haber combustible —dijo pensativamente.

—Creo que utiliza aire —dijo Jack.

—Pero ¿qué empuja el aire?

—El aire —dijo Jack—. No, no es una broma. Creo que el motor desintegra aire de algún modo, y usa la energía liberada para activar un pequeño chorro. Si pusieras el motor dentro de una cápsula con un orificio de entrada y otro de salida actuaría como una bomba neumática, absorbiendo aire.

—O como un ariete de retropropulsión —le dijo Zinsser.

A Garry se le heló la sangre cuando vio que el gerente miraba por el orificio del motor.

— ¡Cuidado, no aprietes ese botón!

—No. Sí... tienes razón. El tubo es concéntrico. ¿Cómo diablos una unidad desintegradora puede ser tan pequeña y liviana?

—He estado rumiándolo todo el día —dijo Jack Garry— Tengo una respuesta. ¿Puedes aceptar algo que parece realmente fantástico, por lo menos mientras sea lógico?

—Ya me conoces —sonrió Zinsser mostrando los dientes, y señaló con un ademán un largo estante donde se alineaban ejemplares atrasados de revistas de ciencia ficción— Adelante.

—Bueno —dijo Jack lentamente— Hay una energía que mantiene la unidad del núcleo atómico. Si mis superficiales conocimientos de teoría nuclear no son falsos, me parece posible que podría producirse una esfera estable de esa energía.

— ¿Una esfera? ¿Con qué adentro?

—Con esa energía... no, nada quizá, sólo... espacio. De todos modos si rodeases esa esfera con otra, y ésta fuese un campo de fuerza capaz de penetrar en la esfera interior, o de permitir que penetre materia en ella, me parece que cualquier cosa que entrara en ese equilibrio de fuerzas sería desintegrada. La esfera interior embotellaría una energía explosiva. Bueno, si pones en contacto ahora el campo penetrante con la energía nuclear de la esfera interior, las presiones serían liberadas. Encierra todo el equipo en un

dispositivo que controla la cantidad de materia que entra en la esfera y el orificio que permitirá la salida de energía, y encierra esta última en una cubierta exterior, y obtendrás una intensa corriente de aire que circulará por la cubierta, como la bomba neumática de que hablabas, es decir, esto —y Garry golpeó el motorcito con las puntas de los dedos.

—Muy ingenioso —dijo Zinsser meneando ligeramente la cabeza—. Aunque no tengas razón, la teoría es ingeniosa. De acuerdo con tu descripción para duplicar este dispositivo sólo nos falta descubrir la naturaleza de la energía de cohesión nuclear, y luego el modo de darle una forma esférica, estable. Después buscar un campo capaz de penetrar en esa energía, y permitir que cualquier material pueda hacer lo mismo... en una dirección. —Zinsser extendió las manos. — Eso es todo. Sólo aprender a utilizar algo que los sesudos muchachos no han estudiado ni siquiera teóricamente, y tenemos solucionado el problema.

—No importa mucho —dijo Jack—. Mewhu puede informarnos.

—Espero que sí, Jack. Esto puede revolucionar el mundo industrial.

—Estás entendiendo —dijo Jack esbozando una sonrisa.

Sonó el teléfono. Zinsser miró otra vez su reloj.

—Ahí está mi llamada.

Se sentó, tomó el teléfono, y mientras hablaba con el poderoso personaje del otro lado de la línea acerca de derechos de aterrizaje, servicios de navegación e interesantes restricciones comerciales, Jack, ociosamente apoyado en la arista del escritorio, se puso a soñar. Mewhu... miembro superior de una raza superior, enviado a la Tierra para sacar a la raza humana de viejos y fatigosos caminos. Se preguntó qué sería Mewhu entre las extrañas gentes de su pueblo. Joven, pero muy maduro, decidió, y ampliamente dotado: lo mejor de una gran cosecha, el embajador adecuado para una nueva y dinámica civilización como la terrestre. ¿Y la nave? Habiendo dejado caer a Mewhu, había vuelto quizá con su piloto al misterioso rincón del universo de donde había venido. O quizás estaba dando vueltas en el espacio esperando ansiosa una palabra de su aventurado embajador.

Zinsser dejó el aparato y se incorporó con un suspiro.

—Un ejemplo de mi fuerza de voluntad —dijo—. Lo más grande que me ha pasado en la vida, y me quedo pegado al teléfono. Me siento como un niño que espera a Papá Noel. Echémosle una ojeada a ese Mewhu.

— ¡Juuiiyuvouuu! —gritó Mewhu cuando otro avión pasó por encima de sus cabezas.

Molly brincaba alegremente en los almohadones, pues Mewhu era un excelente mímico.

El hombre de plata saltó ágilmente al asiento de adelante para ver mejor un rincón de un hangar próximo Acababan de traer una avioneta, y el aparato no estaba muy lejos.

Molly apoyó los codos en el borde del asiento, estiró el cuello y Mewhu le rozó la cabeza haciéndole caer el sombrero de paja. Mewhu se inclinó a recogerlo, golpeó el tablero con la frente y se abrió un compartimiento. Las raras pupilas del hombre se hicieron más estrechas y le temblaron las membranas nictitantes. Mewhu metió la mano en el compartimiento, y un instante después estaba fuera del coche y corría por la pista, dando grandes saltos, deteniéndose de cuando en cuando para golpear repetidamente el suelo con la mano sana. Horrorizada, Molly Garry dejó el coche y corrió tras él.

—¡Mewhu! —gritó—. ¡Mewhu, vuelve

Mewhu galopó hacia ella con los brazos abiertos.

— ¡G-r-r-rouuu! —gritó pasando junto a Molly. Alzando un poco el brazo y bajando el otro como un avión, corrió en un amplio círculo, saltó la cerca de alambre y entró en el área del hangar.

Molly, jadeando y sollozando, se detuvo y pateó el suelo.

— ¡Mewhu! —graznó desesperadamente—. Papá ha dicho...

Dos mecánicos que estaban junto a la ociosa avioneta miraron alrededor buscando el gato salvaje que imitaba el sonido de un avión de combate. Lo que vieron fue una figura de largas patas, de color gris plateado, de mostacho de plata blanca y ojos hendidados, vestido con una ropa escarlata que se transformaba en azul. Sin una palabra, como un solo hombre, echaron a correr. Y Mewhu, con un último terrible grito de alegría, saltó al avión y desapareció en el interior.

Molly se llevó las manos a la boca y los ojos se le salieron de las órbitas.

—Oh, Mewhu... —susurró—. Ahora la has hecho buena.

Oyó el ruido de unas rápidas pisadas y se volvió. Su padre se acercaba corriendo, seguido por el bamboleante señor Zinsser.

— ¡Molly! ¿Dónde está Mewhu?

Muda, Molly señaló la avioneta, y como si su ademán hubiese sido una señal, el pequeño aparato se sacudió y empezó a arrastrarse alejándose del hangar.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Espera! ¡Espera! —gritó Jack inútilmente, corriendo detrás de la avioneta.

Saltó sobre la cerca, pero como venía corriendo midió mal la altura. Se le enganchó un pie y cayó boca abajo, con las piernas y los brazos extendidos. Zinsser y Molly corrieron hacia él y lo ayudaron a levantarse. A Jack le sangraba la nariz. Se secó con un pañuelo y miró el avión, que seguía alejándose.

—¡Mewhu!

El pequeño aparato cruzó el campo bamboleándose, y de pronto se puso a rugir. Alzó la cola y echó a correr, con el viento de frente, por la pista. Jack volvió a hablar con Zinsser y vio en la cara del hombre gordo una expresión de absoluta consternación. Siguió los ojos de Zinsser y allí estaba el otro aparato, un avión de seis pasajeros, que se acercaba.

Jack nunca se había sentido tan desolado. Aquellos aviones iban a chocar. Nada podía impedirlo. Los observó, sin parpadear, casi desinteresadamente. Corrían uno hacia otro, pero parecían arrastrarse; el momento no tenía fin. Luego, a no más de media docena de metros de altura, Mewhu bajó un ala. La avioneta voló más lentamente, se inclinó en el viento y se deslizó por debajo del avión de pasajeros, tan cerca que otra capa de pintura en cualquiera de los aparatos hubiera significado un desastre.

Jack no sabía cuánto tiempo había retenido el aliento, pero lo dejó escapar dolorosamente.

—Por lo menos sabe volar —murmuró Zinsser. —Claro que sabe volar —dijo Jack—. Un objeto prehistórico como un avión tiene que ser un juego de niños para él.

—Oh, papá, estoy asustada. —Yo no —dijo Jack inexpresivamente. —Yo tampoco —dijo Zinsser con una risa sin convicción—. El aparato está asegurado.

La avioneta tomó altura como una flecha. A unos treinta metros giró sobre un

ala y descendió rugiendo hacia ellos. Pasó tan cerca que Zinsser se arrojó al suelo. Jack y Molly se quedaron mirando el aparato boquiabiertos. Una enorme nube de polvo lo oscureció todo durante noventa interminables segundos. Cuando volvieron a ver, el avión se bamboleaba locamente a cincuenta metros de altura.

De pronto Molly lanzó un chillido agudo y se llevó las manos a la cara.

—¡Molly! Criatura, ¿qué te pasa? —le preguntó Jack.

Molly le echó los brazos al cuello y sollozó tan violentamente que parecía que se le desgarraba el pecho.

—¡Basta! —gritó Jack, y luego muy suavemente preguntó—: ¿Qué pasa, querida?

—Está asustado. Mewhu está terriblemente, terriblemente asustado —dijo la niña con la voz quebrada.

Jack alzó los ojos. El avión se inclinó y descendió de costado.

—¡Arriba! ¡Arriba, idiota!

Mewhu apagó el motor.

El aparato giró sobre sí mismo y se precipitó a tierra. El impacto fue abrumador.

Molly dijo muy serenamente:

—Todas las figuras de Mewhu se fueron ahora —y cayó desmayada.

Lo llevaron al hospital. Fue todo terrible, recogerlo, trasladarlo hasta la ambulancia.

Jack deseó fervientemente que Molly no viese nada; pero la niña se puso de pie y lloró cuando pasaban con Mewhu. En el hospital, mientras él y Zinsser iban y venían por la sala de espera, pensó que cuando aquel asunto terminara tendría que ocuparse seriamente de Molly.

El médico de guardia se acercó secándose las manos. Era un hombrecito de nariz de avellana.

—¿Quién trajo ese caso del avión? ¿Usted?

—Los dos —dijo Zinsser.

—¿Qué... quién es?

—Un amigo mío. ¿Qué...? ¿Vivirá?

—¿Cómo puedo saberlo? —estalló el doctor impacientemente— Nunca en toda mi experiencia... El hombre tiene dos sistemas circulatorios. Dos sistemas circulatorios cerrados, y un corazón para cada uno. Su sangre arterial parece sangre venosa, es púrpura. ¿Cómo tuvo ese accidente?

—Devoró media caja de aspirinas que encontró en mi coche —dijo Jack—. La aspirina lo emborracha. Se metió en un avión y se puso a volar.

—La aspirina lo... —El doctor los miró a los dos.— No preguntaré si me están tomando el pelo. Sólo ver esa... cosa basta para enloquecer a un médico.

¿Desde cuándo lleva esa tablilla en el brazo?

Zinsser miró a Jack y éste dijo:

—Unas dieciocho horas.

—¿Dieciocho horas? —El doctor meneó la cabeza.— Los huesos se han unido tan bien que yo hubiese dicho dieciocho días. —Antes de que Jack pudiese abrir la boca añadió:

— Necesita una transfusión.

—¡Pero no es posible! Quiero decir, su sangre...

—Ya sé. Le saqué una muestra. Tengo dos técnicos tratando de mezclar sustancias químicas con plasma para obtener algo parecido. Los dos me llamaron mentiroso. Pero el hombre va a tener su transfusión. Ya les traeré

alguna noticia.

El médico abandonó la sala.

—Ahí va un médico estupefacto.

—Está muy bien —dijo Zinsser—. Lo conozco. ¿Puedes acusarlo?

—¿Por sentirse así? De ningún modo, Harry, no sé qué haré si perdemos a Mewhu.

—¿Tanto lo quieres?

—Oh, no es sólo eso. Pero luego de estar tan cerca de conocer una nueva cultura, sentir que se nos escapa así de las manos...

—Esa vara de reacción, Jack... Sin las explicaciones de Mewhu, no creo que ningún hombre de ciencia sea capaz de crear otra. Sería como... como darle a un forjador de espadas de Damasco un trozo de tungsteno y pedirle que lo convierta en filamentos. Ahí estará ese motorcito, siseando cuando lo acerques al suelo, burlándose de ti.

—Y esa telepatía... ¡Qué no hubiera dado B. Rhine por estudiarla!

—Sí. ¿Y qué me dices de su origen? —preguntó Zinsser excitadamente—. No es de este sistema. Quiero decir que usó un vehículo interestelar de alguna especie, o aun ese espacio-tiempo de que hablan los muchachos.

—Tiene que vivir —dijo Jack—. Tiene que vivir o no hay justicia. Son demasiadas cosas las que necesitamos saber. ¡Harry! Oye, está aquí. Eso quiere decir que algunos de los suyos vendrán algún día.

—Sí. ¿Por qué no vinieron antes?

—Quizá vinieron. Charles Fort...

—Oh —dijo Zinsser—, no pierdas la cabeza.

El doctor volvió.

—Creo que saldrá adelante—dijo.

—¿Realmente?

—No «realmente». No hay nada real en ese personaje. Pero de acuerdo con las apariencias se repondrá. Reacciona muy bien. ¿Qué come?

—Aproximadamente lo que comemos nosotros, me parece.

—Le parece. No sabe mucho de él, entonces.

—No, llegó hace poco. No me pregunte de dónde —dijo Jack. Tendrá que decírselo él.

El doctor se rascó la cabeza.

—No es de este mundo. Eso es indudable. Obviamente adulto, pero todas las fracturas menos una parecen ramas verdes quebradas. Como las de un niño de tres años. Membranas transparentes sobre... ¿De qué se ríe?

Jack había empezado con una risita, pero ahora había perdido todo dominio sobre sí mismo. Reía a carcajadas.

—¡Jack! —dijo Zinsser—. Calla. Estamos en un hos...

Jack alejó la mano de Zinsser con un ademán.

—No puedo impedirlo —dijo, y estalló en otra carcajada.

—¿No puedes impedir qué?

—Reírme —dijo Jack boqueando. Luego pareció calmarse. Tiene que ser divertido, Harry. No dejaré que me parezca otra cosa.

—De qué diablos...

—Mira, Harry. Supusimos muchas cosas de Mewhu. Hablamos de su cultura, su tecnología, su origen. ¡Nunca sabremos nada de eso!

—¿Por qué? ¿Quieres decir que no nos lo dirá?

—No nos dirá nada. Mejor dicho, nos dirá muchas cosas. Pero no nos servirán.

Óyeme. Porque tiene nuestro tamaño, porque llegó obviamente en una nave del espacio, porque trajo un objeto o dos que son indudablemente producto de una civilización altamente avanzada, creímos que creó esa civilización, que es un individuo superior en su planeta.

—Bueno, tiene que serlo.

—¿Tiene que serlo? Harry, ¿inventó Molly el automóvil?

—No, pero...

—Pero lo hizo salir por la pared de atrás del garaje.

A Zinsser se le aclaró la cara de luna.

—Quieres decir...

—¡Todo concuerda! ¿Recuerdas cuando a Mewhu se le ocurrió cómo llevar la puerta hasta la casa, y luego dejó el problema a medio terminar? ¿Recuerdas cómo lo fascinaba el yo-yo de Molly? ¿Y la curiosa relación que tenía con Molly? ¿No empieza todo a parecer razonable? La reacción de Iris... casi maternal, aunque ella no sabía por qué.

—Pobre criatura —susurró Zinsser—. Me pregunto si no creía estar entre los suyos cuando aterrizó.

—Pobre criatura, sí —dijo Jacky se echó a reír otra vez—. ¿Puede decirte Molly cómo funciona un motor de combustión interna? ¿Puede explicar cómo fluye el aire sobre la superficie de sustentación de un ala? —Sacudió la cabeza.

— Espera y verás. Mewhu podrá decirnos el equivalente de esta frase de Molly: «Salí de paseo en el coche de papá a ochenta kilómetros por hora».

—Pero ¿cómo llegó aquí?

—¿Cómo salió Molly por la pared de atrás de mi garaje?

El doctor se encogió de hombros.

—Sus reacciones biológicas son las de un niño. Y si es un niño, entonces su poder de restaurar tejidos será muy alto, y garantizo que vivirá.

—No nos servirá de mucho, y tampoco le servirá a él, pobre chico —gruñó Zinsser—. Con la fe de un niño en la inteligencia de los adultos, esperará que lo llevemos a su casa de algún modo. Bueno, no tenemos los medios, ni los tendremos durante mucho, mucho tiempo. Ni siquiera sabemos bastante para duplicar esa vara de reacción... y eso era sólo un juguete infantil en su mundo.

Trío en un huracán

Yancey, a quien habían matado una vez, estaba acostado, muy quieto, con el brazo extendido sobre la almohada, mirando cómo la luz de la luna jugaba con el color de los cabellos de Beverly. El pelo de ella le caía a él sobre el hombro y el pecho. Yancey sintió la presión del cuerpo cálido. Se preguntó si ella estaría dormida, si ella podría dormir, con aquel ruido de marejada y viento a la luz de la luna que golpeaba el hotel. Las olas se estrellaban en los arrecifes bajos, ululando al correr entre las piedras labradas por el mar, alzando grandes y plateados fantasmas de espuma en el aire desgarrado y ruidoso. Se preguntó si ella podría dormir, con aquel rostro redondo y suave, tan cerca de los latidos de su corazón. Deseó que el corazón se le calmara, no golpeará por lo menos más que la tormenta, y así ella podría confundirlo con la tormenta misma. Deseó poder dormir. Durante dos años le había alegrado no dormir. Ahora deseaba poder hacerlo; le tranquilizaría el corazón.

«Beverly, Beverly —gritó silenciosamente—, ¡no mereces esto!» Deseó que la cama fuese más grande, y poder alejarse fácilmente de ella, ser un grito entre otros gritos, fundiéndose con el silbido y la rompiente y aquel desagradable

gruñido de la locura del mar.

En la otra cama, Lois se movió inquieta bajo la sábana nueva. Yancey la miró sin volver la cabeza. Lois era unas largas líneas bajo el blanco oscuro; su cara y su pelo, dos distintas oscuridades sobre la almohada. Lois era delgada y sombría. Beverly era feliz, abierta, y se movía como la pelota saltarina de brillantes colores que acompaña a la música en los teatros, saltando a lo largo de las canciones. Lois caminaba como si no tocara el suelo, y los tonos de su voz eran como los tonos de su piel y las ropas que ella prefería, oscuras y suaves. Tenía unos ojos grandes y secretos, y el rostro era un témpano flotante. La nariz, y las comisuras de la boca, y a veces la leve armonía entre el movimiento de un hombro y una ceja, sugerían un calor submarino y una fuerza fácil y consciente, nunca dormida, nunca entregada al sueño. Lois... una síntesis de sutilezas, misterios, delicados aromas y risas suaves y enigmáticas. Lois se movió otra vez. Yancey supo que ella miraba también tensamente la abigarrada oscuridad. La luz lunar que entraba en círculos de espuma borraba los detalles, pero Yancey tenía la cara de Lois en la memoria. Sabía cómo apretaba los labios, y cómo las comisuras de la boca se le curvaban suavemente a pesar de la tensión. Yancey se sentía profundamente perturbado cada vez que oía el crujido de la sábana cuando ella se movía, pues si él podía oír eso por encima de la tormenta, ¿cómo no iba a notar Beverly esos golpes del corazón?

En seguida sonrió. Por supuesto, Beverly no oía como él; no veía, no sentía, no pensaba con toda la mente. Pobre Beverly. Pobre pajarito, brillante, suave y fiel, más esposa que mujer, ¿cómo puedes competir con alguien que es más mujer que... nadie?

Mejor, esto era mejor que esa terrible alegría que se parecía a la rabia. El corazón empezó a obedecerle, y Yancey volvió ligeramente la mejilla para rozar el pelo de Beverly. La piedad, pensó, uno siempre —uno puede sentir el desamparo de ser inerme—, mientras que la rabia, como la pasión, está separada de su objeto, y es algo solitario.

Estaba tranquilo ahora, y sin moverse se dejó caer flojamente en la noche de tormenta, abandonándose al resplandor y a sus móviles pensamientos. Más que a nadie en la tierra, estaba seguro, le alegraba estar vivo, y disfrutaba perpetuamente de estar vivo, despierto y consciente, consciente de su cuerpo, y cómo descansaba, y dónde, y cómo se le deslizaba a la vez parecido a una gaviota en el viento de la mente, dócil, dominado. Quizá disfrutaba sobre todo de la parte oscura de sus días inacabables, oculto tras una cobertura y los párpados cerrados. Durante el día vivía con aquellas cosas que, si lo deseaba, podía dominar; por la noche vivía con lo que dominaba. Podía llamar a una sinfonía, podía hacer que un silogismo se pusiera de pie y esperara; podía barajar una pila de lugares, ordenar en abanico una serie de caras, elegir una y descartar el resto. Sus recuerdos eran siempre perfectos cuando se remontaba hasta el día en que lo habían matado; más allá, sólo excelentes. Usaba esos recuerdos ahora como una medicina para su rebelde corazón, para que Beverly pudiese dormir, y así, dormida, no se enterara.

Y como la idea de que Lois estaba allí era insoportable, dejó que la mente lo llevara al tiempo en que Lois era sólo un secreto. Ella había sido una explosión en su interior, una presión, y una suerte de culpa; pero todo lo que ella había sido era también algo que él podía contener, y nadie lo sabía. Así que retrocedió aún más, hasta su renacimiento, retrocediendo por el tiempo en que

había estado muerto y aún más allá, cuando había visto a Lois por vez primera, el tiempo en que un hombre con un trabajo, y una mujer, y una sosegada existencia gris, había descubierto ese especial asombro.

Había un lago, y unas cabañas baratas que agachadas en fila sorbían sus aguas. Había una hostería, con sus patas delanteras en el agua, sentada en la falda de una loma. Había botes y una balsa, una astillada plataforma de baile, y un bar que vendía toda la escala inferior de las bebidas, hasta la cerveza.

Yancey, con poco dinero y sólo dos semanas de tiempo, había alquilado allí una cabaña. Esperaba poco del lugar, resignado altruismo de que un cambio de ambiente es ya unas vacaciones. Su vida había alcanzado una meseta — una meseta larga, estrecha, ligeramente inclinada— donde los horizontes estaban muy cerca y marchar era fácil. Tenía un empleo seguro que por la química del paternalismo aumentaría de valor con los años, pues una gran empresa sólo exige de la masa de sus empleados que sigan siendo como son.

Había estado casado siete años con la alegre y paciente Beverly, que estaba contenta con él. Había habido un tiempo en que habían luchado por adelantarse uno a otro en la tarea de compartir la vida, y un tiempo más largo en el que habían tenido muy poco que decirse, y que los había hecho vagamente desgraciados, y en el que habían vivido con una suave e inexpresable sensación de pérdida. Y al fin habían descubierto ese código ideado por casi toda la gente para comunicarse con sus poco interesantes familiares: charla común, frases sin terminar, débiles sonidos de interrogación y exclamativos, y la presencia —como algo opuesto a la ausencia— del silencio. Para Yancey y su mujer la vida no era insulsa —no corría de acuerdo con ningún plan—, pero sus latidos no superaban ciertos cómodos límites.

Esa falta de plan (¿pues por qué hacer planes cuando la vida es tan segura?) fue causa de que llegasen tarde al lago. El mapa del año anterior no incluía las docenas de caminos que la aparición de la carretera había cerrado; de algún modo Yancey no había tenido oportunidad de colocar la rueda auxiliar, y naturalmente pincharon un neumático; luego tuvieron que retroceder, porque Yancey había olvidado la libreta de cheques, y naturalmente llovió. Había llovido toda la noche y todo el día anterior, y cuando entraron en el camino del lago eran más de las once de la noche y todavía llovía. Subieron hasta la casa, donde en una madera que brillaba bajo el agua, se leía borrosamente: OFICINA. Yancey se alzó el cuello de la chaqueta y zambulléndose en la lluvia subió corriendo los escalones de madera. Nadie respondió a sus golpes, y descubrió un cartón empapado entre el marco de la puerta y un panel. Trató de leerlo y no pudo. Fue hasta los escalones y llamó. —¡Bev! ¡Ilumíname con el reflector! Beverly, entre el ruido del motor y el golpeteo de la lluvia en la capota, oyó una voz, pero no entendió las palabras. Apagó el motor y bajó la ventanilla.

-¿Qué?

—La luz. El reflector. Ilumíname. —Beverly así lo hizo, y Yancey volvió hasta la puerta y se agachó junto al cartón. Al cabo de un momento volvió al coche y se sentó, chorreando agua. —Están acostados —dijo—. En la cabaña catorce.

— ¿Cuál es la nuestra?

—No sé. No lo dijeron. Sólo confirmaron que nos reservaban un lugar. Tendremos que despertarlos.

—Apretó el botón del encendido. Una y otra vez.

Cuando no hubo más respuesta que un clic y un gruñido, Yancey se reclinó en el asiento y resopló con fuerza por la nariz.

—Se mojaron los cables, parece.

— ¿Qué haremos?

—Caminar. O quedarnos aquí.

Beverly tocó el hombro empapado de Yancey y se estremeció.

—No puede ser muy lejos... Tendremos que llevar una maleta.

—Muy bien. ¿Cuál?

Beverly pensó un rato.

—La marrón, pienso. Creo recordar que tengo ahí la bata.

Yancey se arrodilló en el asiento, rebuscó atrás y encontró a tientas la maleta.

—Será mejor que apagues las luces. Y cierres el encendido también.

—El encendido está cerrado —dijo Beverly titubeando.

—¡Qué!

—Cuando estabas en el porche. No podía oírte. Y lo cerré.

La gente casada que se comunica por medio de gruñidos y silencios tiene esa ventaja: el fastidio, como la satisfacción, puede ser expresado con poco esfuerzo. Yancey calló, simple y totalmente.

—Oh, Señor —dijo Beverly. Y en seguida, defensivamente

—¿Cómo podía saber yo que no lo habías abierto otra vez?

Yancey se contentó con emitir un gruñido. Beverly se hundió en el asiento.

—Ahora toda la culpa es mía —murmuró.

La frase era algo más que un reconocimiento de los hechos. Significaba también que ella sería responsable de toda incomodidad que pudiese esperarlos en el futuro próximo, y que los retrasos y las exasperaciones del día serían también cargados a su cuenta, y al fin sería culpable de todo y por todo. Yancey siguió callado. Cualquier cosa que pudiese decir beneficiaría a Beverly; decir esto sería perdonarla; aquello otro, darle la posibilidad de defenderse o contraatacar. Pero no había nada de vengativo en su silencio. No le importaba que ella aceptase o no su culpa, mientras no se discutiera la inocencia de él. Para decirlo de otro modo: en esta etapa los miembros de un matrimonio aunque no son necesariamente enemigos tampoco son amigos.

Dejaron el coche por sus puertas respectivas y la lluvia aumentó inmediatamente como si hubiese estado esperándolos. Las esporádicas ráfagas de viento murieron de pronto, y el agua pareció ocupar el sitio del aire. Le corría a Yancey por la espina dorsal, le golpeaba los ojos, lo salpicaba de barro hasta las rodillas. Caminó tanteando el guardabarros y el frente del coche hasta que tropezó con Beverly. Se apoyaron el uno en el otro, jadeando y esperando a que alguna especie de luz atravesara el siseante diluvio. Algo vieron al fin, un húmedo resplandor sobre el lago, con el débil eco de un trueno, y echaron a caminar a lo largo de la costa y las cabañas.

Los visitantes del lago lamentaban a veces que las cabañas estuviesen demasiado apretadas. Era evidente que tales quejosos nunca habían recorrido la fila de cabañas bajo el negro carbón de una lluvia de verano. Cada cabaña ostentaba un poste con un número de madera arriba. Yancey y Beverly leían los números con las puntas de los dedos, arrugadas por la lluvia, y les parecía como si entre un poste y otro hubiese por lo menos un kilómetro de distancia. No trataban de hablar; sólo susurraban algún número cuando examinaban ocasionalmente los postes. Esto bastaba para que la misma exasperación se adormeciese. Despertaron sólo al llegar a la cabaña 12, pasar de largo la siguiente, y descubrir que la próxima, que debía ser la 14, era la 15.

— ¡Quince! ¡Quince! —gimió Beverly—. ¿Dónde está la catorce? ¡Desapareció!

— ¡Qué va! —gruñó Yancey enjugándose inútilmente el agua que le corría por la boca—. La dejamos atrás.

Miedo de dar el número trece a una cabaña. Superstición. Bueno —añadió— Tenía que ser una mujer quien administrara este sitio.

Beverly abrió la boca —un rápido jadeo ante esta injusticia—, pero le entró tanta agua como aire y sólo pudo toser débilmente. Rehicieron el camino hasta la sombra oscura de la cabaña 14. Yancey dejó caer ruidosamente la maleta en el pequeño porche.

—¡Yancey! ¡Despertarás a todo el mundo!

Yancey la miró y suspiró. El suspiro decía: « ¿Para qué habremos venido?».

Golpeó la puerta y se apretaron contra ella tratando de que el decorativo alero los amparara de algún modo. Se encendió una luz, se movió un pestillo y dieron un paso atrás en la lluvia. Y nada, nada le dijo a Yancey que en ese segundo una línea cruzó su vida, de modo que en adelante su biografía se dividiría en dos partes, antes de Lois y desde Lois, con sólo una cortina de lluvia y una puerta entre ellas.

La puerta se abrió, de par en par.

—Soy Yancey Bowman —dijo Yancey—, y ésta es mi mujer, y nosotros...

Y entonces vio el rostro de ella, y se le apagó la voz. Rápidamente, sin esforzarse, Lois quebró el repentino silencio, haciéndolo imperceptible.

—Entren, ¡entren!

Con un rápido movimiento de balanceo le sacó a Yancey la maleta de la mano, dio media vuelta para alcanzar el pestillo bajo la lluvia e hizo entrar a la pareja.

Yancey y Beverly se quedaron boqueando y chorreando, mirando a la mujer. Llevaba una larga bata marrón, con un cuello alto, como una golilla isabelina; la tela le caía sobre los hombros anchos y delgados con la estática fluidez de un salto de agua, siempre en movimiento, aunque ella estuviese quieta. La mujer se volvió ligeramente, inclinándose al dejar la maleta en el suelo, y Yancey vio que los anchos hombros eran hombros realmente y no hombreras, y el resplandor de un pie desnudo le dijo que aquella mujer lo miraría sin vacilar a los ojos.

Beverly habló, o empezó a hablar. Yancey se volvió y vio una figura húmeda, regordeta y sumamente familiar.

—No sabíamos qué cabaña...

—No se preocupen —dijo Lois—, tenemos dos semanas para explicarnos todo. Lo más importante ahora es que se saquen esas ropas húmedas, los dos. Calentaré un poco de café.

—Pero, pero, pero no podemos... —Pero pueden —dijo Lois—. Ni una palabra más. Adelante. —Los empujó hacia un pasillo que se abría a la izquierda. — Ahí hay un baño. Dense una ducha. Una ducha caliente.

Sin una pausa sacó unas gruesas toallas de un estante y las puso en las sorprendidas manos de Beverly. Luego se adelantó y encendió la luz del cuarto de baño.

—Les traeré la maleta.

Lois desapareció y volvió antes que Beverly tuviese tiempo de emitir otra sílaba.

—Dense prisa. Que no se enfríen las tostadas. —¿Las tostadas? —chilló Beverly—. Oh, no, por favor, no se moleste en...

Pero ya estaba en el cuarto de baño con Yancey y la puerta cerrada, y los rápidos pasos de Lois que se alejaban por el pasillo parecían responderle como

una risa.

—Bueno... —dijo Beverly—. Yancey, ¿qué podemos hacer?

—Como dice la señora, me parece. —Yancey hizo un ademán.— Tú primero.

—¿Una ducha? ¡Oh, no podría!

Yancey empujó a Beverly hasta la bañera y le movió la cara hacia el espejo.

—No te dolerá.

—Oh, oh... qué cara la mía. —Beverly dudó un segundo más y murmuró:—
Bueno...

Se quitó por la cabeza el vestido empapado.

Yancey se desnudó lentamente mientras Beverly chapoteaba bajo la ducha. El vapor empañó el espejo y ella se puso a tararear, feliz. El cerebro entumecido de Yancey seguía recreando la figura de Lois, tal como había aparecido ante él, enmarcada por la luz de la lámpara, luz enmarcada a su vez por el oscilante halo de plata de la lluvia. Su mente formaba la imagen y se alejaba, la formaba otra vez, y otra vez retrocedía. Sólo miraba y volvía a mirar, no juzgaba. En su mundo no había nada parecido; dudaba, en ese momento, que pudiera haberlo. Su único pensamiento analítico era una mera cuestión académica, para la que no tenía respuesta ningún proceso mental, entre los que él conocía entonces: ¿cómo una mujer podía ser tan rápida, tan decidida y sin embargo tan extraordinariamente serena? Su voz le había llegado como a través de unos auriculares, directa, y con una suerte de plenitud, pero sin que pareciese alcanzar las paredes. Cualquiera otra persona en similares circunstancias hubiera rugido como un sargento.

—No cierres el agua —le dijo a Beverly.

—Muy bien —dijo Beverly. Sacó un brazo entre las cortinas y Yancey le alcanzó una toalla—. Mmm, magnífico —dijo ella mientras salía frotándose vigorosamente el cuerpo—. Me siento como si me hubiesen secuestrado, pero estoy contenta.

Yancey se metió bajo la ducha y se enjabonó. El agua caliente le reanimó la piel helada; sintió que se le aflojaban los músculos, que no había sentido entumecidos. Era indiscutiblemente la mejor ducha que se había dado en su vida, hasta que oyó un débil y trágico gemido de Beverly. Conocía el sonido y suspiró. —¿Qué has hecho ahora! —preguntó con una elaborada paciencia en la voz.

Cerró el grifo y miró a su mujer a través del vapor. Se había puesto una toalla en la cabeza, como un turbante, y la pálida bata azul de felpilla le colgaba de los hombros.

—La negra —dijo Beverly. —Dame una toalla. ¿La negra qué? —La maleta. Aquí están todas las cosas de playa. No hay nada tuyo salvo tus bañadores.

Luego de un apropiado silencio, Yancey dijo: —Ésta es tu noche. —Oh, Yancey, lo siento.

—Yo también lo siento. —Yancey miró fijamente a su mujer, que pareció encogerse.— Me pondré otra vez esa ropa mojada. —¡No puedes!

—¿Se te ocurre algo mejor? No voy a salir con bañador.

Se oyó un golpe en la puerta.

—¡La cena está servida!

Antes que Yancey pudiese detenerla, Beverly se quejó con un triste balido:

—¿Sabe qué he hecho? ¡Me equivoqué de maleta, y no hay nada aquí para mi marido, salvo el bañador!

—¡Muy bien! —dijo aquella suave voz al otro lado de la puerta

—Que se lo ponga, y salgan en seguida. Ya he servido el café. —No hubo respuesta y Lois rió suavemente.— ¿Vienen ustedes a la playa a vestirse de etiqueta? ¿No esperaban mostrarse en traje de baño? Vamos —añadió con tal calidez que, a pesar de sí mismos, Yancey y Beverly sonrieron tímidamente.

—En seguida —dijo Yancey, y sacó el bañador de la maleta abierta.

En la sala, la mujer había encendido un fuego que en ese momento empezaba a animarse mordiendo un leño. Había una mesa puesta, de un modo sencillo y atractivo; pequeños manteles grises, copas negras, candelabros de hierro y velas negras. El café humeaba en una jarra de vidrio, y la tostadora eléctrica tosió una vez y arrojó dos tostadas de pan inglés, justo cuando ellos se sentaban. Lois salió de la cocina con un azucarero negro. Se deslizó inclinándose detrás de ellos. Un brazo largo puso el azucarero en la mesa, el otro tocó el hombro desnudo de Yancey. Algo...

Algo ocurrió.

En la otra cama Lois se volvió bruscamente, enfrentándolo. Alargó el brazo hacia la mesa de noche, entre las dos camas, y buscó un cigarrillo. El viento murió en ese instante, tomando aliento para el chillido próximo, y en el sacudido silencio una enorme ola rompió en el acantilado de allá abajo. Lois frotó una cerilla, y la luz y la explosión de agua golpearon a Yancey con un solo y desgarrador acorde. Endureció el cuerpo. En el enceguecedor resplandor del fósforo, el rostro de Lois pareció saltar hacia él... un pedazo de máscara, centrada en el arco de una ceja, bajo la frente lisa, y la contraparte en miniatura de la frente en el suave párpado cerrado. Los arcos eran estables, sin tacha; arcos que hubieran podido sostener una fuerte y maravillosa estructura si uno pudiera solamente... solamente...

El pensamiento de Yancey se perdió en el globo brillante del cigarrillo de Lois, que fumaba ávidamente, con demasiada rapidez, parecía. Lois dio al resplandor amarillo la forma de un cono puntiagudo; el humo debía llegar a su boca áspero y caliente. Áspero y caliente. Yancey se humedeció los labios.

Sintió que una ola de furia crecía en él, como el mar afuera. La furia subió al acercarse a la rompiente, creció y estalló. Pero la rompiente podía transformarse también en espuma y niebla, y dispersarse, y él sólo podía apretar los dientes y hundir la cabeza en la almohada, pues no debía despertar a Beverly.

Aquello era tan... injusto. Beverly le daba todo lo que él quería. Siempre lo había hecho, especialmente desde aquella vez en el lago. Especialmente desde... Su capacidad de dar lo asombraba, lo angustiaba casi. Daba en todo lo que ella hacía. Su canto era una efusión. Reía con todo su ser. Su simpatía era rápida y total. Beverly daba constantemente, a él más que a nadie o nada en el mundo. Eran —ahora— un matrimonio tan bueno como era posible. ¿Cómo, entonces, podía haber sitio en él para eso... esa cosa, esa aguda, compulsiva conciencia de Lois? ¿Cómo podía haber esta terrible diferencia entre «desear» y «necesitar»? ¡No necesitaba a Lois!

La furia se apagó. Dobló el brazo y le tocó el pelo a Beverly. Ella se movió, volviendo la cabeza a un lado y a otro, acercándola más al hombro de él. Esto no puede ser, pensó Yancey desesperadamente. ¿No soy acaso el hombre con cabeza? ¿El hombre que no puede ser llevado de un lado a otro, a quien nada sorprende?

Vuelve, Yancey. Vuelve al sitio donde tu mundo estaba colmado de Lois y tú podías dominarlo. Si podías hacerlo entonces, con un décimo de la mente que tienes ahora, entonces por qué... por qué no puedes... ¿por qué el corazón te

golpea de ese modo?

Cerró los ojos, defendiéndose de la ronca plata de la noche y el capullo del cigarrillo de Lois. Vuelve, exigió, vuelve nuevamente. No a la mano en el hombro. Después. La lluvia amainaba y se escurría entre los guijarros, hasta su cabaña, la próxima. Ese momento. Ese... ah. Ahí estaba otra vez. Había retrocedido dos años, sintiendo de nuevo qué era ser capaz de tener a Lois para uno mismo, y sentir que el corazón golpeaba normalmente.

¡Imposible! Pero lo había logrado durante casi dos semanas. Lois en el trampolín del lago, luego pintada en el cielo, para siempre en el aire..., para siempre, pues su conciencia fotografiaba y clasificaba imágenes; en su memoria Lois colgaba bajo unas nubes. Y la contradanza, con un violín que rascaba desde el altavoz, y unos pies que golpeaban el piso de madera, y el grito ronco y feliz: «A la izquierda vamos y alrededor, haga girar a su compañera... y ahora a alguna otra... a alguna otra... otra...». Y la otra había sido Lois, dando vueltas exactamente con él, liviana y ágil en sus brazos, apareciendo y desapareciendo antes que él llegara a entender realmente que ella estaba allí, dejándolo con un nudo en la garganta y una rara sensación en la mano derecha, la que había apoyado en la espalda de Lois; parecía como si la mano no le perteneciese ya, como si las moléculas de ella y él se hubieran confundido.

Oh, y Lois interrumpiendo una pelea entre un veraneante y un hombre de la ciudad, acercándose suavemente, pasándole la mano por el pelo a uno y riéndose: una presencia donde no cabía la violencia; Lois metiendo el camión hábilmente, marcha atrás, entre las retorcidas columnas de una gruta de abedules... Y Lois haciendo inolvidables cosas sin importancia: el modo de sostener el tenedor, doblar la cabeza, retener el aliento mientras escuchaba algo. Lois vista a través de la ventana de la oficina, sonriendo para sí misma. Lois anunciando algo en el almuerzo, con una voz que parecía dirigirse a alguien en la hamaca de un porche, y que llegaba sin embargo a ochenta personas.

Lois caminando, de pie, escribiendo, llamando por teléfono... Lois viva; bastaba ese recuerdo.

Casi dos semanas así, de caminatas con Beverly, de desayunos, zambullidas, paseos en bote y cabalgatas con Beverly, amparado por las flemáticas comunicaciones familiares. ¿Qué diferencia había si su silencio era una relectura de la cara de Lois en vez de una reconsideración de la página de deportes? Ni una ni otra eran cosas que pudiese compartir con Beverly, entonces ¿qué diferencia había? En una época anterior del matrimonio ella podía haberse quejado del mismo modo que en la casa. Ahora, sin embargo, él era completamente —uno pudiera haber dicho invisiblemente— Yancey. Sólo Yancey, como siempre.

Pero aunque Yancey era capaz de contener sus sentimientos acerca de Lois, había allí una línea entre lo posible y lo imposible. No sabía exactamente cuándo o por qué cruzaba esa línea, pero así ocurría, y no había ya por qué negarlo.

Era un jueves (debían irse el domingo), y a la tarde Yancey le había pedido a Lois que fuera a la cabaña de ellos aquella noche. Lo dijo abruptamente; las palabras quedaron en el aire entre ellos, y Yancey las miró fijamente, asombrado. Quizá, pensó, bromeaba... y entonces Lois aceptó, gravemente, y él se fue.

Tenía que decírselo a Beverly, por supuesto, y no sabía cómo, y preparó, por adelantado, siete modos diferentes de manejar la situación, en respuesta a las siete posibles reacciones de ella. Todos, naturalmente, tendrían como resultado la visita de Lois. No podía predecir cómo sería exactamente la noche, algo raro en un hombre preparado siempre para cualquier alternativa, cuando le llevaba a Beverly algún invitado.

—Bev —dijo bruscamente cuando la encontró. Beverly jugaba con unas herraduras en el fondo de la casa—. Lois vendrá a beber algo después de cenar.

Beverly lanzó una herradura, miró cómo aterrizaba, saltaba y caía, y se volvió hacia Yancey. Tenía los ojos muy abiertos —bueno, como siempre— y sus brillantes superficies le recordaron a Yancey la cara brillante de un espejo. ¿Qué diría ella? ¿Ya cuál de las siete respuestas debería recurrir él para vencer su resistencia? ¿O tendría que improvisar allí mismo una octava?

Beverly bajó la vista, tomó otra herradura, y dijo:

—¿A qué hora?

Así que Lois fue; llamó a la puerta con un golpe leve y firme que Yancey creyó sentir en la base de la lengua. Si más tarde perdía algo de su firmeza sería porque en aquel momento aún estaba edificándola. Dejó que Bev fuese a la puerta.

Que Beverly, pensó, en beneficio de Beverly, no se permita estar en la misma habitación con Lois. Lois entró y llenó la habitación, pero no como una multitud; Lois retrocedió y se sentó en un sillón como llevada por cosas con alas; su cuerpo creció en los almohadones, respirando como una planta submarina. Y Beverly saltaba de un lado a otro con vasos y hielo y hablaba... hablaba. Lo que Lois hacía era diferente; Lois conversaba. Yancey, opacamente sentado, no colaboraba, observaba, y pensaba sus propios pensamientos. Era dolorosamente consciente de muchas cosas, pero sobre todo de que Lois trataba —con éxito completo, le parecía a él— que Beverly se sintiese cómoda. No se esforzaba por él, y él se dijo a sí mismo, con orgullo, que así debía ser; ellos se entendían, y tenían que facilitarle las cosas a la pobre Beverly.

Se recostó en su asiento, casi adormilado, empapándose de la presencia de Lois como si ella fuese el sol y él se estuviese tostando poco a poco.

Luego estuvieron solos en el cuarto cuando Beverly fue a la cocina, y luego Beverly gimió algo acerca del hielo, oh, pero los Johnson en la nueve debían de tener un poco, que nadie se molestara, volvería en seguida. La puerta de alambre se cerró ruidosamente, y los rápidos pies de Beverly descendieron, bam, bam, bam, los escalones de atrás, y dejaron de existir cuando se encontraron con agujas de pinos; todo esto en una brazada de momentos, y él se encontró a solas con Lois.

Se levantó y fue hasta el sofá y se sentó donde el mueble tocaba el brazo del sillón. Ese movimiento pareció consumir toda su energía; quería un cigarrillo, quería hablar. No podía hacer nada.

En ese silencio sintió sobre él la mirada de Lois. Se volvió rápidamente y ella bajó los ojos. Él se alegró, pues tenían las cabezas muy cerca, y nunca la había examinado de ese modo, lentamente. Se pasó la lengua por los labios.

—Sólo diez días —dijo.

Ella emitió una sílaba interrogativa.

—Conociéndola —dijo Yancey.

Se incorporó de pronto y se acercó a ella. Puso una rodilla en el ancho brazo

del sillón de modo que el pie le quedó atrás. Se sentó sobre el talón, manteniéndose en equilibrio con el otro pie en el piso. Ella no se movió, y siguió mirándose las manos largas y morenas.

—Quiero decirle algo, Lois.

Una leve arruga le apareció y desapareció a Lois en la frente. No alzó los ojos.

—Es algo que nunca le dije ni siquiera a... que nunca le dije a nadie.

Lois se movió un poco. No levantó la cara, pero ahora él veía tres cuartas partes de su perfil. Ella esperó, quieta como una gota de rocío.

—La noche que llegamos. Usted hizo café y yo me senté a la mesa. Usted vino y dejó algo en la mesa... Usted me tocó.

Yancey cerró los ojos y se puso el brazo sobre el pecho y la mano en el hombro.

—Algo... ocurrió—dijo con desesperante dificultad.

Yancey era, en cierto modo, un ingeniero. Se puso a explicar, abruptamente, en un tono didáctico.

—No fue electricidad estática. No podía ser. Estaba lloviendo a mares afuera y el aire era húmedo. Usted estaba descalza sobre el piso de madera. No fue uno de esos fenómenos de conducción. Así que no fue nada... —Yancey abrió los ojos, tragó saliva.— Ni electricidad estática ni nada parecido —logró decir.

Luego calló, mirando a Lois.

El rostro de Lois, la máscara flexible, se quebraba como un témpano en una corriente cálida. Su frente era como una pendiente de nieve, con la huella de unas garras de gato. Tenía una lágrima en la mejilla izquierda, y la huella de una lágrima en la derecha, y se mordía el labio inferior. Las comisuras de la boca se le doblaban hacia arriba, como si sonriese, y una delicada arruga le cruzaba la mejilla. Lois no emitió ningún sonido. Se incorporó, con los ojos clavados en los ojos de Yancey, y así retrocedió hacia la puerta. Luego se volvió y desapareció, corriendo en la oscuridad.

Cuando Beverly volvió, Yancey estaba todavía un poco agachado, en equilibrio sobre el brazo del sillón.

—Cómo... ¿dónde está Lois?

—Se fue —dijo Yancey pesadamente.

Beverly lo miró. Le miró los ojos, el pelo, la boca, y otra vez los ojos, rápidamente. Luego fue hacia la cocina, y Yancey oyó que el hielo caía explosivamente en la pila.

—¿Pasa algo, Yancey? —preguntó Beverly.

—No pasa nada —dijo él incorporándose.

—Oh —dijo Beverly.

Retiraron los vasos y bandejas y se fueron a la cama. No se habló de Lois. No se habló de nada. Cumplieron en silencio el rito de acostarse. Apagaron las luces, y Yancey dijo:

—Ya estoy hartó de este lugar. Vamonos mañana por la mañana, temprano.

Beverly calló un momento.

—Si tú lo quieres...—dijo al fin,

Yancey pensó que Beverly dormía mal. Él no durmió en toda la noche.

A la mañana siguiente se alejaron en el auto. Yancey manejaba furiosamente. Durante los primeros treinta kilómetros no pudo entender qué le pasaba, luego supo que era ira. En los siguientes setenta kilómetros no pudo encontrar sentido a esa ira. Nadie había hecho nada hasta entonces.

De cuando en cuando miraba de reojo a Beverly. Por lo general ella se

reclinaba en el asiento, mirando adelante, el cielo, o el paisaje a los lados, o interiormente ese mundo en que ella vivía cuando callaban. Esa mañana, sin embargo, ella estaba sentada muy derecha, con los ojos fijos en el camino, de modo que Yancey entendía que corrían demasiado, y se sentía terriblemente molesto. Un impulso infantil le hizo aumentar la velocidad y se sintió más enojado aún.

Y al fin, con un sentimiento que era casi un alivio, encontró un objeto para su ira.

Beverly.

¿Por qué no decía ella: «Más despacio»? ¿Por qué había aceptado la visita de Lois? ¿Por qué era aún mansamente ella misma, mientras a él se le destrozaban las entrañas? ¿Por qué no se había opuesto cuando él decidió tan abruptamente que debían irse? «Si tú lo quieres», había dicho ella. «Si tú lo quieres.» ¿Qué clase de dignidad era la suya?

O... quizás a ella no le importaba, simplemente.

Si tú lo quieres... Advertía por primera vez que ésa era la ley de Beverly, su filosofía básica de la vida. Tenían cortinas rojas en la sala. Siempre habían tenido cortinas rojas en la sala. Bueno, a él le gustaban las cortinas rojas. Así lo había dicho. Y ella había puesto cortinas rojas.

La miró de reojo. Ella observaba el camino.

Yancey apretó un poco más el acelerador.

El lugar en que vivían, el trabajo que tenía él, la comida que comían, y probablemente las ropas que ella usaba... ¿Todo se elegía realmente de acuerdo con los gustos de él?

¿Eran realmente los gustos de él?

¿Tenían lo que él quería?

¿Por qué no? Beverly lo había decidido así.

Se rió, de modo que Beverly se estremeció violentamente. Yancey sacudió la cabeza como diciendo «No te lo diré» o también «Ocúpate de tus propios asuntos». Se había negado a encontrar alguna falla en esa nueva y sorprendente conclusión, y se sentía alborozado. Disfrutaba ahora de la velocidad, y del dominio del coche. Lanzó la máquina por el camino que cortaba la cima de una loma, y dobló hacia la pendiente donde chocaría con la nave del espacio y moriría.

Como ocurre a veces cuando se desencadena un huracán, el viento murió. Menos dócil, el mar siguió golpeando el acantilado. La noche era tan ruidosa como antes, pero el ruido, muy distinto, sorprendía como un repentino silencio. Lois torció entonces el cuerpo y apretó violentamente el cigarrillo en el cenicero de la mesa de noche. Con un seco susurro de las sábanas, se volvió de espaldas y suspiró. El suspiro se oyó apenas, pero sonidos semejantes se propagan más como luz que como sonido. Beverly despertó bruscamente, como un pez que salta en el agua, sólo para caer otra vez y girar en las superficies del sueño. Alzó la cabeza, volviéndola a un lado y a otro, como buscando algo, pero con los ojos cerrados aún. —¿Hm? —dijo soñolienta.

Luego apoyó otra vez la cara en el pecho de Yancey, y ya no se movió.

Lo que yo debería hacer, pensó Yancey desordenadamente, sería sentarla, abofetearla hasta despertarla del todo, y decir: «Mira, Bev, escúchame. Me mataron aquella mañana del accidente. Estuve totalmente muerto, el difunto Yancey Bowman, RIP, y cuando me volvieron a la vida yo era distinto. Durante dos años has vivido con un hombre que nunca duerme, y una mente que nunca

se equivoca y hace... puede hacer... lo que quiera. No esperes entonces que mi conducta sea una conducta común, Bev, o racional, basada en razones que tú puedas entender. Así, si yo hago algo que... que te lastima, no debes sentirte lastimada. ¿Entiendes?».

Por supuesto, ella no entendería.

¿Por qué, pensó desesperadamente, cuando me volvieron a la vida no plancharon esa pequeña arruga que permitió a Pascal escribir que «el corazón tiene razones que la razón no conoce»?

Gruñó suavemente. El corazón. Qué nombre disparatado.

Acostado de espaldas, observó en el cielo raso los movimientos de la luna en las aguas de la rompiente. Dejó que la mente le flotara en las vagas sombras, se confundiera con ellas, se quedara arriba, más allá de aquel insoportable e insoluble problema. Y gradualmente se encontró otra vez allí, dos años atrás, quizás impulsado por sus últimos pensamientos, quizá porque al revivir un tiempo con Lois (que él podía soportar) y un tiempo sin Lois (que no podía soportar) era un alivio entrar en un tiempo donde Lois, Beverly, y hasta Yancey Bowman, tenían muy poca importancia.

Cuando la nave del espacio dejó el suelo, recogió sus patas retráctiles, y el sedán de Bowman chocó con

una de ellas. El coche siguió bajo la nave, cortado en dos por el borde chato de la pata, dejando un horroroso cuerpo ensangrentado al volante. La nave flotó indecisa un momento, y luego se movió hacia el lado del camino donde había quedado el destrozado automóvil, y se detuvo directamente sobre él. Bajo la nave apareció una abertura, que se abrió como el iris de una cámara. Hubo un leve torbellino de polvo y hojas, y lo que había quedado del coche se alzó del suelo y desapareció en el interior de la nave. La nave se deslizó luego hacia el claro del bosque donde había estado oculta. Allí descendió, se confundió con árboles y plantas, exteriormente silenciosa.

Yancey no podía saber exactamente qué le habían hecho. Había notado los resultados, por supuesto. Sabía que le habían reparado los órganos dañados, y que ciertos cambios habían mejorado el original. Le habían diseñado de nuevo, por ejemplo, las articulaciones de las mandíbulas, eliminando cierta tendencia a la dislocación, y se había iniciado en él un proceso que con el tiempo le suprimiría los quistes sebáceos que se le formaban e inflamaban a veces, desde la adolescencia. El apéndice vermiforme había desaparecido... No lo habían cortado; lo habían suprimido de tal modo que en caso de una autopsia parecería que no se hubiese formado nunca. Le habían reemplazado las amígdalas por razones que no podía entender, pero que, sabía, eran buenas. Por otra parte, anomalías como el pulgar de su pie izquierdo, torcido de nacimiento y ligeramente apoyado en el dedo vecino, y el ojo derecho que se le desviaba un poco a la derecha en los momentos de fatiga... no habían sido modificadas. El ojo era uno de los puntos más curiosos, pensó más tarde; no le habían tocado el pie; pero el ojo, en cambio, había sido restaurado con su defecto. Sus dientes también eran tan irregulares como antes, con empastes en los mismos sitios, aunque más reducidos. En suma, le habían cambiado sólo aquello que no podía verse.

No conocía, sin embargo, el porqué de todo aquello. Dentro de la nave había habido una atmósfera de simpatía y remordimiento que no había sentido nunca. Había habido respeto además, un respeto que abrazaba a todos los seres vivos. En un lugar del laboratorio de la nave, donde él yacía, había un

pequeño estante con una cigarra, dos saltamontes, cuatro polillas estivales y un gusano, todos víctimas de su accidente. La estructura celular de estas criaturas, sus funciones orgánicas, sus procesos de reproducción y digestión fueron estudiados tan minuciosamente como los de él. En ellos también cambios y restituciones, y aquella ciencia increíblemente adelantada los dejó en las mejores condiciones posibles. Las mejoras parecían ser algo así como una retribución, una disculpa.

Y por supuesto, durante ese tiempo se suprimieron completamente las huellas que la nave podía haber dejado en la Tierra. Sin embargo, Yancey sabía que los extraños, quienesquiera que fuesen, cualquiera fuera el lugar de donde venían, hubieran sacrificado cualquier cosa, incluso se hubieran sacrificado ellos mismos, antes que interferir en la vida terrestre.

Descubriría más tarde que habían hecho con el coche algo similar a lo que habían hecho con él. Era indudable que si así lo hubiesen querido, habrían podido reconstruir el viejo sedán hasta convertirlo en un brillante milagro, capaz de volar y de funcionar toda una vida con una tacita de combustible. El aspecto del coche era el mismo de siempre; hasta con las manchas de herrumbre y el defecto en el parabrisas donde la humedad había atravesado las láminas del vidrio. Sin embargo, el coche era un poco más potente, un poco más económico; los frenos no se endurecían con el tiempo húmedo, y el encendedor de cigarrillos se calentaba unos pocos segundos antes.

¿Quiénes eran ellos? ¿De dónde habían venido? ¿Qué hacían allí, y qué aspecto tenían?

Yancey no lo sabría nunca. Sabía lo que ellos le habían permitido saber, y nada más. Hasta sabía por qué sabía tanto. Podían restaurarle la aplastada cabeza y el hombro, y así lo habían hecho. Podían mejorar algunas cosas, y las habían mejorado. Pero ni siquiera ellos podían predecir las situaciones en que él, Yancey, se encontraría en el futuro. Era muy importante para ellos, y lo sería para él, ocultar los cambios que habían introducido; o habría inevitables conflictos entre él y su sociedad. El mejor modo de ocultar esos cambios era que Yancey supiese qué había ocurrido, y se le prohibiera solemnemente contárselo a alguien. De ese modo él nunca podría realizar inocentemente algún milagro público, y luego no saber cómo explicarlo.

¿Qué milagros?

El mayor milagro, por supuesto, era el bajo impulso-resistencia de su sistema nervioso, incluido el cerebro. No necesitaba ahora repetir una y otra vez un pensamiento, como una rueda que abre un surco, para establecer una sinapsis y aprender algo. Sus reacciones físicas eran extremadamente rápidas. Recordaba todo a la perfección (desde que había dejado la nave) y tenía acceso a los recuerdos previamente almacenados.

Pero sus «cirujanos» parecían haber deseado sobre todo salvaguardar lo que en este mundo se había llamado Yancey Bowman. Nada—absolutamente nada— se había hecho para cambiar a Yancey Bowman en alguna otra cosa o algún otro. Funcionaba un poco mejor, pero funcionaba como Yancey Bowman; así los cambios en su sistema digestivo eran básicamente perfeccionamientos antes que sustituciones. Podía obtener más energía de menos comida, así como podía respirar concentraciones más altas de CO₂. Podía ser, y era, Yancey Bowman más eficientemente que antes. De modo que nada había sido cambiado... y menos aún el torbellino que era su mente al morir.

La muerte alcanzó a Yancey una mañana de viernes, y a la misma hora de una

mañana de domingo hubo una extraña escena, aunque sólo para algunos pájaros y una ardilla asustada. Saliendo de la tierra misma, la nave esparció un poco de humus, lo cubrió con una nieve de hojas recientemente caídas y flotó en el aire. Durante un momento corrió paralelamente a la desierta carretera. Luego se abrió una abertura en su vientre, y en el aire brillante descendió un avejentado sedán de dos puertas, con ruedas que giraban y el motor en marcha. Cuando tocó la carretera, apenas se levantó un poco de polvo, tan perfecta era la sincronización entre las ruedas y el movimiento hacia adelante. El coche corrió por un camino que cortaba en dos la cima de una loma, dobló una curva y siguió su marcha, con Yancey Bowman al volante, dedicado a examinar interiormente las inalcanzables tonterías de su mujer.

¿Y hubo un momento de estupefacción cuando se descubrió vivo, y sin un rasguño, en un intacto automóvil? ¿Se volvió a mirar la mancha que se borraba a lo lejos, donde su vida había terminado y empezado otra vez? ¿Detuvo el coche aun costado del camino y llevándose el pañuelo a la frente estalló en un torrente de palabras que celebraba sus nuevos poderes? ¿No preguntó Beverly qué ocurría, y no perdió la cabeza cuando descubrió que el viernes era ahora domingo, y que para ella no había habido sábado en esa semana?

No, y no, y no. No hubo sorpresa, pues él estaba convencido hasta la médula de que las cosas eran como debían ser, que él no diría nada, y no debía volver la cabeza. En cuanto a Beverly, su silencio sobre el asunto probaba suficientemente que sus convicciones la adecuarían a la nueva situación.

Así que siguió conduciendo con excesiva rapidez y en un silencio excesivo, y su furia hirvió inútilmente hasta que al fin se concentró en algo más tranquilo y, de algún modo, más feo. Y entonces condujo con cuidado, y Beverly se reclinó en el asiento, volviéndose de cuando en cuando a inspeccionar las persianas o las cortinas de alguna casa que aparecía a orillas del camino, mirando el cielo allá arriba, adelante, mientras pensaba sus propios pensamientos.

Si pueden llamarse pensamientos, reflexionó Yancey.

El producto de su ira fue un plan frío, que tomó ante todo la forma de un silencioso discurso dirigido a Beverly. Descubrió que con sus nuevos reflejos podía prestarle al asunto toda su atención, ya que ahora sus manos parecían manejar ellas solas el coche, y hasta leer, si era necesario, los letreros del camino.

Así, con ecos silenciosos, se alzó esta estructura en el interior de su mente: Éste no es el fin, Beverly, porque el fin debía de haber llegado mucho antes. No eres una mujer que vive su vida, eres media persona que vive mi vida. Tu ambición no puede impulsarme hacia adelante, tus sentidos no saben cuándo estoy torturado, tu gusto no te pertenece, y tus capacidades se limitan a buscar opacamente lo que puede agradarme, y tratar con intentos y pruebas de conseguirlo. Pero aparte de mí, no eres nada. No te ganas la vida, y no puedes ganártela. Si te abandonaran a tus propios recursos ni siquiera servirías para atender a la gente en una mesa de información, o administrar algún lugar de veraneo. Si me hubiera ocurrido cualquier cosa durante estos tres últimos días, esto que vivimos nunca habría podido llamarse otra vez «matrimonio», yo no habría podido. He mirado el sol, Beverly, he volado; nunca podré arrastrarme por el barro contigo otra vez. Antes yo era demasiado para ti. ¿Qué soy ahora? Así siguió el discurso, volviéndose sobre sí mismo, elaborándose a sí mismo, pero siempre otra vez una burlona salmodia, sacudida por visiones de libertad y lejanos horizontes. Al cabo de una hora sintió la mirada de Beverly y se volvió a

mirarla. Beverly se encontró con sus ojos y sonrió con su vieja sonrisa.

—Va a ser un día maravilloso, Yancey.

Yancey se volvió bruscamente hacia el camino. Algo en su garganta demandaba atención, y descubrió que no podía tragarlo. Le picaban los ojos. Examinó de mala gana sus sentimientos, y descubrió lentamente que esa cualidad llamada empatía —el sentirse en los zapatos de otro, el mundo visto por los ojos de otro— había sufrido también un cambio, y tenía ahora una extensión casi incómoda. ¿Qué le había ocurrido a Beverly? Borrosamente, quizás, había advertido que algo había faltado en el lago. No creía él realmente que ella hubiese identificado esa falta. Beverly había comprendido que era importante, pues había aceptado en seguida que se fueran sin hacer preguntas. Pero ¿qué era eso de un «día maravilloso»? ¿Pensaba ella que al dar la espalda a aquella oscura amenaza había pasado el peligro? Sí, eso debía de ser exactamente lo que ella pensaba.

Oh Beverly, Beverly, pronto despertarás realmente.

Pero pasó el día y no ocurrió nada parecido. No ocurrió tampoco la primera semana, ni el primer mes. En parte se debió al trabajo de Yancey. Volvió a él con un nuevo sentimiento, una nueva conciencia. Percibió en su totalidad una condición llamada «integración», la de él con su trabajo, su trabajo con su oficina, su oficina con la firma, y la firma con el mosaico económico. Ahorraba ahora tiempo en el empleo y se pasaba las horas estudiando la estructura de su ambiente. Su primer nuevo esfuerzo se expresó en una comunicación para el buzón de sugerencias. Era perfecta en su género. Era una idea bastante simple, que podía haber sido concebida por el Yancey anterior al accidente, y que nadie que no hubiera ocupado su puesto habría podido adelantar. Eliminaba el puesto mismo, y Yancey fue recompensado con una doble promoción, y se le dio otro trabajo. Así que estaba ocupado, sumergido, abstraído, aun en su casa. Esto bastó para sumergir sus sentimientos acerca de Beverly.

Pero era sólo una demora. (La llamó así al principio; tarde o temprano habría cambios.) Esta dilación se debía principalmente a su execrable empatía. Beverly era tan feliz... Era feliz y estaba orgullosa. Si Yancey se hundía en algún insondable silencio, ella andaba de puntillas por la casa, pensando que el gran hombre imaginaba algo nuevo para el buzón de sugerencias. Si él se mostraba de mal humor, ella perdonaba. Si él le compraba algo, o aprobaba algo que ella había comprado, se mostraba agradecida. La vida en el hogar era una vida armoniosa; Beverly era tan feliz que cantaba otra vez. Yancey recordó que ella no cantaba desde hacía mucho tiempo.

Y mientras, él sabía cómo se sentía Beverly. Lo sabía con seguridad y con dolor, y era totalmente consciente del impacto que recibiría Beverly si él le confiaba sus pensamientos. Tenía que hacerlo, oh, sí, tenía que hacerlo, algún día. Mientras tanto, nada impedía que ella tuviese ese nuevo abrigo de invierno, que había mirado tanto en el periódico del domingo...

Así pasó un año, y Yancey nada decidió. En verdad pensaba menos en eso al cabo del año, aunque había momentos... Pero el trabajo era cada vez más absorbente, y la vida hogareña era un placer, aunque un placer tranquilo, y Beverly parecía abrirse como una

flor. Si un hombre tiene la virtud o la maldición de la empatía, debe ser amable. Debe serlo, por las más egoístas de las razones: cada vez que golpea a otro ser humano se descubrirá moretones en las propias costillas.

Un día, de pronto, preguntó:

—Beverly, ¿he cambiado?

Beverly pareció perpleja, así que Yancey aclaró la pregunta.

—Desde el año pasado, quiero decir. ¿Parezco diferente?

—No sé —dijo—. Estás... simpático. Pero siempre fuiste simpático. —Se rió de pronto.— Ahora cazas moscas —bromeó—. ¿Por qué, Yancey?

—Por nada. El nuevo trabajo y el resto.

Yancey hizo a un lado la referencia a las moscas. En el último otoño una mosca había estado molestando a Beverly, y Yancey había alargado distraídamente una mano y la había cazado al vuelo. Era la única vez que casi había traicionado sus nuevos talentos. Beverly estaba asombrada; en ocho años Yancey nunca había demostrado tener una coordinación semejante. Habría estado aún más asombrada si hubiera advertido que él había cazado la mosca entre el pulgar y el índice.

—El nuevo empleo no se te subió a la cabeza —dijo ella—, si te refieres a eso.

El trabajo de Yancey necesitaba la colaboración de una sucursal, y dispuso las cosas de tal modo que un viaje pareciese lógico. Desapareció durante dos semanas. No era un trabajo que requiriese genio, sino aplicación y minuciosidad. Mientras estaba allí conoció a dos muchachas, una brillante y con un alto puesto en la compañía, la otra mucho mejor que cualquier cosa que la compañía pudiese emplear. Las dejó solas, sintiéndose bastante poco conforme consigo mismo, pues sabía, muy interiormente, a quién era fiel.

Y fue bueno, fue bueno volver a casa. Lo ascendieron otra vez. Tuvo que reorganizar la nueva oficina y no hubo vacaciones aquel año. Podía haber analizado fácilmente esta historia, y determinar si no había evitado voluntariamente las vacaciones, pero no lo hizo. No se enteró de la verdad.

Hubo un picnic para la gente de la compañía, y Beverly cantó. Todos demostraron tanto entusiasmo —especialmente hacia él, como si él hubiese inventado a Beverly— que la instó a presentarse en un espectáculo de televisión. Beverly pasó la prueba y apareció en la pantalla. No obtuvo bastantes votos—los espectadores prefirieron a un niño de ocho años con un acordeón—, pero fue incandescentemente feliz porque Yancey se había preocupado, Yancey había ayudado.

En el asunto de Beverly, Yancey empezó a gustarse a sí mismo.

Aquél, en el código privado de Yancey, fue el año de las grandes navidades. Se tomaron una semana y fueron a un hotel para esquiadores en New Hampshire. Hicieron muchas cosas juntos, y nada estuvo mal. Y una noche se sentaron ante una chimenea de tarjeta postal con una multitud de almas bondadosas, y bebieron glógg y aullaron villancicos hasta que sintieron demasiado sueño para moverse. Después que todos se fueron a la cama, se quedaron tomados silenciosamente de la mano y mirando cómo se apagaba el fuego. Como ocurre en momentos semejantes, cuando se vive, y no se muere, la vida pasó velozmente ante el ojo interior de Yancey y se detuvo al fin en aquella chimenea, y sobre la chimenea se dibujó la incómoda pregunta: ¿Qué hago aquí? Se sintió aplastado por una ola de ternura hacia Beverly, pobre Beverly. Por primera vez pensó que aquella cosa fantástica que le había ocurrido podía tener un triste y horrible resultado. Su metabólica eficiencia, su aparente inmunidad a todo, incluido el resfrío común, su capacidad para descansar o comer demasiado poco... sugerían que él viviría... bueno, no siempre, pero...

Miró de reojo a su mujer, y aunque ella parecía aún muy joven, imaginó vividamente una arruga aquí y allá, una pequeña bolsa. Él podría ocultar sus sentimientos, pero ¿y ella? Empáticamente, se torturó un rato con el futuro de Beverly, y la vio marchitarse mientras él no cambiaba.

Desvió el rostro, con los ojos húmedos.

Beverly retiró suavemente la mano. Yancey sintió que ella le acariciaba, una y otra vez, la muñeca. Y Beverly tuvo la inteligencia, o la suerte, de no decir una palabra.

Cuando Yancey pensó en el episodio, mucho más tarde, pensó también que aunque había muchas mujeres capaces de hacer muchas cosas que Beverly no podía hacer, ninguna hubiera hecho justamente eso, de ese modo.

En la primavera rechazó un ascenso, sensible como era a los sentimientos de sus compañeros de trabajo; con el tiempo este rechazo lo beneficiaría más que el ascenso. Y de nuevo fue verano, y esta vez habría vacaciones.

Bueno... ¿dónde? Él podía elegir el lugar, y Beverly diría: «Como tú quieras, querido», y allí irían. Yancey pensó, y pensó. Con su rara memoria, recreó interiormente muchas escenas. Al fin se decidió, y dudó, y luego, sentado a su escritorio en la oficina, dijo en voz alta:

—¡No! No todavía —sobresaltando a la gente.

Fueron a Nueva Inglaterra, a un sitio nuevo para ellos, escarpado, salvaje, centelleante, donde unos veleros mellaban el horizonte, y el viento olía a limpio y nuevo e intacto. Durante cuatro días nadaron y pescaron, bailaron y desenterraron almejas. El quinto día se quedaron en la cabana mientras el cielo apretaba la región como el puño de un gigante. A las tres de la tarde se alzaron las señales de peligro para las embarcaciones menores. A las cuatro llamó el guardacostas y les advirtió que dejaran la cabana; sí, era un huracán, un verdadero huracán, y no sólo una tormenta.

Cargaron el coche de cualquier modo y se metieron en él. Ya una niebla enceguecedora soplaba horizontalmente sobre el camino de la costa. Subieron por la loma hacia la ciudad y entraron en el patio del hotel.

El hotel, por supuesto, estaba lleno, con una cama tendida en el cuarto de las sábanas, y un colchón detrás del mostrador.

—¿Qué vamos a hacer? —se quejó Beverly.

No era preocupación, no todavía. Aquello era excitante.

—Vamos a beber un trago. Luego pediremos una cazuela de pescado, y después pensaremos qué vamos a hacer.

Con ozono en los pulmones y chispas en los ojos, fueron hacia el comedor.

Había una imagen que desde hacía aproximadamente un año Yancey evocaba muy a menudo, y ya le era tan familiar como su navaja de afeitar. Una espalda delgada, unos hombros anchos envueltos en una rica piel de topo; la luz de una lámpara que se deslizaba por unos cabellos oscuros y dóciles, una larga mano morena ligeramente apoyada en una mejilla de marfil. Cuando Yancey vio esa imagen ahora, la hizo a un lado como si fuese un molesto fantasma, un espejismo de la electricidad del aire. Pero Beverly le apretó el codo y gritó:

—Yancey, ¡mira! —Yantes que él pudiese respirar otra vez, ella se había apartado e iba hacia la mesa.

—¡Lois! Lois, ¿qué hace aquí?

Esto tenía que ocurrir, se dijo Yancey pesadamente. Dio un paso adelante.

—Hola, Lois.

—¡Bueno...! —Fueron sólo dos sílabas pero había ahí calidez y bienvenida y...

¿más cómo saberlo, aunque ella sonriera? Una máscara sonríe también.—
Siéntense, por favor, siéntense, Beverly, Yancey.

Hubo un torrente de charla. Oh, sí, ella había vendido el lugar de veraneo, la primavera última. Había trabajado un tiempo en la ciudad. Había renunciado luego, en busca de algo mejor. Había ido allí a que el viento le sacara las cenizas del pelo.

—Ahora temo que me lleve el pelo también. Oh sí, Beverly diciendo tan cálida, tan orgullosamente... dos ascensos... uno tras otro; un año más y será el jefe de todos, ya verá usted... y muchas otras cosas, mientras Lois se miraba las manos y sonreía débilmente.

—¿Y usted, Lois? ¿Se ha casado o algo parecido?

—No —dijo Lois roncamente—. No me he casado —y aquí Yancey bajó los ojos, no pudo soportar encontrarse con los de Lois mientras ella decía — ni he hecho nada que se le parezca.

Tomaron un whisky y otro, y luego una superlativa cazuela de Nueva Inglaterra, y cerveza, y luego otro whisky. Y luego todo terminó, y Yancey, pagando la cuenta, se dijo a sí mismo displicentemente: «Lo hiciste muy bien, muchacho. No te importará mucho si te pasas uno o dos días al bando del silencio. Me alegra que esto haya terminado. Pero desearía...». Incorporándose, Beverly dijo:

—¿Usted se queda aquí? Lois sonrió de un modo raro.

—No hay otro remedio.

Yancey no pudo detenerse. —¿Qué significa eso exactamente? —preguntó. Lois rió quedamente. —Llegué hace hora y media. Nunca se me ocurrió que necesitaría reservar habitación... Gracioso, ¿verdad? Con toda mi experiencia. Sea como sea, no hay sitio aquí. Me quedaré hasta la hora de cerrar. Seré entonces un problema, y tendrán que resolverlo de algún modo. —Lois se rió otra vez.— He resuelto problemas peores en el lago.

—¡Oh, Lois, no puede! ¡La harán dormir en el bar!

Lois se encogió de hombros. No le importaba realmente.

—Yancey —dijo Beverly. Tenía la cara roja y hablaba atropelladamente—, ¿recuerdas aquella vez cuando dos extraños no podían encontrar la cabana y qué les ocurrió?

Yancey miró a los ojos a Lois esta vez. Fue aquí cuando el corazón empezó a martillarle en el pecho.

—Nos toca ahora a nosotros —dijo Beverly—. Vamos por el camino de la costa. Encontraremos un lugar. Vamos. ¡Vamos, Lois!

Yancey pensó si no sería aquello el principio de la rebelión de Beverly. ¿No intentaba ella, habitualmente, averiguar ante todo qué quería él? Y se respondió a sí mismo: no; la mayor parte del tiempo ella hace lo que quiero sin preguntármelo. Y luego se dijo: deja de pensar como un condenado idiota.

Quince kilómetros más al sur había un pueblo con un hotel. Completo. Seis kilómetros más abajo un hotel para automovilistas. Repleto hasta los aleros. Había treinta kilómetros hasta la próxima ciudad, y se hacía tarde. Llovía como aquella vez que habían llegado chapoteando a la cabana de Lois, hacía dos años, pero esta vez unas ráfagas aullantes acompañaban a la lluvia.

Y cuando llegaron a la otra ciudad, las señales de peligro estaban bajas. El huracán, de acuerdo con sus imprevisibles orígenes, se había volcado hacia el este, dejando una lluvia y un mar furioso, pero nada más. Así que entraron en las lustrosas calles de una ciudad, que todavía temblaba de pies a cabeza,

pero vastamente aliviada.

Aquí y allá había tiendas abiertas. De los tres hoteles, en dos no cabía un alfiler. Se detuvieron en una droguería a preguntar cómo podían llegar al tercero y Lois compró cigarrillos y Beverly encontró un ejemplar de Ana Karenina y se lo llevó muy contenta; dijo que siempre había querido leerla.

El tercer hotel tenía una habitación con dos camas y baño.

—¿Camas gemelas?

El encargado asintió. Yancey miró a Lois, que había apartado los ojos. Miró entonces a Beverly, y ella dijo:

—¿Por qué no? Podemos arreglarnos en una. No soy muy grande.

No, Bev, pensó Yancey, no lo eres.

—Beverly...—dijo Lois.

—Silencio —interrumpió Beverly—. La tomaremos —le dijo al encargado.

Lois se volvió otra vez. Ahora miraba el cielo raso junto con Yancey. Qué te parece, pensó él ácidamente. Aquí estamos compartiendo unos antisépticos rayos de luna.

Su burla lo protegió un rato, muy breve. El corazón empezó a golpearlo de nuevo, sacudiéndolo con cada latido. Sacudía la cama, las paredes, el edificio, el sufrido acantilado allá abajo, de modo que el mar retrocedía con mayor violencia.

Sintió el más leve roce de unas alas de mariposa en el pecho. Beverly había abierto los ojos.

Yancey pensó desordenadamente: es como esas conjugaciones sin sentido que le hacen repetir a uno en el primer año de francés. Yo miro en la oscuridad, tú miras en la oscuridad, ella mira en la oscuridad...

Beverly se movió. Se retorció apretándose contra

él. Deslizó una mano bajo la cabeza de Yancey y acercó la cara de modo que él sintió su cálido aliento en la oreja. Apenas audible, el aliento de Beverly dijo:

—Querido, ¿qué pasa? ¿Qué quieres?

¿Qué quería? Nada por supuesto. Nada que pudiese tener. Nada, ciertamente, que debiese tener. Meneó la cabeza.

Beverly retrocedió arrastrándose hasta apoyar otra vez la cabeza en el hombro de Yancey. Allí se quedó, inmóvil. Puso una mano sobre el pecho de él, en el sitio donde martilleaba el corazón.

Lois suspiró quedamente y se volvió, dándoles la espalda. El viento reía y reía afuera, y otra ola estalló y rugió. El cuarto fue negro, y luego plateado.

Abruptamente, Beverly se incorporó.

—No puedo dormir —dijo en voz alta.

Lois no habló. Yancey observó a Beverly. La luz plateada daba al cuarto el aspecto de una fotografía demasiado expuesta, pero la carne de Beverly parecía rosada... lo único en aquel mundo enloquecido y golpeado que tenía algún color, y no era gris o negro.

Beverly sacó las piernas fuera de la cama, se puso de pie, y se desperezó a la luz de la luna. Era una forma pequeña y firme... ¿y rosada? ¿Era realmente rosada o eso era también un recuerdo?

Cómo todo se complementa, pensó ardientemente, qué equilibrada ecuación expresa este caos. Beverly, pequeña y rubia, abierta, directa, simple. Lois, alta, delgada, oscura, tortuosa, compleja. Ya cada una le faltaba tan claramente lo que tenía la otra.

Beverly habló:

—Puedo leer diecinueve capítulos de Ana Karenina. Tardaré alrededor de una hora.

Se arrodilló brevemente sobre Yancey, alargó la mano hacia la mesa de noche y recogió algo. Luego fue hasta el estante y tomó el libro. Entró en el cuarto de baño. Una luz amarilla se deslizó oblicuamente por debajo de la puerta.

Yancey se quedó muy quieto, mirando la línea amarilla.

Al fin se dio vuelta y miró a Lois. Podía ver la brizna amarilla otra vez, en los ojos de ella. Lois se había incorporado a medias, apoyándose en un brazo. Miraba a Yancey.

—¿Qué tomó Beverly de la mesa de noche, Yancey?

—Su reloj.

Lois emitió un sonido, «Oh» quizá. Se dejó caer lentamente, hasta apoyarse en un codo. Estaba mirándolo a él ahora.

Yancey no se movió, preguntándose si Lois podría oírle el corazón. Probablemente podía. Y tal vez Beverly también, a través de la puerta. Se preguntó, con una desgarradora inconsecuencia, si a Beverly le gustarían las cortinas rojas.

Lois señaló levemente con el mentón el resplandor amarillo.

—Yo no podría hacer eso —murmuró.

Yancey se sintió de pronto dominado por un devorador anhelo, pero que, increíblemente, parecía no tener dirección; abría la boca, en algún lugar, debajo, esperando engullirlo. Perplejo casi, miró otra vez las pulidas líneas amarillas en los ojos de Lois, y le pareció descubrir cuál de las dos mujeres era directa y simple, y cuál sutil y profunda y compleja.

«Yo no podría hacer eso», había dicho Lois. ¿Cuántas otras cosas podía hacer Beverly que para Lois eran imposibles?

¿Qué clase de mujer era Beverly?

Yancey Bowman se preguntó a sí mismo por vez primera qué le había ocurrido a Beverly el día que él había muerto. Había asumido que ella había estado simplemente en un estado de animación suspendida, mientras le devolvían a él la vida. Había asumido..., ¿cómo podía haber asumido algo semejante? Nunca se había preguntado nada acerca de ella. Era imposible. Antinatural.

Pero por supuesto... él no había preguntado. Podía no haberlo pensado nunca, y probablemente nunca se lo hubiera preguntado a Beverly.

Era tiempo de pensarlo. Algo le había ocurrido a él, permitiéndole esta idea. Preparándolo para ella también. Había sido formado y reformado, diseñado y rediseñado para ser más Yancey. Qué cambios...

Supongamos, se dijo, que ellos tuvieran que reconstruir algo muy joven. ¿No lo prepararían para que siguiera creciendo? Entonces él podía haber crecido.

¿Cómo? ¿Cómo?

Bueno, ¿qué hubiera hecho él en esa misma disparatada situación dos años antes, aun después de haber dejado la nave del espacio? No se hubiera quedado aquí especulando, dejando pasar esos rápidos segundos.

«Yo no podría hacer eso», había murmurado Lois. Si Beverly había muerto también, quizás había cambiado, como él. Él nunca le había dicho lo que sabía, ¿por qué tenía que habérselo dicho ella? ¿No había sido el propósito primordial de la gente de la nave mejorar un poco, pero no cambiar nada? El era más Yancey, y había seguido adelante dictando leyes, aceptando los variados trabajos de esclava de su mujer. ¿Y ella no habría seguido siendo Beverly, dándole siempre lo que él quería?

Y también podía suponerse que ella no había muerto, que no la habían cambiado. ¿Qué clase de mujer era ella, capaz de hacer cosas que Lois no podía hacer, cosas que él mismo —se le ocurrió dolorosamente—, con todos sus poderes, nunca podría hacer? ¿Era la Beverly original superior a este más Yancey?

La cabeza le dio vueltas, se le tranquilizó el corazón, y sonrió. Sabía ahora cómo había cambiado él, cómo había crecido. Supo, de pronto, qué hacer ahora, y qué hacer el resto de su vida con Beverly. Hasta ahora no había sido capaz de preguntarle a Beverly si ella era aún la mujer con quien él se había casado. Ahora decidía no preguntárselo nunca. Aquel misterio entre ellos condimentaría, subrayaría, embellecería el matrimonio.

Todo esto en segundos. Yancey fue consciente otra vez de las luces amarillas en los alargados ojos de Lois. Cambiando totalmente de tema, empleó las mismas palabras.

—Yo no podría hacer eso —susurró.

Lois asintió con un lento movimiento de cabeza. Se dejó caer sobre la almohada y cerró los ojos. A Yancey le pareció que ella temblaba. No lo sabía. No le importaba mucho. Se volvió y tomó aliento, profundamente, como no había podido hacerlo durante toda una hora.

—¡Beverly! —aulló.

El libro cayó al suelo. Hubo un momento de silencio, y luego se abrió la puerta.

—Sí, Yancey.

—Vuelve a la cama, tonta. Ya encontrarás tiempo para leer eso. Necesitas dormir.

—Yo... bueno, Yancey, si tú quieres...

Beverly apagó la luz y se acercó. Un rayo de luna le cruzó el rostro. Miraba a Lois, más allá de Yancey, y le temblaba la boca. Se metió en la cama. Yancey la envolvió en sus brazos, suave, humildemente. Beverly se volvió y lo abrazó de pronto con tanta fuerza que Yancey casi gritó.

El hurkel es una bestia feliz

Esto ocurrió hace mucho, mucho tiempo...

Lirht está en un plano universal distinto o en otra galaxia. Quizá no haya diferencia entre estos términos. Lirht es por lo menos un planeta con tres lunas —una de ellas desconocida— y un sol, tan importante en su universo como el sol nuestro.

Lirht está habitado por los gwiks, la raza dominante, y por otras especies menos desarrolladas que no interesan a esta historia. Excepto, por supuesto, el hurkel. El hurkel es muy estimado por los gwiks como animal doméstico, a pesar de que los hurkels son más afectuosos que leales.

Los hurkels más hermosos son los azules.

Bien. En Lirht, en la más grande de sus ciudades, hubo ciertos desórdenes, de una naturaleza que quizá no conocemos, y un gwik llamado Hvov, a quien olvidaremos inmediatamente, voló un edificio de una importancia que no entenderíamos. Este suceso causó una gran excitación, y muchos gwiks dejaron sus casas, fábricas y estrúbeles y corrieron al centro de la ciudad, y así fue como la puerta de un cierto laboratorio quedó abierta.

En las épocas de grandes confusiones las cosas menudas siguen su curso. Durante los «diez días que sacudieron al mundo» los cafés y teatros de Moscú y Petrogrado continuaron abiertos, la gente se enamoró, entabló pleitos, murió, derramó sudor y lágrimas, y algunas de esas lágrimas fueron de risa. Así en Lirht, mientras se decidía el destino del miserable Hvov, los gwiks siguieron fardando, funtando y ñipando. La gran central hiutónica siguió emitiendo sus poderosos latidos, y en los ánamos brotaron los corsones.

Por el mencionado laboratorio, que en aquellas circunstancias había quedado abierto, se paseaba un cachorro de hurkel. Se sentía allí muy feliz, pero ya se sabe que el hurkel es una bestia feliz. Rondaba de un lado a otro sin miedo — podía hacerse invisible si se asustaba— y miraba con ojos brillantes las patas de las mesas y las resplandecientes paredes cubiertas de estantes. Se movía sinuosamente, alzando el lomo y arqueando el cuerpo sobre el piso. Las patas delanteras y traseras eran tan firmes y rectas como las de una silla; en las del medio había dos pares de rodillas; un par se doblaba hacia adelante y el otro hacia atrás. Tenía una estructura tan ingeniosa como la del escorpión, y era de un color extraordinariamente azul.

Una máquina enorme e intrincada ocupaba casi la mitad del laboratorio, con sus partes todavía a la vista, mostrando los signos de desarrollo comunes a toda la galaxia: ganchos que unían distintos elementos, cables que terminaban en pinzas de resorte, aparatos medidores en mesitas cerca del cuerpo central. El cachorro observaba la máquina con curiosidad y amistosas intenciones, emitiendo una onda de radiación que era su mirada o su ronroneo. Arqueando el lomo delicadamente dio un rodeo y pisó con suavidad, pero con firmeza, una llave en el piso.

Inmediatamente se oyó un zumbido precipitado, como si unos pajaritos persiguiesen a unos enormes mosquitos, y unas partes de la máquina empezaron a calentarse. El cachorro miró con curiosidad, y vio, allá arriba, en la confusión de bobinas y cables, el más atrayente de los espectáculos. Era como el centelleo del calor sobre un campo en barbecho; era como un vórtice de humo; como rojas luces de neón sobre un pavimento mojado. Para los sentidos del cachorro aquel centelleo rojo anaranjado era también como el olor de la menta para un gato, o el anís para un terrier terrestre.

El hurkel fue retrocediendo hacia el resplandor, metió las patas traseras en una barra colectora —afortunadamente no había potencia de tierra— y subió. Pasó así de un transformador a una pila, saltó a un condensador variable —que cambió de dirección—, desapareció momentáneamente al sentir la mordedura de una lámpara caliente y al fin se balanceó a orillas del centelleo.

La luz oscilaba en el aire en una especie de gabinete, rodeado por pesadas bobinas con decenas de miles de vueltas de alambre y grandes recolectores. El gabinete tenía una abertura, enfrente, y el cachorro miró fascinado el interior, balanceándose, adelante y atrás, al ritmo de una música que él mismo inventaba acompañando aquella llama aérea. Se balanceó así un rato, bajando y subiendo, dejándose llevar en una ola de deliciosas y apremiantes sensaciones. Y una vez, sólo una vez, su centro de gravedad se alejó demasiado de su punto de apoyo. Demasiado... bastante. Se precipitó en el gabinete, en la llama.

Un día caluroso y sofocante de mediados de junio, un maestro, de nombre Stott, que enseñaba siete asignaturas a los niños de un pueblo, estaba escribiendo en la pizarra. Escribía la palabra Madagascar, y el aire era tan

húmedo y cálido que podía sentir cómo la camiseta se le pegaba y despegaba en el omoplato con cada a redonda.

Detrás de él estalló de pronto un susurro entre los sudorosos escolares. Sus educados reflejos le impidieron volverse en seguida, y cuando acabó de escribir, la clase era ya un joven rugido. Stott se volvió a medias, abrió la boca, y la cerró otra vez. Aquello merecía algo más que la reprimenda de costumbre. Sus cuarenta alumnos se retorcían y revolvían de un modo extraordinario, y el sonido que emitían, una especie de plañidera risita, era realmente singular. Miró a los niños, uno por uno. Aquí una mano rascaba trabajosamente una nuca; allá un chico escarbaba vergonzosamente bajo una camisa; más allá una reluciente y aseada damisela se frotaba violentamente el cuero cabelludo.

Conociendo el valor de un ataque individual, Stott entonó:

—Hubert, ¿qué pasa?

El aula se calmó inmediatamente, aunque algunos siguieron agitándose con disimulo.

—Nada, señor —gorjeó Hubert.

Stott lanzó unas ojeadas a un lado y a otro. Cada vez que miraba a alguien, el rascado cesaba, reemplazado por un agonizante control. Apartaba la vista, y los cuerpos se retorcían otra vez y se reanudaban las fricciones. Stott miró con furia aquí y allá, y se pasó distraídamente un pulgar por una costilla izquierda inferior. Alguien se rió entre dientes. Antes que pudiera descubrir al culpable, Stott sintió de pronto una intensa picazón. Se dominó apretando las mandíbulas y se juró a sí mismo que no se rascaría mientras estuviese allí, frente a la clase.

—La clase ha... —empezó a decir ásperamente, y se detuvo.

Había un... algo en el alféizar de una ventana abierta. Parpadeó y miró otra vez. Era una nube translúcida, azulina, casi nada en verdad. Era menos de lo que debía ser algo, pero también, sin duda, más que nada. Con un poco de imaginación hasta podía ver el contorno de una arqueada criatura con demasiadas patas; pero por supuesto eso era ridículo.

Apartó los ojos y miró a la clase con el ceño fruncido. Había tenido dos desafortunadas experiencias con bombas de mal olor, y tenía la idea de haber visto alguna vez, en una tienda de productos humorísticos, un «polvo picante». ¿Podía ser ése el origen de la terrible picazón? No era tiempo aún, sin embargo, de acusar a alguien. Un error difundiría entre sus menudos genios ciertas nociones extracurriculares.

Probó otra vez.

—La cla... —Tragó saliva. La picazón era... — La clase ha...

Advirtió que una cabeza, y luego otra y otra se volvían hacia la ventana. Comprendió que si la clase se interesaba demasiado en lo que él creía ver, tendría que enfrentar el pánico. Buscó la regla a tientas y golpeó dos veces el escritorio. No midió adecuadamente sus golpes, y el resultado fue algo parecido a dos pistolazos. La clase se volvió hacia él como una sola cabeza, y la cosa de la ventana apareció aún más claramente.

Era azul... de un azul realmente hermoso. Tenía una pequeña cabeza esférica y una protuberancia casi idéntica en el otro extremo. Las cuatro patas eran rectas, el cuerpo sinuoso y los dos miembros centrales carecían aparentemente de estructura ósea. A un lado de la cabeza había cuatro pares de ojos, de distinto tamaño. El animal se balanceó en el alféizar unos diez segundos, y luego, sin un sonido, saltó de la ventana y desapareció.

El señor Stott, pálido y agitado, cerró los ojos. Las rodillas le temblaban y se le doblaban, y sobre el labio superior le apareció un delicado bigote de transpiración. Se aferró con las dos manos al escritorio y se obligó a abrir los ojos; y entonces, inundándolo de alivio, repicando en su terror, devolviéndole el dominio de sí mismo, sonó la campanilla que anunciaba el fin de la clase y las tareas escolares del día.

—La clase ha terminado —tartamudeó, y se sentó. Los niños se incorporaron y salieron, y las filas estremecidas se transformaron en un alborotador calidoscopio que se apretó en el estrecho pasillo. El señor Stott se reclinó flojamente en su asiento, advirtiendo que la terrible picazón había desaparecido junto con los golpes de la regla.

Bien. El señor Stott era un hombre metódico. El señor Stott se alababa la habilidad con que enseñaba a sus alumnos a usar de sus poderes de observación, y todos los mecanismos lógicos de que podían disponer. Quizás en él —luego de haberse recobrado— esos poderes y mecanismos eran superiores a los del hombre común.

Clavó los ojos en la ventana abierta, sin ver más allá los prados bañados por el sol. Y luego de examinar lo ocurrido una media docena de veces, sacó dos importantes conclusiones.

Primero: el animal que había visto, o había creído ver, tenía seis patas.

Segundo: el animal era de tal naturaleza que cualquiera que no lo hubiese visto podía creer que él, Stott, había perdido el juicio.

Estos dos pensamientos tenían sus corolarios.

Primero: todo animal de seis patas debía ser un insecto.

Segundo: en su relación con aquella fantástica criatura nadie podía ayudarlo. Y cualquier cosa que resolviese debería hacerla en seguida. Pensó en cerrar las ventanas —con aquel calor— y rechazó la idea. Pensó en el efecto que causaría tal monstruosidad en un aula llena de niños de unos diez años de edad, y se estremeció. No, no se podía perder tiempo.

Fue hasta la ventana y examinó el alféizar. Nada. No se veía nada afuera tampoco. Se quedó pensativo un momento, tironeándose del labio inferior y pensando. Luego bajó las escaleras y le pidió al portero dos kilos de DDT para un «experimento». Consiguió una caja de madera ancha y chata y un ventilador eléctrico y los puso en una mesa que acercó a la ventana. Luego se sentó a esperar. No era imposible que la bestia azul volviera.

Cuando el hurkel cachorro se precipitó al fuego, se encogió preparándose para una caída que terminaría por lo menos en el piso del gabinete. Su sorpresa fue tremenda cuando se descubrió encogido y ya de pie sobre una superficie. Miró alrededor, boqueando de miedo, con su reflejo de invisibilidad en pleno funcionamiento.

El gabinete había desaparecido. La llama había desaparecido. El laboratorio con sus ventanas, iluminadas por el anaranjado cielo lirhtiano, sus estantes de relucientes aparatos, el armatoste de la máquina... todo había desaparecido.

El hurkel cachorro se encontró en un espacio abierto, una especie de prado. Ningún color estaba bien; todo parecía envuelto en una penumbra, nublado, fuera de foco. Había árboles, pero no eran bajos y chatos y espesos como cualquier honesto árbol lirhtiano; los troncos eran desnudos y rectos, y las hojas se parecían a los dientes del portel. Los diferentes gases atmosféricos eran de color; nubes de colores débiles y cambiantes oscurecían y revelaban todo. El cachorro retorció sus cafmoros y rudeló su kump; ninguna clase de

entrenamiento previo hubiese podido prepararlo para superar semejante conmoción.

Se reanimó y trató de moverse, y recibió la segunda sorpresa. En vez de arquearse simplemente como una oruga, flotó en el aire y fue a caer tres veces más lejos que en todos sus saltos anteriores.

Se agachó en aquellas hierbas de sueño, echando miradas alrededor, abajo, arriba. Se sentía solo y asustado. Vio su sombra a través de la móvil niebla y se asustó aún más, pues en Lirht cuando se asustaba no tenía sombra. Todo aquí era al revés o estaba equivocado: si tenía miedo se hacía más visible en vez de menos; las patas no funcionaban bien, no podía ver claramente, y no había ni siquiera un solitario malapek que pudiese rastrear. Imaginó una música; felizmente le sonaba bien en la cabeza redonda, y sin embargo no resonaba tan bien como antes.

Trató, con muchas precauciones, de moverse de nuevo. Esta vez su trayectoria fue más corta y más controlada. Probó un paso menudo y medido y tuvo mucho éxito. Luego se balanceó un rato, sobre las flexibles patas del medio, y con total abandono se lanzó hacia arriba. Subió por lo menos cinco metros, dando vueltas y vueltas en el aire, y cayó en la hierba sobre las patas delanteras.

El hurkel se sintió realmente deleitado con esta sensación. Se encogió, graitando de placer, y saltó nuevamente. Esta vez no alcanzó tanta altura, pero recorrió una distancia más larga y al aterrizar rebotó feliz y largamente, dos veces.

En la exploración de esta deliciosa y nueva libertad de movimientos, olvidó sus temores. El hurkel, como se dijo antes, es una bestia feliz. Corcoveó y flotó, remontó y dio saltos mortales, y al fin golpeó una pared de ladrillos con sorprendentes y desagradables resultados. Estaba aprendiendo, del modo más duro, la distinción entre el peso y la masa. El golpe fue leve, pero doloroso. El hurkel retrocedió desamparado y miró los ladrillos. Justo cuando empezaba a sentirse contento otra vez...

Alzó los ojos y vio lo que parecía ser una abertura en la pared, a unos dos metros y medio del suelo. Animado por un espíritu de aventura, saltó y fue a posarse en el alféizar de una ventana... hazaña de la que se sintió muy orgulloso. Se echó allí, alisándose el pelo, y miró adentro.

La escena era muy agradable. Más de cuarenta animales de una divertida fealdad, aparentemente presos por sus extremidades inferiores a unos establos individuales, balanceaban la cabeza y farfullaban. En el otro extremo del recinto había un monstruo más delgado y más alto, de cabeza desnuda... desnuda comparada con las cabezas de los monstruos prisioneros, cubiertas de pelos como un huevo de mawson. Un ligero examen le mostró al cachorro que en realidad sólo un lado de la cabeza era peludo. El monstruo alto se dio vuelta y empezó a hacer unas marcas en la pared, y se vio que su cabeza era también peluda atrás.

El hurkel cachorro encontraba todo esto tremendamente divertido. Se puso a irradiar lo que en Lirht era un ronroneo o resplandor. En ese fantástico lugar el ronroneo no era visible; en cambio los animales presos empezaron a retorcerse y a contorsionarse de un modo muy curioso, y a frotarse ruidosamente los costados con las garras. Esto agradó al cachorro todavía más, pues le gustaba mucho que notaran su presencia, y redobló el resplandor. Los movimientos receptivos de los animales se hicieron casi frenéticos.

Entonces el monstruo alto se volvió otra vez. Emitió unos sonidos raros. Luego tomó una vara de la plataforma de adelante y la dejó caer con un terrible ruido. El repentino estruendo trastornó al cachorro. Se asustó tanto que se volvió invisible, pero el sistema de visibilidad estaba invertido allí, y su figura se hizo claramente evidente. Se volvió y saltó, perseguido, antes de llegar al suelo, por un agudo chirrido metálico. El cotorreo y los agitados ruidos que llegaron de arriba aumentaron aún más el devorador terror del cachorro. Se arrastró rápidamente hasta un matorral bajo y se ocultó entre las hojas.

Muy pronto, sin embargo, recuperó su irreprimible buena naturaleza. Aflojó el cuerpo, observando el ligero movimiento de los tallos y hojas —algunas debían de haber sido flores— en la leve brisa. Una criatura alada llegó zumbando y bailó alrededor de un capullo. El cachorro se apoyó en una pata central, estiró rápidamente la otra y cazó al intruso en pleno vuelo. El bicho le clavó inmediatamente en la pata una afilada sonda negra. El cachorro no tuvo en cuenta el pinchazo, se comió a la criatura y eructó. Se quedó quieto unos minutos, saboreando la sensación de la abeja en el clarfelo. De pronto la experiencia dejó de ser un éxito. El hurkel se comió a la abeja dos veces más y al fin renunció a la poca agradable tarea.

Volvió la atención otra vez a la ventana, preguntándose qué estarían haciendo ahora aquellas filas de animales. Parecía estar todo muy tranquilo allá arriba... Audazmente el cachorro salió de su escondite, saltó y se posó otra vez en el alféizar. Se sentía muy satisfecho; sus saltos en aquel enloquecido lugar eran cada vez más precisos. Se alisó el pelo, balanceándose en el borde de la ventana, y miró adentro.

Sorprendentemente, todos los animales más pequeños se habían ido. El más grande estaba agachado detrás de la plataforma, en el otro extremo. El cachorro y el animal se observaron un largo rato. Al fin el animal se inclinó hacia adelante y tocó algo en la pared.

Inmediatamente se oyó un zumbido mecánico, y algo empezó a girar en la plataforma cerca de la ventana. Un segundo después el cachorro se vio envuelto en una nube de polvo picante.

Sintió que se ahogaba y el miedo —cada vez mayor fue haciéndolo más visible. Durante un largo momento no pudo moverse; gradualmente, sin embargo, advirtió una punzante y dolorosa sensación que le llegaba a las entrañas. Se abandonó a ella, y un agonizante éxtasis cayó sobre él en olas sucesivas. Resplandeció brillantemente, aunque la emanación sirvió sólo para que el animal de la habitación se rascara de un modo histérico.

El hurkel se sentía raro, transportado. Se volvió y saltó al aire, alejándose del edificio.

El señor Stott dejó de rascarse la cabeza. Desgreñado, fue hacia la ventana y observó el curioso espectáculo de la bestia azul, totalmente invisible ahora, aunque envuelta en polvo, de modo que parecía una burbuja en la niebla. Rebotaba por el prado como flotando en el aire, dejando detrás, en la hierba, unas manchas cada vez más pequeñas de polvo blanco. Stott se frotó las manos, sonrió afectadamente, y se retiró a sus tareas. Había salvado a la tierra de batallas, asesinatos y derramamientos de sangre; pero él no lo sabía. Nadie descubrió qué había hecho el señor Stott. De modo que su vida fue larga y feliz.

¿Y el hurkel cachorro?

Fue saltando por las largas sombras y desapareció en unos matorrales. Allí

cavó un pozo, trabajando soñolientamente, con más y más lentitud. Y al fin se dejó caer en él y allí, inmóvil, pensó raros pensamientos, produciendo una música extraña, y sacudido por extrañas sensaciones. Pronto cesó en él todo movimiento, y se quedó estirado, tieso...

Durante unas dos semanas. Al cabo de ese tiempo, el hurkel, ya no un cachorro, se encontró rodeado por una carnada de unos doscientos jóvenes. Quizá fue el DDT o quizá fueron las raras radiaciones que recibió el hurkel del cielo terrestre, pero todas las nuevas criaturas eran hembras partenogénicas como usted y como yo.

¿Y los humanos? Oh, ¡los criamos bien! ¡Y qué felices fuimos!

Pero los humanos tenían la picazón errática, y la picazón inflamada, y la comezón parentética, hormigueante o punzante. Y no podían evitarlo de ningún modo. Así que se fueron.

¿No es éste un lugar encantador?

El trueno y las n>sm

Cuando Peter Mawser lo supo, dio la espalda al tablero de noticias, se tocó el largo mentón y decidió afeitarse. Era raro, pues el espectáculo se transmitiría por televisión y él lo vería desde su cuartel.

Faltaba una hora y media. Era agradable tener una meta otra vez, aunque fuese la de afeitarse antes de las ocho. Las ocho de la noche del martes, como siempre. Todos veían aquel espectáculo de los martes. Todos decían, los miércoles a la mañana: «¿Oíste cómo cantó La brisa y yo anoche?», «Eh, ¿oíste a Starr anoche?».

Eso había sido hacía un tiempo, antes que toda aquella gente estuviera muerta, antes que el país hubiera muerto. Starr Anthim, una institución, como Crosby, como la Duse, como Jenny Lind, como la estatua de la Libertad.

(La estatua había sido una de las primeras víctimas, con su belleza de bronce volatilizada, radiactiva, y aún ahora llevada por vientos errantes, extendiéndose sobre la tierra...)

Peter Mawser gruñó y apartó el pensamiento de los flotantes y envenenados fragmentos de una fundida estatua. El odio era lo primero. El odio era ubicuo, como el creciente resplandor azul en el aire de la noche, como la tensión que pesaba sobre la base.

Un fuego de fusilería crepitaba a lo lejos, a la derecha, acercándose. Peter dejó la acera y fue hacia un camión de diez toneladas. Hay muchos modos de protegerse con un camión de diez toneladas.

Había una mujer del ejército sentada en el camión, al volante.

En la bocacalle apareció una rechoncha figura, caminando hacia atrás. El hombre llevaba un fusil ametralladora en los brazos, y lo balanceaba a izquierda y derecha con el movimiento suave y amplio de una veleta. Caminó trastabillando hacia ellos, buscando con el fusil. Alguien disparó desde una casa y el hombre giró sobre sí mismo y lanzó una salvaje ráfaga contra el sonido.

—Es... ciego —dijo Peter Mawser, y añadió observando el rostro estropeado del hombre—: Tiene que serlo.

Chilló una sirena. Un jeep acorazado entró en la calle. El sonoro rugido de una ametralladora 50 puso rápido y brusco fin al incidente.

—Pobre loco —comentó Peter suavemente—. Es el cuarto que veo hoy.

Miró a la mujer. Sonreía.

—¡Eh!

—Hola, sargento. —Ella debía de haberlo identificado antes, pues ahora no alzó los ojos ni la voz.— ¿Qué pasó?

—Ya sabe qué pasó. Algún chico cansado de no tener con quien pelear o un sitio donde esconderse. ¿Qué le pasa a usted?

—No —dijo ella—. No. No hablaba de eso. —Alzó al fin los ojos.— Esto, todo esto. Parece que yo no pudiera recordar.

—Usted... bueno, no es algo que se olvide fácilmente. Nos bombardearon. Nos bombardearon en todas partes al mismo tiempo. Todas las grandes ciudades han desaparecido. Nos atacaron por los dos lados. Fue demasiado. El aire está haciéndose radiactivo. Todos nosotros...

Se dominó. Ella no sabía, había olvidado. No había adonde escapar y había escapado al interior de sí misma. ¿Para qué contárselo? ¿Para qué decirle que todos iban a morir? ¿Para qué decirle esa otra cosa vergonzosa: que no habían devuelto el golpe?

Pero la mujer no escuchaba. Seguía mirándolo, con unos ojos algo desviados. Uno parecía clavado en la mirada de él, pero el otro miraba a los lados, a sus sienes. Ahora la mujer sonreía, de nuevo, y cuando la voz de él murió arrastrándose no le dijo que siguiera. Entonces él se alejó lentamente. La mujer no volvió la cabeza y se quedó mirando el lugar donde él había estado, con una leve sonrisa. Él se volvió queriendo correr, caminando rápidamente.

¿Cuánto puede aguantar un hombre? Cuando uno está en el ejército tratan de que uno sea como todos. ¿Qué hacer cuando todos están derrumbándose?

Peter hizo a un lado la imagen de sí mismo donde aparecía como el último cuerdo. Ya la había examinado otras veces. Siempre había llegado a la conclusión de que sería mejor no ser uno de los últimos. No estaba preparado para eso todavía.

En seguida apartó también esta idea. Cada vez que se decía a sí mismo que no estaba preparado, algo dentro de él preguntaba: «¿Por qué no?», y nunca parecía tener una respuesta.

(¿Cuánto podía aguantar un hombre?)

Subió los escalones del comando y entró en el edificio. No había nadie en la mesa de entradas. No importaba. Hombres en jeeps o motocicletas llevaban los mensajes. El comando no insistía en que nadie se pegara a una silla en esos días. Por cada nombre que perdiera la cabeza en un jeep o en una patrulla, diez enloquecerían en un escritorio. Peter decidió que al día siguiente trabajaría un rato en una patrulla. Le haría bien. Esperaba que esta vez el ayudante no se echara a llorar en pleno campo de ejercicios. Uno podía distraer muy bien la mente con el manual de instrucción hasta que ocurría algo semejante.

Tropezó con Sonny Weissefreund en el corredor del cuartel. La cara del técnico era tan redonda y alegre como siempre. Estaba desnudo, y tenía una toalla en el hombro.

—Hola, Sonny. ¿Hay bastante agua caliente?

—¿Por qué no? —dijo Sonny con una mueca.

Peter le respondió con una sonrisa parecida, maldiciendo entre dientes. ¿Nadie podía decir nada acerca de algo sin despertar algún recuerdo? Claro que había agua caliente. Los cuarteles tenían agua caliente para trescientos hombres. Quedaban tres docenas. Hombres muertos, hombres que habían escapado a

las montañas, hombres encerrados para que no...

—Starr Anthim se presenta en un espectáculo esta noche.

—Sí. Noche de martes. No tiene gracia, Peter. ¿No sabes que estamos en guerra?

—No bromeo —dijo Peter rápidamente—. Está aquí. Aquí mismo, en la base.

A Sonny se le animó aún más la cara.

—Bueno. —Se sacó la toalla del hombro y se la ató alrededor de la cintura.—
¡Starr Anthim aquí! ¿Dónde será la función?

—En los dormitorios, me imagino. Vídeo solamente. Ya sabes lo que pasa cuando se juntan muchos.

Y mejor así también, pensó. La presentas en carne y hueso, y algún recluta se derrumba en medio de un número. Él mismo se enfurecería bastante con una cosa así... bastante como para hacer algo en ese mismo momento. Y probablemente otros ciento cincuenta o más no tolerarían tampoco que alguien hubiese estropeado una presentación de Starr Anthim. Habría al fin una pequeña carnicería que ella podría evocar en sus memorias.

—¿Cómo está ella aquí, Peter?

—La trajeron con la última boqueada de un arruinado helicóptero de la marina.

—Sí, pero ¿por qué?

—No me lo preguntes a mí. A caballo regalado no le mires los dientes.

Entró en los baños, sonriendo, y satisfecho de poder sonreír todavía. Se desnudó y puso las ropas cuidadosamente dobladas sobre un banco. En el suelo, junto a la pared, había una pastilla de jabón y un tubo vacío de dentífrico. Se inclinó y los recogió y los echó en el cesto. Tomó el cepillo apoyado en el panel y secó el piso que Sonny había salpicado luego de afeitarse. Había que mantener el orden. Hubiera dicho algo en otro caso. Pero Sonny no estaba derrumbándose. Sonny había sido siempre así. Miren. Había dejado otra vez su navaja.

Peter preparó la ducha, ajustando minuciosamente los grifos hasta que la temperatura y la presión estuvieron a su gusto. No hacía nada de prisa en aquellos días. Había tanto que sentir ahora, tanto que gustar y ver... El golpe del agua en la piel, el olor del jabón, el calor y la luz, y hasta el contacto de las plantas de los pies con el suelo... Se preguntó vagamente cómo lo afectaría — si se mantenía sano— el lento aumento de la radiactividad de la atmósfera, a medida que el nitrógeno se transformara en carbono catorce. ¿Qué ocurría ante todo? ¿Se volvía uno ciego? ¿Dolores de cabeza quizá? Posiblemente uno perdía el apetito. O quizás uno estaba siempre cansado.

¿Por qué no averiguarlo?

Pero por otra parte, ¿por qué preocuparse? Sólo un porcentaje muy pequeño de hombres moriría por la contaminación radiactiva. Había muchas otras cosas que mataban con más rapidez, lo que era probablemente lo mismo. Aquella navaja por ejemplo. Brillaba bajo un rayo de sol, curva y nítida a la luz amarilla. El padre y el abuelo de Sonny la habían usado, o así decía él, y la navaja era su alegría y su orgullo.

Peter se volvió y se jabonó bajo los brazos, concentrándose en las leves caricias de las burbujas que crecían y estallaban. Mientras se sentía disgustado otra vez consigo mismo por pensar tan a menudo en la muerte, lo golpeó una idea. Al fin y al cabo no pensaba en cosas semejantes por morbosidad. Aquellos pensamientos de muerte nacían de la misma familiaridad de las cosas. Se pensaba: «Nunca más haré esto» o «Ésta es una de las últimas veces

que lo hago». Uno debía dedicarse completamente a hacer cosas de modos distintos, pensó con furia. Uno debía arrastrarse por el suelo esta vez, y la próxima caminar sobre las manos. Uno debía saltarse la cena esa noche, y comer algo en cambio a las dos de la madrugada, y desayunarse con hierbas. Pero uno tenía que respirar. El corazón tenía que latir. Uno sudaba y sentía un escalofrío como siempre. No era posible escapar a eso. Y cuando esas cosas ocurrían, eran como una advertencia. El corazón ya no latía animadamente; sus golpes era una menos, una menos, hasta que al fin aullaba y lo ensordecía a uno y había que detenerlo.

Terrible lustre el de aquella navaja.

Y la respiración seguía, lo mismo que antes. Uno podía deslizarse por esa puerta, y por la próxima y la próxima, e imaginar un modo totalmente nuevo de cruzar la siguiente; pero el aire seguiría saliendo y entrando en el cuerpo de uno como una navaja que afeita unas patillas, con el ruido de una navaja en una piedra de afilar.

Sonny entró. Peter se enjabonó la cabeza. Sonny recogió su navaja y se quedó mirándola. Peter lo observó, le entró jabón en un ojo, lanzó un juramento y Sonny se sobresaltó.

—¿Qué miras, Sonny? ¿Nunca la viste antes?

—Oh, sí, sí. Sólo que... —Sonny cerró la navaja, la abrió, hizo que la luz se reflejara en la hoja, la cerró otra vez.— Estoy cansado de usarla, Peter. ¿La quieres?

¿La quería? En su armario quizá, o bajo la almohada.

—No, gracias, Sonny. No podría usarla.

—Me gustan las máquinas de afeitar —farfulló Sonny—. Las eléctricas sobre todo. ¿Qué haremos con esto?

—Arrójala en el... no. —Peter imaginó a la navaja que caía girando en el aire, semiabierto, centelleando en el buche del sumidero.— Arrójala afuera...

No. Curvada sobre el pasto. Uno podía quererla. Uno podía buscarla a tientas a la luz de la luna. Uno podía encontrarla.

—Podría romperla.

—No —dijo Peter—. Los pedazos... —Trocitos afilados. Fragmentos bruñidos—. Pensaré algo. Espera a que me vista.

Se lavó rápidamente, se envolvió en una toalla, mientras Sonny seguía con los ojos fijos en la navaja de afeitar. Era una hoja ahora, y si uno la rompía, habría pedazos agudos y brillantes, filosos aún. Uno podía quitarle el filo con una piedra, pero alguien la encontraría y la afilaría otra vez, pues era tan obviamente una navaja, una fina navaja de acero, capaz de rebanar...

—Ya sé. El laboratorio. Nos libraremos de ella —decidió Peter confiadamente.

Se metió en sus ropas, y fueron juntos al ala del laboratorio. Todo estaba muy tranquilo allí. Las voces volvían en ecos.

—Uno de los hornos —dijo Peter extendiendo la mano hacia la navaja.

—¿Los hornos de pan? ¿Estás loco?

Peter rió entre dientes.

—No conoces el lugar, ¿no es cierto? La gente no imagina realmente todo lo que hay en la base. Siguen llamando a esto la panadería. Bueno, fue el centro de investigación de nuevas harinas nutritivas. Pero hay mucho más aquí. Probamos herramientas y diseñamos peladores de remolachas y otras cosas semejantes. Hay un horno eléctrico que...

Peter empujó una puerta. Cruzaron un cuarto abarrotado, largo y silencioso, y

llegaron al equipo térmico.

—Podemos hacer cualquier cosa aquí, desde recocer vidrio y barnizar cerámicas hasta descubrir el punto de fusión de una sartén. —Peter probó una llave. Se encendió una luz. Abrió una puerta pequeña y pesada y echó adentro la navaja.— Dale un beso de despedida. Dentro de veinte minutos sólo quedará un charco.

—Me gustaría verlo —dijo Sonny—. ¿Puedo mirar hasta que se cocine?

—¿Por qué no?

(Todos allí decían siempre «¿Por qué no?».)

Cruzaron los laboratorios. Magníficamente equipados, todos, y demasiado tranquilos. Pasaron junto a un mayor que estaba inclinado sobre un complejo circuito electrónico en una de las mesas. El mayor observaba las oscilaciones de una lucecita ambarina y no les devolvió el saludo. Se alejaron de puntillas, envidiando su concentración. Vieron los modelos de las amasadoras automáticas, los vitaminizadores, los termostatos, medidores y controles.

—¿Qué hay ahí?

—No sé. Hemos salido de mi territorio. Creo que no queda nadie en esta sección. Eran sobre todo ingenieros electrónicos y mecánicos. Sólo sé que cuando necesitábamos algo como herramientas, medidores o equipo, ellos lo tenían, o nos ofrecían algo mejor, y si alguna vez nos poníamos realmente brillantes y se nos ocurría una idea sorprendente, ellos ya la habían llevado a la práctica un mes antes. ¡Eh!

Sonny miró hacia donde señalaba Peter.

—¿Qué pasa?

—Esa sección de pared. Está suelta, o... bueno, ¿qué sabe uno?

Empujó una sección de pared que estaba ligeramente desalineada. Había un espacio oscuro detrás de ella.

—¿Qué hay ahí?

—Nada, o algún trabajo privado. Esta gente era capaz de cualquier fechoría.

Con una muestra de ironía poco característica, Sonny dijo:

—¿No es ése el trabajo de los teóricos del ejército?

Espiaron prudentemente, y luego entraron.

—Qué... ¡eh! ¡La puerta!

La puerta se movió rápidamente y se cerró sin ruido. Una luz brillante acompañó al suave «clic» de la cerradura.

El cuarto, pequeño y sin ventanas, estaba abarrotado de máquinas: una pila de baterías, una dinamo, dos pequeños motores de gas, un diesel y cilindros de aire comprimido. En un rincón había un relevador con sus pernos soldados. De este relevador salía una palanca de mango rojo. No había letreros.

Miraron en silencio el equipo un rato y al fin Sonny dijo:

—Alguien quería estar realmente seguro de tener energía para algo.

—Bueno, me pregunto qué... —Peter se acercó al relevador. Miró la palanca sin tocarla. Estaba envuelta en alambre. Bajo el mango, sobre el alambre, había una tarjeta doblada. La abrió con cuidado.— «Sólo se usará por orden específica del Comando» —leyó.

—Muévela a ver qué pasa.

Algo sonó secamente a sus espaldas. Los dos hombres se giraron.

—¿Qué fue eso?

—Parecía venir de ese aparato junto a la mesa.

Se acercaron lentamente. Era un solenoide bobinado en una barra que colgaba

de unas bisagras en el panel secreto, sujeta con unos muñones de acero. Se oyó otra vez el seco sonido.

—Un geiger —dijo Peter con desagrado.

—¿Para qué habrán puesto esta puerta? —musitó Sonny—. Queda abierta sólo cuando la radiactividad supera cierto nivel. ¿Ves los relevadores? ¿Y el conmutador? ¿Y esto?

—Hay también una cerradura manual —apuntó Peter. El contador sonó otra vez—. Vamonos de aquí. Uno de estos días me meteré un contador en la cabeza.

La puerta se abrió fácilmente. Salieron y la cerraron. El agujero de la cerradura estaba cuidadosamente disimulado en una hendidura.

Regresaron a los laboratorios sin hablar. La emoción de lo prohibido había desaparecido, y para Peter Mawser al menos, había vuelto el odio, el odio y la vergüenza. Unas pocas semanas antes, esa base había sido parte de un gran país. Había habido allí mucho trabajo secreto, y mucho que era simplemente investigación en marcha, y que seguiría ahora en cualquier otra parte menos en ese tranquilo desierto.

Sintió el sudor que le mojaba la frente. ¡No habían devuelto el golpe! Nadie ignoraba que había plataformas de lanzamiento en todo el país, en lugares secretos, lejos de las bases y las ciudades muertas.

¿Por qué debían quedarse allí, esperando a morir, y a que el enemigo —o mejor «los enemigos»— se apoderaran del continente cuando hubiese pasado el peligro?

Sonrió torcidamente. Un pequeño consuelo. El golpe había sido demasiado fuerte; eso era indudable. Los dos bandos probablemente habían subestimado lo que el otro podía lanzar. El resultado... una creciente transmutación de nitrógeno en el mortal carbono 14. Los efectos no se limitarían al continente. Nadie en el mundo podía saber qué horribles efectos de largo alcance tendría la radiactividad en los enemigos de ultramar.

De vuelta en el horno, Peter observó el indicador de temperatura y luego apretó con el pie el control de la puerta. La célula piloto parpadeó y la puerta se abrió de par en par. Los hombres entornaron los párpados y se apartaron de la furia del calor. Luego se inclinaron y miraron. La navaja había desaparecido. Un charco brillaba en el suelo del horno.

—No quedó mucho. Se evaporó en su mayor parte —gruñó Peter.

Se quedaron mirando un rato con las caras iluminadas por aquella ruina humeante. Más tarde, mientras volvían a los cuarteles, Sonny rompió el largo silencio con un suspiro.

—Me alegra que hayamos hecho eso, Peter. Me alegra mucho.

A las ocho menos cuarto estaban esperando ante la pantalla del mueble de radio y televisión de los cuarteles. Todos, excepto Peter y Sonny y un cabo rechoncho, de pelo duro, llamado Bonze, habían preferido ver la función en la gran pantalla del comedor. Allí se veía mejor, por supuesto, pero como decía Bonze, «uno no se siente bastante cerca en un lugar tan grande».

—Espero que sea la misma —dijo Sonny, entre dientes.

¿Por qué debía serlo?, pensó Peter morosamente mientras encendía el aparato y observaba cómo se iluminaba la pantalla. Las manchas doradas que habían impedido ver los programas en las dos semanas últimas eran más numerosas ahora. ¿Por qué algo debía ser como antes?

Sintió la repentina tentación de destrozar el aparato a puntapiés. El aparato, y

Starr Anthim, eran parte de algo que había muerto. El país estaba muerto, un país real, próspero, extenso, risueño, posesivo, creciente y cambiante, enfermo en algunos sitios de pobreza e injusticia, pero bastante sano como para superar cualquier mal. Se preguntó si el país le gustaría ahora a los otros. Bienvenidos. No había adonde ir. No había con quién pelear. Así era para todos los que quedaban en la tierra.

—Esperas que ella sea la misma —murmuró.

—Hablaba de la función —dijo Sonny suavemente—. Me hubiera gustado mirarla como... como...

Oh, pensó Peter borrosamente. Oh... esto. Alguna parte adonde ir, durante unos minutos.

—Entiendo —dijo, ya sin ninguna dureza en la voz.

La onda transmisora hizo retroceder los ruidos. La luz en la pantalla giró y se inmovilizó en un rombo. Peter ajustó el foco, el equilibrio cromático y la intensidad.

—Apaga las luces, Bonze. No quiero ver nada que no sea Starr Anthim.

Fue lo mismo, al principio. Starr Anthim nunca había recurrido a las fanfarrias, colores y clamores de sus contemporáneas. Una pantalla negra, luego «clic», una catarata de oro. Estaba todo allí, claramente, con una tremenda intensidad; no había cambiado. La mirada de uno cambiaba quizá para recibirla. Durante unos segundos ella no se movía; estaba allí como un retrato, un rostro inmóvil, y una garganta blanca. Tenía los ojos abiertos, y soñolientos. Su rostro era algo vivo y quieto.

Luego, en los ojos que parecían verdes, pero eran azules con motas de oro, asomaba una conciencia, y los ojos despertaban. Sólo entonces se advertía que los labios estaban entreabiertos. Algo en los ojos hacía que uno viera los labios, aunque nada se movía aún. No hasta que ella inclinaba lentamente la cabeza, de modo que las cejas doradas parecían apresar algún rizo dorado. Los ojos no miraban entonces a un auditorio. Te miraban, y me miraban.

—Hola... tú —decía ella.

Ella era un sueño, con los dientes ligeramente irregulares de un niño.

Bonze se estremeció. El catre en que se había tendido empezó a chirriar. Sonny se agitó molesto. Peter extendió la mano en la oscuridad y tomó la pata del catre. Los chirridos cesaron.

—¿Puedo cantar una canción? —preguntó Starr. Se oyó una música, muy débil—. Es una vieja canción, una que viene de esa parte de los hombres y mujeres que es la humanidad... esa parte que no conoce la codicia, ni el odio, ni el miedo. Esta canción habla de la alegría y la fuerza. Es... mi favorita. ¿No es también tu favorita?

La música creció. Peter reconoció las dos primeras notas de la introducción y juró en voz baja. Había un error. Esa canción no era para... esa canción era parte de...

Sonny se enderezó, transportado. El cabo Bonze no se movió.

Starr Anthim empezó a cantar. Su voz era profunda y poderosa, pero suave, con apenas un leve vibrato en los finales de las frases. La canción fluyó desde ella sin ningún esfuerzo aparente, como si viniera desde la cara, los largos cabellos, los ojos apartados. Su voz, como su cara, era nublada y limpia, redonda, azul y verde, pero dorada sobre todo.

Cuando me diste el corazón me diste el mundo, la noche y el día, y el trueno y las rosas, y las hierbas verdes, el mar, y la arcilla.

Bebo el alba en una copa de oro, y en una de plata la sombra, cabalgo en el viento del oeste, mi canción es el arroyo y la alondra. La música giró en espirales, cantó, se deslizó en un sombrío grito de hambrientas y apagadas sextas y novenas; subió, estalló y se interrumpió, dejando sólo la voz:

Con el trueno borro el mal de la tierra, gano el bien con las rosas, lavo con el mar, edifico con la arcilla, y la tierra es clara y luminosa.

La última nota dejó un rostro perfectamente sereno otra vez, y sin movimiento. Era un rostro soñoliento y vital, y la música se alejó en una curva a los lugares donde descansa la música, cuando no se la oye.

Starr sonrió.

—Es tan fácil... —dijo—. Tan simple... Todo lo que hay de fresco y claro y fuerte en la humanidad está en esa canción, y creo que no debe preocuparnos otra cosa en los hombres. —Starr se inclinó hacia adelante.— ¿No crees?

La sonrisa se borró lentamente y fue reemplazada por una leve expresión de asombro. Una leve arruga apareció entre las cejas, y Starr se echó hacia atrás rápidamente.

—Parece que no puedo hablar contigo esta noche —susurró—. Odias algo.

El odio tomó la forma de un hongo monstruoso. El odio fue unas manchas en la pantalla.

—Lo que nos pasó —dijo Starr abrupta e impersonalmente— es también muy simple. No importa quién lo hizo... ¿lo entiendes? No importa. Nos atacaron. Nos golpearon desde el este y el oeste. La mayor parte de las bombas eran atómicas... hubo bombas de fisión y bombas de polvo. Nos alcanzaron quinientas treinta bombas, y acabaron con nosotros.

Starr hizo una pausa.

Sonny se dio un puñetazo en la palma. Bonze descansaba con los ojos abiertos, en silencio. A Peter le dolían las mandíbulas.

—Tenemos más bombas que ésas. Las tenemos aún. No vamos a usarlas. ¡Espera!

Starr alzó de pronto las dos manos, como si pudiese ver el rostro de los hombres. Los hombres se echaron hacia atrás, tensos.

—Tan saturada está la atmósfera con carbono catorce que moriremos todos los de este hemisferio. No temas decirlo. No temas pensarlo. Es la verdad, y hay que enfrentarla.

»A medida que la transmutación se extienda desde nuestras arruinadas ciudades, el aire se hará más y más radiactivo, y entonces moriremos. En unos meses, en un año quizá, los efectos se sentirán al otro lado del océano. La mayoría de la gente morirá allí también. Nadie escapará del todo. Para ellos será aún peor; una marea de horror y locura que nosotros no podremos conocer. Nosotros nos moriremos simplemente. Ellos vivirán y se quemarán y enfermarán, y los niños que nazcan de ellos...

Starr sacudió la cabeza, apretando los labios. Se dominó con un visible esfuerzo.

—Quinientas treinta bombas... No creo que ninguno de nuestros atacantes supiera realmente qué fuerte era el otro. Ha habido mucho secreto. —La voz de Starr era triste. Se encogió ligeramente de hombros.— Nos mataron y se destruyeron ellos mismos. En cuanto a nosotros... somos también culpables. Valgo podemos hacer. Pero lo que debemos hacer es difícil. Debemos morir... sin devolver el golpe.

Miró brevemente a cada uno de los hombres, desde la pantalla.

—No debemos devolver el golpe. La humanidad va a atravesar el infierno que creó ella misma. Podemos ser vengativos, o misericordiosos, como tú quieras, y lanzar nuestros centenares de bombas. Esterilizaríamos así el planeta, de modo que no escaparía ni un microbio, ni una brizna de hierba, y nada crecería otra vez. Reduciríamos la tierra a un baldío estéril, muerto y mortal.

No, no puede ser. No podemos hacerlo.

¿Recuerdas la canción? Eso es la humanidad. Algo que es todos los seres humanos. Una enfermedad hizo de unos seres humanos nuestros enemigos, durante un tiempo, pero las generaciones pasan y los enemigos se hacen amigos y los amigos enemigos. La enemistad de quienes nos mataron es algo tan pequeña, tan fugaz en el largo camino de la historia...

La voz de Starr se hizo más grave.

—Muramos con el conocimiento de haber hecho lo único noble que podíamos hacer. La chispa de la humanidad puede vivir aún y crecer en la tierra. Será una chispa débil perseguida por vientos y lluvias, pero no se extinguirá si esa canción dice la verdad. Vivirá si olvidamos que esa chispa queda en manos de nuestros ocasionales enemigos. Algunos, unos pocos de sus niños vivirán para dar nacimiento a la nueva humanidad que saldrá gradualmente de las junglas y los desiertos. Quizá pasen diez mil años; quizás el hombre sea capaz de reconstruir antes que estas ruinas hayan desaparecido.

Starr alzó la cabeza, y habló con una voz apagada.

—Y aunque éste sea el fin de los hombres, no podemos destruir la posibilidad de que otra forma de vida tenga éxito donde fracasamos nosotros. Si respondemos, no habrá un perro, un ciervo, un mono, un pájaro o un pez o un lagarto que pueda llevar adelante la antorcha de la evolución. En nombre de la justicia, si debemos condenarnos y destruirnos a nosotros mismos, no condenemos toda vida con nosotros. Bastante nos pesan ya nuestros pecados. Si debemos destruir, que la destrucción sólo nos alcance a nosotros.

Hubo una estremecida llamarada de música. Pareció moverle el cabello a Starr, como una ráfaga. Starr sonrió.

—Eso es todo —murmuró luego. Ya cada uno de los hombres le dijo—: Buenas noches.

La pantalla se oscureció. La onda transmisora se cortó bruscamente, y las ubicuas manchas aparecieron otra vez en la pantalla.

Peter se incorporó y encendió las luces. Bonze y Sonny no se movieron. Pasaron quizá varios minutos antes que Sonny se sentara muy derecho, sacudiéndose como un perro que acaba de despertar. Pareció como si el movimiento quebrase algo además del silencio.

Sonny dijo al fin:

—No puedes pelear con alguien, o escaparte, o vivir, y ahora ni siquiera puedes odiar, porque Starr dice «no».

Había amargura en el tono de Sonny, y un olor amargo en el aire.

Peter Mawser husmeó una vez, lo que no tenía ninguna relación con el olor. Se detuvo, y husmeó nuevamente.—¿Qué es ese olor, Son?

Sonny olió. —No sé... Algo conocido. Vainilla... no... no.

—Almendras. Amargas... ¡Bonze!

Bonze yacía de espaldas, con los ojos abiertos, sonriendo. Se le habían endurecido los músculos de la mandíbula y podían vérselo casi todos los dientes. Estaba empapado.

—¡Bonze!

—Fue cuando ella apareció y dijo «Hola, tú», ¿recuerdas? —susurró Peter—. Pobre muchacho. Por eso quería ver aquí la función y no en los comedores.

—Se fue mirándola —dijo Sonny moviendo apenas los labios pálidos—. No... no lo acuso realmente. Dónde habrá encontrado el veneno...

—No tiene mucha importancia —dijo Peter con voz dura—. Salgamos de aquí. Fueron a buscar el camión. Bonze se quedó mirando el aparato con los ojos fijos.

Peter no supo adonde iba, o exactamente a qué, hasta que se encontró en una calle oscura cerca del cuartel de comunicaciones. Tenía alguna relación con Bonze. No, no quería hacer lo que Bonze había hecho. Pero tampoco lo había pensado. ¿Qué habría hecho si lo hubiese pensado? Nada, probablemente. Pero sin embargo... sería bueno oír a Starr, y verla, mientras aún le importara. Quizá no habían grabado el espectáculo, pero el fondo musical había sido una grabación, y podían haber registrado la imagen.

Se detuvo titubeando frente al edificio. Unos cuantos hombres se habían reunido junto a la puerta principal. Peter sonrió brevemente. Ni la lluvia, ni la nieve, ni la escarcha, ni las tinieblas de la noche podían detener a los aficionados.

Se metió por la calle lateral y fue hasta la plataforma de carga, en el fondo. A cada lado de la plataforma había dos puertas por donde salía la gente de comunicaciones.

Se veía luz adentro. Había extendido la mano hacia la puerta de alambre cuando advirtió a alguien en la sombra. La luz jugó delicadamente en el oro de una cabeza.

Peter se detuvo.

—Hola, soldado. Sargento.

Peter se sonrojó como un adolescente.

—Yo... —Le faltó la voz. Tragó saliva y alzó la mano para sacarse el sombrero. No tenía sombrero.— Vi la función —dijo.

El lugar era oscuro, y sin embargo le pareció notar que los zapatos de Starr no estaban muy bien lustrados.

Starr se acercó a Peter, saliendo a la luz, y era tan hermosa que él tuvo que cerrar los ojos.

—¿Cómo se llama?

—Mawser. Peter Mawser.

—¿Le gustó la función?

Sin mirar a Starr, Peter dijo tercamente:

—No.

—Oh...

—Quiero decir... me gustó algo. La canción.

—Sí... creo entender.

—¿No podría conseguir una grabación?

—Creo que sí —dijo ella—. ¿Qué clase de reproductor tiene usted?

—Audiovídeo.

—Un disco. Sí, registramos unos pocos. Espere. Le conseguiré uno.

Starr entró en el edificio, moviéndose lentamente. Peter la miró fascinado. Starr fue una silueta con corona y halo, luego una figura enmarcada, vivida y dorada. Peter esperó, observando anhelante la luz. Starr volvió con un gran sobre, le dio las buenas noches a alguien de dentro y salió a la plataforma.

—Aquí tiene, Peter Mawser.

—Muchas gracias —farfulló Peter. Se humedeció los labios—. Fue usted muy amable.

—No realmente. Cuanto más circule, mejor. —Starr se rió de pronto.— No me entienda mal. No busco publicidad estos días.

Peter sintió otra vez aquella dureza.

—No creo que la tuviera, si presentase esta función en tiempos normales.

Starr alzó las cejas.

—¡Bueno! —Sonrió.— Parece que he causado una gran impresión.

—Lo siento —dijo Peter cálidamente—. No quise molestarla. Todo lo que uno piensa y dice estos días es exagerado.

—Entiendo. —Starr miró alrededor.— ¿Cómo está todo aquí?

—Muy bien. Antes me molestaba el secreto, y estar enterrado a kilómetros de la civilización. —Peter rió entre dientes, con amargura.— Al fin parece que he tenido suerte.

—Habla usted como el primer capítulo de Un mundo o ninguno.

—¿Cuál es su guía de lecturas? ¿El Index Expurgatorious del gobierno? Starr rió. —Por favor... no es tan malo. Nunca prohibieron el libro. Sólo...

—Estaba fuera de moda —concluyó Peter.

—Sí, y fue una lástima. Si la gente le hubiera prestado más atención cuando publicaron, quizás esto no habría ocurrido.

Starr había alzado los ojos. Peter miró también hacia arriba. El cielo latía pálidamente.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse aquí?

—Hasta que... mientras... no me iré.

—¿No se irá?

—He terminado —dijo ella simplemente—. He recorrido todos los lugares posibles. He estado en todos los lugares... conocidos.

—¿Con este espectáculo?

Starr asintió con un movimiento de cabeza.

—Con este mensaje.

Peter calló, pensando. Starr se volvió hacia la puerta, y él extendió la mano, sin tocarla.

—Por favor

—¿Qué pasa?

—Me gustaría... Es decir, si a usted no le importa... Tengo pocas posibilidades de hablar con... Quizá quisiera usted caminar un poco antes de entrar.

—Gracias, no, sargento. Estoy cansada. —Starr parecía cansada.— Ya nos veremos.

Peter la miró fijamente, con una repentina y furiosa luz en el cerebro.

—Sé dónde está. Es una palanca de mango rojo y una tarjeta que habla de órdenes del comando. Está realmente escondido.

Starr calló tanto tiempo que Peter pensó que no lo había oído.

—Aceptaré ese paseo —dijo Starr al fin.

Bajaron juntos por la rampa y fueron hacia el oscuro terreno de los desfiles.

—¿Cómo lo supo? —preguntó ella en voz baja.

—No fue muy difícil. Ese «mensaje» suyo. El hecho de que haya recorrido con él todo el país. Sobre todo que alguien quiera convencernos de que no debemos devolver el golpe. ¿Para quién trabaja usted? —preguntó Peter con

brusquedad.

Sorprendentemente, ella se echó a reír.

—¿Qué le pasa ahora?

—Hace un momento usted se ponía contrariado y arrastraba los pies.

Peter habló con una voz dura.

—No hablaba entonces con un ser humano. Hablaba con mil canciones que yo había oído, y cien mil imágenes rubias que vi clavadas en las paredes. Será mejor que me explique todo esto.

Starr se detuvo.

—Vayamos a ver al coronel.

Peter la tomó por el codo.

—No. Soy sólo un sargento y él un hombre importante, y hoy no hay ninguna diferencia. Usted es un ser humano, y yo también lo soy, y se supone que yo he de respetar sus derechos. No. Usted es una mujer, y...

Starr se endureció. Peter la obligó a caminar, y siguió diciendo:

—... y seré yo quien decida qué diferencia es ésa. Será mejor que me lo diga.

—Muy bien —dijo ella con una fatigada aquiescencia que sacudió algo en el interior de Peter—. Ha acertado usted. Es cierto. Hay llaves maestras de las plataformas de lanzamiento. Hemos localizado y desmantelado todas menos dos. Es muy probable que una de ellas haya sido destruida. La otra se ha... perdido.

—¿Perdido?

—No es necesario que le hable de secretos militares —dijo Starr con tono de disgusto—. Ya sabe usted cómo se guardaban entre una nación y otra. Había secretos hasta entre los Estados y el gobierno central, entre departamentos, entre oficinas. Sólo había tres o cuatro hombres que conocían todas las llaves. Tres de ellos se encontraban en el Pentágono cuando el edificio voló en cenizas. Fue la tercera bomba que cayó en el país, ya sabe usted. Si hubo algún otro, debe de haber sido el senador Vandercook, que murió hace tres semanas sin hablar.

—Control automático de radio, ¿eh? —Exactamente. Sargento, ¿es necesario que caminemos? Estoy tan cansada...

—Lo siento —dijo Peter impulsivamente. Fueron hasta los palcos de los desfiles y se sentaron en uno de los bancos solitarios—. ¿Plataformas de lanzamiento en todo el país, todas ocultas, y todas armadas?

—Armadas en su mayoría. Lo suficiente. Armadas y apuntando.

—¿Apuntando adonde?

—No importa.

—Entiendo. ¿Cuál es el número óptimo? —Unas seiscientos cuarenta, poco más o menos. Se arrojaron hasta ahora unas quinientas treinta por lo menos. No lo sabemos exactamente.

—¿Quiénes no saben? —preguntó Peter, furioso. —¿Quiénes? —Starr rió débilmente.— Podría decir «el gobierno» quizá. Si muere el presidente, toma su puesto el vice, y luego el presidente del senado, etcétera, etcétera. Peter Mawser, ¿aún no entiende usted qué ha ocurrido?

—No sé qué quiere decirme.

—¿Cuántos cree que quedaron con vida en todo el país?

—No sé. Unos pocos millones quizá.—¿Cuántos son aquí?

—Alrededor de novecientos.

—Entonces ésta es ahora la ciudad más poblada. Peter se incorporó de un

salto.

—¡No!

La sílaba rugió, golpeó contra los oscuros y vacíos edificios, volvió en una serie de débiles ecos. Starr se puso a hablar rápidamente, en voz baja.

—Salieron a los campos y caminos. Se tendieron al sol y murieron por la tarde. Otros van de un lado a otro en manadas, destruyéndose entre ellos. Rezan y sufren hambre y se matan y mueren en los incendios. Los incendios... lo arrasan todo. Lo que quedó en pie, lo quema el fuego. El verano, y las hojas y el pasto azul, todo es marrón ahora; uno puede ver desde el aire cómo mueren las hierbas; la muerte crece y crece en campos estériles. Trueno y rosas... Vi rosas, nuevas, que crecían en las macetas destrozadas de un invernadero. Pétalos marrones, vivos y enfermos, y las espinas vueltas contra la misma planta, clavándose en los tallos, matando. Feldman murió anoche.

Starr calló y Peter dejó pasar unos segundos. —¿Quién es Feldman? — preguntó al fin. —Mi piloto. —Starr hablaba ahora en el hueco de sus manos.— Estuvo agonizando durante semanas. Tenía los nervios destrozados. Me parece que se había quedado casi sin sangre. Llamó a estos cuarteles y se preparó a aterrizar. Bajó con el motor apagado. Rompió el tren de aterrizaje. Está muerto ahora. Mató a un hombre en Chicago para conseguir gasolina. El hombre no quería dársela. Había una muchacha muerta junto al surtidor. No quería que nos acercásemos. No iré a ninguna otra parte. Voy a quedarme aquí. Estoy cansada.

Starr se echó a llorar.

Peter la dejó sola y caminó hasta el centro del campo de desfiles, y volviendo la cabeza miró el débil y confuso resplandor de las tablas blanqueadas. Recordó otra vez la función de aquella noche, y cómo había dicho ella ante la implacable cámara: «Hola... tú. Si debemos destruir, que la destrucción nos alcance sólo a nosotros».

La debilitada chispa de la humanidad... ¿Qué podía significar para ella? ¿Cómo podía importarle tanto?

El trueno y las rosas. Rosas retorcidas y enfermas, que se mataban a sí mismas con sus propias espinas.

Y la tierra es clara y luminosa. Luces azules que llameaban en el aire contaminado.

El enemigo. La palanca de mango rojo. Bonze. «Rezan y sufren hambre y se matan y mueren en los incendios.»

¿Qué criaturas eran ésas? Criaturas corrompidas, violentas. ¿Qué derecho tenían a otra posibilidad? ¿Qué había de bueno en ellas?

Starr era buena. Starr lloraba. Sólo un ser humano podía llorar así. Starr era un ser humano.

¿Había en la humanidad algo de Starr Anthim?

Starr era un ser humano.

Peter se miró las manos en la sombra. Ningún planeta, ningún universo es más importante para un hombre que su propio yo, el yo que observa y es uno mismo. Esas manos eran las manos de toda la historia, y como las manos de todos los hombres podían con sus actos hacer la historia humana o acabar con ella. Si sus manos tenían el poder de un billón de manos, o habían concentrado en ellas ese poder... no parecía muy importante para las eternidades que ahora lo envolvían.

Se metió las manos de la humanidad en los bolsillos y caminó lentamente hacia

los bancos.

—Starr.

Starr respondió con un gemido interrogativo, de niño con sueño.

—Tendrán su posibilidad, Starr. No tocaré las llaves.

Starr se enderezó. Se puso de pie, se acercó a él, sonriendo.

Peter pudo ver esa sonrisa porque los dientes de ella brillaban débilmente.

Starr le puso las manos en los hombros.

—Peter.

Peter la apretó un rato. Luego a Starr se le doblaron las rodillas, y él tuvo que llevarla.

No había nadie en el club de oficiales, que era el edificio más cercano. Peter caminó tambaleándose a lo largo de una pared hasta que encontró el botón de una luz. La luz le lastimó los ojos. Llevó a Starr a un sofá y la acostó allí suavemente. Ella no se movió. Un lado de la cara de Starr estaba tan blanco como la leche.

Peter se descubrió sangre en las manos.

Se quedó contemplando estúpidamente la sangre, se la limpió en los costados de los pantalones y miró aturdido a Starr. Ella tenía sangre en la blusa.

El eco del no volvió desde las lejanas paredes de la sala antes que él supiera que había hablado. Starr no había hecho eso. ¡No podía!

Un médico. Pero no había médicos. No desde que Anders se había colgado. Busca a alguien. Haz algo.

Se dejó caer de rodillas y suavemente le desabotonó la blusa. A un costado, entre el poco femenino sujetador de las mujeres del ejército y la falda, había una mancha de sangre. Peter mojó un pañuelo limpio y se puso a secarla. No había herida, ni pinchazo. Pero abruptamente la sangre apareció otra vez. Peter la limpió con cuidado. Y de nuevo hubo sangre.

Era como tratar de secar un trozo de hielo con una toalla.

Corrió al depósito de agua fresca, lavó el pañuelo ensangrentado y volvió con rapidez junto a Starr. Le mojó la cara cuidadosamente, el pálido lado derecho, el enrojado lado izquierdo. El pañuelo se puso rojo otra vez, con cosmético, y luego la palidez se le extendió a Starr por toda la cara, y aparecieron unas sombras azules bajo los ojos. Mientras Peter la miraba, en la mejilla izquierda de Starr asomó una mancha de sangre.

Debía de haber alguien... Corrió hacia la puerta.

—¡Peter!

Peter se volvió al oír la voz de Starr, golpeó el marco de la puerta, luchó por no perder el equilibrio y volvió junto a ella.

—¡Starr! Espere un poco. Conseguiré un médico...

Ella se tocó la mejilla izquierda.

—Lo descubrió usted. Nadie lo sabía, a excepción de Feldman. Costó ocultarlo. Se llevó la mano al cabello.

—Starr, tengo que...

—Pete, prométame algo...

—Sí, naturalmente. Sí, Starr.

—No me toque el pelo. No es... todo mío. —La voz de Starr era como la de una niña de siete años entregada a algún juego.— Se me cayó todo este lado, ¿entiende? No quiero que me vea usted así.

Pete se había arrodillado otra vez junto a ella.

—¿Qué es esto? ¿Qué le pasó? —preguntó roncamente.

—Filadelfia —murmuró Starr—. Fue al principio. El hongo se alzó a un kilómetro. El estudio se hundió. Yo pude salir al otro día. No sabía que estaba quemada. No se veía. Mi lado izquierdo. No importa, Pete. No duele, ahora.

Pete se incorporó.

—Buscaré un médico.

—No se vaya. Por favor, no se vaya. No me deje. —Había lágrimas en los ojos de Starr.— Espere. No tardará mucho.

Pete se arrodilló de nuevo. Starr le tomó las manos entre las suyas, se las apretó y sonrió feliz.

—Es usted muy bueno, Pete. Es usted tan bueno...

(Starr no podía oír el rugido de la sangre en los oídos de Pete, el rugido de aquel torbellino de odio y miedo y angustia que giraba dentro de él.)

Starr le habló en voz baja, y luego en un murmullo.

A veces Pete se odiaba a sí mismo porque no podía seguirla. Ella le habló de la escuela y su primera actuación.

—Yo estaba tan asustada que había un vibrato en mi voz. Nunca lo había tenido antes. Ahora siempre me permito asustarme un poco cuando canto. Es fácil.

Hubo algo de unas macetas en una ventana cuando ella tenía cuatro años.

Luego, un largo silencio. Pete sintió que los músculos le latían, agarrotados y duros. Al fin debió dormirse un poco; despertó con una violenta sacudida, sintiendo los dedos de ella en la cara. Starr se había incorporado a medias, apoyándose en un codo.

—Quiero decirle algo —dijo ella claramente—. Déjeme levantarme y tendré todo preparado. Va a ser algo maravilloso. Haré una ensalada especial. Luego serviré un budín de chocolate.

Demasiado adormecido para entender por qué Starr estaba llorando, Pete sonrió y la abrazó sobre el diván. Ella le tomó otra vez las manos.

Cuando Pete despertó de nuevo, era de día y ella estaba muerta.

Pete volvió al cuartel y encontró a Sonny Weisse sentado en su camastro. Le dio el disco que había recogido en el campo de desfiles al regresar.

—Lo mojé el rocío. Sécalo, muchacho —graznó, y se echó boca abajo en el camastro que había sido de Bonze.

Sonny lo miró fijamente.

—¡Pete! ¿Dónde has estado? ¿Qué ocurrió? ¿Estás bien?

Pete se volvió un poco y gruñó. Sonny se encogió de hombros y sacó el disco de audiovídeo del sobre mojado. La humedad no le haría mucho daño, aunque no se podía utilizar hasta que estuviese seco. Era una fina espiral de plástico, aislada con unas láminas. Unos pick-ups electrostáticos, encima y debajo del plato giratorio, fluctuaban con los cambios de la constante dieléctrica impresa en el registro, y estos cambios eran amplificados para la imagen visual. El sonido se recogía con una púa común. Sonny se puso a secar el disco cuidadosamente.

Pete luchaba tratando de salir de un enorme sitio donde ardían unos fuegos fríos. Starr lo llamaba. Alguien estaba golpeándolo también. Pete luchaba débilmente; quería oír qué decía Starr. Pero alguien gritaba también.

Abrió los ojos. Sonny estaba sacudiéndolo, con la cara redonda, roja de excitación. El audiovídeo estaba en el aparato. Starr hablaba. Sonny se incorporó impaciente y bajó el volumen del sonido.

—¡Pete! ¡Pete! ¡Despierta! Tengo que decirte algo. ¡Escúchame! ¡Despierta!

—¿Eh?

—Al fin. Oye. Estuve escuchando a Starr Anthim...

—Está muerta —dijo Pete.

Sonny no lo oyó. Siguió hablando, explosivamente.

—Acabo de descubrirlo. Mandaron a Starr aquí, y a todas partes, a pedirle a alguien que no arrojara más bombas atómicas. Si el gobierno estuviese seguro, no se habrían tomado tantas molestias. En algún sitio, Pete, hay algún modo de bombardear a esos cobardes asesinos... y tengo una idea bastante aproximada de cómo hacerlo.

Peter se estiró pesadamente hacia el débil sonido de la voz de Starr. Sonny siguió hablando.

—Bueno, imagina que haya un control central de radio, un código automático, algo parecido a las señales de alarma de los barcos, que hacen sonar una campana en cualquier nave que pueda ser alcanzada por la radio cuando transmite cuatro señales largas.

Imagina que haya un mecanismo automático para lanzar bombas desde todo el país. ¿Qué sería realmente? Sólo una palanca, nada más. ¿Dónde estaría escondida? Entre otros aparatos, en algún lugar donde uno piensa que hay enrevesados dispositivos secretos. Como una estación experimental. Como este sitio. ¿Empiezas a entender?

—Cállate. No me dejas oír.

—¡Al diablo con ella! Puedes oírla en otra ocasión. ¡No oíste una palabra de lo que te dije!

—Starr está muerta.

—Sí. Bueno, ¿qué ocurriría si empujo esa palanca? ¿Qué puedo perder? Le daré a esos asesinos... ¿Qué?

—Está muerta.

—¿Muerta? ¿Starr Anthim? —A Sonny se le retorció la cara. Se dejó caer en el camastro.— Estás medio dormido. No sabes lo que dices.

—Está muerta —dijo Pete roncamente—. La quemó una de las primeras bombas. Yo estaba con ella... cuando... Calla, y vete, ¡y déjame escuchar!

Sonny se incorporó lentamente.

—La mataron a ella también. La mataron. Esto decide la cuestión. No hay más que discutir.

Sonny había palidecido. Se alejó.

Pete se puso de pie. Las piernas no le obedecían. Trastabilló. Tropezó ruidosamente con el aparato de radio y televisión, y el pick-up cruzó el disco. Lo puso otra vez y se tendió a escuchar.

Se le confundían los pensamientos. Sonny hablaba demasiado. Plataformas de lanzamiento, máquinas automáticas...

—Me diste tu corazón —cantó Starr—. Me diste tu corazón. Me diste tu corazón. Me...

Pete se levantó y movió el pick-up. Sintió furia, no hacia sí mismo, sino hacia Sonny, por haberle hecho estropear el disco de ese modo.

Starr hablaba ahora, estúpidamente, siempre con la misma expresión repitiendo las mismas palabras.

—Nos golpearon desde el este y el... Nos golpearon desde el este y el...

Se levantó otra vez, lentamente, y movió el pick-up.

—Me diste tu corazón. Me diste tu...

Pete emitió un sonido de agonía que no era una palabra, se inclinó, empujó e

hizo caer el aparato. Siguió un duro silencio.

—Yo también lo hice —dijo, y en seguida—: Sonny.

Esperó.

—¡Sonny!

Abrió los ojos, lanzó un juramento y se precipitó al corredor.

Cuando Peter llegó, el panel estaba cerrado. Lo pateó. El panel se abrió a la oscuridad.

—¡Eh! —gritó Sonny—. ¡Cierra! ¡Apagaste las luces!

Pete cerró detrás de él. Las luces se encendieron.

—¡Pete! ¿Qué pasa?

—Nada, Son —gruñó Pete.

—¿Qué miras? —refunfuñó Sonny intranquilo.

—Lo siento —dijo Pete con toda la suavidad posible—. Sólo quería descubrir algo, nada más. ¿No le hablaste a nadie de esto?

Señaló la palanca.

—No, no. Se me ocurrió mientras dormías, hace un momento.

Pete miró alrededor cuidadosamente y se acercó a un estante de herramientas.

—Hay algo aquí que no notaste todavía, Sonny —dijo suavemente, y apuntó con la mano—. Ahí arriba, en la pared detrás de ti. Arriba. ¿Ves?

Sonny se volvió. Con un fluido movimiento, Pete tomó una llave de tuerca y golpeó a Sonny.

Luego se puso a trabajar sistemáticamente en los dispositivos de energía. Sacó los obturadores de los motores de gas y rompió los cilindros a martillazos. Arrancó las tuberías del diesel —los tanques dejaron escapar sus fluidos con violencia— y cortó todos los cables con unas pinzas. Luego destrozó los relevadores y la palanca. Cuando terminó su tarea, dejó a un lado las herramientas, se inclinó y acarició el pelo cortado al rape de Sonny.

Salió y cerró con cuidado la puerta. Era, sin duda, un maravilloso ejemplo de camuflaje. Se sentó pesadamente en una mesa de trabajo cercana.

—Tendrás tu oportunidad —le dijo al lejano futuro—. Y será mejor que la aproveches.

Luego se dispuso a esperar.

Mamparo

No miras por las ventanillas muy a menudo.

Es terrible al principio, por supuesto; toda esa estrellada negrura, y la desorientación. Las entrañas no se te acostumbran nunca a la falta de gravedad, y al mirar hacia afuera sientes que todo está arriba, algo antinatural, o que todo está abajo, el más puro horror. Pero no dejas de mirar porque sea terrible. Dejas de mirar porque ahí afuera no pasa nada. No hay sensación de velocidad. No se va a ninguna parte. Luego de semanas, y meses, hay algún cambio, sí; pero nada distingue un día de otro, así que al cabo de un tiempo dejas de mirar y buscar algo.

Ocurre así que no se puede contar con las ventanillas para distraerse, lo que es demasiado malo. No hay tantas cosas que hacer durante el Largo Salto como para permitirse eliminar algunas. El aburrimiento que te provocan las

distancias infinitas de afuera te hace pensar que lo mismo puede ocurrirte al escribir, oír música, mirar el estéreo, y todo lo demás. Y no puedes protestar y decir: «¿Por qué no instalarán ahí tal o cual cosa?», pues ya tienes lo que pidieron hace mucho tiempo mil hombres del espacio... muchos de ellos hombres con más experiencia, más imaginación, y menos recursos, es decir, más necesidades. Aunque, ciertamente, más recursos que tú ahora; éste es tu primer viaje, y estás pasando aún de «la mirada interior que busca» a «la mirada interior que observa». Es un mundo pequeño. Mejor que sea un poco complicado.

Si conocieras lo que ocurrió en otros mundos como éste, todo sería más sencillo. Pero es preferible no saber nada; tienes que pensar entonces. Puedes imaginar algo, pues sabes que muchos hombres murieron en estas máquinas, que muchos desaparecieron, con nave y todo, y algunos —pero no sabes cuántos— salieron de la nave para ir directamente al manicomio. Descubres bastante pronto, por ejemplo, que los controles manuales se regulan automáticamente, y sólo hay que tocarlos si los necesitas para aterrizar. (No se sabe aún qué ocurriría si los necesitaras alguna vez para una maniobra evasiva.) ¿Cuántos murieron por haberse puesto a jugar con los controles manuales? ¿Fue acaso porque decidieron abandonar y volver a la Tierra? ¿O por creer que había pulgas en el autoas-trogador? ¿O simplemente porque no podían soportar esas estrellas inmóviles?

Además estás solo, acurrucado en esa celdita de la nariz de la nave, con el casco curvo a la izquierda y el chato mamparo central a la derecha. Sabes que en los modelos anteriores ese mamparo no estaba ahí. Es posible imaginar lo que ocurrió en algunas naves —¿en cuántas?— para que al fin fuese necesario separarte de tu compañero. La psicodinámica ha progresado mucho, pero no ha alterado el hecho de que no hay criaturas más autodestructivas, depravadas y salvajes que los seres humanos. Llamas a esto un mundo; bueno, reduce un mundo a sólo dos naciones y mira qué pasa. Entre dos confinadas entidades no hay puntos medios, y ninguna posibilidad de determinar una mayoría. ¿Cuántos pilotos han vuelto enloquecidos, con los cuerpos destrozados de sus compañeros de viaje?

No puedes confiar en dos seres humanos encerrados juntos, no durante mucho tiempo. Si no lo crees, mira el mamparo, míralo otra vez. Está ahí porque tiene que estar ahí.

Eres un hombre pacífico. Te asusta un poco saber qué peligroso puedes ser. Aunque sientes también un poco de orgullo, ¿no es cierto?

Enorgullécete también de esto: ellos confían en que puedas pasar tanto tiempo solo. Sí, hay un compañero de viaje; pero en la práctica estás solo, y eso es lo que esperan de ti. La mayoría de la gente, especialmente la gente de tierra, nunca descubre que un hombre que no resiste la soledad sabe, en su interior, que no es buena compañía. Podrías hacer solo el viaje... pero te alegra, admítelo, que no sea así. Puedes alcanzar el otro lado del mamparo, cuando lo necesitas. Si lo necesitas. No tardas mucho en comprender que no debes abusar de esa posibilidad. Tienes libros, y juegos, y cintas grabadas con palabras e imágenes, y nueve sustancias eufóricas diferentes (con un dispensador que te vigila como un perro de guardia para que no te habitúes), que te ayudan, cuando necesitas ayuda, a explorarte a ti mismo. Pero tener otra mente humana que explorar es una idea maravillosa. Maravilla templada por la

certeza —oh, qué inteligente fuiste al descubrirlo a tiempo— de que la otra mente es un último recurso. Si agotas alguna vez todas sus posibilidades, entonces ha llegado el fin.

Así que te sirves de ella poco a poco; te sometes a pruebas de resistencia para ver cuánto tiempo puedes dejarla sola. Lo haces bastante bien.

Repasas tu vida, las cosas que has hecho. Se han escrito novelas enteras que abarcan sólo veinticuatro horas de la vida de un hombre. Piensas del mismo modo en tu vida, lentamente, pedazo a pedazo, en todas las expresiones de todas las caras, lo que hizo la gente, y por qué. Especialmente por qué. No nos lleva mucho tiempo recordar lo que hizo un hombre, pero puedes pasarte horas intentando descubrir por qué lo hizo.

Se vive todo otra vez y te sientes como un pequeño dios, sabiendo qué va a ocurrirles a todos. Llegaste a la Base en un autobús con muchos hombres como tú. Sabes ahora quiénes terminaron los cursos y llegaron aquí; lo vives otra vez y lo sabes aún, de modo que puedes verte de nuevo en el autobús y decir: ese desconocido que está al otro lado del pasillo es Pegg, y no durará mucho. Dentro de tres meses se irá a su casa y preferirá suicidarse a volver aquí. La nuca pecosa del hombre del asiento de adelante pertenece al pelirrojo Walkinok, que se pasará la primera semana gastando bromas y las pagará luego muy caro. Pero terminará los cursos. Y te harás amigo del tímido moreno que está a tu lado; se llama Steih, y parece muy inteligente; tiene la conversación fácil y es ingenioso, esa clase de hombres que están siempre en los primeros puestos. Pero no llegará ni siquiera a las primeras vacaciones; no aguantará más de dos semanas, y no volverás a verlo. Lo recuerdas todo, y lo vives nuevamente, y recuerdas los recuerdos que recordabas entonces. ¿Le crujían a alguien los zapatos en aquel autobús? Retrocedes; sí ocurrió, lo recordarás.

Dicen que cualquiera puede recordar de este modo; pero para ti, después de lo que hizo contigo la psicodinámica —o quizá fue para tu bien— es más fácil. Nada ha ocurrido en tu vida que no puedas recordar. Puedes empezar desde el principio, y seguir hasta el fin. Puedes empezar desde el principio y saltar varios años en un segundo, y revivir otra vez un episodio... enojarte otra vez... enamorarte otra vez... Y cuando te canses de todos esos episodios, puedes resucitarlos de nuevo para descubrir los porqués. ¿Por qué estudió y se preparó Steih todos esos años, por qué luchó todos esos meses, si nunca quiso ingresar realmente en el Servicio del Espacio? ¿Por qué se ocultó Pegg a sí mismo que no era hombre adecuado para el Servicio del Espacio?

Así vuelves, repasas, comparas y mides, siempre con la mente ocupada. Si tienes cuidado, sólo recordar dura mucho tiempo, y buscar los porqués dura aún más; y para los intervalos hay libros y estéreos, autoajedrez y música... hasta que estás preparado para volver a tus recuerdos. Pero tarde a temprano —tarde, si no te descuidas— te sientes inquieto, y tu vida tal como fue, y las razones por las que fue de ese modo, pierden su novedad. Estuviste allí. No encuentras ningún otro punto de vista, y no hay más que aprender.

Entonces descubres que el mamparo puede ayudarte. Su misma forma te parece una forma amiga; el casco es curvo a tu izquierda, como parte del costado de la nave; pero el mamparo es una pared chata. Su constante presencia te recuerda las cosas de tu mundo, que es por naturaleza un tabique; que la existencia de un tabique presupone otro compartimiento; y que el otro compartimiento tiene el tamaño y la forma de éste, y fue diseñado para un

propósito similar... servir de habitación a alguien No hay ruidos ni signos que revelen la presencia del otro ocupante; pero el mamparo atestigua, sólo por estar ahí, que algo vive al otro lado. Es un plano amigo, un verdadero compañero que invade todos tus pensamientos. Sabes que es tu último recurso, pero sabes también que es un recurso útil. Con él entrarás en un mundo distinto, más complejo y más interesante que el tuyo, aunque sólo sea por el trabajo de pasar de un lado a otro, y el misterio de la niebla entre los dos lados. Es una mente, otra mente humana, que comparte contigo esta prisión, y lo que más necesitas en el espacio es compartir algo.

¿Quién es esa mente?

Lo piensas. Lo piensas mucho. Allá en la Base, en tu último año, tú y los demás cadetes pensaban en eso sobre todo. Si al menos te hubieran insinuado algo... pero esa duda era parte del entrenamiento. Sólo sabías que en tu Largo Salto no estarías solo. Imaginabas que la elección de tu compañero de viaje sería para ti una sorpresa. Mirabas alrededor en el comedor, la clase, el dormitorio; te quedabas despierto de noche haciendo aparecer las caras como si hicieses un solitario; y a veces pensabas en uno, y decías: Magnífico, nos llevaremos bien; y a veces decías: ¿Ese imbécil? Que me encierren con él y el mamparo no resistirá. Lo mataré antes de cuatro días.

Cuando decidían tu primer Salto, sólo eso te asustaba. Pensabas que todo lo demás te sería fácil. Conocías tu trabajo a fondo, y no fracasarías. Eras como una herramienta precisa y afilada, preparada para cualquier cosa que dependiera de ti. Ni siquiera temías tu soledad; no te abrumaría. Nadie cree interiormente poder volverse loco, como nadie cree —cree de veras— que un día morirá. Esas cosas le pasan siempre a algún otro hombre.

Pero este asunto del compañero no dependía de ti. No dependía de ti elegirlo y no dependería de ti en el viaje. Era el único factor desconocido y por lo tanto lo único que te asustaba. En realidad podías vivir como si no fueras a tener un compañero, hasta que llegaba el momento. Aunque algo dependería de ti: la llave del intercomunicador está en este lado del mamparo, de tu lado.

Sin embargo, poder hacer callar una voz no es dominar una situación. No sabes qué hará tu compañero. O... será.

En la tirantez de los últimos días algo te abrumó de veras. Esprit de corps lo llaman. Te metieron a martillazos en un molde, junto con los otros graduados, y te dieron unos cuantos martillazos más hasta quitarte toda elasticidad. Eras igual a los otros, y te gustaban ciertas cosas porque te habían acostumbrado así. Sabías con seguridad que elegirían a tu compañero entre los miembros de aquel apretado grupito; tu entrenamiento y el de ellos, toda tu vida y la de ellos, apuntaban hacia esta nave, este Salto. Tu presencia en esta nave es el fin lógico de tu entrenamiento; tu entrenamiento culminó con tu presencia en esta nave. Sólo un cadete graduado es el hombre adecuado para la nave; la nave existe únicamente para el cadete graduado. Es tan evidente que nunca lo pensaste.

No hasta ahora.

Porque ahora, hace unos minutos, te sentiste preparado para apretar el botón. No sabías si habías batido todos los récord de soledad, de confinamiento solitario, pero lo habías intentado. Miraste por la ventanilla hasta que ya no tuvo sentido; leíste hasta perder todo interés; viviste la semivida de los estéreos hasta que no pudiste obligarte a creer que creías en ellos; escuchaste música hasta dejar de oírla; y resucitaste una y otra vez tu vida desde sus comienzos

hasta que las personas y las cosas perdieron su verdadera perspectiva. Descubriste que podías volver a la ventanilla y recomenzar el ciclo otra vez, pero ya habías pasado por eso, hasta que la matriz misma de tu participación fue algo agotado, marchito e intolerable. El plano del mamparo se hizo sentir entonces. Te pareció que se combaba hacia ti, que te apretaba contra un costado de la nave, y supiste que se acercaba la hora de apretar el botón y sentirte comprometido con algún otro.

¿Quién ? ¿Pete o Krakow o Walkinok, el loco pelirrojo? ¿O Wendover —todos lo llamabais Bendover—, el de los chistes incomprensibles? ¿Harris? ¿Flacker? ¿Blaustein, Barriga de Cerveza? ¿Cohén, el Terror de Pelo Duro? O Shank... era una vergüenza como lo llamaban. O Gindes, a quien habían puesto el incomprensible sobrenombre de Mickey Mouse. Casi esperabas que fuese Gindes, no porque te gustase, sino porque era el único compañero que no habías conocido muy bien. Te miraba sin despegar los labios. Sería más divertido explorar a Gindes que al viejo Shank, por ejemplo, de reacciones tan previsibles que casi podías hablar a coro con él.

Así te torturaste, sólo por afición a la tortura, con el pulgar apoyado en el botón del intercomunicador, hasta que la misma tortura se apagó y desapareció.

Apretaste el botón.

Descubriste ante todo que el intercomunicador tenía aparentemente un amplificador propio, que funcionaba mientras apretabas el botón, y que tardaba una eternidad —bueno, tres o cuatro segundos— en calentarse. Primero se oyó el zumbido de la onda transmisora, luego el comienzo de una señal, luego al fin la voz de tu compañero, que aumentaba de volumen hasta ser tan fuerte y clara como si no existiese el mamparo. Soltaste entonces el botón, como si lo hubiesen calentado al rojo, como si se hubiese transformado en una aguja, y retrocediste hasta el mamparo exterior, en un silencio físico, pero con aquella voz reseñándote aún increíblemente en el incrédulo cerebro.

La voz era un llanto.

Era un llanto fatigado, como si hubieses sintonizado el final de una larga sesión de pena incontenible y solitaria. Era un llanto monótono, exhausto, como si no hubiese más esperanza en todo el universo. Y era un llanto que no tenía sentido en la nave. Una voz alta, plena, de tenor con timbre de contralto. Infantil —infantil, no aniñada—, y fuera de lugar. Absolutamente fuera de lugar.

Las ideas absurdas son siempre las primeras: ¿ Un polizón ?

Casi te reíste. Durante días, antes de la partida, te drogaron, te sumergieron en campos de alta frecuencia; te hipnotizaron, te modelaron y remodelaron mental y físicamente. Fuiste pasivamente alimentado y pasivamente instruido; no sabes ahora y no sabrás nunca todo lo que te hicieron. Pero sabes que estuviste protegido por seis anillos de «seguridad» de una especie u otra, y sabes que tu compañero tuvo la misma protección. Recibiste la concentrada atención de una multitud de especialistas que no te dejó un segundo, ni de día ni de noche, desde los brindis de la cena de despedida hasta el momento en que el acelerador alzó la nave y la llevó con un chillido al espacio. No hay nadie en esta nave que no estuviese destinado a ella; puedes apostar cualquier cosa. Segunda idea disparatada. (Oh, no, ¡no! Durante un rato ni te atreves a pensar. Pero con esa voz, ese llanto... algo tienes que pensar. Así lo haces, y te asustas, te asustas de un modo que nunca imaginaste en tu vida, y hasta un punto que nunca creíste posible.) ¡Hay una muchacha ahí dentro!

Repasas otra vez en tu mente esas sílabas inarticuladas, esos sollozos

fatigados, tratando de separarlos del jadeo doloroso. Y no sabes. No puedes estar seguro.

Así que decides apretar otra vez el botón. Escuchar algo más. O... preguntar. Pero no puedes, no puedes; quizás esa loca idea sea cierta, y no podrías soportarla. No es posible, no es posible que hayan puesto una muchacha en la nave contigo, y la hayan escondido luego detrás del mamparo.

Entonces te dejas llevar un instante por la fantasía. Te arrodillas bruscamente, golpeándote la cabeza contra el casco, y palpas ansiosamente el mamparo, donde se une con las planchas de la cubierta, el compartimiento delantero, el techo, los otros mamparos, todo alrededor. Tus dedos sólo encuentran la saliente de una soldadura. Te sientas otra vez, sudando un poco, y riéndote casi de ti mismo. Deja de lado esa fantasía. No hay paneles corredizos que comuniquen con harenes en este viaje.

Dejas de reírte y piensas: ¡no pudieron ser tan crueles! Éste es un vuelo de prueba, sí, y no para probar la nave. Lo sabes y lo aceptas. Pero hay pruebas y pruebas... ¿Debes arrojar un vaso de vidrio contra una pared de ladrillos para probar que es quebradizo? Ves que alzas una mano buscando otra vez una junta, un panel. Te burlas, y miras cómo la mano se detiene embarazada y se desliza con un aire culpable hasta el suelo, a tu lado.

Bueno, digamos entonces que no fueron tan crueles. ¿A quién pusieron ahí? No a Walkinok. No a Shank, ni a Harris ni a Cohén, ni a ningún cadete. Un cadete no estaría ahí llorando de ese modo, como un niño, una jovencita, un bebé.

Algún desconocido entonces. Y ahora te sientes furioso, con una furia que borra todo el miedo. ¡No habrán hecho eso! El cadete ha nacido para una nave... o fue hecho para una nave. Esa apretada cadena que te unió a los otros, algo simple que todos compartían sin necesidad de pensarlo... no, no admitía desconocidos. Aparte, y por encima de eso: no se trata de una defensa del esprit de corps, sino de una injusticia moral. Nadie sino un cadete merece una nave. ¿Para qué y por qué tu vida? ¿Por qué renuncias al matrimonio, y la libertad, y todas esas maravillosas e imprevisibles trivialidades que la gente llama «divertirse», y que da valor a la mayoría de las vidas humanas? ¿Por qué te sometes a las rutinas de la Base, a las torturas que te infligen tus compañeros de las clases superiores? ¿Para que un desconocido, un extraño, alguien que ni siquiera es un cadete, sin entrenamiento, formación, condicionamiento, experiencia, se te meta en la nave?

Oh, tiene que ser un cadete. No puede ser ningún otro. Hasta un cadete que no pudo más y se echó a llorar es preferible a la idea de una mujer, un desconocido.

Estás todavía furioso, pero no es ahora una furia que pueda detenerte. Aprietas el botón. Oyes la onda, el principio de alguna otra cosa... Ah. Una respiración. Una respiración difícil, entrecortada, la de alguien demasiado cansado para llorar, aun cuando el llanto no haya cambiado nada, y las lágrimas puedan asomar otra vez.

—¿Por qué diablos llora? —gritas.

La respiración sigue y sigue. Al fin se detiene un momento, y luego se oye un suspiro largo, susurrante y tembloroso.

—¡Eh! ¡Eh! —gritas—. ¡Usted ahí!

Pero no hay respuesta. La respiración es más débil, más regular. Sea quien sea, se está durmiendo.

Aprietas el botón todavía con más fuerza, como si eso sirviese de algo, y aúllas esta vez, ni siquiera un «¡Eh!», sino una sílaba colérica. Sólo puedes pensar que tu compañero decide —decide, oh Dios— no contestarte.

Ahora tú jadeas, pero no tu compañero. Retienes el aliento y escuchas. Oyes cómo respira, serena y profundamente, y luego una leve interrupción, un pequeño suspiro, el fantasma de algo que es apenas un sollozo.

—¡Eh!

Nada.

Sueltas el botón y en el nítido silencio que sigue al débil zumbido de la onda transmisora, esa sílaba inarticulada crece y crece en tu interior hasta que estalla otra vez. Por la sensación que te queda en la garganta y el modo como te resuenan los oídos, comprendes que hace mucho tiempo, mucho, mucho tiempo, que no usabas tu voz.

Estás enojado y ofendido por esos insultos a ti y los demás, y... ¿sabes una cosa? Te sientes bien. Algunos de tus estéreos son realmente buenos; te arrojan al fuego de una batalla, a los brazos de hermosas mujeres, al peligro, y de cuando en cuando podías enojarte ahí con alguien. Podías, pero no desde hace un tiempo. No te ríes ni te enojas desde... desde... bueno, ni siquiera puedes recordar desde cuándo. Te olvidaste, y no puedes recordar cuándo te olvidaste. Y ahora, mira. Te late el corazón, te corre el sudor... Magnífico.

Aprieta otra vez el botón, toma otro trago de furia. Es una furia añejada, una furia especial. Adelante. Lo haces, y se oye el zumbido de la onda.

—Por favor —dice la voz—. Por favor, por favor... diga algo.

Se te paraliza la lengua y te atragantas, de pronto, con tu propia saliva. Toses violentamente, sueltas el botón, y te golpeas el pecho con el puño. Con la tos el pensamiento te brota en un balbuceo, un pensamiento que tropieza y salta y no puede detenerse en la idea de que hasta hace poco no creías realmente que hubiese alguien ahí. Recobras el aliento y aprietas otra vez el botón. La voz dice:

—¿Está bien? ¿Puedo hacer algo?

Adviertes algo más: no reconoces la voz. Si la oíste antes no la recuerdas. Al fin entiendes la frase: «¿Puedo hacer algo?».

Te enojas otra vez.

—Sí —gruñes—, alcánceme un vaso de agua.

No tienes el pulgar apoyado en el botón, de modo que dices lo primero que se te ocurre. Te sacudes como un perro mojado, tomas aliento y te inclinas otra vez sobre el tablero.

Antes que puedas abrir la boca te alcanza un huracán de carcajadas histéricas.

—Vaso de agua... ja-ja-ja... muy bueno. No sabe bien lo que esto significa —dice la voz, de pronto sobria y quejosa—. He esperado tanto... He escuchado su música y el sonido de sus estéreos... No hablaba nunca, no decía nada. Ni siquiera le oí toser antes.

Parte de tu mente reacciona: esto no es natural, ni siquiera toses, o te ríes, o tarareas. Deben haber modificado algo en ti. Pero en su mayor parte tus pensamientos se vuelven contra este desconocido, este intruso, que habla de este modo, sin una palabra de explicación, una disculpa, que habla como si su voz tuviera derecho a estar ahí.

—¡Cállese!

—Empezaba a pensar que era usted sordomudo. O que no estaba realmente ahí. Esto es lo que más me asustaba.

—Cállese —siseas, con toda la furia, con todas las amenazas que puedes poner en tu voz.

—Sabía que no lo harían —dice la voz, feliz—. Nunca pondrían aquí a un hombre solo. Eso sería demasiado...

La voz se quiebra abruptamente cuando sueltas el botón.

Dios mío, piensas. Se ha roto el dique. Ese individuo no va a dejar de charlar durante todo el Salto. Aprietas el botón rápidamente, oyes:

—... totalmente solo aquí, asusta mirar por la ventani...

Sueltas otra vez el botón.

Esa especie de niebla invisible que ahora se disipa es todas tus conjeturas, aquellos maravillosos planes apenas esbozados en que te viste viajando con Walki-nok o el Terror de Pelo Duro. Ibas a revivir tus cursos, ¿recuerdas? Lentamente, y fácilmente... dedicarías una semana a la balística o la espectroscopia. Pasarías un día rememorando frases. O te reirías de la vez en que tú y Shank os emborrachasteis en la cantina y dijisteis que ibais a atar al general de pies y manos, y lo meteríais en el cohete junto con Provost, el jefe PD. El general recibiría toda la psicodinámica que necesitaba. El general hablaba continuamente de psicodinámica. El coronel no hacía otra cosa que psicodinámica. Ah, pareció gracioso entonces. Y no tanto por la cerveza. Era gracioso sobre todo porque conocíamos al general, y conocíamos a Provost. ¿Sería aún gracioso si lo comentabas con un desconocido?

Te dan a alguien con quien hablar. ¡Te dan a alguien con quien no puedes hablar de nada! La idea de que habían embarcado una muchacha y la habían puesto detrás del mamparo había sido realmente horrible. Una tortura. Bueno, esto es también una tortura. Aunque más refinada.

Un pensamiento golpea y golpea, y al fin cedes y lo dejas entrar. Algo relacionado con el botón. Lo aprietas y puedes oír a tu compañero. Lo sueltas y... ¿se cierra el intercomunicador? No, Señor, no. No apretabas el botón mientras tosías. «¿Puedo hacer algo?»

¿Qué condenado asunto es éste? (La parte de tu mente que no pregunta busca ansiosamente los latidos de la furia; ah, te sientes mejor.) Les hablas con una rabia silenciosa a los hombres que diseñaron la nave. ¿Queréis decirme que si no aprieto el botón mi compañero puede oír todo lo que me pasa? El intercomunicador está continuamente abierto en el otro lado, y en este lado sólo cuando aprieto el botón, ¿no es así?

Te vuelves y miras enojado por la ventanilla, la mirada clavada en el ojo frío y distante del infinito y ¿Dónde diablos, protestas en silencio, está mi intimidad?

Esto no está bien. No, no está bien. Imaginaste desde un principio que tú y tu compañero estarían en iguales condiciones; sí, pero en una nave, aun en una nave pequeña de dos pasajeros como ésta, alguien tiene que llevar el mando. Suponiendo que el otro compartimiento tenga los mismos estéreos, los mismos dispensadores, la misma comida y la misma agua y todo lo demás, y la única diferencia entre las dos cámaras sea este botón... ¿quién es el privilegiado? ¿Yo, que debo apretar el botón? ¿O mi compañero que oye hasta la menor de mis toses?

Oh, ya sé, piensas de pronto. Ese hombre es un técnico en PD, un especialista en psicodinámica que está ahí para observarme. Casi te ríes a carcajadas; sientes un gran alivio. La PD es un asunto secreto. No sabes nunca cuánto tiempo estuviste hipnotizado durante los cursos. Hasta corría el rumor de que los muchachos de la PD les habían operado el cerebro a algunos cadetes, y

éstos nunca se enteraron. Tenían que trabajar en secreto. (A nadie se le ocurre revolver el café con una barra de tiza.) La PD es un campo donde las herramientas no deben dejar marcas.

Bueno, magnífico, magnífico. Al fin este compañero de viaje tiene algún sentido, has alcanzado una respuesta aceptable. Esta nave, este viaje, están destinados a un cadete, pero el asunto concierne a la PD. El único extraño que puede embarcar contigo tiene que ser un técnico en PD.

Así que sonrías mostrando los dientes y extiendes la mano hacia el botón... Luego, recordando cómo funciona el aparato, que el intercomunicador está abierto de tu lado cuando no aprietas el botón, retiras la mano, enfrentas el mamparo y dices tranquilamente:

—Muy bien, PD. Estoy a sus órdenes. ¿Qué tal lo hago?

Te preguntas cuántos cadetes descubrirán tan pronto el truco. Aprietas el botón y esperas la respuesta.

i. La respuesta es un —¿Eh?— tímido y asombrado.

Sueltas el botón y te ríes.

—No hay por qué seguir la comedia, teniente.

—Esto es muy hábil. La mayoría de los técnicos PD son tenientes; uno o dos son sargentos mayores. Te hayas equivocado o no, no has herido su orgullo.

—Sé que es usted un hombre PD.

Hay un silencio en el otro lado, y luego:

—¿Qué es un hombre PD?

Te fastidias un poco.

—Vamos, teniente. Dejemos el juego.

—Oh —dice el mamparo—. No soy un teniente, soy...

Lo interrumpes con rapidez.

—Sargento, entonces.

—No me entiende usted —dice la condenada voz de tenor.

—Bueno, es usted un PD de todos modos.

—Temo que no.

No aguantas más.

—Bueno, ¿qué diablos es usted? Es un hombre, ¿no?

Un silencio. Y con él, la cólera y el miedo a la tortura empiezan a subir juntos, como tomados de la mano.

—¿Y bien? —ruges.

—Bueno —dice la voz, y adivinas que el otro frota los pies contra el suelo—.

Tengo quince años...

Sacas entonces a relucir el tono áspero de los cadetes mayores; hay un modo de hablar que doblega inmediatamente a los alumnos de tercer y cuarto año.

—Míster, dígame, rápido, ¿cómo se llama usted?

—Scampi.

—¿Scampi? ¿Qué diablos de nombre es ése?

—Así me llaman.

¿Notaste un leve tono de desafío en la voz?

—¡Señor! —gritas.

—Así me llaman..., señor.

El desafío ha desaparecido.

—¿Y qué está haciendo en mi nave?

El otro traga saliva, asustado.

—Lo... lo siento, señor. Ellos me metieron aquí.

—¿Ellos? ¿Ellos?

—En la Base... señor—corrige el otro rápidamente.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted en la Base, míster?

Ese míster puede ser un látigo con bolas de plomo si lo usas adecuadamente. Y tú estás usándolo muy bien.

—No sé, señor. —Tienes la impresión de que el sujeto se va a echar a llorar otra vez.— Me llevaron a un gran laboratorio donde había muchas casillas con máquinas. Me hicieron un montón de preguntas sobre si yo quería ser un hombre del espacio. Bueno, siempre lo quise, desde que era chico. Así que al rato me acostaron en una mesa y me dieron una inyección, y cuando desperté estaba aquí.

—¿Quién le dio una inyección? ¿Cómo se llamaba?

—Nunca... nunca lo supe, señor. —Una pausa.— Un hombre grande. Viejo. Pelo canoso, muy corto. Ojos grises.

Provost, Dios mío, piensas. Esto es asunto de la PD entonces. Pero desde mi punto de vista es una tontería.

—¿Sabe algo de balística del espacio?

—No, señor. Pienso que un día...

—¿Astrogación?

—Sólo lo que estudié yo mismo. Pero...

—¿Mecánica gravitatoria? ¿Diferenciales? ¿Resistencia de materiales? ¿Fisión de metales livianos? ¿Relatividad?

—Yo..., yo...

—¿Y bien? ¿Y bien? Adelante, míster.

—He oído hablar de eso, señor.

—¡Ha oído hablar de eso, señor! —¿Sabe para qué es esta nave?

—¡Oh, sí, señor! Todo el mundo lo sabe. Éste es el Largo Salto. Cuando uno regresa, lo nombran oficial y le dan una nave estelar.

Si antes hubo en esa voz unos pies que se frotaban contra el piso, ahora hay en ella unos ojos brillantes.

—¿Y usted cree de veras poder conseguir una nave estelar, míster

—Bueno, yo... yo...

—¿Cree que les dan el mando de una nave a los boy-scouts sólo porque los boy-scouts tienen unos deseos terribles de salir al espacio?

Ninguna respuesta.

Te burlas.

—¿Tiene usted la más mínima idea del entrenamiento a que se someten los cadetes, de todo lo que deben aprender?

—Bueno, no, pero espero tenerla.

—¡Señor!

—Señor. Bueno. Me pusieron a bordo, todos esos oficiales que me hicieron las preguntas y lo demás. ¡Eh! —dice el otro, de pronto excitado, perdiendo inmediatamente toda timidez, reemplazada ahora por un burbujeante entusiasmo—. ¡Ya sé! Tenemos todo este tiempo... Quizá se supone que usted me enseñará astrogación, relatividad y todo eso.

Te quedas boquiabierto ante tamaña puerilidad. Y luego algo realmente desagradable se alza y borra todo lo otro.

Por alguna razón tu mente retrocede hasta el autobús, el día que llegaste a la Base. Puedes recordar fácilmente las caras de todos los que trabajaron contigo, los que llegaron al fin y los que no llegaron. Pero en tu clase había treinta

y ocho cadetes. En aquel autobús debía de haber cincuenta. ¿Qué ocurrió con el resto? Supusiste siempre que habían ido a otras secciones: tripulaciones de tierra, computadores, abastecimientos. ¿Y si los hubieran separado de nosotros por alguna característica o algún talento especial que sólo los de la PD conocían? ¿Y si los hubiesen embarcado directamente en una nave, junto con un cadete graduado?

¿Y por qué?

¿Sería posible que esos novatos, esos boy-scouts, esos niños fuesen los destinados a comandar las naves? ¡Entonces las gentes como tú, que creían ser la flor y nata de la cosecha, y lo mejor de esa flor y nata, habían sido entrenados sólo como material de segunda categoría? ¿Tú corrías de un lado a otro, sudabas, soportabas los trabajos más pesados, y aquel espantoso régimen de comidas, no para comandar una nave estelar sino para servir de tutor privado a un minúsculo genio que tenía unos deseos terribles de salir al espacio?

Esto no tendría sentido en ninguna parte salvo en el cuerpo de cadetes. Apenas tiene algún sentido aquí. Pero el comandante de una nave estelar hace dos viajes en toda su carrera, y basta. Dieciocho años dura cada viaje, con pasajeros en celdas refrigeradas, y un cargamento de sueros, refractores, herramientas mecánicas y alimentos concentrados para los xenólogos y mineralogistas que están bastante locos para trabajar allá afuera. Instruir a los comandantes de estas naves es fácil; no cuesta mucho por lo menos aprender a manejar los aparatos, aunque son bastante numerosos. Pero enseñarles a mantenerse conscientes —despiertos y vigilantes—, y solos, todos esos años, es otro cantar. Pocos hombres nacen con las condiciones necesarias, hay que hacerlos. La mayoría de los reclusos, los ermitaños, en toda la historia, fueron hombres en los que un par de cosas funcionaban fundamentalmente mal. Y nada debe funcionar mal en el comandante de estas naves. Tiene que ser capitán y tripulación a la vez, conocer muy bien los dispositivos que adornan su agujero (aunque la mayor parte de la maquinaria es automática) y estar siempre alerta, y no perder la cabeza en un vacío negro, sin sentido y sin peso, para el que no fue creado. Puedes darle más libros, imágenes, juegos y música que el tiempo de que dispone, y aun así no se podrá asegurar que no se vuelva loco si el hombre no cuenta con algunos recursos interiores especiales. Para esto (y alguna otra cosa) se instruía a los cadetes. Se les daba toda clase de conocimientos técnicos, se les preparaba la mente contra posibles eventualidades, y cuando los veían acabados como una máquina y lustrosos los metían en una lata y los tiraban al espacio, al Largo Salto. La duración había sido establecida de antemano. Podían ser catorce meses o tres años, y cuando el cadete volvía, si volvía, estaría preparado para embarcarse en una nave estelar, o no. En cuanto al compañero... bueno, suponías que la PD deseaba unir a dos candidatos para que pudiesen estar juntos en una nave estelar. Quizás un día las naves puedan llevar ocho, diez hombres a la vez, y al fin el instinto gregario podrá competir con el paño mortuorio de las negras distancias. Hasta ahora, sin embargo, la desorientación psíquica que provoca el espacio pone en movimiento la mezquindad y la crueldad del hombre; embarcar a más de un ser humano en estas naves es una invitación a la matanza, y al naufragio.

Además de la capacitación técnica y esos recursos interiores, ellos te exigen otra cosa: juventud. Tienes sólo veintidós años. Tienes veintidós años y te han

entrenado tan intensamente que, como dijo una vez Walkinok, sientes el cerebro liso, sin circunvoluciones, inflado como una vejiga. Y has consolidado este conocimiento, lo has clasificado y usado. Estás tan colmado que no es raro que derrames enseñanzas a tu alrededor. Tienes veintidós años, y estás encerrado en una lata con un chico de quince que no sabe nada pero tiene unos deseos terribles de ir a las estrellas. Y puedes olvidar su aparente estupidez, también, pues apostarías tu inflada cabeza a que el chico tiene un coeficiente de inteligencia tan alto que puede permitirse parecer estúpido. Llorar.

Qué negocio sucio encerrarte aquí para ahorrarle siete años al comandante de una nave estelar. La próxima vez pondrán en la nave un bebé en pañales junto con algún fatigado cadete tontaina, obteniendo así un comandante capaz de hacer tres viajes en vez de dos. ¿Y qué será de ti? Luego que hayas desempeñado tu generoso papel de tutor, te meterán una tarjeta en el bolsillo y te dirán magnífico, cadete, ahora váyase a plantar coles, y tú te cuadrarás y saludarás al chico imberbe de galones dorados y mirarás cómo sube a la cabina de mando que fue tu sueño y tu meta desde que te destetaron.

Tendido en este agujero, tan pequeño que no puedes ponerte de pie, miras el vientre blando del mamparo, con el ombligo suave y redondo del botón, y piensas, bueno, esto requiere valor de veras. Tomas aliento (mientras una parte de tu mente sigue adelante con el problema y te dice asombrada: ¿no temías hace poco que nada te excitara ya?), y hablas; y tu voz tiene un sonido que nunca oíste en nadie. Quizá nunca estuviste tan enojado.

—¿Quién te indicó que dijeras eso ?

Empujas el botón y esperas.

—Dijera... ¿qué? ¿Eh, señor?

—Que yo te enseñara. ¿Alguien de la Base?

—No... —El chico parece reflexionar.— No, señor. Sólo pensé que sería una buena idea.

Tú no dices nada. Sigues apretando el botón.

Él dice con timidez:

—Una... manera de pasar el tiempo. —Como tú no dices nada aún, él concluye humildemente:— Pondré atención. Mucha atención.

Sueltas el botón y gruñes:

—No lo dudo. Lo pensaste todo tú solito, ¿eh?

—Bueno, sí.

—Eres un chico brillante. ¡Eres un inteligente y ambicioso piojo! —Aprietas el botón con bastante rapidez, pero todo lo que oyes es un asombrado silencio. Dices entonces ya más sereno, casi amablemente:— Eso de piojo no es sólo una figura de lenguaje, criatura. Pienso realmente que eres un pobre insecto que quiere chuparle la sangre a alguien que ha hecho todo el trabajo. ¿Sabes qué debes hacer? Piensa que estás completamente solo en esta lata. No me hables y no me escuches, y te haré un favor. Yo también me olvidaré de ti. No pienso sacarte todavía los ojos, pero no me llames generoso, criatura. No lo hago simplemente porque no puedo alcanzarte ahí dentro.

—¡No! —Bueno, el chico puede gritar en un tono realmente lastimoso si quiere.— ¡No! ¡No! ¡Espere, por favor!

—¿Y bien?

—No entien... quiero decir, lo siento. Realmente lo siento. No quise decir...

Pero tú sueltas el botón. Te recuestas y cierras los ojos; te estremeces de furia

hasta la punta de los pies. (Esto está muy bien, dice tu observador interior. Esto es vivir.)

Pasan semanas, y más semanas. Fotografías una estrella y tomas algunas notas, y esperas un tiempo y la fotografías otra vez, y pronto tienes bastantes datos para entretenerte. Sacas tu estilográfica y el cuaderno de notas y la pluma se mueve como tú quieres, y los viejos números suben y bajan y corren alrededor como tú quieres. Te ríes cuando lo haces; cómo le gustaría al chico aprender algunas de estas cosas. De todos modos, piensas que ya alcanzaste la cúspide del perihelio de tu parábola, y estás regresando. Sabes hasta dónde legaste y cuándo volverás. Te ríes otra vez. El sonido de tu voz te recuerda que él puede oírte, así que te inclinas hacia el mamparo y aprietas el botón.

—Cadete —dice el chico—. Por favor, cadete. Por favor.

¿Y sabes una cosa? El chico habla con una voz ronca y débil; emite las sílabas como si no tuviesen sentido de tanto repetirlas. Probablemente lleva ahí semanas enteras, gimiendo: «Cadete... por favor... cadete... por favor», cada vez que te golpeas los dientes con la estilográfica o ajustas el cuadrante de la batería solar.

Te pasas las horas mirando por la ventanilla, pero al fin te cansas y vuelves a las sustancias eufóricas. Ves muchas películas en el estéreo. Sientes de algún modo la presencia del botón en el mamparo, pero no lo tienes en cuenta, Lees. Recurras muy a menudo al ociente; buscas más puntos de apoyo de los que necesitas. Y cuando al fin el botón empieza a molestarte de veras, te dominas y piensas que puedes hacer otra cosa.

Estudias cuidadosamente tus instrumentos en busca del que menos necesitas, y al fin te decides. Te pasas algunas horas haciendo cálculos y resuelves al fin que puedes conocer la velocidad del aire por la temperatura del casco y el radar. Desmontas el instrumento, lo desarmas y sacas el diamante del cojinete. Revisas el armario de los equipos y al fin juntas una varilla de níquel y una bobina de alambre, y los pones en tu radio de corto alcance donde las oscilaciones te parecen convenientes. Pegas el diamante a la punta de la vara, y la pasas por el largo eje de la bobina. Enciendes la radio y sientes, más que oyes, el suave zumbido de la vara. El fenómeno, mi querido pupilo, dices, aunque en silencio, se llama magnetoestricción: la varilla de níquel se contrae ligeramente en el campo magnético. Y como el campo oscila, el diamante de la punta vibra como loco.

Sacas tu estilográfica y después de cuidadosas consideraciones te decides por un triángulo de vértices redondeados, bastante grande como para que puedas pasar cómodamente un brazo; los tres vértices te pueden servir de mirillas, para ver adonde va tu brazo. Mientras, fantaseas. Harás saltar el trozo triangular del mamparo y meterás tu cabeza en el agujero y dirás: «¡Sorpresa!». Y él se acurrucará en su rincón preguntándose qué irá a ocurrir. Y tú le dirás: dame la mano y olvidemos lo pasado; y él se acercará de un salto, ansiosamente, y tú le tomarás la mano y tirarás de ella a través del agujero y le agarrarás la muñeca con tus dos manos, y apoyándote de espaldas en el mamparo tironearás hasta dislocarle el hombro. Y quizá puedas también romperle el brazo. En todo ese tiempo él jadea repitiendo «Cadete, por favor», hasta que te cansas de la diversión y le tuerces la muñeca y le clavas los dientes. Él empieza a sangrar, y tú sigues teniéndolo así mientras los cadetes por favor son más y más débiles y tú le hablas de las ecuaciones diferenciales y las relaciones de masas.

Y mientras imaginas la escena dibujas el triángulo redondeado con el diamante. El mamparo es grueso como el demonio, y duro —es del mismo metal del casco, quién se lo hubiese imaginado en un tabique interior—, pero no importa. Tienes mucho tiempo. Y poco a poco la línea de puntos es más profunda.

De cuando en cuando tomas aliento. Se te ocurre preguntarte qué dirá el coronel cuando aterrices y descubran el agujero en el mamparo. Tratas de no pensarlo, pero vuelves a eso, una y otra vez. Y en un momento el coronel dice: bien, cadete, veo que es usted un hombre de recursos, así me gusta. Pero en otros momentos no ocurre así, especialmente cuando descubren al chico muerto en un lado del mamparo y la sangre por todas partes en el otro lado.

Así que quizá no lo mates. Bastará con que lo asustes. Diviértete con él.

Y quizás él hable. Quizá todo este Largo Salto fue ideado por la PD para descubrir si tú cooperabas con tu compañero de viaje, si tratabas de enseñarle lo que sabías, a cualquier precio. Y sabes que si piensas un poco más en el Cuerpo que en tu propia insignificante carrera, harás eso exactamente. Quizá si lo haces te den una nave estelar al fin y al cabo, una a ti y otra al chico.

De todos modos, cortar ese triángulo es un trabajo lento y largo, y te conviene. Pienses lo que pienses, seguirás con él, simplemente porque lo empezaste. Cuando lo termines, sabrás qué hacer.

Qué raro, este viaje iba a tener el mismo resultado que aquellos otros, cuando las naves regresaban con un hombre muerto, y un hombre... Pero ahí estaba la diferencia. El espacio trastornaba a aquellos hombres, les hacía perder la cabeza. Tú haces lo mismo, pero por razones distintas. No te has vuelto un loco furioso. Estás sereno, tranquilo, haciendo un trabajo, y sabiendo exactamente por qué... O lo sabrás por lo menos cuando llegue el momento.

Mientras tanto te sientes realmente feliz.

Luego todo cambia. No puedes decir por qué. Te vuelves y te duermes y de pronto te sientes totalmente despierto. Piensas en un trabajo de laboratorio que hiciste. Era una demostración de los efectos de las corrientes parásitas. En el centro del gimnasio, colgado de una cuerda, había un disco de cobre grueso como tu brazo y de un metro de diámetro. Lo izabas hasta un extremo del alto cielo raso y lo soltabas. En el centro del lugar había un gran electroimán, y cuando el disco en su balanceo alcanzaba el punto más bajo, pasaba entre los polos del imán. Movías entonces el conmutador y el disco se paraba en seco, sonando como un enorme gong, aunque nada lo había tocado.

Luego recuerdas los sesenta millones de medidas que tomaste con el sincrocsmotrón, tan grande que tardabas cuatro minutos, caminando de prisa, en llegar de un extremo a otro.

Recuerdas las pruebas, las horas y horas de G y no-G; primero un instrumento y luego otro, luego todos, o algunos; los meteoritos simulados que cruzan una órbita; las técnicas manuales de aterrizaje, hasta parecerte que tenías el cerebro en las manos y en los fondillos de los pantalones, y hacías lo que debías hacer sin pensar. Aun agotado, hacías lo que debías. Aun con alguna droga.

Recuerdas los viajes a la ciudad con Harris y Blaustein y los otros. Algo te ocurría cada vez que recorrías una calle con los dos. Algo que nunca le dijiste a nadie. En parte, algo que ocurría entre la gente de la ciudad y tu grupo. En parte, algo entre tu grupo y tú mismo. Te sentías un poco diferente, un poco mejor... pero sin vanidad. Sentías agradecimiento, por la larga y pesada mole

de la nave estelar, y por el destino de esas naves.

Te incorporas en tu litera, sintiéndote despierto y confuso a la vez, buscando algo que no puedes entender del todo, algo simple que resuma el complicado equipo, los miles de mediciones, las horas de estudio y la inquietud de los exámenes; la habilidad de los fondillos del pantalón y el orgullo en la ciudad...

Y de pronto lo entiendes. El chico de al lado puede tener un coeficiente de inteligencia condenadamente alto y no aprender nunca cómo hacer descender un cohete con todos sus instrumentos en funcionamiento y manejando los giroscopios. No lo aprenderá porque alguien se lo explique por el intercomunicador, cuando nunca se ha sentado en un asiento G. Puede memorizar doce mil leves variaciones de las medidas de un acelerador lineal, pero no alcanzará eso tan importante que se obtiene cuando uno mismo toma las medidas. Puedes describirle cómo sonaba el disco de bronce cuando lo detenía la corriente parásita, pero si no lo ve no tendrá para él todo el significado que tiene para ti.

No sabes aún quién es el chico o por qué está en la nave, pero puedes apostar a que no está allí para robarte tu sabiduría y el puesto. No tiene por qué gustarte y puede enojarte que esté a bordo en vez de Harris o Walky; pero sácate en seguida de la cabeza la idea de que es un peligro para ti. ¿Quién te metió esa semilla envenenada en el cerebro? ¿Desde cuándo te dominan el miedo, los celos y la inseguridad? ¿Desde cuándo tienes que protegerte a ti mismo contra tu propia imaginación?

Vamos, vamos, cadete. No eres tan buen profesor, y él no es ese monstruo.

¡Monstruo! Dios, ¿lo oíste llorar?

Te sientes diez kilos más liviano (qué raro, pues no hay peso en la nave), y como si acabaras de lavarte la cara.

—¡Eh, Krampi!

Aprietas el botón y esperas. Oyes la onda. Luego una inspiración breve y cortante. No, otra cosa.

—Scampi, señor —te corrige él tímidamente.

—Bueno, como quieras. Y deja ese «señor».

—Sí, señor. Sí.

—¿Por qué llorabas?

—Cuando se...

—Muy bien —dices suavemente—. No tienes por qué hablar de eso.

—Oh, no, no. No. No trataba de negarlo. Yo... lloré dos veces. Siento que usted me haya oído. Debe pensar...

—No pienso —dices sinceramente—. No bastante.

El chico medita sobre el asunto y aparentemente lo hace a un lado. —Lloré cuando despegamos.

—¿Asustado?

—No... sí, estaba asustado, pero no fue por eso.

Yo...

—No tenemos prisa.

—Gracias. Era que yo... siempre había querido estar en el espacio. Pensaba en eso durante el día y soñaba de noche. Y de pronto ahí estaba, pasándome realmente. Pensé... que debía decir algo, y abrí la boca y de pronto me eché a llorar. No pude impedirlo. Me parece que yo estaba como... loco, me parece.

—Yo no diría eso. Puedes oír, hablar y ver películas y prepararte, pero no hay nada como hacerlo. Lo sé muy bien.

—Usted, usted está acostumbrado. —Parece como si el chico quisiese decir alguna otra cosa; tú no sueltas el botón. Al fin, con dificultad, te dice: — Usted... usted es adulto, ¿verdad? Quiero decir, usted es... ya sabe. Mayor.

—Bueno, sí.

—Me gustaría ser mayor. Me gustaría servir para... bueno, algo.

—¿Todos te atropellan?

—Mm.

—Escucha —dices—. Conoces esas naves estelares. Toma un ser humano y ponlo junto a una nave estelar. No son del mismo tamaño, ni de la misma forma, y uno de ellos es bastante insignificante. Pero puedes decir esto construye esto.

Un suspiro.

—S-sí.

—Bueno, tú eres ese ser humano, ese mismo. ¿No lo pensaste nunca?

—No.

—Bueno, yo tampoco hasta ahora —dice rápidamente—. Es verdad sin embargo.

—Me gustaría ser un cadete —dice él.

— ¿De dónde vienes, chico?

—De Masólo. Un pueblo de mala muerte. Me gustan los lugares grandes donde pasan cosas grandes. Como la Base.

—Demasiada gente.

—Sí —dice él—, no me gustan las multitudes, pero la Base... vale la pena.

Te quedas mirando el mamparo. De pronto es una compañía agradable, y ha cambiado de algún modo, como si fuese algo tibio, acolchado. La luz centellea en el sitio por donde pasaste el diamante. El corte es bastante profundo. Un hombre de pie podría hacer saltar el trozo de un martillazo, si pudiera ponerse de pie, y si tuviese un martillo. Dices de pronto y muy rápidamente, como si temieses que alguien fuera a detenerte:

— ¿Nunca hiciste nada que te avergonzara de veras? Yo sí, cuando te hablé antes. No debí haberlo hecho. No sé qué me pasó. Sí, lo sé y te lo diré. Temía que fueras un genio puesto aquí para chuparme el cerebro y sacarme el mando. Me asusté.

Sigues hablando en el mismo tono. Te sientes mucho mejor, y al mismo tiempo te alegra que Walkinok y Shank no estén cerca para oírte hablar así.

El chico calla un rato. Al fin dice:

—Una vez mi madre me envió al mercado y había algo que estaba muy barato. No recuerdo qué. Pero de todos modos me sobraron cuarenta centavos y los olvidé. Los encontré en mis bolsillos en la escuela al día siguiente y me compré una revista de viajes por el espacio y nunca se lo dije a mi madre. Desde entonces fui comprando todos los ejemplares siguientes de ese modo. Ella nunca se dio cuenta. O quizá sí, pero nunca dijo nada, aunque no teníamos mucho dinero.

Entiendes que el chico quiere darte algo porque le pediste disculpas. No dices nada más sobre el asunto. Algo empieza a preocuparte entonces. No sabes qué es, pero sabes que esa parte lejana de tu cerebro está tratando de aclararlo.

—¿Dónde está ese Masólo? —dices.

—En la parte norte del Estado. No lejos de la Base. Recuerdo que cuando yo era chico los cohetes sacudían la casa al despegar. Hay un gran árbol fuera de

la casa y todas las hojas temblaban con los cohetes. Yo me subía por una rama y llegaba al terrado y me acostaba allí de espaldas. A veces uno podía ver las naves estelares en sus órbitas. Justo cuando el sol se ponía, uno podía ver... —El chico traga saliva; lo oyes claramente.

Yo estiraba a veces las manos. La nave parecía una luciérnaga allá arriba.

—Una buena luciérnaga —dices.

—Sí, una buena luciérnaga.

En tu interior la perplejidad está transformándose en un enorme y luminoso asombro. Es todavía algo inexpresable, así que lo dejas en paz.

—Una vez yo estaba con dos compañeros cerca de la escuela superior —está diciendo él—. Yo era un chico entonces, de once años me parece. Bueno algunos gorilas de la escuela se nos vinieron encima. Echamos a correr y nos alcanzaron. Los otros chicos empezaron a pelear. Yo me hice a un lado, y cuando tuve una oportunidad me escapé. Corrí. Corrí todo el camino hasta casa. Ahora me gustaría haberme quedado con los otros dos chicos. Recibieron una buena paliza y creo que les dolió bastante, pero dejó de dolerles cuando salió un profesor y paró la pelea. En cambio a mí todavía me duele cuando pienso cómo me escapé. No sabe cómo me gritaron los dos cuando los encontré al día siguiente. Así que quería preguntarle si cree usted que un chico capaz de escaparse de ese modo puede ser un cadete.

El chico termina de hablar con la misma voz uniforme. No hay tono de pregunta.

Tú piensas. Has participado en algunas buenas peleas como cadete. Estás en un bar y alguien hace una broma y la sangre se te sube a la cabeza y empiezas a pelear, sintiéndote muy bien. Pero quizá lo haces porque eres parte del Cuerpo, te sientes unido a los otros. Dices entonces cuidadosamente:

—Creo que si interviniese en una pelea me gustaría tener a mi lado a alguien que conociera la cobardía. Sería como tener a dos de tu lado, en vez de uno. A uno de ellos no le importaría que lo lastimasen, y el otro no querría que lo lastimaran otra vez de ese modo. Creo que alguien así podría ser un buen cadete.

—Bueno, muy bien —dice el chico, con aquel curioso susurro.

De pronto el asombro interior estalla y entiendes qué te ocurre con ese chico. Al principio le tenías miedo, pero luego el miedo se te pasó y él aún no te gustaba. No se trataba en verdad de que te gustara o no; era un ser de otra especie y no podías tener ninguna relación con él. Y cuanto más le hablabas más empezabas a sentir que no había razón para que te mantuvieses aparte, que había en él muchas cosas que tú no tenías y que podías aprovechar. Aquel modo de hablar, sincero y directo... no podías imitarlo. Casi te atragantaste con tus excusas.

De pronto es muy importante entenderte con el chico. No porque el chico sea importante, sino porque si puedes entenderte con alguien tan débil, tan tierno, y a su modo tan rico, entonces podrías entenderte realmente con cualquiera, aun con tu piojoso yo. Adviertes que esto de entenderte con él podría extenderse indefinidamente. De algún modo, si puedes encontrar otras formas de entenderte con este chico, si puedes ver más cosas como él las ve, sin intolerancia ni altanería, despertarás en ti algo que estaba seco desde hacía mucho tiempo.

Todo esto te parece bastante asombroso; te tranquilizas y hablas con el chico. No escatimas las charlas. Sabes que él estará ahí mientras regresan a la Base

y tienes mucho que decirle. Sabes también que cuando aterricen este chico sabrá que un cadete puede ser también un pobre hombre. El modo como lo trataste, como lo lastimaste; aunque recuerdas ahora que no se enojó. No le parece bien enojarse con un cadete.

Bueno, ya le harás cambiar de opinión.

El tiempo pasa y el tiempo viene; el remolcador de aceleración te alcanza en las alturas, de modo que luego de tanto experimentar con los controles manuales no tienes que hacer otra cosa que quedarte sentado. La nave queda suspendida sobre la Base, cerca del edificio de la administración, que desaparece bajo una nube de polvo amarillo. Te hundes y te hundes en la nube de polvo hasta pensar que estás abriendo un agujero en el suelo; luego al fin sientes una brusca sacudida y un terrible estrépito cuando el remolcador te suelta y se lanza otra vez al espacio. Sólo se oye ahora el débil susurro del acondicionador de aire, el polvo que se posa en el suelo, y una sensación profundamente desagradable en los tobillos y el pecho mientras la sangre se acostumbra a circular en un ambiente 1-G.

—Bueno, no te olvides, Scampi —dices. Te cuesta hablar; la ancha mueca de una sonrisa te cruza la cara y no puedes librarte de ella—. Tan pronto como empiecen a molestarte, llámame, ¿entiendes? Te convidaré con una gaseosa.

Te recuestas en tu litera-G y aprietas el botón.

—Puedo beber cerveza —dice él corno un hombre.

—Llegaremos a un acuerdo. Te pediré una gaseosa con cerveza. Escucha, criatura. No puedo prometerte nada, pero sé que están jugando con la idea de una tripulación de dos hombres para las naves estelares. ¿Te gustaría acompañarme, un viaje por lo menos? Por supuesto, tendrán que enseñarte muchas cosas en poco tiempo, y será realmente duro. Bueno, ¿qué dices?

¿Qué te parece? El chico no dice nada.

Pero se ríe.

Ahí viene Provost, el individuo más importante en Psicodinámica, y un joven MP. Ése es todo tu comité de bienvenida. Una muralla rodea el campo, y ninguna ventana mira a él. En otras ocasiones deben de haber sacado algunos objetos lamentables de estas naves.

Abren la escotilla desde fuera y tú inmediatamente te pones a toser como un condenado. Los ojos te dicen que el polvo se ha posado ya, pero tus pulmones no piensan lo mismo. Cuando acabas de restregarte los ojos ya tienes al MP adentro, sentado en la cubierta, con las piernas cruzadas.

—Hola, cadete —dice alegremente—. Tengo aquí una pistola paralizante, y si nos mira a mí o al coronel con malos ojos lo rociaré como con una manguera.

—No se preocupe por mí —le dices desde detrás de esa tonta sonrisa—. No pelearé con nadie, y me siento bien aquí. Buenos días, coronel.

—Cuidado con éste —dice el MP—. Se siente bien aquí. Está enfermo.

—Cállese, cabeza hueca —dice el coronel alegremente. Ha metido por la escotilla la cabeza gris y el torso de barril de modo que se está bastante apretado en la cabina—. Bueno, cadete, ¿cómo nos sentimos?

—Nos sentimos bien —dices.

El MP tuerce un poco la cabeza y te mira con ojos brillantes; piensa que te estás burlando del coronel, pero no, hablas en plural refiriéndote a ti y tu compañero.

—¿Nada especial entonces?

La respuesta es un sí como una casa, pero sería muy largo de contar. Está

registrado, por otra parte. La PD no descuida un detalle. Además eso ocurrió antes, y terminó ahora, y te interesa sobre todo el futuro.

—Coronel, señor, quisiera hablar con usted ahora mismo. Acerca de mi compañero.

El coronel se inclina un poco más y le saca de un manotón la pistola al MP. Está frente al hombre, de modo que no puedes verle la cara.

—Fuera, cabeza de pájaro.

El MP desaparece. Te levantas tambaleándote del asiento-G y trepas por la escotilla. El coronel te sostiene tomándote de los brazos. Luego de un cierto tiempo en un sitio sin peso, las rodillas se te doblan al caminar. Tienes que endurecer las piernas, y tienes que concentrarte. Así que te concentras, pero eso no te impide hablar. Cuentas todo brevemente desde tu largo solo hasta que te viste obligado a conocer a tu compañero de viaje, y la lucha que sostuviste contigo mismo, y luego la impresión que el chico te causó... semanas y semanas, y aquí sientes que apenas has empezado.

—Ustedes pueden elegir, coronel —dices jadeando—. ¿Usan siempre una criatura ignorante? ¿Dónde las encuentran? ¿Obtienen siempre este buen resultado?

—Todas las naves nos proporcionan un comandante —dice el coronel.

—Bueno, magnífico, señor.

—No tenemos muchas naves —dice él, siempre en el mismo tono animado.

—Oh —dices. De pronto te detienes—. Espere, señor. ¿Y Scampi? Está aún encerrado en su cabina.

—Usted primero —dice el coronel. Entrás en el laboratorio de PD—. Súbase ahí.

Miras el sillón con sus correas y electrodos y el casco de metal.

—En la Revolución Francesa usaban sillones como éste —bromeas. Te sientes realmente animado. Nunca te sentiste así. Te instalas en el sillón—. Escúcheme, señor. Quisiera que me metiesen en seguida en algún nuevo proyecto. Ese chico, le aseguro que vale. Es un hombre del espacio hasta la médula. Viene de un pueblo de aquí cerca, Masólo. Los cohetes le sacudían la cuna. Se pasó la infancia tendido de espaldas en el terrado mirando las naves estelares en órbita. Es...

—Habla usted mucho —dice el coronel suavemente—. Resuma, ¿quiere? Se entendió con su compañero. ¿Podría hacerlo también en una nave estelar? ¿Sí?

—¿Cree usted que podríamos intentarlo? ¿Realmente? ¿Puedo decírselo yo al chico, coronel?

—Cierre el pico y quédese quieto.

Es una orden. Te quedas quieto. El coronel te sujeta con las correas y conecta el sillón. Pone la mano en el interruptor.

—¿De dónde decía que era usted?

No se lo dices, pues el casco baja y te descubres sumergido en un acorde disonante de enorme amplitud. Si te hubiese permitido decirlo, sin embargo, no habrías podido hacerlo. Pero el coronel no te dio tiempo a que eso te sorprendiera. Te hundes en la oscuridad.

Las luces se encienden de nuevo. No sabes cuánto tiempo ha pasado, pero debe de haber sido bastante, pues la luz del sol que viene de afuera es de otro color, y se mete de un modo distinto a través de las persianas venecianas. En

una mesa próxima hay una serie de latas con el número de tu caso pintado en cada una... las grabaciones de tu Largo Salto. Hay ahí algunas cosas que no te enorgullecen, pero no cambiarías un solo trozo de la historia por nada del mundo.

—Hola, coronel.

—¿De nuevo con nosotros? Bien. —El coronel mira una película ampliada y se vuelve hacia ti. Te la muestra. Es una fotografía del mamparo con un triángulo en el medio.— Un vibrador magnetoestrictor con un diamante como taladro, ¿eh? No está mal. Les tengo miedo realmente. Hubiera jurado que era imposible abrir un agujero en ese mamparo, y que no había nada en la nave con qué poder abrirlo. Parece que se sentía usted verdaderamente ansioso.

—Quería matarlo. Ya está usted enterado —dices alegremente.

—Casi lo consigues.

—Oh, por favor coronel, no hubiera llegado a eso.

—Vamos —dice el coronel, soltando las correas.

—¿Adonde, señor?

—A su lata del espacio. ¿No le gustaría mirarla desde fuera?

—No está permitido a los cadetes...

—Usted puede hacerlo —dice el viejo brevemente.

Así que sales al campo de aterrizaje. La lata sigue todavía ahí.

—¿Dónde está Scampi?

El coronel te mira de un modo raro y continúa caminando. Lo sigues hasta la lata.

—Aquí, al frente.

Das la vuelta a la proa y alzas los ojos. Tiene exactamente la forma que uno puede imaginar desde dentro, excepto que se parece un poco a la fotografía de una ballena que te está guiñando el ojo. ¿Guiñando el ojo? ¡Tuerca!

Te enfureces.

—Pero ¿metieron a ese chico en un compartimiento cerrado, sin siquiera una ventanilla?

El coronel te empuja. Dos veces.

—Siéntese. En la escotilla. Estos héroes que regresan cargados de manías... ¡Siéntese!

Te sientas en el borde de la escotilla abierta.

—A veces se caen redondos cuando se los digo —continúa ásperamente el coronel—. Bueno, ¿qué le preocupa?

—Encerrar a ese chico en una cabina oscura...

—No hay tal chico. No hay tal cabina oscura. No hay ventanilla en ese lado del casco porque dentro hay un tanque de hidracina.

—Pero yo... pero nosotros... él...

—¿De dónde viene usted?

—Masólo, pero qué relación...

—¿Cómo lo llamaban a usted su madre y todos los chicos cuando tenía usted diez años y sólo pensaba en el espacio?

—Scampi. Todos... ¿Scampi?

—Así es.

Te cubres la cara.

—Dios mío. Dios mío. Recuerdo ahora... reviví mi vida, pero mi vida empezaba en el autobús, cuando aprobé los exámenes. ¿Qué es esto? Por favor... ¿qué es esto?

—Bueno, si quiere una explicación técnica le diré que lo llaman la hipótesis de Dell. Fue formulada en la década del sesenta por un analista no profesional llamado Dudley Dell que editaba, recuerdo, una revista de historias de amor. Dell...

No puedes soportarlo.

—Por favor, coronel —dices.

—Muy bien, muy bien —dice él, tranquilizándose—. Bueno, hasta ese entonces los psicólogos, particularmente los analistas, se habían estado golpeando la cabeza contra la pared en ciertos casos, y golpeándole la cabeza al paciente al mismo tiempo. Eran casos donde la conducta infantil, o los impulsos infantiles, condicionaban obstaculizaban el ambiente adulto. Algunos de aquellos primitivos exprimidores de cabezas casi ponían el dedo en la llaga cuando intentaban que el paciente dejara ese cuadro infantil. Si el paciente tenía deseos de un niño de ocho años, el doctor decía: «Muy bien, dígalo, o hágalo, como si usted tuviera ocho años». Esto era...

—Señor, coronel, señor, ¿me va a decir por favor qué diablos me pasa a mí?

—Estoy haciéndolo —dice el coronel serenamente—. Esto era más que inútil en la mayoría de los casos, pues la idea de «como si» hacía que el paciente no creyera en ese activo niño interior... un niño de ocho años tratable, y combativo. Así que cuando la conducta se hacía aún más infantil, el doctor se tiraba de la barba, o el mentón, y decía: «Mmm, esquizofrenia», dándole un susto mayúsculo al paciente. Dell acabó con todo eso.

—Dell acabó con todo eso —repites, atormentado.

—Fue algo más simple, como $E = MC^2$ o la manzana de Newton, pero, Señor, qué consecuencias.

—Señor —dices—, ¿qué consecuencias?

—Dell dirigió su terapia hacia el segmento infantil, tratándolo como un organismo consciente y vivo. El resultado fue excelente, y cambió la faz del psicoanálisis. Aquellos que actuaban de un modo infantil se comunicaron con el niño interior y lo dominaron. Ahora bien, en su caso... ¿No va a interrumpirme? Perfectamente. En su caso se recurrió a una extensión de la hipótesis de Dell. La suma total de su vida hasta que se presentó usted a los exámenes de ingreso en la Base fue detenida a los quince años. Alzamos una barrera hipnótica para que usted no tuviese acceso a la época anterior. Usted y todos los cadetes iniciaron aquí, literalmente, una nueva vida, sin nada que se refiriera al pasado. Todos los factores de su educación técnica remitían a esa misma educación. De ese modo obteníamos una mente despejada, que aprendía rápidamente. El cadete no echaba nunca de menos el pasado, pues una poderosa orden hipnótica le indicaba que no debía pensar en él.

«Cuando se intentó esto por vez primera, en la memoria de nuestros hombres no había otros hechos que los de su entrenamiento, y el progreso parecía indefinido. Bueno, no resultó. Nos encontramos con criaturas inhumanas, y enfermas. El condicionamiento de la infancia es demasiado importante para la totalidad del ser humano. No puede borrárselo de ese modo. Así que desarrollamos este nuevo sistema, el que le aplicamos a usted.

»Pero descubrimos algo peculiar. Aun los adultos sin entrenamiento previo, para quienes la vida no está dividida claramente en dos etapas —la anterior y la posterior al ingreso—, aun estos adultos soportan en mayor o menor grado esa lucha interna entre las convicciones de la infancia y la madurez. Un ejemplo exagerado sería el de una creencia infantil implícita en Santa Claus y

el conejo de Pascua que coexistiese con la negación adulta de esas leyendas. El niño (de acuerdo con Dell, y conmigo) existe siempre en uno, y lucha como un demonio por su supervivencia, con creencias y todo.

»La división entre usted y Scampi era extrema, como si hubiesen nacido en planetas diferentes. Para que fuesen un ser humano completo había que unirlos; pero antes usted y Scampi tenían que hacer las paces. Para Scampi no era difícil. Usted, aun injusto y cruel, era la imagen real y viva del héroe. Pero el camino que usted debía recorrer era bastante más duro. Sin embargo, en alguna parte, en su propio interior, descubrió usted un elemento de tolerancia y empatía, y lo utilizó como puente. Puedo decir—añadió el coronel con gravedad— que para negociar esta complicada unión se requiere un individuo particularmente dotado. No es usted un hombre común, cadete. De ningún modo.

—Scampi —murmuras. Te abres impulsivamente la camisa y te miras el pecho como si hubiese ahí algo escondido. Alzas los ojos—. Pero él... ¿me habló? No me diga que han inventado un transformador telepático con filtros de banda.

—Claro que no. Cuando alzamos la barrera entre usted y Scampi, se preparó a Scampi para que pudiese hablar subvocalmente, es decir, en el fondo de la garganta, y casi sin movimientos de labios. Le pusimos a usted quirúrgicamente un transmisor miniatura en la faringe. El botón del mamparo encendía el transmisor. Tenía que haber un botón, por supuesto. No podíamos permitir que los dos hablaran a la vez, como hace invariablemente la gente que se encuentra en un mismo recinto.

—No puedo admitirlo. No puedo. ¡Prácticamente vi al chico! Escuche, coronel, ¿pueden dejarme ese transmisor y tener el resto del aparato en mi nave estelar?

—¿Quién le dijo que le daremos una nave estelar? —gruñó el coronel.

—Bueno, pensé...

—Claro que le daremos la nave. —El coronel sonrío, aunque parece que la sonrisa le lastimara la cara.— ¿Quiere realmente que le dejemos el transmisor?

—Es un buen chico.

—Muy bien, cadete. Comandante. Puede retirarse.

El coronel se va. Te quedas mirándolo, y meneas la cabeza. Luego te metes en tu lata. Contemplas el mamparo y el botón y el dibujo en la plancha, y recuerdas que estuviste a punto de inundar tu cabina con la hidracina del tanque. Te estremeces.

—¡Eh! —llamas suavemente—. ¡Scampi!

Aprietas el botón. Oyes la onda de transmisión, y luego Scampi dice:

—Tengo sed.

Cortas la comunicación, bajas al departamento de recreo y entras en el bar.

—Una cerveza —dices—. Y échele una porción de helado de vainilla. Con dos pajitas.

—¿Está loco?—dice el hombre

—No —dices—. Oh, no.

Tiny y el monstruo

Ella tenía que estudiar a Tiny... descubrir los secretos de Tiny.

Estaban condenados a llamarlo Tiny. El nombre los había hecho reír cuando

Tiny era cachorro, y luego muchas veces.

Era un gran danés, de cola demasiado larga, y pelo castaño, lustroso y liso, ajustado al pecho y los pesados músculos del lomo. Los ojos eran grandes y marrones, y los pies, grandes y negros. Tenía una voz de trueno y un corazón diez veces más grande que él mismo.

Había nacido en las islas Vírgenes, en St. Croix, una región de palmeras y azúcar, de vientos suaves y espesos matorrales que susurraban con el paso furtivo de los faisanes y las mangostas. Había ratas al pie de las lomas, en las ruinas de las antiguas fincas, con paredes levantadas por esclavos, de un metro de ancho, y grandes arcos de piedra gastada por el tiempo. Había praderas por donde corrían los ratones campesinos, y arroyos donde centelleaban unos brillantes pececitos azules.

Pero ¿dónde había aprendido en St. Croix a ser tan raro?

Cuando Tiny era cachorro, todo pies y orejas, aprendió muchas cosas. En su mayor parte estas cosas tenían relación con el respeto. Tiny aprendió a respetar esa rápida y vengativa pieza de ingeniería llamada escorpión cuando le clavaron una cola puntiaguda en la inquisitiva nariz. Aprendió a respetar la pesada calma del aire que precede al huracán, pues advirtió que todas las criaturas del estado respondían a esa calma con prisas, ajetreos y una total obediencia. Aprendió a respetar la justicia de compartir algo, pues era apartado de la ubre y el plato cada vez que aplastaba a sus hermanos. Era el más grande.

Aprendió estas cosas, todas, como cuestiones de respeto. Nunca lo golpearon, y aunque aprendió a tener cuidado, nunca aprendió a tener miedo. El dolor que le provocó el escorpión —ocurrió sólo una vez—, las manos fuertes, pero suaves, que reprimían su codicia, la terrible violencia del huracán que seguía a los nerviosos preparativos... todo esto y mucho más le enseñó la justicia del respeto. Había entendido de algún modo una moral básica: que nunca se le pediría algo, o se le impediría algo, sin algún motivo justo. Su obediencia, por lo tanto, era absoluta, pues entraba en ella un elemento de razón, y como no estaba fundada en el miedo, sino en la justicia, no impedía el ejercicio de sus propios recursos.

Todo esto, junto con su sangre, explicaba que fuese un animal tan magnífico. No explicaba cómo había aprendido a leer. No explicaba que Alee se hubiese visto obligado a venderlo... no sólo a venderlo, sino a buscar también a Alistair Forsythe y a vendérselo a ella.

Ella tenía que descubrirlo. Todo el asunto era una locura. Ella no quería un perro. Si lo hubiese querido, no habría sido un gran danés. Y si hubiese sido un gran danés, no habría sido Tiny, pues era un perro cruceño y hubo que llevarlo en avión hasta Scardale, Nueva York.

En las series de cartas que le envió Alee había una tan maravillada persuasión como la que había mostrado el mismo Alee cuando le vendió a ella el perro. A través de estas cartas supo ella del escorpión y el huracán, la vida de cachorro de Tiny y el modo como Alee entrenaba sus perros. Era comprensible que aprendiera a la vez algo de Alee. Alee y Alistair Forsythe nunca se habían visto, pero merced a Tiny compartieron una vida más secreta que la de muchas personas que han crecido juntas.

En cuanto a por qué le he escrito a usted y no a algún otro, escribió Alee en respuesta a una pregunta directa de ella, no puedo decir que yo la haya elegido. Fue Tiny. Alguien en el barco mencionó su nombre, una tarde,

mientras tomábamos unos cócteles. Era, recuerdo, un tal doctor Schwellenbach. Viejo simpático. Tan pronto como el doctor la mencionó a usted, Tiny alzó la cabeza como si yo lo hubiese llamado. Estaba echado

* Pequeño. (N. del T.)

junto a la puerta y se incorporó y fue hacia el doctor con las orejas erguidas y olfateando. Pensé primero que el viejo le había ofrecido comida, pero no... debió de haber querido oír otra vez su nombre. Así que pregunté algo de usted. Al día siguiente le conté la escena a un par de amigos, y cuando mencioné su nombre, Tiny se acercó con un gañido y hundió la nariz en mi mano. Temblaba. Eso me decidió. Le escribí a un amigo en Nueva York, que encontró su nombre y su dirección en la guía telefónica. Conoce usted el resto. Quise contarle esto al principio, pero algo me hizo sugerir una venta. De algún modo no parecía correcto esperar que se decidiera usted sin haber conocido a Tiny. Cuando me escribió usted que no podía dejar Nueva York, no parecía quedar otra solución que enviarle a Tiny. Y ahora... no sé si esto me hace demasiado feliz. De acuerdo con estas páginas y páginas de preguntas que usted me envía, me parece que se siente usted algo más que un poco perturbada por este disparatado asunto.

Por favor, no piense que estoy perturbada, respondió ella. No lo estoy. Estoy interesada, y tengo curiosidad, y siento una cierta excitación. Pero no hay nada en esta solución que pueda asustarme. Puedo aguantar esto y mucho más. Hay algo en Tiny —a veces me parece que estuviese fuera de Tiny— que es infinitamente consolador. Me siento protegida, de un modo raro, y es algo distinto y más grande que la protección que pudiera esperar de un perro fuerte e inteligente. Es raro, y también bastante misterioso; pero no tengo miedo.

Quisiera hacerle otras preguntas. ¿No recuerda qué dijo exactamente el doctor Schwellenbach la primera vez que mencionó mi nombre y Tiny actuó de un modo tan raro? ¿Recuerda usted alguna época en que algún extraño haya podido influir en Tiny, algo que haya podido darle estas raras características? ¿Qué puede decirme de su dieta de cachorro? ¿Cuántas veces...?

La carta seguía en este tenor. Y Alee respondió, en parte:

Hace tanto tiempo ahora que no puedo recordarlo con exactitud, pero me parece que el doctor Schwellenbach hablaba en ese momento de su trabajo. Como usted sabe, el doctor es profesor de metalurgia. Mencionó al profesor Nowland como el más grande especialista en aleaciones de su tiempo; dijo que Nowland podía alear cualquier cosa con cualquier cosa. Luego citó a la asistente de Nowland. Dijo que la asistente era de una notable capacidad, producto de una verdadera investigación científica y algo así como un prodigio; y a pesar de todo esto era también absolutamente femenina y más hermosa que cualquier pelirroja que haya bajado alguna vez del cielo a la tierra. Luego dijo que se llamaba Alistair Forsythe. (Espero que no se ruborice usted, señorita Forsythe; usted lo pidió.) Y fue entonces cuando Tiny corrió hacia el doctor de aquel modo extraordinario.

Sólo una vez, creo recordar, salió Tiny del fondo, y pudo haber sido influido por algún otro: el día que el viejo Debbil desapareció con el cachorro, que tenía entonces unos tres meses. Debbil es un personaje que anda de un lado a otro por la región; es un cruceño de unos sesenta años de edad, de aspecto de pirata, tuerto, y con elefantiasis. El viejo se arrastra por los campos cumpliendo

pequeñas diligencias para cualquiera que le dé un poco de tabaco o un trago de ron. Bueno, una mañana lo mandé a la loma para ver si había alguna avería en la cañería que trae agua de la reserva. No podía tardar más de dos horas, y le dije que se llevara a Tiny para un paseíto.

Desaparecieron todo el día. Yo estaba solo y ocupado como una ardilla en un depósito de nueces y no tuve oportunidad de enviar a nadie a buscarlos. Pero aparecieron al caer la tarde. Los recibí a gritos. Era inútil preguntarle a Debbil dónde había estado; al fin y al cabo no es de muchas entendederas. Sólo me respondió que no podía acordarse, cosa en él bastante común. Pero en los siguientes tres días Tiny me preocupó realmente. No comía, y dormía apenas. Se pasaba las horas mirando por sobre los campos de caña hacia la loma. No parecía querer ir allí. Fui a echar una ojeada. No hay nada en la loma sino la reserva y las ruinas del viejo palacio del gobernador, que ha estado pudriéndose al sol durante el último siglo y medio. No queda casi nada ahora, salvo unos matorrales y un par de arcos, pero se dice que el sitio está encantado. Al fin me olvidé del asunto, pues Tiny volvió a la normalidad. En realidad, parecía mejor que nunca, aunque desde entonces se quedaba petrificado a veces y miraba la loma como si estuviese escuchando algo. No le di mucha importancia hasta ahora. Y aún no se la doy. Quizá la madre de alguna mangosta persiguió a Tiny. Quizá masticó unas hierbas de ganja... marihuana la llamaría usted. Pero dudo que tenga alguna relación con su conducta actual, tanta por lo menos como pueden tenerla esas brújulas que apuntaran al oeste. ¿Se enteró usted? No conocí nada más raro. Ocurrió el mismo día que embarqué a Tiny, el último otoño, recuerdo. Todos los barcos y veleros y aviones de aquí a Sandy Hook informaron que sus brújulas empezaban a señalar el oeste en vez del norte magnético. Afortunadamente el efecto no duró más de dos horas, así que no hubo dificultades serias. Un crucero de vapor enfiló hacia la costa, y hubo un par de accidentes entre los pesqueros de Miami. Sólo le cito esto para recordarle que la conducta de Tiny puede ser rara, pero no es nada excepcional en un mundo donde las brújulas enloquecen.

Y ella escribió, como respuesta:

Es usted un verdadero filósofo, ¿no es cierto? Cuide esa actitud fortiana, mi tropical amigo. Tiende a aceptar la idea de lo inexplicable hasta un extremo tal que las explicaciones, o aun las investigaciones, parecen inútiles. En cuanto al episodio de las brújulas, lo recuerdo muy bien, ciertamente. Mi jefe, el doctor Nowland —sí, es cierto, puede alear cualquier cosa—, estuvo realmente obsesionado con el fantástico suceso. Lo mismo le ocurrió a la mayoría de sus colegas en media docena de ciencias. Estos colegas encontraron pronto una explicación satisfactoria. Simplemente, algún fenómeno cuasimagnético había creado un campo resultante en ángulo recto con las influencias magnéticas de la misma tierra. La solución colmó de felicidad a los teóricos. Por supuesto, los prácticos —Nowland y sus asociados en metalurgia, por ejemplo— sólo tenían que descubrir el origen del campo. La ciencia es algo maravilloso.

Pasando a otro asunto. Habrá notado mi cambio de dirección. Durante mucho tiempo quise tener una casita propia, y tuve bastante suerte en conseguir que una amiga me ofreciera ésta. Está aguas arriba del Hudson, algo lejos de Nueva York, pero no demasiado como para que no sea práctica. Traeré aquí a mi madre. Quedará encantada. Y además —y es una razón muy importante cuando uno lo piensa un poco— Tiny tiene aquí sitio para correr. No es un

perro de ciudad... Casi podría decirle que Tiny encontró la casa para mí, aunque pienso a veces que estoy atribuyéndole nuevos notables poderes. Gregg y Mane Weems, la pareja que ocupaba antes la casa, empezaron a sentirse perseguidos. Así dijeron, por lo menos. Algún monstruo indescriptiblemente horrible que los dos alcanzaban a vislumbrar a veces, andaba por dentro o fuera de la casa. Mane al fin no aguantó más y le suplicó a Gregg que vendieran la casa, con hipoteca o sin ella. Vinieron directamente a mí. ¿Por qué? Porque ellos —o al menos Mane, que es en cierto modo una mujer con facultades supersensibles— tenía la idea de que alguien con un perro grande estaría a salvo en la casa. Lo más raro era que ninguno de los dos sabía que yo había comprado recientemente un gran danés. Tan pronto como vieron a Tiny se me arrojaron al cuello y me rogaron que aceptara la oferta. Mane no podía explicarse claramente; ella y Gregg habían ido a mi casa a pedirme que comprara un perro y tomara la casa. ¿Por qué yo? Bueno, ella había pensado que la casa me gustaría, eso era todo. Parecía un sitio realmente adecuado para mí. Y ya que yo tenía un perro, no podía haber más dudas. En fin, puede anotarlo en su cuaderno de cosas inexplicables.

Las cartas siguieron así la mayor parte del año. Eran largas y frecuentes, y, como ocurre a veces, Alee y Alistair intimaron de veras. Casi por accidente se descubrieron escribiendo cartas donde no se mencionaba a Tiny, aunque muchas no trataban otro tema. Y, por supuesto, Tiny no desempeñaba siempre el papel de canis superior. Era un perro —totalmente perro— y actuaba de acuerdo. Sus rarezas aparecían sólo a intervalos. Al principio sólo cuando Alistair parecía estar preparada para quedarse muda de asombro... En otras palabras, cuando ella menos lo esperaba. Luego Tiny cumplía sus curiosas hazañas exactamente en las circunstancias adecuadas. Más tarde aún, se transformaba en el superperro sólo cuando ella se lo pedía...

La casa estaba en la falda de la loma, una falda tan empinada que se veía el río, y no el ferrocarril, más cercano, y los trenes retumbaban secretamente, nunca visibles. El aire era allí nuevo y limpio, y parecía respirarse una perpetua expectación, como si alguien que hubiera llegado a Nueva York por primera vez en uno de los trenes hubiera bañado el aire con su gozo anticipado, y la casa lo hubiera recogido, respirándolo, guardándolo para siempre.

Una tarde de primavera, un auto diminuto subió trabajosamente hacia la casa por el camino de horquilla. El motorcito gruñó y se quejó en los últimos empinados tramos, y una nubecita de vapor envolvió la tapa del radiador. El coche se detuvo al pie de los escalones de color parduzco del porche, y una dama diminuta apareció deslizándose entre el asiento y el volante. Si no fuera porque llevaba un traje de mecánico de aviación, y que su primera frase —unos terrestres epítetos dirigidos al motor humeante— no fue propia de una dama ni tampoco diminuta, la mujer podía haber servido de modelo para alguna bonita tarjeta del día de la madre.

Acalorada, la mujer metió medio cuerpo dentro del coche e hizo sonar el claxon. El lastimero quejido que se oyó entonces dio el resultado esperado. Fue contestado instantáneamente por el poderoso ladrido de un gran danés en la cima de una audible agonía. La puerta de la casa se abrió bruscamente y una muchacha con pantalones cortos y chaleco tejido salió corriendo al porche. Allí se detuvo con el pelo rojo encendido a la luz del sol, la boca entreabierta y los grandes ojos de avellana ligeramente entornados, protegiéndose de la luz que reflejaba el río.

—Qué... ¡Mamá! ¡Mamá querida! ¿Eres tú? ¿Ya? ¡Tiny! —exclamó la muchacha cuando el perro salió como un bólido por la puerta abierta y se lanzó escalones abajo—. ¡Ven aquí!

El perro se detuvo. La señora Forsythe extrajo una llave inglesa de detrás del asiento del conductor y la blandió en el aire.

—Déjalo que se acerque, Alistair —dijo ceñuda—. En nombre de la razón, muchacha, ¿qué haces con semejante monstruo? Me habías dicho que tenías un perro, no un pony Shetland con garras. Si se mete conmigo le sacaré una de esas patatas de doce libras y peharemos con el mismo peso. ¿Dónde guardas la montura? Creía que había escasez de carne en esta parte de la región. Pero ¿cómo se te ocurrió compartir tu morada con este dromedario carnívoro? ¿Y qué es esto de comprar semejante granero, a cincuenta kilómetros de ninguna parte, colgado de un precipicio, con un camino escalonado y a una altura como para hervir agua a ochenta grados centígrados? Debes de tardar años en prepararte el desayuno. Veinte minutos para unos huevos, y siguen crudos. Tengo hambre. Si ese basilisco danés no se lo ha comido todo, me devoraría unos ocho sandwiches. Salami y trigo entero. Tus flores están espléndidas, criatura. Lo mismo que tú. Aunque esto no es una novedad. Lástima que tengas seso. Si no fuera así, ya te habrías casado. Una vista encantadora, querida, encantadora. Me gusta esto. Me alegra que hayas comprado la casa. Tú, ven aquí —le dijo a Tiny.

Tiny se acercó a aquel menudo y voluble espécimen con la cabeza inclinada y la cola baja. La señora Forsythe extendió una mano y dejó que Tiny se la oliera antes de golpearle levemente el lomo. Tiny movió la poco elegante cola y fue a reunirse con Alistair, que bajó corriendo los escalones.

—Mamá, eres maravillosa. —Se inclinó y besó a su madre.

—¿Qué era ese ruido horrible?

—¿Ruido? Oh, el claxon. —La señora Forsythe estaba ahora muy ocupada en levantar la capota del coche.

— Tengo un amigo en la industria del calzado. Quise ayudarlo a estimular las ventas. Preparé esto para hacer saltar a la gente. Cuando saltan se rompen los cordones. Dejan los zapatos en la calle. Miles de peatones caminando por la calle en calcetines. La gente tendría que caminar así, por otra parte. Es bueno para el arco del pie. —La mujer señaló con un ademán. Encima y alrededor del motor había cuatro grandes bocinas. Sobre la boca de cada una había un obturador, dispuesto de tal modo que giraba alrededor de su eje en ángulo recto con la bocina. Cuatro motorcitos DC abrían y cerraban los obturadores.—Así obtengo los gorjeos. En cuanto a la nota principal los cuatro suenan con intervalos de dieciséis octavos de tono. Bonito, ¿eh?

—Bonito—reconoció Alistair sinceramente—. ¡No, por favor, no hagas otra demostración! Casi le rompiste los tímpanos al pobre Tiny la primera vez.

—Oh, ¿sí? —La mujer se acercó contrita al perro.

— No lo hice a propósito, mi querido perrito, no, de veras.

—El querido perrito alzó hacia ella unos oscuros ojos castaños y golpeó el suelo con la cola.— Me gustas —dijo la señora Forsythe con decisión. Extendió valientemente una mano y tiró con cariño del flojo labio superior de Tiny—. ¡Pero mira qué colmillos! Bueno, perro, mete adentro un poco de esa lengua, o te volverás del revés, como un guante. ¿Cómo no te casaste aún, chiquilla?

—¿Y por qué no te casaste tú? —replicó Alistair.

La señora Forsythe se estiró.

—He estado casada —dijo, y Alistair advirtió que el tono casual era forzado—. De una temporada matrimonial con los caracteres de Dan Forsythe saliste tú como resultado. —La voz se hizo más suave.— Tu padre era muchas personas de calidad a la vez, nena. —La mujer se sacudió.— Vamos a comer. Quiero oír acerca de Tiny. Tus gotitas de información acerca de este perro eran más atormentadoras que el capítulo nueve de una película en serie. ¿Quién es esa criatura Alee de St. Croix? ¿Una especie de nativo... caníbal, o algo semejante? Parece simpático. Me pregunto si notaste qué simpático te parece. ¡Cielo santo, la muchacha se ruboriza! Sólo sé lo que leí en tus cartas, querida, y nunca citaste a nadie al pie de la letra salvo a Nowland, y siempre acerca de ductilidad, permeabilidad y puntos de fusión. ¡Metalurgia! ¡Una niña como tú ocupada con molibdenos y duraluminios en vez de corazones y ajuares!

—Mamá, querida, ¿no se te ocurrió nunca que quizá yo no quiera casarme? No todavía, por lo menos.

—Claro que sí. Eso no altera el hecho de que una mujer es sólo cuarenta por ciento mujer antes que alguien la quiera, y sólo ochenta por ciento mujer hasta que tiene hijos. En cuanto a ti y tu preciosa carrera, creo recordar a una cierta Marie Sklodowska a quien no le importó casarse con un tal Curie, con ciencia o sin ella.

—Querida —dijo Alistair algo exasperada mientras subían los escalones y entraban en la fresca casa—, te lo explicaré de una vez por todas. La carrera no tiene importancia. Pero sí el trabajo. Me gusta. No le encuentro sentido a casarse por el gusto de estar casada.

—Oh, por favor, criatura, yo tampoco —dijo rápidamente la señora Forsythe. En seguida, lanzándole una crítica ojeada a su hija, suspiró—. Pero es una lástima.

—¿Qué quieres decir?

La señora Forsythe sacudió la cabeza.

—Si no me entiendes, significa que algo anda mal en tu sistema de valores, y en ese caso es inútil discutir. Me gustan tus muebles. Ahora, por piedad, aliméntame y háblame de tu Hércules canino.

Moviéndose hábilmente por la cocina mientras su madre se posaba como un pájaro de ojos brillantes en una escalinata al pie de la alacena, Alistair contó la historia de las cartas de Alee y la llegada de Tiny.

—Al principio era sólo un perro. Un perro maravilloso, por supuesto, y muy bien entrenado. Nos entendimos perfectamente. No había nada notable en él fuera de su historia, o por lo menos así me parecía, y ciertamente nada indicaba... algo. Quiero decir que podía haber respondido de aquel modo a mi nombre sólo porque le gustaba el sonido.

—Es posible —dijo su madre, complacida—. Dan y yo nos pasamos semanas en un laboratorio de sonido buscándote un nombre conveniente. Alistair Forsythe. Es un hallazgo. Recuérdalo cuando lo cambies.

—¡Mamá!

—Bueno, querida, sigue con la historia.

—Pensé entonces que todo era una disparatada coincidencia. Una vez aquí, Tiny no respondió particularmente al sonido de mi nombre. Parecía tener un placer canino perfectamente normal en andar alrededor de mí, y eso era todo. «Entonces, una noche, luego de haber pasado conmigo un mes, descubrí que Tiny podía leer.

La señora Forsythe trastabilló, se tomó del borde del vertedero y se enderezó.

—¡Leer!

—Bueno, prácticamente. Yo tenía la costumbre de estudiar de noche, y Tiny se tendía frente al fuego, con el hocico entre las patas, mirándome. El asunto me divertía. Hasta tomé la costumbre de hablarle mientras estudiaba. Quiero decir, acerca del trabajo. Parecía siempre como si prestase mucha atención. Tonterías, por supuesto. O quizás era mi imaginación, pero me pareció notar que cada vez que yo me distraía o dejaba el trabajo para hacer otra cosa, Tiny se incorporaba y se acercaba a mí.

»Aquella noche particular yo trabajaba en la matemática de la permeabilidad de cierto grupo de las tierras raras. Dejé el lápiz y busqué mi Manual de física y química y sólo encontré un gran hueco en la biblioteca. El libro no estaba tampoco sobre el escritorio. Así que me volví hacia Tiny y dije, por decir algo: "Tiny, ¿qué has hecho con mi manual?"

»Tiny lanzó un gruñido sordo, como si se sintiese muy sorprendido, y fue hacia su cama. Levantó el jergón y sacó el libro. Lo tomó con los dientes —me pregunto cómo se las hubiera arreglado si fuera un scotty; es una obra bastante voluminosa— y me lo trajo.

»Yo no sabía qué hacer. Tomé el libro y lo examiné rápidamente. Estaba bastante estropeado. Aparentemente, había tratado de hojearlo con sus grandes patas. Dejé el libro y tomé a Tiny por el hocico. Lo llamé sinvergüenza de nueve modos distintos y le pregunté qué había estado buscando.

La muchacha hizo una pausa, mientras preparaba un sándwich.

-¿Y?

—Oh —dijo Alistair como si volviera de muy lejos—. No me lo dijo.

Hubo un pensativo silencio. Al fin la señora Forsythe miró hacia arriba con sus raros ojos de pájaro y dijo:

—Bromeas. Tiny no es tan inteligente.

—No me crees.

No era una pregunta.

La mujer mayor se incorporó y puso una mano en el hombro de la muchacha.

—Corderito, tu papá acostumbraba decir que sólo una cosa merecía creerse: lo que aprendes de la gente en quien confías. Te creo, por supuesto. Pero... ¿te crees tú?

—No estoy... enferma, mamá, si eso es lo que quieres decir. Deja que te cuente el resto.

—¿Pero hay más?

—Mucho más. —Alistair puso la pila de sándwiches en el aparador, al alcance de su madre. La señora Forsythe se lanzó sobre ellos con entusiasmo.— Tiny me ha estado incitando a hacer una investigación. Una investigación especial.

—¿Guíegue gasarte?

—¡Mamá! No te di esos sándwiches sólo para alimentarte. La idea era hacerte callar un poco, mientras yo hablaba.

—¡Huga! —dijo la señora alegremente.

—Bueno, Tiny no me deja trabajar en otro proyecto que no sea el que le interesa. Mamá, ¡no podré hablar si te quedas así, con la boca abierta! No... No puedo decir que no me deje hacer ningún trabajo. Pero sólo aprueba una cierta línea. Si tomo otro camino, da vueltas alrededor, me golpea el codo con el hocico, gruñe, lloriquea, y generalmente sigue así hasta que pierdo la cabeza y le digo que se vaya. Entonces va hacia la chimenea y se deja caer en el suelo. No me saca los ojos de encima. Por supuesto, se me ablanda el corazón, me

arrepiento, le pido mil perdones, y luego hago lo que quiere.

La señora Forsythe tragó saliva, tosió, bebió un poco de leche y estalló.

—¡Espera un minuto, vas demasiado rápido! ¿Qué quiere que hagas? ¿Cómo sabes que él lo quiere? ¿Puede leer, o no? ¡Habla claro, criatura!

Alistair rió alegremente.

—Pobre mamá. No te acuso, querida. No, no creo que pueda leer realmente. No muestra ningún interés por los libros o las ilustraciones. El episodio con el manual fue aparentemente un experimento que no dio resultado. Pero... distingue las diferencias entre mis libros, aun libros con la misma encuadernación, aun cuando los cambie de sitio en la biblioteca. ¡Tiny!

El gran danés se incorporó pesadamente en el rincón de la cocina, resbalando sobre el linóleo encerado.

—Tráeme el Radio básica de Hoag, ¿quieres, jovencito?

Tiny se volvió y dejó la cocina, pisando con cuidado. Le oyeron subir las escaleras.

—Temía que no lo hiciera delante de ti —dijo Alistair—. Por lo general me advierte que no diga nada de sus poderes. Gruñe. Un sábado vino a almorzar conmigo el doctor Nowland. Yo empecé a hablar de Tiny y no pude seguir. Tiny estuvo horrible. Primero gruñó y luego ladró. Fue la primera vez que lo oí ladrar dentro de la casa. Pobre doctor Nowland. Estaba asustado de veras.

Se oyó el ruido blando de las patas de Tiny en la escalera y el perro entró en la cocina.

—Dáselo a mamá —dijo Alistair.

Tiny caminó lentamente hasta el banquillo y se paró frente a la asombrada señora Forsythe. La mujer le sacó el volumen de las mandíbulas.

—Radio básica —murmuró.

—Le pedí eso porque tengo un estante entero de libros técnicos arriba, todos del mismo editor, todos del mismo color, y aproximadamente del mismo tamaño

—dijo Alistair con calma.

—Pero... pero... ¿cómo lo hace?

Alistair se encogió de hombros.

—No sé. No lee los títulos. Estoy segura. No puede leer nada. He tratado de que lea de doce modos diferentes. Le he escrito instrucciones en trozos de papel y se los he mostrado... Cosas como «Ve a la puerta» y «Dame un beso». Mira los papeles y mueve la cola. Pero si yo leo los papeles antes...

—¿Si los lees en voz alta?

—No. Oh, hará cualquier cosa que yo le pida, es cierto. Pero no tengo que decirselo. Basta que yo lo lea. Así me hace estudiar lo que quiere que yo estudie.

—¿Me estás diciendo que este behemot puede leerte el pensamiento?

—¿Qué crees tú? Te mostraré. Dame el libro.

Tiny alzó las orejas.

—Hay algo aquí acerca de las corrientes eléctricas en cobre superenfriado que no recuerdo muy bien. Veamos si a Tiny le interesa.

Alistair se sentó ante la mesa de la cocina y empezó a hojear el libro. Tiny se acercó y se sentó enfrente, con la lengua fuera, y los grandes ojos castaños fijos en la muchacha. Hubo un silencio, mientras Alistair volvía las páginas, leyendo de cuando en cuando, volviendo otras páginas. Y de pronto Tiny gimió.

— ¿Entiendes ahora lo que quería decirte, mamá? Muy bien, Tiny. Lo leeré.

Silencio otra vez mientras los almendrados ojos verdes de Alistair recorrían la

página. De repente Tiny se incorporó y tocó con el hocico la pierna de la muchacha.

—¿Hmmm? ¿La referencia? ¿Quieres que vuelva atrás?

Tiny se sentó otra vez, expectante.

—La referencia cita una parte de la primera sección sobre teoría de la electricidad —explicó Alistair. Alzó los ojos—. Mamá, léeselo tú. —La muchacha dejó la mesa y le alcanzó el libro a su madre.— Aquí. Sección cuarenta y cinco. ¡Tiny! Escucha a mamá. Adelante.

Empujó a Tiny hacia la señora Forsythe, que dijo con voz apagada:

—Cuando yo era niña le acostumbraba a leer cuentos de hadas a mis muñecas. Pensé que ya nunca volvería a eso, y aquí estoy, leyéndole un libro técnico a esta... esta catástrofe canina. ¿Leo en voz alta?

—No, no. Veamos si él entiende.

Pero la señora Forsythe no tuvo oportunidad de comprobarlo. Antes que hubiese leído dos líneas, Tiny se puso frenético. Corrió hacia la señora Forsythe y luego hacia Alistair. Se alzaba en dos patas como un caballo asustado, ponía los ojos en blanco, jadeaba, gemía. Hasta gruñó un poco.

—Pero ¿qué demonios pasa?

—Me parece que no puede comunicarse contigo —dijo Alistair—. Yo había pensado ya que está unido a mí de más de un modo, y esto es la prueba. Bueno, devuélveme el...

Pero antes que Alistair pudiera pedírselo, Tiny había saltado hacia la señora Forsythe, sacándole suavemente el libro de las manos, y se lo había llevado de vuelta a su dueña. Alistair le sonrió a su pálida madre, tomó el libro y leyó hasta que Tiny pareció perder todo interés. El perro volvió a su rincón junto al armario de la cocina y se echó bostezando.

—Fin —dijo Alistair cerrando el libro—. En otras palabras, la clase ha terminado. ¿Bueno, mamá?

La señora Forsythe abrió la boca, la cerró otra vez y meneó la cabeza. Alistair estalló en una carcajada.

—Oh, mamá —farfulló a través de la risa—. Hoy es un día histórico. ¡Te quedaste sin habla!

—No —dijo la señora Forsythe de mal humor—. Pienso... pienso que... bueno, ¡tienes razón! ¡Sí!

Cuando recobraron el aliento —pues la señora Forsythe se unió a las risas de su hija—, Alistair recogió el libro y dijo:

—Bueno, mamá, es casi la hora de mi sesión con Tiny. Oh, sí; es algo regular, y puedo asegurarte que Tiny me está llevando por sendas fascinadoras.

—¿Como por ejemplo?

—Como el viejo e imposible problema de moldear el tungsteno. Hay un modo.

—¡No digas! ¿Y vas a moldearlo... como se moldea un carácter?

Alistair arrugó la recta nariz.

—¿Has oído hablar alguna vez del hielo comprimido? ¿Agua comprimida hasta que forma un sólido a lo que es comúnmente su punto de ebullición?

—Algo recuerdo.

—Bueno, sólo necesitas bastante presión, y una cámara que pueda resistir esa presión, y un par de menudencias como un campo de alta intensidad de ene megaciclos en fase con... No me acuerdo de las cifras; de todos modos, ésa es la solución.

—«Si tuviésemos unos huevos podríamos preparar jamón con huevos, si

tuviésemos jamón» —citó la señora Forsythe—. Y además recuerdo que ese hielo comprimido se funde bastante rápidamente, así —y la mujer castañeteó los dedos—. ¿Cómo sabes que tu tungsteno moldeado, pues no podría ser tungsteno fundido, no cambiaría de estado del mismo modo?

—En eso trabajo ahora —dijo Alistair serenamente—. Vamos, Tiny. Mamá, tú puedes encontrar sola el camino, ¿no es cierto? Si necesitas algo, grita sin miedo. Esto no es una sesión espiritista.

—¿No? —murmuró la señora Forsythe mientras su hija y el perro subían las escaleras.

Sacudió la cabeza, entró otra vez en la cocina, llenó de agua un cubo y lo llevó hasta el coche, que ahora hervía a fuego lento. Rociaba cuidadosamente el radiador antes de empezar a verter el agua cuando oyó de pronto las pisadas de unas botas en el empinado camino.

Alzó los ojos y vio a un joven que subía trabajosamente en la tarde calurosa. Llevaba un viejo traje de piel de tiburón, y la chaqueta le colgaba de un brazo. A pesar de su ajada apariencia, caminaba firmemente, y el pelo rubio y rizado le brillaba a la luz del sol. Se acercó a la señora Forsythe y le echó una sonrisa que era todos ojos azules y dientes blancos.

—¿La casa de los Forsythe? —preguntó con una resonante voz de barítono.

—Eso es —dijo la señora Forsythe, descubriendo que tenía que volver la cabeza de un lado a otro para ver los hombros del desconocido. Sin embargo podían haberse intercambiado los cinturones.

—Debe de sentirse como este Canguro Azul —dijo ella, palmeteadando el flanco asado de su menuda cabalgadura—. Se coció en seco.

—¿Llama al coche Canguro Azul? —dijo el hombre. Colgó la chaqueta en la portezuela y se secó la frente con un pañuelo que para el experimentado ojo de la señora Forsythe era de puro hilo.

—Así es —dijo ella, dominándose para no hacer un comentario sobre el leve pero extraño acento del joven—. Es estrictamente un asunto de embrague. Suelta usted el pedal y el coche echa a correr. Lo suelta una fracción de centímetro más y se lanza adelante como un rayo. Retrocede usted a cada momento para recobrar la cabeza, que ha quedado atrás. Hay que llevar una botella de colodión y un par de tablillas para poner la cabeza en su sitio. Se muere usted de hambre y no puede comer porque le falta la cabeza. ¿Qué lo trae por aquí?

El joven sacó como respuesta un sobre amarillo, mirando solemnemente el cuello y la cabeza de la mujer, y luego el coche, con la cara inmóvil y los ojos entornados de placer.

La señora Forsythe echó una ojeada al sobre.

—Oh. Telegrama. Ella está adentro. Se lo daré. Entre y le serviré algo. No se aguanta el calor. ¡No se limpie así los zapatos! ¡Es suficiente para desarrollarle a usted un complejo de inferioridad! Invite usted a un hombre, pero con el polvo que trae en los zapatos. Es un polvo bueno y honesto y aquí no cultivamos pisos relucientes. ¿Le tiene usted miedo a los perros?

El joven rió.

—Los perros me hablan, señora.

La mujer lo miró rápidamente; iba a decir que allí por lo menos eso podía ser cierto, pero lo pensó mejor.

—Siéntese —ordenó. Trajo un espumoso vaso de cerveza y lo puso junto a él—. La haré bajar para que firme el recibo. —El hombre dejó el vaso que

había llevado a la boca, empezó a hablar, descubrió que estaba solo en el cuarto, se rió francamente, se enjugó el bigote y se hundió otra vez en el vaso. La señora Forsythe oyó la risa, sonrió con una mueca meneando la cabeza y fue directamente hacia el estudio de Alistair.

—¡Alistair!

—¡Dejemos esto de la ductilidad del tungsteno, Tiny! No seas terco. Los números son números y los hechos son hechos. Creo entender adonde quieres llevarme. Sólo puedo decirte que si esto es posible, no creo que exista el equipo necesario. Espera unos años y te alquilaré una fábrica de energía nuclear. Temo que hasta entonces...

—¡Alistair!

—... no haya simplemente... ¿Eh? ¿Sí, mamá?

—Telegrama.

—Oh. ¿De quién?

—No sé, pues mis poderes de adivinación son un cuarenta y uno por ciento menores que los de ese perro que tienes ahí. En otras palabras, no abrí el telegrama.

—Oh, mamá, eres tonta. Por supuesto que podías... Oh, bueno, dámelo.

—No lo tengo. Está abajo con el hijo del Discóbolo, que fue quien lo trajo. Nadie —dijo en éxtasis— tiene derecho a estar quemado con pelo de ese color.

—¿De qué estás hablando?

—Baja y firma el telegrama y compruébalo tú misma. Descubrirás el sueño de una doncella con la cabeza dorada metida en un vaso de cerveza, acalorado y sudoroso luego de sus nobles esfuerzos por alcanzar esta cima sin cuerdas ni picos, sin otra guía que su corazón puro y la Western Union.

—Ocurre que el sueño de esta doncella es el tratamiento del tungsteno —dijo Alistair con cierta irritación. Miró tristemente su hoja de trabajo, dejó el lápiz, y se puso de pie—. Quédate aquí, Tiny. Volveré tan pronto como triunfe sobre el último esquema de mi madre. Pretende que le salga al paso en el camino hacia el matrimonio a algún joven macho. —Se detuvo en la puerta.

— ¿No te quedas aquí, mamá?

—Sácate ese pelo de la cara —dijo su madre, ceñuda

— No. No me perderé esto por nada del mundo. Y no hagas juegos de palabras delante de ese joven. Eso es prácticamente lo único en el mundo que considero vulgar.

Alistair bajó las escaleras y caminó por el corredor que llevaba a la cocina. Su madre la seguía pisándole los talones, arreglándole el pelo, tironeándole la chaqueta. Cruzaron la puerta casi juntas. Alistair se detuvo y se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos.

Pues el joven se había incorporado y, aún con las huellas de espuma en los labios, la miraba con la mandíbula inferior estúpidamente caída, la cabeza un poco echada hacia atrás, los ojos entornados como ante una luz demasiado brillante. Y durante un rato pareció como si todos en el cuarto se hubiesen olvidado de respirar.

— ¡Bueno! —estalló al fin la señora Forsythe—. Querida, has hecho una conquista. Eh, vamos, el pecho adelante, la barbilla levantada.

—Le ruego que me disculpe —dijo el joven, y la frase pareció más una expresión familiar que una afectación.

—Por favor, mamá —dijo Alistair recobrándose con rapidez.

Se adelantó y recogió el telegrama de la mesa de la cocina. Su madre la

conocía bastante y advertía que a Alistair no le temblaban las manos sólo gracias a un notable esfuerzo. Saber si ese esfuerzo pretendía ocultar fastidio, embarazo o algo enteramente bioquímico podía dejarse para más tarde. Mientras tanto la señora Forsythe disfrutaba tremendamente de la situación.

—Espere, por favor —dijo Alistair fríamente—. Puede haber una respuesta.

El joven meneó simplemente la cabeza. Estaba aún un poco aturdido por la aparición de Alistair, como muchos otros jóvenes lo habían estado antes. Pero mientras miraba cómo Alistair abría el telegrama, le asomó otra vez a los labios aquella asombrosa sonrisa.

—¡Mamá! ¡Escucha! «Llegué esta mañana y espero encontrarla en su casa. El viejo Debbil murió en accidente, pero recobró memoria antes de morir. Tengo información que puede aclarar misterio... o agravarlo. Espero verla, pues no sé qué pensar. Alee.»

—¿Cuántos años tiene ese salvaje tropical? —preguntó la señora Forsythe.

—No es un salvaje y no sé cuántos años tiene y no entiendo a qué viene esto. Creo que tiene mi edad, o un poco más.

Alistair alzó unos ojos brillantes.

—Terrible rival —le dijo la señora Forsythe al mensajero, consolándolo—. No ha llegado en buena hora.

—Yo... —dijo el joven.

—Mamá, tenemos que preparar algo para comer. ¿Crees que podrá quedarse? ¿Dónde está mi vestido verde con...? Oh, no sabes. Es nuevo.

—Oh, entonces las cartas no trataban sólo del perro —dijo la señora Forsythe sonriendo y mostrando los dientes.

—Mamá, eres imposible. Esto es... es importante.

Alee... es...

La señora Forsythe asintió.

—Importante. Es lo que yo quería decir.

—Yo... —dijo el joven.

Alistair se volvió hacia él.

—Espero que no piense que estamos totalmente locas. Siento que haya tenido que subir hasta aquí

—dijo.

Fue hasta el aparador y sacó una moneda de un azucarero. El joven la tomó gravemente.

—Gracias, señora. Si no le importa, guardaré esta moneda de plata hasta el día de mi muerte.

—Es usted bien... ¿Qué?

El joven pareció todavía más alto.

—Agradezco de veras su hospitalidad, señora Forsythe. Pero está usted en desventaja y debo corregir la situación.

Se puso entre los labios un índice doblado y emitió un increíble silbido.

—¡Tiny! —rugió—. ¡Ven aquí y preséntame!

Del piso alto vino la respuesta de un rugido, y Tiny bajó atropellándose, pataleó desordenadamente al girar al pie de las escaleras y se precipitó por el piso pulido para caer alegremente sobre el joven.

—Ah, bestia —canturreó él, sacudiendo feliz la cabeza del perro, y añadió con una voz más grave

—Has prosperado aquí con las señoras, estúpido caballo. Me alegro, me alegro de veras. —Sonrió con una mueca a las dos asombradas mujeres. —

Perdónenme —dijo mientras aporreaba a Tiny, le tiraba de las orejas, lo apartaba, le apretaba las mandíbulas—. Ante todo, la señora Forsythe no me dio oportunidad de hablar al principio, y luego me dejé arrastrar por el equívoco. Alee es mi nombre, y el telegrama me lo dio el verdadero mensajero, a quien encontré al pie de la loma, sudoroso y suspirando.

Alistair se cubrió la cara con las manos.

—Oh —dijo.

La señora Forsythe chillaba de risa. Cuando recobró la voz preguntó:

—¿Cuál es su apellido, joven?

—Sandersen, señora.

—¡Mamá! ¿Por qué le preguntaste eso?

—Por razones de eufonía —dijo la señora Forsythe guiñando un ojo—. Alexander Sandersen. Muy bien, Alistair...

—¡Basta! Mamá, no te atreverás...

—Iba a decir, Alistair, que si tú y tu huésped me disculpan, volveré a mi tejido.

La mujer fue hacia la puerta. Alistair lanzó a Alee una mirada aterrada y exclamó:

—¡Mamá! ¿Qué estás tejiendo?

—Mis planes, querida. Te veré luego.

La señora Forsythe rió entre dientes y desapareció.

Alee tardó casi una semana en enterarse de las últimas hazañas de Tiny, pues Alistair le contó todo muy minuciosamente. Nunca parecía haber bastante tiempo para explicaciones y anécdotas, tan rápidas volaban las horas cuando él y Alistair estaban juntos. Algunos días iba a la ciudad, y salía con Alistair por la mañana y se pasaban el día comprando herramientas y equipos para la plantación. Nueva York le parecía una ciudad maravillosa —había estado allí sólo una vez— y Alistair descubrió que se sentía como dueña del lugar, y le mostraba todo como si sacase tesoros de un cofre. Después de estas salidas Alee se quedaba en la casa un par de días. Se ganó para siempre el cariño de la señora Forsythe quitando, limpiando y arreglando el embrague del Canguro Azul, simplificando los controles del refrigerador de gasolina de modo que se lo pudiese calentar sin complicadas operaciones, y poniendo una viga bajo el rincón del porche que amenazaba derrumbarse.

Y las sesiones con Tiny fueron recomenzadas e intensificadas. Alee asistió a una y al principio el perro pareció algo incómodo, pero antes de media hora ya se había tranquilizado. Desde entonces interrumpió cada vez más a Alistair para volverse hacia Alee. Aunque aparentemente no podía leerle los pensamientos a Alee, daba muestras de entender perfectamente cuando Alee hablaba con Alistair. Y al cabo de unos pocos días ella aprendió a aceptar estas interrupciones, pues aceleraban evidentemente la investigación. Alee ignoraba casi totalmente la teoría con que trabajaba Alistair, pero tenía una mente clara, rápida y eficiente. No era un teórico, y eso ayudaba. Era en verdad uno de esos raros ingenios que parecen intuir certeramente las leyes de causa y efecto. La reacción de Tiny era de aprobación. Por lo menos las ocasiones en que Alistair perdía el rastro de las intenciones de Tiny eran cada vez más raras. Alee sabía instintivamente hasta qué punto debían retroceder, y luego cómo localizar el punto donde se habían extraviado. Y poco a poco empezaron a entender qué buscaba Tiny. Y también el porqué y el cómo de esa búsqueda. La experiencia de Alee con el viejo Debbil fue una buena pista. Fue por lo menos suficiente para que Alee siguiese buscando una posible

solución a la extraña necesidad del extraño animal.

—Ocurrió junto al molino de azúcar —le dijo a Alistair, luego de haberse enterado de la increíble conducta del perro y mientras intentaban determinar el porqué y el cómo—. Debbil me llamó desde el canal que lleva la caña a los transportadores.

—Patrón —me dijo—, eso no es nada seguro. —Y me señaló los engranajes que mueven el transportador. La máquina tiene unos dientes bastante largos, señorita Alistair, de unos veinticinco centímetros, que trabajan con unos piñones. Es una máquina vieja, pero fuerte y adecuada. Debbil había notado que el eje de los piñones oscilaba un poco.

—Eres un viejo maniático, Debbil —le dije.

—No, patrón —me contestó—. Mire, esa cosa de los dientes. No es nada seguro. Le mostraré. —Y antes que pudiera moverme, o pensar, alzó la cubierta y metió la mano. Los engranajes le arrastraron el brazo y se lo arrancaron casi, a la altura del hombro. Le pido humildemente perdón, señorita Alistair.

—S-siga —dijo Alistair, a través de su pañuelo.

—Bueno, Debbil era un viejo idiota, ciertamente, y murió como había vivido, en paz descanse. Era viejo y lo habían devorado la malaria y la elefantiasis y otras cosas parecidas, y ni siquiera el doctor Thetford pudo salvarlo. Pero ocurrió algo extraño. Agonizaba, y toda la aldea se había reunido en la puerta haciendo planes para el velatorio, cuando me mandó llamar. Corrí, y debería haber visto usted cómo me sonrió cuando crucé el umbral.

Alee se vio otra vez en la casa de paredes de adobe, con el aire enrarecido bajo el techo de hojas de palmera, y el resplandor de la lámpara de petróleo que habían puesto en el alféizar para que el viejo muriese junto a la luz. Alee continuó con una voz grave:

—¿Cómo se siente, Debbil? —le pregunté.

—Patrón, estoy perdido —me dijo—, pero se me iluminó la cabeza.

—Bueno, cuénteme, Debbil.

—Patrón, la gente dice que el viejo Debbil no puede recordar el sabor de un mango mientras lo pela. Dicen que ni recuerda su propia casa si falta de ella tres días.

—Chismes, Debbil.

—Verdades, patrón. Nadie da un centavo por mi cabeza. Pero, patrón, recuerdo algo ahora, muy claro, y usted tiene que saberlo. Patrón, el día que fui al agua vi un aparecido en las piedras del palacio del gobernador.

—¿Un aparecido? —preguntó la señora Forsythe.

—Sí, un fantasma, señora. Los crúcenos son muy supersticiosos. ¡Tiny! ¿Qué te pasa, chico?

Tiny gruñó otra vez. Alee y Alistair se miraron.

—No quiere que usted siga hablando.

—Escúcheme. Quiero que Tiny entienda esto. Soy su amigo. Quiero ayudarla a usted a que lo ayude. Tiny quiere que se entere tan poca gente como sea posible. No le diré nada a nadie sin su permiso.

—¿Y bien, Tiny?

El perro, de pie, movía inquieto la cabeza, mirando primero a Alistair y luego a Alee. Al fin emitió un sonido, que podía ser la traducción sonora de un encogerse de hombros, y se volvió hacia la señora Forsythe.

—Mamá es parte de mí —dijo Alistair firmemente—. Y así ha de ser. No hay

otra alternativa. —Se inclinó hacia adelante.

— No puedes hablar con nosotros. Sólo puedes indicarnos lo que quieres decir y hacer. Creo que la historia de Alee nos ayudará a saber lo que quieres y a conseguirlo más rápidamente. ¿Entiendes?

Tiny la miró largo rato, dijo: «Guff» y se echó en el suelo con el hocico entre las patas y los ojos clavados en Alee.

—Creo que al fin vamos a alguna parte —dijo la señora Forsythe—. Y debo añadir que esto se debe principalmente a la convicción que tiene mi hija de que es usted un hombre maravilloso.

—¡Mamá!

—Bueno, atrévete a negarlo. ¡Están ruborizados los dos!

—exclamó la señora Forsythe.

—Continúe, Alee —dijo Alistair con voz ahogada.

—Gracias. El viejo Debbil me contó una hermosa historia de las cosas que había visto en las ruinas. Una gran bestia, sí, y sin forma, y con una cara tan fea como para enloquecerlo a uno. Pero por algún motivo uno se «sentía bien» junto a la bestia. Debbil dijo que fue un milagro, pero no tuvo miedo. «Era todo húmedo, patrón», me dijo Debbil, «como una babosa, y el ojo que tenía daba vueltas y temblaba, y yo estaba allí sintiéndome como una novia en el altar, sin ningún miedo». Bueno, pensé que el viejo deliraba, y además siempre lo habíamos considerado un poco loco. Pero la historia era muy clara, y en ningún momento se detuvo a pensar. Me pareció que todo era cierto.

«Debbil dijo que Tiny se acercó a la bestia y que la bestia se dobló sobre él como una gran ola marina. Se cerró sobre él, y Debbil se quedó allí como clavado a la tierra todo el día, sin miedo, y sin sentir ningún deseo de irse. Ni siquiera aquella cosa que estaba en los matorrales entre las piedras lo sorprendía.

»Dijo que era un submarino, grande como la casa de la plantación, y sin ninguna marca en la superficie salvo la parte de vidrio, en el sitio donde tienen la boca los tiburones.

»Y cuando el sol empezó a caer la bestia se estremeció y retrocedió, y apareció Tiny. Se acercó a Debbil, y la bestia se sacudió, y el aire pesaba con los esfuerzos del monstruo, que trataba de hablar. Una nube se le formó en el cerebro a Debbil y oyó una voz. "Una voz sin palabras, patrón, sin sonidos, pero decía que me olvidase. Decía que me fuera y olvidase." Y lo último que vio el viejo Debbil mientras se volvía para irse fue que la bestia se derrumbaba, como muerta por el esfuerzo que había hecho. "Y la nube me siguió en la cabeza, patrón, desde ese día. Estoy perdido ahora, pero la nube se fue y Debbil recuerda la historia." —Alee se reclinó en la silla y se miró las manos.— Eso fue todo. Debió de haber ocurrido hace unos quince meses, poco antes que Tiny empezara a mostrarse raro. —Respiró con fuerza y alzó los ojos.— Quizá yo sea muy crédulo. Pero conocía muy bien al viejo Debbil. Nunca en su vida pudo inventar una historia semejante. Me molesté en ir yo mismo hasta el palacio del gobernador, después del entierro. Puedo haberme equivocado, pero algo grande estuvo posado en aquellos matorrales, pues estaban aplastados en un diámetro de unos treinta metros. Bueno, ésta es la historia. La historia de un hombre supersticioso e ignorante, que murió a causa de un terrible accidente y de muchos años de enfermedad.

Hubo un largo silencio, y al fin Alistair se echó hacia atrás el rojo pelo brillante y dijo:

—No es Tiny, de ningún modo. Es... es algo fuera de Tiny. —Miró al perro, con los ojos muy abiertos.— Y no me importa.

—Tampoco le importó a Debbil, cuando lo vio —le dijo Alee gravemente.

La señora Forsythe estalló.

—¿Qué hacemos aquí sentados mirándonos como tontos? No me contesten; yo les explicaré. Todos nosotros podemos imaginar una historia que ordene los hechos, y todos callamos por miedo al ridículo. Una historia que se acomodase a estos hechos sería realmente una sorpresa.

—Bien dicho —dijo Alee con una sonrisa—. ¿Quiere explicarnos su idea?

—Pobre víctima —murmuró Alistair.

—Niña, no seas impertinente. Por supuesto, me complacerá mucho explicársela, Alee. Pienso que el buen Señor, en su infinita misericordia, ha decidido que es hora de que Alistair recobre el sentido, y sabiendo que sería necesario un milagro cuasi científico, preparó éste...

—Un día —dijo Alistair fríamente—, barreré tu verbosidad y tu sentido del humor de un solo golpe.

La señora Forsythe sonrió con una mueca.

—Hay momentos buenos para chistes, querida, y éste es uno. Odio ver a gente solemne solemnemente sentada y abrumada. ¿Qué piensa de todo esto, Alee?

Alee se tironó una oreja y dijo:

—Sugiero que Tiny decida. Es asunto suyo. Sigamos trabajando y no olvidemos lo que hemos aprendido.

Ante el asombro de todos, Tiny se precipitó sobre Alee y le lamió la mano.

La explosión llegó seis semanas después de la llegada de Alee. (Oh, sí, se quedó seis semanas y aún más. Tardó bastante en idear algunos trámites que debía hacer en Nueva York para quedarse tanto tiempo, pero después de seis semanas era casi un miembro de la familia y no necesitaba excusas.) Había inventado un código de señales para Tiny, de modo que el perro pudiese añadir algo a las conversaciones. «Ahí está, señora —explicó—. Como una mosca en la pared viéndolo todo y oyéndolo todo, y sin decir una palabra. Imagínesse en esa situación, tan interesada como está usted en la charla.» Para la señora Forsythe realmente la imagen mental era demasiado vivida. De modo que la investigación propiciada por Tiny quedó postergada cuatro días mientras buscaban un código. Pronto abandonaron la idea de un guante con un lápiz de bolsillo, para que Tiny pudiese escribir un poco, y otros dispositivos similares. El perro no estaba organizado simplemente para esos trabajos minuciosos; y además no daba muestras de entender los símbolos escritos o impresos. Sólo los entendía a través del pensamiento de Alistair.

El plan de Alee era más simple. Cortó algunas formas de madera: un disco, un cuadrado, un triángulo. El disco significaba «sí», o cualquier otra afirmación, según el contexto. El cuadrado era «no», o cualquier negación. El triángulo indicaba una pregunta o un cambio de tema. La cantidad de información que Tiny podía proporcionar moviendo una u otra de estas formas era asombrosa. Una vez determinado el tema de discusión, Tiny se instalaba entre el disco y el cuadrado de modo que bastaba que moviera la cabeza a un lado o a otro para indicar «sí» o «no». Se habían acabado las exasperantes sesiones en que perdían la pista de la investigación y había que volver atrás. Las conversaciones eran ahora así:

—Tiny, quiero hacerte una pregunta. Espero que no la juzgues demasiado personal. ¿Puedo?

Así hablaba Alee, infinitamente cortés con los perros. Siempre había reconocido la innata dignidad de estos animales.

Tiny respondía sí moviendo la cabeza hacia el disco.

—¿Tenemos razón al suponer que tú, el perro, no eres quien se comunica con nosotros, que eres sólo un médium?

Tiny señaló el triángulo.

—¿Quieres cambiar de tema?

Tiny titubeó, luego fue hacia el cuadrado. No.

—Indudablemente, quiere algo de nosotros antes de discutir el asunto. ¿No es así, Tiny? —dijo Alee.

Sí.

—Ya le dimos de cenar, y no fuma—dijo la señora Forsythe—. Pienso que quiere asegurarse de que guardaremos el secreto.

Sí.

—Bien, Alee, es usted maravilloso —dijo Alistair—. Mamá, deja de sonreír. Sólo quería decir...

—No digas más, criatura. Cualquier explicación será una desilusión para Alee.

—Gracias, señora —respondió Alee gravemente, con aquella expresión divertida en los ojos. Se volvió hacia Tiny—. Bueno, ¿qué dices? ¿Eres un superperro?

No.

— ¿Quién...? No, no contestará a eso. Retrocedamos un poco. ¿Es cierta la historia del viejo Debbil?

Sí.

—Ah. —Alee, Alistair y su madre se miraron.— ¿Dónde está ese... monstruo? ¿Aún en St. Croix?

No.

—¿Aquí?

Sí.

—¿Quieres decir aquí, en la casa?

No.

—¿Cerca?

Sí.

—¿Cómo podemos descubrir dónde sin nombrar todos los lugares de los alrededores? —preguntó Alistair.

—Ya sé —dijo la señora Forsythe—. Alee, de acuerdo con Debbil, ese «submarino» era bastante grande, ¿no es cierto?

—Sí, señora.

—Bien. Tiny, ¿tiene él... eso... la nave aquí también?

Sí.

La señora Forsythe extendió las manos.

—No hay dudas, entonces. Sólo hay un lugar donde puede ocultarse un objeto como ése.

Señaló con la cabeza la pared oeste de la casa.

—¡El río! —exclamó Alistair—. ¿Es así, Tiny?

Sí. Y Tiny señaló inmediatamente el triángulo.

—¡Espera! —dijo Alee—. Tiny, perdón, pero quiero hacerte otra pregunta. Poco después de que salieras para Nueva York, ocurrió algo con las brújulas, todas apuntaron al oeste. ¿Fue a causa de la nave?

Sí.

—¿En el agua? : No.

—¡Pero esto es pura ciencia ficción! —dijo Alistair—. Alee, ¿la ciencia ficción llega a los trópicos?

—Ah, señorita Alistair, no bastante a menudo, ciertamente. Pero la conozco bien. Las naves del espacio son como un cuento de Mi madre la Oca para mí. Pero hay aquí una diferencia. En todas las historias que he leído, cuando una bestia viene del espacio, es para matar y conquistar; y sin embargo... no sé por qué, pero sé que esta criatura no intenta nada parecido. Más aún, nos desea bien.

—Siento lo mismo —dijo la señora Forsythe pensativamente—. Hay algo así como una nube protectora que parece rodearnos. ¿Tiene esto sentido para ti, Alistair?

—Sí, y desde hace tiempo —dijo Alistair con convicción. Miró reflexivamente a Tiny—. Me pregunto por qué... no se muestra. Y por qué sólo puede comunicarse por mi intermedio. ¿Y por qué yo?

—Diría, señorita Alistair, que usted fue elegida a causa de la metalurgia. En cuanto a por qué nunca vemos a la bestia, bueno, ella tendrá sus razones. Y éstas deben de ser bastante buenas.

Día tras día, y fragmento tras fragmento, consiguieron y dieron información. Muchas cosas siguieron siendo un misterio, pero, extrañamente, no parecía haber mucha necesidad de hacerle a Tiny demasiadas preguntas. La atmósfera de confianza y buena voluntad que los rodeaba no sólo hacía que las preguntas pareciesen innecesarias, sino hasta rudas.

Y día tras días, poco a poco, una imagen empezó a formarse entre las hábiles manos de Alee. Era una pieza metálica, de forma bastante simple, pero con unos conductos y una cámara en su interior. Había sido diseñada aparentemente para sostener y proteger un eje metálico. No había ninguna abertura en la cámara central; sólo la del eje. El eje giraba; lo movía algo que había dentro de la cámara. Este punto fue muy discutido, una y otra vez.

—¿Por qué los conductos? —se quejó Alistair, mesándose los cabellos llameantes—. ¿Por qué carboloy? ¿Y por qué, en nombre de Nemo, tungsteno?

Alee se quedó mirando largo rato el dibujo. De pronto se golpeó la frente.

—Tiny, ¿hay radiación dentro de la cámara? Quiero decir: ¿material peligroso? Sí.

—Ésa es la solución entonces —dijo Alee—. Tungsteno para proteger la radiación. Metal fundido, uniforme. Los conductos en las aberturas del eje... Mire, hay unas placas en el eje que deben de insertarse entre los conductos.

—Y nada que vaya a ninguna parte, y ninguna parte a donde pueda ir algo, excepto el eje por supuesto. ¡Y además es imposible moldear de ese modo el tungsteno! Quizá pueda hacerlo el monstruo de Tiny, pero no nosotros. Quizá con un fundente adecuado y suficiente energía... pero es absurdo. El tungsteno no se funde.

—Y no podemos construir una nave del espacio. ¡Debe de haber un modo!

—No con la técnica de hoy, y no con el tungsteno —dijo Alistair—. Tiny nos da simplemente indicaciones como las que daríamos nosotros a la panadería de la esquina si quisiésemos una tarta de boda.

—¿Por qué dijo «una tarta de boda»?

—¿Usted también, Alee? ¿No basta con mamá? —Pero Alistair no dejó de sonreír.— En cuanto al fundido... me parece que nuestro misterioso amigo está

en la situación de un aficionado a la radio que conoce todas las partes de su aparato, cómo está hecho, cómo y por qué funciona. De pronto una lámpara estalla, y descubre que no puede comprar otra. Y la única solución es fabricarla él mismo. Aparentemente la bestia de Tiny se encuentra ante ese problema. ¿Qué dices, Tiny? ¿Le falta a tu amigo una parte que él nunca fabricó?

Sí

—¿Y la necesita para salir de la Tierra? ¡

Sí.

—¿Cuál es la dificultad? —preguntó Alee—. ¿No puede alcanzar la velocidad necesaria?

Tiny titubeó, y señaló el triángulo.

—O no quiere hablar de eso, o no tiene relación con el asunto —dijo Alistair—. No importa. Nuestro problema principal es el fundido. No puede hacerse. Nadie puede hacerlo, por lo menos en este planeta, me parece, y estoy bastante informada. ¿Tiene que ser tungsteno, Tiny?

Sí

—¿Tungsteno para qué? —preguntó Alee—. ¿Cómo coraza para la radiación?

Sí.

Alee se volvió a Alistair.

—¿No hay algo con qué reemplazarlo?

Alistair meditó un rato mirando el dibujo.

—Sí, varias cosas —dijo pensativamente. Tiny la miraba, inmóvil. Pareció derrumbarse cuando la muchacha se encogió de hombros y dijo—: Pero no nada con paredes tan delgadas. Una pared de plomo de un metro de ancho podría servir, y tendría la resistencia mecánica necesaria. Pero sería indudablemente demasiado grande. Berilio...

Al oír la palabra Tiny se incorporó y pisó el cuadrado. Un enfático no.

—¿Y alguna aleación?—preguntó Alee.

—¿Bueno, Tiny?

Tiny fue hacia el triángulo. Alistair meneó la cabeza.

—No sé. No se me ocurre ninguna. Le preguntaré al doctor Nowland. Quizás...

Al día siguiente, Alee se quedó en la casa y se pasó el día discutiendo alegremente con la señora Forsythe y construyendo un emparrado. Fue una radiante Alistair la que volvió a la casa aquel atardecer.

—¡Lo conseguimos! ¡Lo conseguimos! —canturreó mientras entraba bailando en la casa—. ¡Alee! ¡Tiny! ¡Vengan!

Corrieron al estudio. Sin quitarse la boina verde con la pluma anaranjada casi del color de su pelo, Alistair amontonó cuatro libros y se puso a hablar animadamente.

—Molibdeno áureo. Tiny, ¿qué te parece? ¡Oro y molibdeno III pueden ser la solución! ¡Escucha!

Y se puso a enumerar datos espectrales, fórmulas en letras griegas y comparaciones de resistencias de material. Alee, mareado, se quedó mirándola, sin escuchar. Mirarla era un placer cada vez mayor.

Cuando Alistair calló, Tiny se alejó de ella y se echó en el piso con la mirada clavada en el espacio.

—¡Bueno! —dijo Alee—. Mire, señorita Alistair. La primera vez que lo veo pensar algo.

—Calle. No lo molestemos entonces. Si ésta es la respuesta, y nunca lo pensó antes, tiene bastante trabajo. Vaya a saber con qué ciencia fantástica tendrá

que comparar mis datos.

—Comprendo. Por ejemplo... bueno, suponga que destrozamos un avión en la selva brasileña y necesitamos un nuevo cilindro hidráulico para el tren de aterrizaje. Entonces uno de los nativos nos muestra un trozo de palo hacha y tenemos que averiguar si puede servirnos.

—Algo parecido —susurró Alistair—. Yo...

Tiny la interrumpió. Saltó de pronto y corrió hacia ella, y le besó las manos, cometiendo luego la prohibida enormidad de ponerle las patas en los hombros, volviendo de prisa a las formas de madera y moviendo el disco con el hocico, el símbolo de sí. Movía la cola como un metrónomo.

La señora Forsythe entró en pleno alboroto y preguntó:

—¿Qué pasa aquí? ¿Quién transformó a Tiny en un derviche? ¿Qué le dieron de comer? No me lo digan. Déjenme... No le habrán solucionado el problema. ¿Qué van a hacer? ¿Le comprarán una varita mágica?

—Oh, mamá. ¡Lo conseguimos! Una aleación de molibdeno y oro. Puedo encargarme de la aleación y hacerla fundir en poco tiempo.

—Bueno, criatura, bueno. ¿Vas a fundir todo? —preguntó la mujer señalando el dibujo.

—Claro, sí.

—Hum.

—¡Mamá! ¿Puedo preguntarte por qué dijiste «hum» en ese tono?

—Puedes preguntarlo, querida. ¿Quién va a pagar?

—Pero eso... yo... oh. ¡Oh!—dijo horrorizada, y corrió hacia el dibujo.

Alee se acercó y miró por encima del hombro de Alistair. La muchacha hizo unas cuentas en un rincón del dibujo, emitió otro «oh» y se sentó compungida.

—¿Cuánto? —preguntó Alee. —Lo sabré mañana —respondió Alistair con un suspiro—. Conozco mucha gente. Puedo obtenerlo al costo... quizá. —Miró tristemente a Tiny. El perro se acercó y le puso la cabeza sobre las rodillas y ella le tironeó las orejas.— No te abandonaré, mi querido —murmuró.

Averiguó el precio a la mañana siguiente. Algo más de trece mil dólares.

—Quizá puedas indicarnos dónde conseguir el dinero —dijo Alistair como si esperara que el perro extrajera una billetera.

Tiny gimió, lamió la mano de Alistair, miró a Alee, y se echó en el suelo.

—¿Y ahora? —preguntó Alee.

—Ahora prepararemos algo de comer —dijo la señora Forsythe alejándose hacia la puerta.

Los otros iban a seguirla cuando Tiny se incorporó de un salto y corrió ante ellos. Se detuvo en el umbral y lloriqueó. Cuando Alistair se acercó, se puso a ladrar.

—Calla, ¿qué pasa, Tiny? ¿Quieres que nos quedemos aquí un rato?

—Eh, ¿quién manda aquí? —quiso saber la señora Forsythe.

—Él manda —dijo Alee, y supo que había hablado por todos.

Se sentaron. La señora Forsythe en el sofá del estudio, Alistair a su escritorio, Alee ante la mesa de dibujo. Pero Tiny no aprobaba aparentemente la distribución. Sumamente excitado corrió hacia Alee, lo empujó con la cabeza, se precipitó hacia Alistair, tomándola suavemente por la muñeca y tironeando de ella hacia Alee.

—¿Qué ocurre, amigo?

—Parece un casamentero —señaló la señora Forsythe.

—Tonterías, mamá —dijo Alistair ruborizándose—.

Quiere que Alee y yo cambiemos de lugar. Eso es todo.

—Oh —dijo Alee y fue a sentarse junto a la señora Forsythe. Alistair se sentó a la mesa de dibujo. Tiny puso una pata sobre la mesa señalando el bloc de papel. Alistair miró al perro con curiosidad, y arrancó la hoja superior. Tiny tomó un lápiz con la boca.

Los otros esperaron. De algún modo nadie quería hablar. Quizá ninguno podía, pero no había por qué hacerlo. Y gradualmente la tensión fue subiendo en la habitación. Tiny estaba de pie muy tieso, en el centro. Le brillaban los ojos, y cuando cayó flojamente nadie fue a auxiliarlo.

Alistair tomó el lápiz lentamente. Mirándole la mano, Alee recordó el movimiento del punzón en las tablillas de los espiritistas. El lápiz se movió firmemente, con pequeños impulsos, hasta alcanzar la hoja blanca, y quedó suspendido sobre ella. Alistair estaba muy pálida.

Luego, nadie supo qué ocurrió exactamente. Podían ver, pero no les importaba. Y el lápiz de Alistair empezó a moverse. Algo, en alguna parte, estaba dirigiendo su mente... no su mano. El lápiz corrió más y más rápidamente, y escribió lo que más tarde se llamaría la fórmula Forsythe.

No hubo señal entonces, por supuesto, del furor que causaría esa fórmula, de los millones de conjeturas que se plantearían al descubrirse que la muchacha que había escrito la fórmula no podía tener, de ningún modo, los necesarios conocimientos matemáticos. Nadie la entendió al principio, y muy pocos después. Alistair ciertamente no sabía qué significaba.

El editor de una revista popular explicó de un modo asombrosamente cercano la verdadera naturaleza de la fórmula cuando escribió: «La fórmula Forsythe, que describe lo que los suplementos dominicales llaman "algo por nada", y el dibujo que la acompaña, significan poco para el hombre común. Pero hasta donde puede determinarse, la fórmula es la descripción de un dispositivo y sus principios de funcionamiento. El dispositivo parece poder fabricar energía de alguna naturaleza, y si alguna vez se lo entiende, la energía atómica irá a parar al desván con las lámparas de gas.

»El dispositivo consistiría esencialmente en una esfera de energía encerrada en una cápsula que absorbe neutrones. La esfera tiene "capas" internas y externas. La atraviesa un eje. Aparentemente un campo magnético se mueve alrededor de la cubierta exterior del dispositivo. La esfera de energía se alinea a su vez en este campo. La esfera interior gira con la exterior y mueve el eje. Si la heterodoxa matemática de la fórmula no es falsa —y nadie parece haber intentado probarlo— el efecto de alineación entre el campo rotativo y las dos esferas concéntricas, como también el eje, es totalmente independiente de la carga. En otras palabras, si el original campo magnético gira a 3.000 r.p.m., el eje girará a 3.000 r.p.m., aunque no se emplee más de 1/16 caballo de fuerza en hacer rotar el campo y la potencia del eje sea de 10.000 caballos.

«¿Ridículo? Quizá. Y quizá no es más ridículo que la aparente imposibilidad de que 15 vatios de energía entren en la antena de una estación de radio y nada baje. La clave de todo el problema reside en la naturaleza de esas esferas encerradas unas en otras dentro de una cápsula. Su energía es aparentemente inherente y consiste en la capacidad de alineamiento, así como la utilidad del vapor depende de su capacidad de expansión. Si, como sugiere Reinhardt en El empleo del símbolo ϕ en la fórmula Forsythe, estas esferas no son más que concentraciones estables de energía de cohesión nuclear, tenemos aquí una fuente de energía que la humanidad nunca soñó. Tengamos o no éxito en

construir tal dispositivo, no puede negarse que cualquiera que sea su misterioso origen, la fórmula Forsythe señala una época para varias ciencias, incluso la filosofía».

Cuando Alistair acabó de escribir la fórmula, la terrible tensión empezó a desaparecer. Los tres seres humanos siguieron un rato en feliz estado de coma, y Tiny, desmayado en el piso. La primera que se movió fue la señora Forsythe, que se incorporó bruscamente.

—¡Bueno! —dijo.

Pareció como si la exclamación rompiera un encantamiento. Todo fue de pronto normal. Nada de dolores de cabeza, ninguna impresión extraña, ningún temor. Se quedaron mirando las columnas de minúsculos símbolos.

—No sé —murmuró Alistair, y la frase tuvo muchos significados. En seguida añadió—: Alee... esa aleación. Tenemos que conseguirla. Estamos obligados, ¡no importa lo que nos cueste!

—Me gustaría —dijo Alee—. Pero ¿por qué estamos obligados?

Alistair señaló con un ademán la mesa de dibujo.

—Nos dieron eso.

—¡Caramba! —dijo la señora Forsythe—. ¿Y qué es eso?

Alistair se llevó la mano a la cabeza, y miró la pared con unos ojos raros y nublados. Esa mirada fue lo único de todo el asunto que preocupó realmente a Alee. Alistair había alcanzado algún otro mundo, en parte al menos, y él supo que podían ocurrir muchas cosas, pero que nunca podría ir allá con ella.

—Me... ha estado hablando —dijo Alistair—. No puede discutirse, ¿verdad? No me engaño. Alee... Mamá.

—Te creo, criatura —dijo su madre suavemente—. ¿Qué quieres decirnos?

—Me llegó en conceptos. No es algo que pueda realmente repetirse. Pero la idea es que él no podía darnos nada. Su nave es enteramente funcional, y no hay nada allí que pueda ofrecernos por lo que quiere que hagamos. Pero nos dio algo de gran valor... —La voz de Alistair murió arrastrándose. Pareció escuchar un rato, y al fin dijo:— De valor en varios sentidos. Una nueva ciencia, un nuevo modo de entender la ciencia. Nuevas herramientas, una nueva matemática.

—¿Pero qué es? ¿Qué puede hacer? ¿Y cómo va a ayudarnos a pagar la aleación? —preguntó la señora Forsythe.

—No puede, de momento —dijo Alistair sin titubear—. Es algo demasiado grande. Ni siquiera sabemos qué es. ¿Por qué argumentar? ¿No entiendes que no podía darnos ningún aparato? ¿Que no tenemos sus técnicas, sus materiales, sus herramientas, y que no podríamos fabricar ninguna de sus máquinas? Nos ha dado lo único que podía darnos: una nueva ciencia, y los medios para investigarla.

—Es cierto —dijo Alee gravemente—. O por lo menos lo siento así. Y yo... confío en él. ¿Usted, señora?

—Sí, por supuesto. Creo que es... buena gente. Creo que tiene sentido del humor y sentido de la justicia —dijo firmemente la señora Forsythe—. Trabajemos juntos. Tiene que haber una solución. ¿Y por qué no hacerlo realmente? ¿No tendremos algo de que hablar el resto de nuestras vidas?

Trabajaron juntos.

Ésta es la carta que llegó dos meses más tarde a St. Croix:

Mi querida:

Quédate tranquila. Todo ha terminado. Llegó la aleación. Te extrañé más que

nunca, pero tenías que irte... y sabes que me alegró. De todos modos hice como me indicaste. Los hombres que me alquilaron la barca y me llevaron allá pensaron que estaba loca, y así me lo dijeron. ¿ Sabes que ya en el río, con la pieza de metal, cuando Tiny se puso a gruñir y lloriquear para indicarme el lugar exacto, y yo les dije a los hombres que arrojaran la carga por encima de la borda, tuvieron el atrevimiento colosal de insistir en que abriéramos el cajón ? Estuvieron realmente impertinentes. No querían ser cómplices de nada sucio. Era contra mis principios, pero les dejé hacer, sólo para apresurar las cosas. ¡Estaban seguros de que había un cadáver en el cajón! Cuando vieron qué era, yo ya estaba apunto de romperles mi sombrilla en las tontas cabezas, pero tenían una expresión tan graciosa que me eché a reír. Fue entonces cuando el hombre me dijo que yo estaba loca.

De todos modos, allá fue por sobre la borda, al río. Un bonito chapuzón. Aproximadamente un minuto más tarde sentí algo... me gustaría poder describírtelo. Estaba como abrumada por una sensación de total satisfacción y gratitud, y, oh, no sé, era simplemente algo bueno. Miré a Tiny y estaba temblando. Creo que él también lo sintió. Yo lo llamaría un gracias, en gran escala mental. Pienso que puedes estar segura de que el monstruo de Tiny recibió lo que deseaba.

Pero eso no fue el fin. Pagé a los barqueros y eché a caminar orilla arriba. Algo me detuvo entonces, y volvía la orilla.

Era ya la tarde, una tarde muy serena. Yo me sentía como dominada por algo, pero no era nada desagradable, sólo un lazo indestructible. Me senté en la arena y miré el agua. No había nadie alrededor —la barca se había ido— excepto uno de esos veleros de paseo anclado unos pocos metros río arriba. Recuerdo lo tranquila que era la tarde porque una niña estaba jugando en la cubierta del velero, y yo podía oír el ruido de sus pisadas cuando corría de un lado a otro.

De pronto noté algo en el agua. No sé por qué, pero no sentí miedo. La criatura, o lo que fuese, era grande, gris, viscosa e informe. Y de algún modo me pareció que era la fuente de esa aura de bienestar y protección que yo sentía entonces. Me miraba. Supe qué era antes de ver que tenía un ojo... un ojo grande, con algo que giraba en el interior. No sé. Me gustaría escribir mejor, y poder describirte cómo era. Sé que de acuerdo con las normas humanas era inmensamente repulsivo. Si aquél era el monstruo de Tiny, puedo » entender que temiera desagradarnos. Erróneamente, pues yo podía sentir en mi interior que la criatura era buena.

Me guiñó el ojo, sí, no parpadeó, me guiñó el ojo. Y luego todo ocurrió muy rápidamente.

La criatura desapareció, y segundos más tarde el agua se agitó junto al velero. Algo gris y húmedo salió del río, y vi que se acercaba a la niña, una mocosa de no más de tres años. Pelirroja, como tú. Y la cosa que había salido del río tocó la espalda de la niña y la empujó con suavidad, lo suficiente para hacerla caer al agua.

¿ Y puedes creerlo? Yo estaba allí mirando y no dije una palabra. No pensé que aquella niña pudiera salvarse, ¡pero sin embargo no me pareció mal!

Bueno, antes de que yo recuperara el buen sentido, Tiny se había lanzado al agua como una bala peluda. Yo me había preguntado muchas veces por qué tiene unos pies tan grandes; ahora lo sé. ¡La mitad inferior de Tiny es una rueda de paletas! En un instante estaba junto a la niña y la tomaba por el cuello

del vestido y la traía a la orilla. ¡Nadie había visto cómo habían empujado a la niña, Alistair! Nadie sino yo. Pero un hombre en el velero debió de haberla visto caer. Subió corriendo a la cubierta dando órdenes y tropezando con las cosas, y cuando al fin logró bajar un bote al agua, Tiny ya estaba a mi lado. La niña no parecía asustada, ¡pensaba que todo había sido muy divertido! Un criatura maravillosa.

El hombre llegó a la costa, todo agradecimiento y lágrimas, y quiso bañar en oro a Tiny o algo parecido. Entonees me vio. «¿Es su perro?», me preguntó. Le dije que era de mi hija, que estaba en St. Croix en luna de miel. Antes que pudiera detenerlo, había sacado una libreta de cheques y escribía algo. Dijo que sabía qué clase de persona era yo. Que nunca aceptaría nada para mí, pero que no : rechazaría nada que fuese para mi hija. Me guardé el cheque. Nunca sabré por qué el hombre escribió trece mil dólares. De todos modos, será para ti una ayuda. Y como en realidad el dinero viene del monstruo de Tiny, sé que lo usarás. Supongo que ahora puedo confesar. La idea de permitir que Alee aportase el dinero sólo si era miembro de la familia fue sólo mía. Pues aunque tuviese que recurrir a sus ahorros e hipotecar la plantación te tendría a ti. A veces, sin embargo, pienso si yo tenía realmente que haber trabajado tanto para veros casados.

Bueno, imagino que esto cierra la historia del monstruo de Tiny. Hay muchas cosas que quizá no sepamos nunca. Puedo imaginar algunas sin embargo. El monstruo podía comunicarse con un perro, pero no con un ser humano. Los perros, en apariencia, les leen el pensamiento a los hombres, hasta cierto punto, aunque probablemente no entienden la mitad de lo que reciben. Yo no hablo francés, pero probablemente podría transcribir francés frenéticamente bastante bien como para que un francés pudiese leerlo. Tiny transcribía nuestros pensamientos de ese modo. El monstruo podía transmitir a través de él, y dominaba totalmente su mente. Sin duda había adoctrinado al perro —si puedo usar esa palabra— el día que el viejo Debbil lo llevó a la represa. Y cuando el monstruo , tuvo una imagen mental de ti, a través de Tiny cuando te nombró el doctor Schwellenbach, trató, a través del perro, de hacerte trabajar en su problema. Imágenes mentales... eso es quizá lo que empleaba el monstruo. Así distinguía Tiny un libro de otro sin poder leer. Uno visualiza todo lo que piensa. ¿ Qué te parece? Creo que mi explicación es tan buena como cualquiera.

Te divertirá saber que anoche todas las brújulas de la vecindad apuntaron al oeste durante un par de horas. Hasta luego, hija. Sigue siendo feliz.

Todo mi cariño y un beso para Alee,

Mamá

P. S. ¿ St. Croix es realmente un buen sitio para una luna de miel, el que firmó el cheque, se está poniendo muy sentimental. Se parece mucho a tu padre. Una viuda y un... bueno, no sé. Dice que nos unió el destino, o algo. Dice que no había planeado hacer ese viaje río arriba con su nieta, pero algo lo impulsó. No puede imaginar por qué ancló justo allí. Le pareció una buena idea. Quizá fue el destino. Es un hombre muy amable. Quisiera poder olvidar aquel guiño que vi en el agua.

Regreso

Cuando Paul escapó de su casa, no se encontró con nadie, y no vio a nadie

mientras alcanzaba la carretera. La carretera se abría de pronto muy ancha en la vuelta de la loma, pasaba el extremo del camino municipal y se estrechaba hasta perderse en una punta de alfiler clavada en el horizonte. Después de un tiempo Paul pudo ver el coche.

Era largo y nuevo, y bajó un poco el morro cuando el conductor frenó, y cuando se detuvo se balanceó una vez, sobre los blandos y suaves amortiguadores.

El conductor era un hombre grande, grande y ostentoso, con una corbata Stetson gris y una chaqueta de color blanco azulado que no se le arrugaba bajo los brazos. La mujer junto a él tenía una frente ancha y un mentón puntiagudo, y una piel con sombras de melocotón, aunque muy tostada. Su cabello era de ese rojo amarillento que un herrero bautizó una vez como «color pajizo» mientras miraba su forja. La mujer le sonrió al hombre y a Paul casi del mismo modo.

—Hola, hijo —dijo el hombre—. ¿Éste es el camino municipal?

—Sí, señor —dijo Paul—. Así es.

—Ya me parecía —dijo el hombre—. Uno no olvida fácilmente.

—No se ha olvidado —dijo Paul.

—No veo el viejo pueblo desde hace veinte años —dijo el hombre—. Imagino que no habrá cambiado mucho.

—Los sitios viejos no cambian mucho —dijo Paul con desprecio.

—Oh, no son tan malos cuando se vuelve —dijo el hombre—. Odio encadenarme a un sitio toda la vida, sin embargo.

—Yo también —convino Paul—. ¿Usted es de por aquí?

—Claro que sí —dijo el hombre—. Me llamo Roudenbush. ¿Conoces a algún Roudenbush por aquí, muchacho?

—Hay montones en el pueblo —dijo Paul—. Eh, ¿no será usted el Roudenbush que se escapó hace veinte años?

—El mismo —dijo el hombre—. ¿Qué pasó cuando me fui?

—Bueno, aún hoy hablan de usted —dijo Paul—. Su madre se enfermó y murió y su padre pidió perdón públicamente un mes después por haberlo tratado a usted tan mal.

—Pobre viejo —dijo el hombre—. Me parece que fue un poco duro de mi parte escaparme así, pero él lo quiso.

—Apuesto a que sí.

—Ésta es mi mujer —dijo el hombre.

La mujer le sonrió a Paul otra vez. Paul no podía imaginar qué voz podía tener ella. La mujer se inclinó y abrió el bolsillo de la portezuela. Estaba lleno de cerezas bañadas en chocolate.

—Me enloquecen desde que era chico —dijo el hombre—. Sírvete. Tengo cinco kilos atrás. —Se reclinó en el asiento de cuero, sacó una cigarrera de plata, se puso un cigarrillo entre los dientes y acercó un encendedor que llameó en su mano como una pequeña hoguera.— Sí, señor —dijo el hombre—. Tengo otros dos coches en la ciudad, y un traje de etiqueta con solapas brillantes. Jugué a la bolsa y ahora soy presidente de un ferrocarril. Pasaré otra vez por aquí esta noche, luego de darles una lección a esas gentes del pueblo.

Paul sacó un puñado de cerezas con chocolate.

—Qué maravilla —dijo, y caminó carretera abajo. Las cerezas desaparecieron, y el hombre y la mujer y el coche desaparecieron. Pero no importaba—. Será así —dijo el joven Paul Roudenbush—. Será exactamente así. —Y añadió:— Me pregunto cómo se llamará ella.

Quinientos metros más allá estaba el desvío que llevaba a la escuela, y también el ferrocarril con su gran X en un poste donde él siempre leía Paso a nivel. El tren de mercancías de la tarde se acercaba envuelto en humo, lanzando dos pitidos largos, uno corto y uno largo. Cuando era chico, hacía unos dos años, Paul había pensado a veces que la máquina lo saludaba a él: Paul... Roud... n'buh-h-h con el sibilante final visible como una pluma de vapor en el hombro de la máquina de hierro. Paul se acercó trotando al cruce y se detuvo donde la primera tabla agrietada se encontraba con la superficie del camino. Máquina, correo, Pennsylvania, T. & N. O., Southern, Southern, Pennsylvania, Pére Marquette, Canadian Pacific. Coches de todos los sitios, sitios cálidos, sitios fríos, sitios lejanos. Automóviles, automóviles, ganado, cisterna. Cisterna, cisterna, ganado. Refrigerador, refrigerador, automóviles, vagón de cola. Vagón de cola con una bandera roja al viento, y el paso rápido de una ventanilla por donde se vio a un hombre del ferrocarril, de cuello de toro, que se afeitaba con la boca espumosa como un perro rabioso. Luego el tren fue un rectángulo que se alejaba sobre las vías, y sobre él se vio la silueta de un hombre que revisaba los frenos, caminando fácilmente en el viento y la velocidad, encima de los vagones.

Con el tren en un oído y polvo en el otro, Paul se volvió hacia la carretera. Había un hombre al otro lado de las vías. Paul lo miró boquiabierto.

Llevaba una vieja chaqueta marrón con un cuello gris de piel de oveja, y unos pantalones de lona azul. Les quitaba el polvo ahora con unas manos largas endurecidas por el frío, y una, la derecha, parecía una garra. No tenía dedo anular ni dedo meñique, y le faltaba una tercera parte de la palma. Del costado del dedo mayor al costado de la muñeca la mano terminaba en una cicatriz de piel flexible y plateada.

El hombre interrumpió su tarea y miró a Paul.

—Hola, muchacho —dijo.

Usaba barba o necesitaba urgentemente una afeitada. Paul podía ver sin embargo la línea que dividía el cuadrado mentón. El hombre tenía unos ojos pálidos como el agua vertida en un vaso luego de haberse bebido uno la leche.

—Hola —dijo Paul, mirando aún aquella mano.

El hombre le preguntó qué pueblo era aquel de la cañada y Paul se lo dijo. Sabía ahora que el hombre era... uno de esos personajes fabulosos que van de un lado a otro en un tren de mercancías. Alcanzan uno rápido que sale de Casey, que va a K.C., Kansas City. Han estado en todas partes y lo han hecho todo, esos hombres, y tienen un lenguaje propio.

El hombre entornó los ojos en dirección al pueblo, como si intentase mirar a través de la loma y ver más lejos.

—El viejo lugar no creció —dijo, y lanzó un escupitajo.

Paul escupió también. -

—Nunca crecerá.

—Eres de ahí.

—Aja.

—Yo también —dijo el hombre sorprendentemente.

—Bueno —dijo Paul—. No parece que usted fuese de estos lados.

El hombre cruzó las vías hacia Paul.

—Sospecho que no. Estuve en muchos sitios desde entonces.

—¿Dónde estuvo? —preguntó Paul.

El hombre miró los ojos abiertos de Paul, y a través de ellos la abierta

credulidad de Paul.

—Por todo el mundo —dijo—. Recorrí el país en trenes de mercancías, y los océanos en barcos. —Se desnudó el brazo derecho.— Mira.

Y allí había naturalmente un tatuaje.

—Mujeres —dijo el hombre, cerrando y abriendo su garra para que el tatuaje se retorciera—. Eso es lo que me gusta.

Cerró un ojo pálido, torció la boca y chasqueó un rápido chic-chic.

Paul se pasó la lengua por los labios, escupió otra vez y dijo:

—Sí. Formidable.

El hombre rió. Tenía los dientes estropeados.

—Yo era como tú. Ese pueblo era demasiado chico para mí.

—Para mí también —dijo Paul—. No volveré nunca.

—Oh, volverás. Te gustará mirar otra vez las cosas, y hacer preguntas, y saber qué les ocurrió a tus amigos, y ver qué muerto está todo, de modo que puedes irte otra vez sabiendo que hiciste bien en irte antes. Éste es mi segundo viaje de vuelta. Cada vez que vengo por esta parte del mundo, me llego hasta aquí a reírme un poco. —Miró alrededor y luego otra vez a lo lejos.— ¿Te fugas, muchacho?

—Me fugo —asintió Paul. Le gustó el sonido de las palabras—. Me fugo —repitió.

—¿Adonde vas?

—A la ciudad —dijo Paul—, si antes no encuentro algo que me guste más.

El hombre lo miró un rato.

—Eh, ¿tienes dinero?

Paul meneó la cabeza precavidamente. Tenía dos dólares y noventa y dos centavos. El hombre pareció tomar una decisión; se encogió de hombros.

—Bueno, buena suerte, muchacho. Cuantos más lugares veas, más hombre serás. Una mujer me lo dijo una vez en Sacramento.

—Las... ¡oh! —dijo Paul. Una cupé marrón se acercaba al cruce—. ¡El señor Sherman!

—¿Quién es?

—¡El sheriff! ¡Debe de estar buscándome!

—¡El sheriff! Yo me escondo. ¡No me sigas, mocoso! ¡Escapa para el otro lado!

—Y el hombre se precipitó terraplén abajo y desapareció entre los matorrales.

Asustado por la repentina dureza del hombre, confundido por la necesidad de una acción inmediata, Paul titubeó un momento, casi bailando, y luego corrió hacia el otro lado. Se echó boca abajo entre unas zarzas, retuvo el aliento y espío el camino. El coche aminoró la marcha casi hasta detenerse. Paul cerró los ojos, aterrorizado. Se oyó el quejido de unos engranajes y el creciente gemido del coche que subía hasta las vías en segunda y entraba suspirando en la carretera.

Paul esperó cinco minutos, y su temor lo dejó exactamente cuando se le secó la transpiración. Salió entonces y corrió a lo largo de la carretera, mirando atentamente a lo lejos por si volvía el coche del sheriff. No vio al hombre de la garra. Pero realmente no había esperado verlo.

Puede ser algo así, pensó. Viajar por todo el mundo. El abuelo solía decir que a esos hombres les pican los pies. Los pies le picaban un poco a Paul, si ponía atención. Hasta le dolían un poco. Podía regresar años más tarde con un tatuaje y una mano mutilada. La gente se fijaría de veras en él. ¡Las historias que podía contar! Corrí por la duna persiguiendo a aquella maravilla rubia. La

muchacha gritaba hasta desgañifarse. Había puesto al fin mis manos sobre ella cuando, zas, un lagarto me sacó un pedazo de mano. No me importó. No mientras llevaba a la chica duna arriba. Paul cerró un ojo, torció la boca y chasqueó la lengua. El sonido, de algún modo, le recordó las cerezas con chocolate...

Otro kilómetro y el campo era ya campo abierto. Miraba a un lado y a otro mientras caminaba trabajosamente. A la primera señal de la cupé marrón tenía que desaparecer. ¡El sheriff! ¡Yo me escondo! Se sintió bien. Podía mantenerse alejado de la ley. Apostaba cualquier cosa. Podía ir a donde quería, hacer lo que quería, volver para reírse un poco de cuando en cuando. Eso era mejor aún que un gran coche y un traje de etiqueta. Mujeres. Una cara maquillada junto a uno en el coche, o, chic-chic, mujeres en todas partes, Sacramento y otras ciudades para decirte qué hombre eres por haber estado en tantos sitios. Sí, sí.

Se oyó un murmullo grave en el cielo. Paul alzó los ojos y vio el aparato, uno de los aviones privados del aeropuerto, que estaba a sesenta kilómetros. Los aviones no eran una novedad, pero Paul nunca había visto uno sin el expresado deseo de que ocurriera algo... no necesariamente que el avión cayera a tierra, aunque eso no estaría mal, sino algo que lo obligara a descender un rato y él pudiera correr y ver salir al piloto, y quizás hablar con él y aun ayudarlo a reparar la avería. «Avísame la próxima vez que vayas al aeródromo», diría el piloto.

Paul caminó más lentamente, se detuvo y salió al borde de la carretera y se sentó con los pies en la zanja seca. Observó el avión. Se inclinaba y volaba en círculos, iba y volvía, cada vez a menor altura, hasta que pareció correr por encima del prado. Paul pensó que iba a... bueno, sí, ¡iba a aterrizar!

Las ruedas tocaron el suelo, alzaron una nube de polvo amarillo que ocultó la hélice. Tocarón otra vez el suelo, la cola bajó, saltó un poco, y de pronto el avión llevaba unas alas y las alas ya no lo llevaban a él. Eran unas alas anaranjadas y el fuselaje era azul, y brillaba al sol. Las alas temblaron ligeramente mientras el avión se movía por el campo irregular, y Paul sintió que si extendía los brazos y los movía como las alas sentiría aquel estremecimiento en los hombros.

El motor ladró, y las paletas de la hélice se hicieron invisibles mientras el piloto frenaba una rueda y el aparato giraba sobre sí mismo. La hélice, de perfil, fue una línea fantasmal, y luego un disco de vidrio. La máquina resopló y se bamboleó a través del prado hasta que se detuvo a media docena de metros de los alambres y la zanja. Luego, con un rugido, se volvió de costado y el ruido del motor se transformó en un suave pap-tikiti-pap mientras el piloto manejaba diestramente los controles. Paul podía verlo allí, claro como la luz del día, a través del vidrio de la portezuela. El avión era hermoso; quieto parecía volar a trescientos kilómetros por hora. El vidrio de adelante se curvaba sobre la cabeza del piloto. Maravilloso.

El piloto abrió la puerta y saltó al suelo.

—¡Señor! Pensé que tendrían aquí un aeródromo después de tantos años.

—Nunca lo tendrán —dijo Paul—. Hizo usted un buen trabajo.

El piloto se quitó unos guantes largos, miró brevemente el avión y sonrió mostrando los dientes. Era un hombre de hombros muy anchos y casi no tenía caderas. Llevaba una blanda chaqueta de cuero y unas botas apretadas.

—¿Conoces a alguien en el pueblo, hijo?

—A todos, me parece.

—Bueno. Puedes adelantarme todas las noticias antes de ir allá... ¡Eh! ¿No eres tu Paul Roudenbush?

Paul se quedó muy quieto. Él no había dicho eso. Sintió algo helado en las corvas. El avión se desvaneció. El piloto se desvaneció. Paul, sentado con los pies en la zanja, volvió lentamente la cabeza.

Una cupé marrón se había detenido a un lado del camino. La portezuela estaba abierta, y allí, con un pie fuera del coche, esperaba el señor Sherman. ¡El sheriff! ¡Yo me escapo!

Paul se pasó la lengua por los labios y dijo:

—Hola, señor Sherman.

—Bueno —dijo el señor Sherman—. Me diste un buen susto. Te vi sentado ahí tan quieto y pensé que te había atropellado un coche o algo parecido.

—Estoy muy bien —dijo Paul débilmente. Se incorporó. Lo mejor era terminar aquello—. Estaba sólo... pensando, creo.

Pensando, y ahora lo habían sorprendido, y los pensamientos corrían atravesándolo como los vagones del tren de la tarde; pensamientos de lugares cálidos, lugares fríos, lugares lejanos. Bolsa de acciones, coche, garra garra avión. Mujeres, mujeres, encendedor, aeródromo. Pensamientos que fueron reales, pensamientos que él había creado; lo envolvían en un rugido y un torbellino, y lo dejaban allí, de pie, frente al señor Sherman, que lo había alcanzado al fin.

—Pensando, ¿eh? Bueno, es un alivio —dijo el señor Sherman.

Cerró la puerta, encendió el motor.

—Señor Sherman, ¿no...?

—¿No qué, hijo?

—Nada, señor Sherman, nada.

—Eres un muchacho raro —dijo el señor Sherman sacudiendo la cabeza—.

Oye, vuelvo al pueblo. ¿Quieres que te lleve? Es casi hora de cenar.

—No, gracias —dijo Paul inmediatamente y con gran sinceridad.

Paul miró la cupé marrón que se ponía en marcha, y pensó. El coche iba al pueblo. Sin él. El señor Sherman no sabía que se había escapado. ¿Por qué? Bueno, quizá no lo habían echado de menos aún. A no ser que... a no ser que no les importara que volviera o no. No, no, jeso no podía ser! El coche pasaría justo frente a su casa; pronto estaría en el pueblo. No era una casa muy buena. Allí, sin embargo, estaba su cuarto. Pequeño, pero absolutamente suyo.

Los otros modos de regresar tenían ciertas dificultades. Llevaba tiempo especular en la bolsa, casarse, comprar un avión. Probablemente se tardaba bastante en cortarse la mano. Pero de este modo...

De pronto estaba en medio de la carretera, gritando:

—¡Señor Sherman! ¡Señor Sherman!

El señor Sherman no lo oyó, pero lo vio por el espejo. Se detuvo y retrocedió un poco. Paul subió al coche, murmuró unas gracias, y se sentó jadeando. Recuperó el aliento cuando entraban en el camino municipal.

El señor Sherman miró de pronto al chico.

—Paul.

—Sí, señor.

—Se me acaba de ocurrir. Estabas allí en el cruce. ¿No estabas escapándote?

—No —dijo Paul, con una mirada que expresaba ante todo perplejidad—. Estaba volviendo.

Índice

UNIR PARA VENCER
APTITUD ESPECIAL
EL COHETE DE MEWHU
TRÍO EN UN HURACÁN
EL HURKEL ES UNA BESTIA FELIZ
EL TRUENO Y LAS ROSAS
MAMPARO
TINY Y EL MONSTRUO
REGRESO

ESTA EDICIÓN DE
REGRESO
DE THEODORE STURGEON
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE ROMANYÁ/VALLS, S. A.
DE CAPELLADES, BARCELONA,
EN EL MES DE SEPTIEMBRE DE 1996